

NOVELA HISTORICA

AMELIA DE FLORIANI

Ó EL

CASTILLO DEL DIABLO

POR

JOSÉ VICTORIANO CABRAL

(Ilustrada por Rodolfo Soucup)

BUENOS AIRES

Imp. de M BIEDMA, Belgrano 135 á 139

1 8 8 7

1

AMELIA DE FLORIANI

Ecos del autor

¡Escribir un libro!—¡dar al público una obra! hé ahí un propósito avanzado y acaso atrevido, cuando el capital literario con que se cuenta es homeopático.

La literatura argentina ha tenido sus plenilúnios preñados de fuerzas dinámicas brillantes é inspiradas; pero también ha sido víctima de ciertos fenómenos que á veces sorprenden nuestra sociedad, cuando se vé envuelta en esa climatología política que usurpando las fuerzas vivas de nuestros conciudadanos, los hunde en la molicie, la estagnacion y el marasmo.

La actualidad de nuestra joven república es halagadora en todos sus cuadrantes, puesto que su prosperidad es inmensa, su progreso admirable, su riqueza colosal, su bienestar envidiable y el campo en que se cultivan las letras es de vastos horizontes.

Conozco cuán difícil es forjar los hilos que deben componer el urdiembre literario, cuán árduo preparar el tejido ó la tela de una obra; pues si el arquitecto necesita de sus cálculos y de una profunda meditacion para combinar acertadamente las fuerzas, las proporciones, la armonía y la belleza de sus basílicas, tambien el autor de un libro tiene que encender la lámpara de la meditacion, consagrar sus ideas y esprimir la savia de su espíritu para dar á su obra, como el arquitecto, fuerza al argumento, proporciones á la trama, armonía al tejido, belleza al conjunto.

¿ Seré capaz de conseguir estos propósitos ?.

CAPITULO I

Un secreto al oído

El otoño declinaba y los alegres valles empezaban á perder sus encantos y perfumes: los árboles se veían abandonados de sus hojas de esmeralda, á la vez que la aislada cabaña y la solitaria granja tomaban lentamente ese tinte de tristeza que se imprime en la naturaleza á la aproximación del crudo invierno con su cortejo de lluvias y de hielos.

Oíase aun al apasionado mirlo y al inquieto ruiseñor entonar sus himnos amorosos, revoloteando aquí y allí en torno de sus apetecidas compañeras que coquetonas y esquivas estendían en raudo vuelo sus ágiles y pintadas alas, burlando siempre de sus amantes las maliciosas y pertinaces exigencias.

Mas la veloz goloñdrina, mensajera alegre de la engalanada primavera, ya no se veía en parte alguna, por haber abandonado el estrecho nido que con

afán formara para cuna de sus hijos y templo de sus amores libres y alborozados.

Sabido es que ella emprende el ostracismo voluntario para ir á buscar climas suaves y hospitalarios y otras áuras perfumadas donde sustentar nuevos amores—¡Oh! felices vosotras, avecillas, que habeis obtenido de Dios esas alas incansables, ese poder misterioso de cruzar de uno á otro hemisferio, de traspasar los inconmensurables mares y los inmensos desiertos.

Nosotros no poseemos esa dicha, pues allí donde la mano de solícita y tierna madre implanta nuestra pobre cuna, allí encontrar debemos tambien solitaria tumba; en tanto que la atornasolada golondrina nace libre y feliz, teniendo por patria el planeta entero en que habitamos.

La lumbrera de los cielos había empezado su carrera magestuosa para presidir el nacimiento del nuevo día 11 de Noviembre de 1795, que venía á iluminar la hermosa ciudad de Milan.

Doña Blanca estaba en su recibidor de familia, sentada en un cómodo sillón de hamaca, con la cabeza inclinada hacia adelante y la cara apoyada en el reverso de la mano derecha que tenía un tanto cerrada, el codo afirmado en el brazo del sillón y su mirada dirigida al suelo en actitud pensativa y como preocupada con alguna idea importante.



R. S. 1877

El sillón estaba inmediato á una rica mesa de jacarandá con incrustaciones de nacar y bronce, colocada en el centro de la habitacion; encima de ella había una preciosa carpetita redonda de paño verde bordada ricamente, con un fleco de oro en contorno y sobre la cual se veía un hermoso tabor de la china con frescas y fragantes flores, que indudablemente habian sido colocadas recién; además, había allí algunas miniaturas de familia, un album de Persia con abrazaderas de plata y sobre-puestos de lo mismo, y por fin otros varios adornos.

Sobre la chimenea de alabastrino mármol que estaba á su espalda se ostentaba un reloj de bronce cubierto con una funda de cristal, y aun cuando aquel tenía cuerda y andaba, no marcaba bien las horas, puesto que siendo recién las diez de la mañana, estaba en las once y cinco; á los costados del reloj había dos candelabros pequeños tambien de bronce de tres luces cada uno, y á más dos macetas del Japon con flores artificiales, todo lo que se veía reproducido en el gran espejo cuadrilongo de marco dorado que había colocado sobre la misma chimenea.

Los demás muebles de aquel pequeño salon revelaban esquisito gusto; pero lo que más llamaba la atencion, eran los cuadros de pintura que lo adornaban, particularmente dos, colocados á los costados de la ventana que dá al jardin del norte. El uno, dise-

ñaba el descendimiento de la cruz de nuestro señor Jesu-Cristo; rica copia sacada del original de Pedro Pablo Rubens; y el otro del Tiziano, representando á Jacobo Foscarì, Dux de Venecia, presidiendo una asamblea del consejo de los *Diez*, en el *Palazzo Ducale* de la plaza de San Marcos.

Vestía doña Blanca un baton blanco ricamente festonado, cuyas mangas á la capuchina, sólo cubrían un poco más de la mitad del brazo, dejando por consiguiente el resto descubierto, donde campeaba un ligero pero perceptible vello oscuro de un efecto irresistible, terminando aquel brazo con una blanca, pálida y pequeña mano, cuyos contorneados dedos se hallaban coronados por rosadas y encanutadas uñas un tanto largas y puntiagudas, todo lo cual constituía una manito verdaderamente aristocrática y bella, que hacía resaltar un rico anillo en forma de cintillo, con una esmeralda cuadrada en el medio, y dos brillantes de primer agua á cada costado, el cual llevaba en el dedo anular.

El baton, aun cuando era cerrado hasta la garganta, no estaba suelto, pues una cinta color lila rodeaba aquella encantadora cintura, formando atrás un gracioso lazo, destacando así un seno elevado de prodigiosa arquitectura.

Da. Blanca aun no se había hecho su gran toilette, pues era demasiado temprano, y por consiguiente

tenía levantado su negro y abundante cabello al descuido y con cuidado (como suele decirse), envuelto en la parte alta y posterior de su graciosa cabeza, sujeto con una peineta de oro lisa, y á la izquierda se había colocado en una de las vueltas de su larga y sedosa trenza, un pequeño ramito de jazmines: Su siniestra mano posaba con cierta pigricia y abandono sobre la parte alta de su muslo izquierdo, pero inclinada ó dirigida hacia el centro con el dedo chico y el pulgar separados de los otros tres; de modo que, al peso natural de esa mano, era debido el poderse fácilmente proyectar la mensura de esa importante fraccion, de aquel valioso y abundante territorio, capaz de promover la codicia de los menos avaros.

La pierna derecha estaba estendida, casi del todo, descansando sobre el taco de su *pantoufle*, y la izquierda colocada sobre aquella, dejando ver un pié pequeño y de elevado empeine con una rica media blanca francesa.

Parecía aquella muger una fresca camelia alba, pues á escepcion de su negro cabello y de la cinta lila, toda ella era un copo de preciada nieve.

Se encontraba en aquella actitud, cuando penetró en la habitacion un hombre de gallardo aspecto, elegante apostura, sin sombrero, recién afeitado, con un traje negro, y perfectamente bien calzado; pero el ténue ruido que se produjo al abrir cuidadosamente

la puerta y entrar, no arrancó á Doña Blanca de sus meditaciones, puesto que no cambió de actitud ni se movió, tal como si nada hubiese oído.

Aquel hombre se detuvo, sin hacer ruido, y quedó contemplando ese hermoso busto, marcándose en la altiva fisonomía del personaje una satisfacción que bien podía confundirse con un sentimiento de amor ó de deleite; mas comprendiendo que aquella dama se hallaba bajo la influencia de una grave meditación, fingió que se disponía á salir, pero diciéndole: veo señora que os interrumpiría si os arrancara de vuestros dulces pensamientos, así pues, me retiro.

—¡Ah! ¿sois vos, Don Luis? repuso la distraída dama recogiendo subitámente las piernas y volviendo la cabeza, como si despertara de un éxtasis ó arrobamiento.

—Si, amiga, pero estais muy preocupada, y no es mi ánimo interrumpiros ni impedir que os consagreis á vuestras profundas meditaciones.

—No, general, al contrario, me dareis gran placer si tomais asiento, pues vos teneis gran parte en las ideas que tanto me preocupan, y que en este momento revolvía allá en mi pobre mente sin entrever horizonte fijo.

—¿Es posible, Blanca hermosa?

—Si, amigo mio, la verdad, ¿y qué encontrais de raro en ello?

El conde creyó, y de buena fe, que era su persona la que preocupaba el corazón de aquella, pero no estando bien seguro de ello y con el deseo de despejar la incógnita y cerciorarse, le dijo: De raro nada, pero la verdad es que me haceis muy feliz, pues no esperaba tanta dicha.

—¿Tanta dicha? ¿á que os referís señor general? repuso la dama, como si no hubiese comprendido lo que le decía.

—A que vuestra alma bella piensa á sus solas en mí, segun acabais de esponerlo, y esto es altamente lisongero para este pobre mortal.

—¡Ah! exclamó aquella bajando los ojos,— asi es, conde—asi es; pero esto lo dijo con cierta insulcés, como que no era lo que el galante conde pensaba, pero no se animó á hacerle comprender su error y quiso más bien que quedase halagado con sus gratas ilusiones.

—Ahora, continuó el general, acepto la silla que me ofreceis, y tomando una, la aproximó con suma amabilidad y bastante cerca de aquella, diciéndole: Ya os escucho, Doña Blanca, mas antes me permitiréis que os observe, que hoy teneis un peinado sencillito, pero arreglado de una manera vuestro negro cabello, que os dá un aspecto delicioso y os hace más bella que cuando estais engalanada; sobre todo, esos frescos jazmines exhalan un perfume que embriaga y

exalta el espíritu, mucho más el de un militar entusiasta y apasionado admirador de las bellas obras del Creador.

El general, en tanto que tributaba estas galanteorías, acariciaba su largo bigote, se lo torcía y retorcía de un lado y otro con unos ojos que centelleaban, moviendo incesantemente su pierna izquierda sobre la punta del pié.

—Deseo señora continuó el general, me autoriceis para deciros un secreto, pero no un secreto á voces como el del celebre Don Pedro Calderon de la Barca sino uno quedíto y al oído, á fin de que nadie se imponga de él, pues ya sabeis que soy muy reservado en mis asuntos.

Da. Blanca que le conocía el juego al general, vió en el acto á donde iba á parar el astuto militar, por lo que haciéndose la inocente ó la que nada comprendía, miró á todos lados como asombrada y le contestó: — Debo observaros, señor general, que no haya aquí persona alguna que se imponga de nuestra conversacion, puesto que estamos solos, y por consiguiente podeis hablar con entera libertad, sin tomar precaucion alguna.

—Sin embargo, repuso el militar, dice el refran, que las paredes tienen oídos, y muchas veces donde uno menos piensa salta libre y

—Bien, bien, dejad á un lado los adagios, que aqui

no creo hayan oídos en los muros, ni liebres que nos salten al rostro, así pues ya os escucho, y con mugeril malicia inclinó su cuerpo del lado del general, inclinándolo su cabeza al opuesto como si en efecto dispusiera su oído para escuchar el secreto de que se trataba, y que ella presentía cual iba á ser.

El general con una cara de pascua y ojillos chispeantes se acercó más á ella por el lado del respaldo del sillón, se inclinó para hablarle al oído, pero tanto que llegó hasta unir su cara á la de aquella, y entonces se oyó el sonido vocalizado, dulce y simpático de un ósculo amoroso, que el indómito guerrero había estampado en la tersa mejilla izquierda de aquella dama, en cuyo semblante se dibujó una sonrisa de placer, coloreándose su tez con el carmin puro de su sangre, que subió al rostro precipitadamente, como llamaradas volcánicas.

—Recien comprendo señor general, exclamó la satisfecha dama, que teniais razon al rodearos de tantos misterios y precauciones, pues vuestro secreto era de alta importancia y no hubiese convenido exponerlo á un accidente cualquiera.

—Sobre todo, de importancia para mí, si gustais, agregó el general con una dulce sonrisa, y continuó, pues estas escaramuzas son muy agradables para un hombre de espada que se precia de estratéjico.

—Sea, dijo secamente Doña Blanca, tratándo de

cruzar al general en sus alusiones favoritas y maliciosas. — Ahora continuó ella, vamos á mi asunto, y le señaló con la mano la silla para que la ocupase de lleno, pues en seguida del beso se había sentado en la orilla; y le pidió que la escuchara.

El general soborean lo su rico beso, se acomodó con aire afable, pero retorciendo siempre sus encrespados *moustaches* como si aun tuviera algo más que agregar á su secreto, pues es sabido que cuando uno empieza con esta clase de asuntillos, suelen convertirse en negocios sérios; pero aquella señora, que con sobrada razon, conocía perfectamente á su adversario, trató de dar, y dió otro giro á las cosas, pues lo veía venirse á la carga de una manera decidida.

El general se apercibió muy luego del propósito de aquella y sin darle tiempo á nuevos argumentos, exclamó: ¿es decir, señora que tratais de cambiar la cabeza de la columna, por la pronta maniobra? ¿ó pretendéis acaso envolver mis guerrillas por un golpe estratéjico?

— Yo no trato de cambiar esas cabezas, ni comprendo bien las maniobras prontas ó ataques estratéjicos de que me hablais, señor general, y por consiguiente. . . .

— ¿No comprendéis? la interrumpió con viveza, pues yo os mostraré la tactica desnuda y. . . .

— ¡Nada de eso señor General! no me mostreis esas cosas desnudas, y antes bien reservadlas para otra

ocasion más propicia y dejadme entrar en materia.

—Es que yo también deseo entrar en materia.

—¿En materia?

—Sí.

—¿En qué materia?

—En la mía, y os pido me permitais no dar más esplicaciones.

—¡Hola! ¡hola! os revelais, y cometeis un acto de insubordinacion condenado por las leyes militares?

En campaña, señora, no rige la constitucion sino la ley marcial y la punta de la bayoneta desnuda.

—Ya tenemos otra vez la desnudez y la punta, y que se yó que otras cosas, reclamo vuestra obediencia general, exclamó con aire de autoridad doña Blanca.

—Puesto que así lo exijís y no hay otro remedio, me quedaré con el deseo de daros una buena leccion, para la que estaba brillantemente dispuesto, y escucharé; pues veo que os convertís en general, y yo en soldado raso, desde que vos mandais y yo obedezco. Hé ahí el poder despótico de la mujer que siempre triunfa sin más armas que su pequeño pero rico arsenal y sus misterios siempre codiciados!!

—Tanto os pesa y mortifica la tiranía ó despotismo de esta pobre reina sin trono, Corte ni poder, señor General?

—No tanto señora, pues esa tiranía suele ser dulce y simpática, para el hombre que se somete á su imperio y sufre con agrado las floridas cadenas con que se nos aprisiona; pero de repente el General se levantó rápido como el rayo y repitió la escena del secreto al oído, con alarmante fogocidad y variados apéndices.

Doña Blanca vió que aquello llevaba mal camino y que ya no iba á poder dominar al osado asaltante, y aun cuando aquella tramitación preliminar y precursora de un bello desenlace final, le era agradable hasta cierto punto, no obstante, la mujer que tiene por su educación y hábitos el singular poder de dominarse, de disimular sus propios gustos y de esquivar el placer, aun cuando lo desee, trató de estorbar que se llevase á ejecución el propósito del General, iniciado con sus repetidos secretos al oído; y así se levantó doña Blanca con una actitud imponente, seria y decidida, diciéndole: señor General, yo os suplico de la manera más formal, que me oigais un momento.

—Señora, exclamó don Luis, siempre en su lenguaje de cuartel, es doloroso, que cuando la tropa se halla llena de entusiasmo y en buen estado de pelea, vengais á destruir todas sus ventajas y la lanceis ignominiosamente á la pasiva y á la quietud.

—Bien, señor Conde, os ruego por última vez, ocu-

peis vuestro asiento y me escuchéis; y acomodándose ella en su sillón, tomó la palabra y con acento grave empezó en esta forma:

—Decidme señor don Luis, ¿creis que amo á Amelia?

—¡Original demanda! dijo el General, arrugando el entrecejo ¿porqué me lo preguntais mi querida Blanca? ¿puede por ventura ser eso objeto de duda.

—Omitid las evasivas y contestad á mi pregunta, si gustais, pero de una manera categórica y franca;

—Pues bien, si lo creo señora.

—¿Creis además que debo interesarme en la suerte y porvenir de ella?

—Si amiga, pero este interrogatorio inquisitorial ¿á qué viene?, ¿dónde vá? ¿con qué fin y...

—Nada de peros, dijo doña Blanca, sin dejarlo concluir; escuchadme un instante con calma y sin agitaros.

—Bien, hablad, veo que hoy ganais todas las guerrillas y tengo que ponerme en retirada ó capitular: ya estoy con calma, perfectamente tranquilo, y echó su cuerpo hacia atrás sobre el respaldo de su silla con resignacion, poniendo sus manos en los bolsillos.

—Luis, yo debo deciros una última vez al menos, que no haceis bien en ceder con tanta frecuencia y facilidad á los caprichos de Amelia, y mucho me-

nos cuando tienen por objeto destruir ó burlar mi autoridad, porque de ese modo se forma el caracter de una niña, voluntarioso y caprichoso.

—¡Oh! Blanca, no exagereis las cosas: vos sois intransigente con la pobrecita Amelia y la contrariais demasiado, sin recordar que es una niña y que su edad reclama cierta condescendencia con sus infantiles caprichos.

—He ahí vuestro error, creis que soy poco transigente, que contrarío demasiado á Amelia, que no considero que es una niña, y por último quese debe tener consideracion con sus infantiles caprichos; de modo que, á estar á vuestras apreciaciones, yo soy una tirana, ó por lo menos, no he tenido la felicidad de comprender mi mision y deberes para con ella! Da. Blanca quiso aprovecharse bien de los argumentos inconsistentes del general y de los flancos que se le presentaban para batirlo con firmeza y sacar las ventajas que se proponía.

—¡Adonde vais Blanca con ese cúmulo de bagajes?

—Oid D. Luis, oid mi opinion—Amelia tiene varios maestros que le dan lecciones de diversas materias, pues su educacion debe estar á la altura de su noble familia y de su brillante posicion, y ¿creis que recoge los beneficios de la instruccion? no amigo mio, ¿y porqué? porque no tiene amor al estudio,

porque no bien empiezan sus lecciones cuando ya se fatiga, pretesta dolerle la cabeza, estar mal del estómago y cuando mucho se le apura, concluye por decir—no quiero estudiar más—¿qué tal señor conde? ¿esto es bien? ¿puede tolerársele? ¡oh! de ningun modo, y sin embargo vos no quereis que se le violente, que se le obligue al estudio á pretesto de que es delicada y no debe apurársele.

—¿Y porqué tanto afan, replicó el general, con esos estudios, tratándose de una niña rica, que mañana encontrará un partido ventajoso, pues le sobrarán maridos de las principales familias del pais?

—Pero acaso Conde, replicó Da. Blanca, porque una niña sea rica y noble, pueden ser descuidados sus estudios y no preocuparse de formarle un caracter bondadoso y subordinado; y sobre todo de propiciarle una vasta instruccion? ¿creis que á un hombre sensato y escrupuloso, al elejir una esposa, le baste saber que la señorita á quien va á unir su suerte y con quien piensa formar su familia, es solamente rica? no, porque buscará otros bienes, que son los tesoros formados por la dulzura de caracter, la prudencia y los talentos que hacen amar nuestra sociedad, y proporcionan un manantial inagotable de placeres y de felicidades; en tanto que una jóven de limitada instruccion, caprichosa, engreida y de caracter altanero, sólo sirve para romper los eslabones de la amistad,

sembrar las rencillas y alejar la felicidad, haciéndose ella desgraciada y siéndolo cuantos la rodean.

El general se vió acribillado con estos razonamientos, pero no queriendo abandonar sus ideas, empezó á hacer fuego en retirada y contestó aunque con frialdad—vos Blanca os sobresaltais sin razon y pretendéis entreveer tempestades que no existen ni exitirán.

—Estais equivocado: ustedes los hombres no son aptos para conocer lo que mejor conviene á una niña que se está formando, y sobre todo, si un dia yo falto, tendreis que manejar á una jóven caprichosa, acostumbrada á hacer su soberana voluntad á despecho de toda conveniencia social y de todo regimen doméstico, y creed general, que cuanto á sus caprichos se oponga, causará su descontento y acaso será tarde cuando se quiera destruir los gérmenes de los malos hábitos adquiridos; si por el contrario, sois vos quien faltais, tendré yo que luchar con una señorita acostumbrada por vos á no obedecerme,

—Cáspita! Da. Blanca, interrumpió el general con voz tonante y seño alterado: sabeis señora que me estrujais como á un chiquillo, y vais á concluir por darme de palmadas para que me someta á vuestras indicaciones?

Da Blanca vió que el conde se había ofendido de la claridad de su razonamiento, pero se dijo á sí

misma: ya he empezado y no debo retroceder; así pues trató de emplear un poco de diplomacia, pero afrontar con decisión el asunto, y le dijo—no os enojeis amigo, contra esta pobre muger que os ama tanto á vos como á ella y permitidme, señor general, os recuerde aquellos versos de la voz de la naturaleza que dicen:

Arbol que crece torcido

Nunca su tronco endereza &, &.

—Bien, bien señora, trataré de complaceros, pues á la verdad, el versito citado vale más que una compañía de lanceros frente al enemigo, y fuerza es confesar que habeis arrollado mi vanguardia, así pues me declaro vencido y me rindo á discrecion—¿estais satisfecha?

—Si señor Conde y os doy las gracias, asegurandoos que si procedeis de acuerdo con mis indicaciones, me habeis dado una prueba más de aprecio y hecho un gran bien á Amelia.

—De hoy en adelante seré menos complaciente con mi Amelia, trataré de oponerme á sus pretensiones, pondré siempre al pié de sus solicitudes un «no ha lugar», bien grande y si es preciso la mandaré arrestada al cuarto de bandera. El general no podía hablar sin mezclar términos militares hasta en los asuntos domésticos.

Iba á responder Da. Blanca á los términos insidio-

sos de aquel, cuando fué interrumpida esta última conversacion, por un golpecito dado en la puerta por donde había entrado el conde.—Este se levantó con la agilidad de un niño, abrió, y un sirviente de comedor se presentó perfectamente vestido y cuadrándose delante del general le dijo:

—Señor Conde, la mesa está pronta.

—Bien, ¿y Alberto y Amelia donde están?

—Ambos andan en el jardin del norte.

—Hazles subir, y le hizo una seña con la mano derecha indicándole que se retirara.

El sirviente despues de una profunda reverencia, giró á la derecha con la destreza y precision de un soldado de línea y se alejó.

D. Luis á su vez dió vuelta, y dirigiéndose á Da. Blanca con muestras de afecto, le dijo: si gustais, nuestra mesa nos espera, y puso la mano en actitud de recibir la de aquella.

—Oh! sí, dijo Da. Blanca, mirando al reloj de la chimenea, la hora es avanzada, pues con la conversacion el tiempo ha corrido velozmente y tenemos ya las once y media pasadas.

Es que ese reloj, dijo el Conde, marcha tan aceleradamente como su señora que jamás se queda á retaguardia, y sacando el suyo, apoyó el dedo pulgar sobre el muelle, la tapa se alzó y lo puso delante de los ojos de aquella, quien al ver que sólo eran las

diez y media exclamó: ah! señor general, teneis razon, ese reloj es un perverso que cuando se le antoja me chasquea y aun me hace adquirir la fama de precipitada, que no es un bello adorno por cierto.

El general sonriendo de la agudeza que contenía aquella contestacion rápida é ingeniosa, le tomó la mano y ambos se encaminaron al comedor, como buenos amigos.

CAPITULO II

Los esposos

Luis Roberto de Floriani, último vástago de la noble y rica estirpe de los condes de Floriani de Milan se había cubierto de gloria en numerosos combates al frente de su cuerpo de caballería, habiendo tenido que retirarse del servicio á consecuencia de dos gloriosas heridas recibidas en la pierna derecha que lo dejaron inútil para las armas.

La Lombardía se había visto fuertemente sacudida por los desastres de la guerra, hasta que subió al gobierno de Milan el Príncipe Wenceslao Antonio de Kaunitz-Rietberg, quién muy luego se puso á la cabeza de grandes y benéficas reformas que con notable juicio y tino práctico supo plantear en la administracion.

Le siguió Cristian Beltrame, y á pesar de las luchas y dificultades que se atravesaron en su camino consiguió superarlas, restablecer la calma y reavivar el comercio, al punto que el pueblo agradecido le dió el nombre de Ilustre.

El conde Carlos de Firmian natural del Tirol, asu-

mió despues el gobierno de Milan y como hombre amante del progreso y del estudio, abrió una série de reformas, levantó diversas cátedras y estendió profusamente las escuelas. El conde de Firmian era aficionado tanto á la pintura como á la escultura y así favoreció las bellas artes y las elevó á un grado notable de progreso; coadyuvó al bienestar y á la felicidad de la Lombardía, sin descuidar por cierto de dotar al Estado de una administracion económica: defendió los derechos y los bienes de la Iglesia, honrando debidamente el culto católico, y por último reorganizó la Universidad, creóle una biblioteca, un esmerado laboratorio químico, jardín botánico y otros adelantos por el estilo.

Despues, bajo las bellas inspiraciones del reinado protector de Maria Teresa archiduquesa de Austria y esposa del duque de Lorena, que atravesó feliz un período gubernativo de cerca de cuarenta años, respetada por la Europa y amada por sus súbditos, llegó Milan á un grado notable de adelantos y embellecimientos respecto de otros pueblos de Italia. Se alzaron palacios suntuosos, grandes monumentos como el teatro de la Scala, el de la Canoviana, el Palacio Belgioroso, el Pio Albergo Trivulzio, la escuela de Ostetricia de Santa Catalina y tantos otros establecimientos de caridad y enseñanza que podrian mencionarse. Maria Teresa era humana,

able, virtuosa y magnánima, obtuvo el renombre de Madre de la Patria y su época se llamó el Reinado de Oro.

Fué pues en este último período de luchas homeéricas que tuvo Milan, y gran parte de la Lombardia, ya con la Prusia, ya con la Baviera, que la espada del jóven Floriani adquirió gran nombre al lado de cien otros héroes que Italia recuerda con veneracion y respeto.

El general Floriani era un hombre de buena edad á la época en que nos ocupamos de él, pues no contaba más de 48 á 50 años; su carácter era algo arrebataado y algunas veces tempestuoso, tal como un océano turbulento cuyas olas ajitadas y espumosas se encrespan con furia, corren precipitadamente, se envuelven unas con otras yendo á estrellarse en las restingas y pedregosos escollos que se ocultan en su fondo; verdad es que en ese mismo fondo suelen encontrarse corales y nítidas perlas que pueden tomarse en los momentos serenos y apacibles: era además despótico de ordinario, como hombre acostumbrado á mandar y ser obedecido: su continente marcial, alto, delgado y ancho de hombros, cabello escaso empezando lijeramente á encanecer; no usaba barba, sino solamente bigote que era poblado y largo, un semblante y apostura resuelta, su mirada penetrante fija, escudriñadora y hasta cierto punto impertinente;

asi es que cuando él fijaba su vista era difícil sostenerla y había que bajar los ojos.

El señor de Floriani había casado con Da. Blanca Teresa Bosconiche de la casa Bosconiche de Austria, con quien llegó á ser sumamente feliz, no solo porque era una muger bellísima que descollaba entre las damas de su época, sino porque poseía un caudal precioso de virtudes y un caracter tan dulce como angelical; sus maneras eran tan distinguidas y elegantes que le daban un brillo aristocrático admirable, teniendo un corazon de oro, tierno y compasivo, que era el consuelo de los pobres y el refugio del infortunio, pues donde había miseria y dolor allí ocurría la bondadosa austriaca.

Da. Blanca, pues, arrebatava las miradas de todo el mundo y recibía siempre las ovaciones y atenciones de la sociedad más distinguida de caballeros y damas de Milan; todo lo cual complacía altamente al general y formaba su más completa satisfaccion y dicha. La condesa tenía una espléndida voz y cada vez que se hacía oír obtenía los más calurosos aplausos.

Vestía con gran lujo y elegancia, sus alhajas eran notables, de modo que cuando se presentaba en la alta sociedad, las señoras la devoraban, sometiéndola al exámen más riguroso: al instante se oían las conversaciones y cuchicheos de las envidiosas y de

las que no lo eran: las unas hablaban de la elegancia de su toilette en general, aun cuando lo encontraban ya recargado en sus adornos, ó que tal cinta no hacía juego con el vestido: otras se ocupaban de los ricos y valiosos encajes de las guarniciones, aquellas criticaban lo elevado y abultado del peinado; y por último todas admiraban con envidia las perlas y brillantes que adornaban su contorneada garganta, sus brazos y manos. En fin, puede decirse que Da. Blanca era una de las damas más bella, elegante y lujosa de la alta sociedad.

El cielo había concedido á este feliz matrimonio varios hijos, de los que á la sazón sólo dos vivían, el mayor Luis Carlo Alberto á quien llamaban por este último nombre y llegaba á la edad de unos 19 á 20 años; y la otra Maria Luisa Amelia escasamente era núbil pues sólo tenía 13 años ó poco más siendo esta última nacida en Viena capital de Austria y aquel en Milan.

Amelia había obtenido de natura la belleza y candor de la autora de sus días, pero también el carácter impresionable, entusiasta, apasionado y violento de su padre.

Desde muy niña se había acostumbrado á hacer sus caprichos, é imponer su voluntad á despecho de su previsora é inteligente madre, bajo la reprensible tolerancia de su complaciente padre: pues por una

aberracion de esas que no tienen explicacion alguna, pero que son frecuentes en la vida, aquel hombre de carácter duro, inflexible y despótico, era todo lo contrario con su hija Amelia á quien complacía y toleraba hasta la exageracion.

Siempre que la madre negaba algo á su hija, por razones que estimaba justas, ó bien se oponía á alguna de sus caprichosas pretensiones, ocurría en seguida al conde con semblante compunjado y hasta casi lloroso, quejándose de la dureza de su mamá.

El conde sin inquirir cosa alguna, ni investigar las razones que tenía su esposa para proceder asi con la niña, la agarraba y estrechaba entre sus brazos, la acariciaba y sobre tablas le otorgaba cuanto deseaba, quedando asi Amelia triunfante para hacer su gusto á despecho de la autoridad materna.

Hé ahí pues, la razon del diálogo ó conversacion del capítulo anterior entre el conde D. Luis y la condesa Da. Blanca.

CAPITULO III

—

El nido de pájaros

—

La mañana era deliciosa, el firmamento estaba aquel día como de gala, con ese azul celeste espléndido y sereno, que sólo el cielo de la poética Italia sabe ostentar; el aire era ágil y apacible, saturado con el perfume que exhalaban las variadas flores del matizado verjel que circundaba el artístico palacio.

Rosa, la sirvienta de Amelia, salía con una preciosa jarra de cristal labrada, para ir al establo á traer leche recién ordeñada, operacion que hacía indefectiblemente todas las mañanas, pues era costumbre de la condesa y de Amelia desayunarse con un buen vaso de leche fresca.

La tal sirvienta, siempre iba á traer la leche un poco antes de la hora necesaria, pues llegando á la vaquería empezaba á charlar con el mozo que cuidaba ese departamento, que era un garzon de unos veinte y ocho años á lo más.

Carloto, que así lo llamaban, aun cuando tenía mucho de estúpido ú ordinariote, como que estaba

acostumbrado á manejar animales, era sin embargo un moceton fuerte, carnudo, rosagante, con unos colores que daba placer, unos brazos musculosos, una garganta blanca y contorneada, unos dientes grandes, sanos, blancos y admirablemente parejos, con los cuales podia romper un coco; en fin, aun cuando Carloto trascendía á estiercol, era un pedazo de muchacho ricoton por el cual se bebía los vientos la buscadora de leche, de tal modo que podía decirse, que en vez de ser él quien arrastrara el ala á la Rosita, era ésta la que se moría por aquel.

Verdad es que aquella jóven no adeudaba mucho á la Diosa hermosura, pues tenía una boca que era como una laguna por su forma, capacidad y jugos, flacona de cuerpo, escasa de formas simbólicas, su talle y los rasgos de su fisonomía desabridos é incípidos; y puede decirse que lo único que le favorecía era su aseo y esmero en su persona y vestidos. Tenía buen color blanco despercudido, unos ojazos pardos rasgados, pestañas tan tupidas como largas y un modo de mirar dulce y atrayente; un pelo abundante castaño claro que ella cuidaba mucho, comprendiendo que el cabello no solo es un gran adorno en la muger, sino que hace abrir los ojos al hombre y le agrada mucho y muchísimo: despues de todo, Rosa era una chica viva, espiritual, lista en todas materias, muy amante del sexo fuerte, y la naturaleza

la habia dotado de un caracter bondadoso y sufrído, corazon bueno, sensible, afectuoso y capaz de cualquier sacrificio por las personas de su predileccion.

Colocando pues, en una balanza sus desventajas, y en otra sus buenas cualidades y escelentes condiciones, puede decirse que estaba nivelado el activo con el pasivo de aquella humanidad andante.

Como Amelia se había levantado un poco más temprano de lo de costumbre, para estudiar una pieza de música que le había flechado, al ver salir á su aya le dice.

—¿Adonde vas Rosa?

—A la vaquería, señorita ¿quiere vd. algo?

—No.

—O pensaba ir vd. á dar un paseito por el jardin?

—¿Tan temprano?

—¿Y que tiene eso? la mañana está templada y deliciosa.

—Me parece bien la idea—¿sabes?

—Pues en ese caso, señorita, acabe vd. de arreglarse que yo esperaré.

—Convenido.

—¿Quiere vd. que le alcance su sombrerillo? dijo Rosa.

—No es preciso.

—¿Y la sombrilla?

Nada, nada, vamos así, pues no me gusta llevar embarazos en las manos.

Ambas salieron conversando en dirección á la vaquería.

Amelia le dijo: Mira Rosa, después de aspirar este aire balsámico y delicioso, no estoy dispuesta á sahumarme con la fragancia de los establos.

—Pues señorita, dicen los prácticos que el olor á estiercol hace mucho bien á la salud, y que los médicos modernos mandan á los tísicos á que aspiren ese olor.

—Pues te permito, y sin violeneia alguna, que goces tú sola de esas ventajas, desde que yo, á Dios gracias, no estoy tísica y puedo dispensarme de ese placer; así pues, anda tú Rosa á tomar la leche, que yo me quedaré por el Parque para recoger flores o buscar nidos.

Rosa decía todo eso, sabiendo que Amelia no había de ir á meterse á la lechería, pues lo que la sirvienta quería era ir sola para poder echar unos buenos párrafos con el gordiflon de Carloto, así pues se despidió muy contenta de su señorita, y cada una tomó por su lado.

Amelia ignoraba que en Palacio existiera un huesped que había pasado inapercibido para ella, y con el cual debía de tropezar más adelante, así es que

gozando de toda su libertad en el recinto de su casa, se entregó como buena niña á correr por el Parque de un lado á otro, sin preocuparse de cosa alguna, dando así tiempo á que regresara su aya para tomar su vaso de leche é ir á ocuparse del estudio de la pieza de música.

Explicaremos la presencia en Palacio del huesped, para no precipitar los sucesos.

El gerente de uno de los establecimientos de la familia Floriani no había podido presentarse en palacio al fin de aquel trimestre por hallarse algo indispuerto, y tuvo que mandar á su hijo Eduardo que era no más que un jovencito, con las cuentas y saldo trimestral; pero como el conde no tenía en aquel momento bastante tiempo para ocuparse de estas cosas, tuvo que demorarse Eduardo hasta que lo despachase aquel.

Como era la vez primera que venía á Palacio y no conocía aquella suntuosa mancion, ni tampoco tenía cosa alguna que hacer, empleaba su tiempo en recorrer las adyacencias de palacio para gozar de la hermosura de aquel regio recinto donde había tanto que admirar en edificios, jardines y accesorios.

Volvía de su paseo aquel dia y al dar vuelta una avenida, divisó á la hermosa niña Amelia que con el fin de apoderarse de un nido de pajaritos se había trepado sobre un castaño, quien al ver que venía

aquel jóven en la misma direccion en que ella se encontraba y que iba á ser vista como una machona, trepada sobre un árbol, abandonó su conquista que ya tenía, puede decirse bajo su mano ; pero al descender con precipitacion, enganchó su vestido en una rama, dejando su cuerpo descubierto y á la vista bellezas que jamás deben mostrarse y menos en una forma inconveniente ; y Eduardo que vió que aquella niña iba á caer, corrió con la velocidad del rayo y la recibió puede decirse en sus brazos, cayendo sobre su pecho todo el peso del cuerpo de Amelia y tuvo forzosamente que rozar su mano sobre ciertas formas prominentes y posteriores, sin poderlo evitar ; así como su cara con la de la niña y chocar un cuerpo con otro.

—Escuse Vd. señorita mi atrevimiento, pero ví que iba Vd. á caer, haciéndose daño y no pude evitar el natural impulso de correr para recibirla, y evitar así una desgracia.

Amelia aturdida y avergonzada de que aquel jóven le hubiese visto el cuerpo con sus ropas descompuestas, é impresionada de que la recibiera en sus brazos, no atinó á darle gracias ni decirle una palabra, sino que cuando se sintió ya en el suelo, salió corriendo asustada y ruborizada, en direccion al palacio.

Eduardo se quedó estupefacto al verla desapare-

cer por entre los árboles y las flores, como una ágil mariposilla, quedando en su juvenil corazón una sensación dulce, nueva é inesplicable.

La zagala entró en palacio para cambiar de trage, y al verla su mamá con los vestidos desgarrados le preguntó, como era natural ¿ Qué es eso niña, que ha ocurrido que vienes con tu ropa en girones ?

Amelia se puso colorada como una grana, y sin saber por qué ocultó el trance ocurrido con el joven, y contestó á su mamá, que al ir á coger un nido de pajaritos, su vestido enganchó en una rama con espinas y se lo había arrancado ; lo cual era perfectamente cierto y no faltaba en esto á la verdad.

La condesa notó algo, que sin saber por qué le llamó la atención al verla ruborizada de aquel modo, y la envolvió en una mirada escudriñadora, como queriendo penetrar en lo hondo del corazón de su hija, y luego agregó :

—¿ Pero nada más te ha sucedido, niña ?

—¡ Nada más, mamá ! y ¿ qué hay de particular que mi vestido se haya arrancado en unas ramas espinosas ? ¿ no veis que no me he hecho mal alguno ? ó acaso os habeis vuelto económica y sentís que pierda mi vestido ?

—Bien, bien niña, vé á tu cuarto y has que Rosa te cambie de vestido y luego ven á la sala de estudio.

Amelia salió en dirección á su tocador, llamó á

Rosa para que la desvistiera, y al entrar esta exclamó :

—¡ Oh señorital que la han atacado los perros ?

—No, respondió á secas Amelia, con cara adusta, como si no le gustare que le hiciera preguntas al respecto.

Debemos advertir, que Rosa al regresar de la vaquería con su jarra bien repleta de leche, vió la disparada de la señorita, y al pretender llamarla se apercibió de que el gallardo jovencito que hacía pocos dias se hallaba en palacio y á quien no conocía, se había quedado como estático en el sitio del cual le pareció haber salido la señorita ; cuya circunstancia obligó á la curiosa Rosa á dar algunos pasos hacia atrás, con el fin de ocultarse entre los árboles y examinar el campo para ver lo que ocurría, ó por lo menos tratar de interpretar lo que allí había pasado ; pero apesar de volverse ojos la maliciosa aya, nada vió, y sólo pudo comprender que Amelia había salido corriendo de aquel punto y el jóven quedado como D. Bartolo pensativo sin moverse en el mismo sitio en que la fugitiva lo dejó.

—Vamos con un poco de calma en este asunto se dijo ella. ¿Qué ha ocurrido entre estos dos jóvenes ? ¿qué accidente trajo á la señorita á aquel sitio, ó bien al jóven extranjero cerca de aquella ? Nada absolutamente pudo aclarar la curiosa sirvien-

ta, y tuvo que seguir su camino, revolviendo en su cabeza mil ideas vagas y tontas; pero Rosa que tenía, como quien dice, la espina dentro y sabiendo que aventuraba el desagrado de Amelia, replicó:

—Pero ¿y cómo fué que se desgarraron sus vestidos señorita? ¿qué no había alma viviente por allí que tuviese bastante interés y la defendiese? todo lo cual lo dijo con cierta malicia, clavando una mirada impertinente en la niña.

La condesita se enderezó como si la hubiesen apostrofado, al oír aquella maliciosa frase de «¿que no había alma viviente por allí que tuviera bastante interés y la defendiera?» y su primer impulso fué echarla en hora mala por permitirse más confianza de la que debía; después estuvo tentada de referirle el lance ocurrido, pero por primera vez guardaba un secreto que se relacionaba con su corazón juvenil, aun cuando no podía apreciar latamente su importancia, y al fin le contestó:

—¿Qué te importa á tí? vé lijero, y traeme la ropa que te he pedido.

Rosa meneó la cabeza y salió con paso lento á ejecutar lo que se le ordenaba, pero siempre con hambre de saber lo que había ocurrido.

Volvió Rosa, cambió ropas á su señorita, y ésta sin hablar palabra, salió de su cuarto y se dirigió á la sala de estudio en que la esperaba su mamá.

Al día siguiente y á la hora, más ó menos, en que tuvo lugar la escena del nido de pájaros, Amelia subió al mirador con un libro en la mano, que llevaba como pretexto, pues su objeto era ponerse en acecho, á ver si divisaba al hermoso jóven que tan solícito le evitó una caída que podía bien haberle hecho grave mal: allí se apostó con su libro abierto, pero con sus miradas fijas en el punto consabido del castaño, esperando un algo de que ella misma no se animaba á darse cuenta.

Un breve rato había transcurrido, cuando vió venir al jóven por el mismo camino del día anterior con paso lento y mirando para todos lados, luego se acercó al árbol, volvió á mirar á su alrededor y no viendo á persona alguna, recogió unos pequeños girones del vestido ó puntillas de adorno que habían quedado en el árbol.

El corazón de la niña latía precipitado al contemplar aquella solemne y silenciosa ceremonia.

El jóven envolvió esos fragmentos los aplicó á sus labios y sin duda los besó guardándolos en seguida. Luego continuó su camino, se paró, esperó largo rato, y al fin se fué, paso á paso, mirando siempre de un lado á otro, tal como si se hubiere dado una cita y la persona aludida no hubiere concurrido á ella.

Amelia observaba é interpretaba todo, y aunque

no era más que una niña, sin embargo ya entraba en esa misteriosa pubertad, con esos efluvios espontáneos del fuego sacro de amor, así pues su corazón por vez primera se asociaba á este incidente amoroso. Se propuso al día siguiente salir en compañía de su aya, pero sin decir nada á ésta, á dar un paseo, pero con el ánimo de encontrarse con aquel jóven, é informarse cómo es que se hallaba en palacio, quién era, de donde venía, y qué misión desempeñaba allí.

En efecto al día siguiente llamó á Rosa para que la acompañase á dar una vuelta por el parque; lo cual agradó mucho á aquella, pues creía que este paseo debía tener su cola, como vulgarmente se dice, y algo debía averiguar; así es que Rosa se limitó á decir á su señorita que estaba á su disposición.

Tomó Amelia una sombrilla, se arregló bien es decir, mucho mejor de lo que exigía el paseo de que se trataba, y salieron ambas por la derecha del jardín que se encuentra frente á las habitaciones principales del palacio, luego entraron al parque, y empezó la condesita á pasar y repasar por ciertas calles, cogiendo flores aquí y allí, con las que formaba un ramo que luego deshacía para tener oportunidad de formar otro, pero no salía de aquel recinto, y como Rosa conocía ya el incidente ó al menos el inte-

rés de la señorita de andar por aquellas calles, que no podía ser otro, sino el de ver si se encontraba con aquel jóven, trató de obligarla á una confidencia ó al menos á que hablara algo al respecto, y asi le dijo.

—Mire Vd. señorita, aquí hace sol y del lado de la vaquería hay sombra y es un parage más lindo que este.

—Calla, dijo Amelia, no me hables de ese lado que siempre me parece que tomo olor á establo y á qué se yo que otras cosas; sobre todo me gustan mucho más estos alrededores y....

—Y á más, la interrumpió la pertináz camarera, por aquí suelen cruzar jóvenes buenos mozos, ¿no es verdad mi querida señorita?

Amelia se puso roja como una grana, pues no esperaba este brulote tan repentino y decidido, quedando cortada cual si la hubiese pillado infraganti en una mentira ó travesura cualquiera; pero trató de reponerse y recuperar su calma tomando un aire de superioridad y le contestó: ¿que dices charlatana de jóvenes y de buenos mozos ¿á qué aludes?

—Ya te atrapé, tortolilla astuta, se dijo Rosa para sí, tu sorpresa y los tintes de tu cara, te han vendido; vamos con calma, que la astucia y los años siempre dominan la inocencia y la niñez, de modo que con una cara de pascua y acercandose mucho á Amelia

le dijo.—Yo hablaba, es decir, si no le causa enfado á la señorita, del jóven que se encontraba aquí ayer, cuando Vd. salió corriendo y....

—¡Calla!, ¿Y dónde estabas tú?

—Se rindió á discrecion el enemigo, ya es mía, y repuso la camarera:—Yo volvía de la vaquería de recibir la leche, y sin pretenderlo, ví todo.

—¿Viste todo, dices?

— Si señorita, pero por casualidad.

—¿Es posible?; bien, calla y no digas nada á mamá, pues yo nada le he contado, y sólo dije que jugando me había desgarrado el vestido en unas espinas.

—¿Y cómo fué que se arrancó los vestidos la señorita?

—¿Pues no dices tú que viste todo? le interrogó Amelia aperciéndose que la había sorprendido la astuta Rosa, y que acaso le había arrancado su secreto con una argucia diabólica.

Aquí se encontró flanqueada la aya por sí misma, pero no se turbó, y así repuso:—No me fijé francamente en eso, pues Vd. sabe, señorita, que no soy curiosa y no me agrada imponerme, ni observar si quiera cosas ajenas.

—Veo, dijo Amelia con todo el candor de su edad, que eres una muchacha de juicio y discreta, así pues te diré lo que ocurrió.

—Mordió el pez el anzuelo, se dijo Rosa.

—Yo me había trepado al castaño que está al fin de esta calle por tomar un nido de pajaritos, y cuando estaba ya para apoderarme de la presa, cata aquí, que veo venir al jóven, ya cerca del sitio en que me encontraba, y el temor de que me hallara encaramada en un árbol, como una muchacha vulgar ó que pudiera verme las piernas, hizo me lanzara rápidamente al suelo; pero desgraciadamente mi vestido enganchó en una rama, y en vez de conseguir ocultar mis piernas, sucedió probablemente lo contrario, y habría caído mal al suelo, si aquel valiente jóven no hubiese corrido con la velocidad del rayo y no me hubiese recibido, como me recibió, en sus brazos. Yo toda avergonzada del lance, por lo que podía haberme visto aquel jóven, salí disparando con mis desgreñados vestidos—hé ahí lo ocurrido.

—Bien señorita, todo eso no tiene nada de particular ni hay porque agitarse; es un lance completamente inocente.

- Y sobre todo casual, agregó Amelia.

—Ya lo creo, niña, y no sé porque se puso Vd. colorada como una grana, cuando le hablé sobre este asunto.

—¿Porqué dices?

—Si señorita.

—Pues ya lo creo que hay materia para ponerse una como un carmin, pues cuando considero que mis

ropas se engancharon, y que aquel jóven habrá visto, ¡sabe Dios Rosa lo que habrá visto! Y acaso tocado!

—¿Cómo es eso de acaso tocado, señorita?

—Claro, pues no te he dicho que me recibió en sus brazos; y como mis ropas venían desarregladas es claro que me tomó por donde pudo, y sus manos corrieron, por donde corrieron, y tocaron cuanto tocaron...,

—¡Es verdad señorita!, recién me doy cuenta del lance, y me estremezco al considerar que un hombre le vea y le toque á una algo, y con las manos!! ¡Jesus! Dios nos libre de un caso semejante.

—En fin, Rosa, lo que no tiene remedio, remediado está.

—Eso es la verdad, señorita.

Como el jóven no apareciese, Amelia encargó á Rosa que se informara quién era y con qué motivo se encontraba en palacio; pero no le refirió lo que había observado desde el mirador, pues creyó conveniente guardar este secreto que era ya muy significativo.

Rosa que era suspicaz y viva, se puso en campaña para averiguar lo que su señorita deseaba; pero en sus primeras diligencias no fué feliz, pues nadie le daba razon.

Se dirigió al secretario del conde y con pretesto de que se había encontrado un pañuelo en el parque

y que debía ser de un jóven que se andubo paseando por allí á quien deseaba devolvérselo, le pedía tuviera á bien decirle quien era ese jóven y donde estaba.

El secretario sin sospechar cosa alguna, le contestó que aquel jóven era hijo del conserge de uno de los establecimientos de la familia Floriani, es decir del castillo cerca de Arona y que por enfermedad de su padre había venido á traer las cuentas del trimestre, pero que hoy de mañana había regresado á su destino, ya despachado por el señor Conde.

Comunicado todo esto á Amelia, lo recibió con suma tristeza y pasó algunos dias sin voluntad y sin ánimo para divertirse ni aun para consagrarse á sus cuotidianos estudios; pero al fin esto pasó, pues en la alborada de la vida mugeril, estos metcoros amorosos se presentan bellos, y luminosos, desapareciendo como una sombra, y su recuerdo cruza fugazmente por el alma casta de una niña, como fantásticas visiones que nos halagan y entusiasman por un momento y nada más.

El jóven aquel había sido efectivamente despachado de su comision, y tenía que regresar á Arona, pero antes de hacerlo quería ver por última vez á aquella angelical criatura que por un accidente casual había tenido en sus brazos, estrechándola contra su corazon, lo que no olvidaría jamás.

Aquel jóven buscó por todas partes á la señorita Amelia, que aun cuando no era más que una niña, segun lo hemos dicho, estaba no obstante en ese primer cuarto creciente de la mujer en que empiezan á despuntar las ilusiones, para decirle: —Señorita ¿me permite Vd. que guarde en mi poder estos gratos trofeos de mi feliz encuentro, y que los conserve como un recuerdo del nido de pajarillos? — En fin Eduardo se había apasionado de aquella niña, aun cuando no podía abrigar esperanza alguna, puesto que él era un pobre plebeyo y ella de noble alcurnia.

Como no la encontrara, tuvo que abandonar el palacio con suma pena y tristeza, dando un adiós á aquellas ilusiones pasajeras de la niñez.

CAPITULO IV

—

**Una mirada retrospectiva
al Castillo del Diablo**

—

El palacio ó castillo de los ilustres condes de Floriani, cerca del *Lago Maggiore* en Arona fué una mansion que llamó mucho la atención á mediados del siglo XVIII no sólo por el lujo esplendoroso que reinó en él, sino porque se reunía allí lo más esclarecido de la nobleza y alta sociedad Italiana, á los bailes, banquetes, conciertos y partidas de caza que con frecuencia tenían lugar en esa morada del placer y del contento.

Aquel fué un centro ostentoso de lujo, amores, juegos y deleites; verdad es que el tal castillo de Floriani era magnífico por su posición topográfica, sus estensos y amenos parques, sus bien delineados jardines, sus límpidos y azulados lagos y sus puntos de vista hermosísimos que tiene en perspectiva.

Ese castillo se hallaba situado, según hemos dicho cerca del distrito de Arona que es uno de los más deliciosos que se encuentran en los alrededores de la gentil Milan, y está orlado del anchuroso «Lago Maggiore» que puede decirse, sin temor de equivo-

carse, es tan hermoso como el Lago de Como y acaso más favorecido por los paisajes variados que ostenta aquí y allí, dignos de ser interpretados ó traducidos al lienzo por los genios fecundos é inmortales de la bella Italia.

Desde las eminencias de aquel, se divisan las siempre nevadas montañas de la Suiza que se encuentran sumamente próximas, y ofrecen un espectáculo soberbio sus variadas y ondulosas cumbres, donde el hombre puede admirar la grandeza de su Dios, pues cuando el sol va lenta y magestuosamente tramontando entre sus resplandores de fuego, es cuando mejor se divisan esas desiguales y puntiagudas cordilleras, cuyas doradas y relucientes crestas, arrojan rayos vivísimos de luz, que van cambiando de forma y de color á medida que el áurico faro del día va descendiendo al ocaso.—Cerca de ese hermoso Lago se vé á Pallenza con sus pintorescos alrededores y su siempre risueña naturaleza, sirviéndole de adorno «*Isola Bella*», que como un verdadero prodigio de la naturaleza, se levanta en medio de aquellas cristalinas aguas, con la elegante arquitectura de sus variados cuerpos, estátuas, torrecillas, pórticos, portones, balaustradas y enrejados.

Isola Bella es allí como una hermosísima muger que reúne un conjunto de gracias y perfecciones, envuelta en ricas y floreadas telas, encajes, blondas y

otros mil atavíos, que hacen de ella un verdadero eden.

No menos hermosa es la «*Isola Pescatore*» á la cual se le llamaba «La coqueta del Lago», y en efecto bien merecía ese nombre porque es preciosa bajo todo sentido.—A sus espaldas, y como para hacerla resaltar, se distingue el monte «*Salvatore*» que presenta una vista agradable por la gracia con que ha sido modelado por la naturaleza, cubierto casi siempre de ciertas sombras, como las que suelen rodear los ojos negros rasgados y tiernos de algunas mugeres brunas de la América del Sur; y en definitiva puede decirse que las campiñas que rodean Lago Maggiore son preciosas, no sólo por su fertilidad exuberante, sino por las artísticas pinceladas que la mano de Dios mismo, en un momento de entusiasmo dió á aquel espléndido cuadro.

Aquí se divisan los tranquilos rebaños que pasen silenciosos, cuidados por los chiquillos de las cabañas, que los dirigen á pié, ayudados por sus mansos é inteligentes perros, pues éstos no solo son los mejores guardianes de los rebaños, sino que son tambien los que con teson trabajan en otras faenas; allí se vé al pobre labrador encorbado, disputando con valor y perseverancia los frutos que la tierra ofrece al que con el sudor de su rostro los busca y conquista: de este lado corren los tortuosos arroyuelos que ser-

penteadando van á refrescar las olorosas plantas y á fertilizar los amenos prados, como hilos de reluciente plata; de aquel otro lado, se divisan algunos molinos, cuyas aspas giran veloces á impulso de los vientos activos de tramontana, que allí reinan con harta frecuencia, ó bien movidos por el agua, que se acumula en abundancia por medio de represas y que al caer hacen el efecto de las pequeñas cascadas, y en fin en todas direcciones se ofrece al observador, panoramas tan variados como caprichosos y bellos.

Las costas del Lago Maggiore, tenían entonces pequeños muellecitos ó mas bien dicho atracaderos, donde se veían amarrados botes cómodos con sus alfrombritas respectivas, para recorrer aquel pintoresco Lago, que como hemos dicho, es de los más visitados por los viajeros, el cual servía de línea divisoria entre el Piamonte y la Lombardía.

El castillo de los condes de Floriani, tiene pues en perspectiva todas estas bellezas que admirar, desde su elevada situacion.

Saliendo de la ciudad de Milan había que cruzar, en aquellos tiempos, caminos solitarios, escabrosos y llenos de quebradas para llegar á él, y subiendo luego por un tortuoso camino de curvas más ó menos sensibles con ascensos y descensos, pero siempre trepando la colina, se arriba á una hermosa planicie llena de vejetacion y de preciosas vistas;

luego se va descendiendo paulatinamente hacia la derecha para cruzar un ancho y abovedado camino, limitado en sus costados por antiguos y frondosos árboles, cuyo camino da entrada á un vasto parque, principio de las estensas tierras de los Condes de Floriani, las que son grandemente productivas por sus maderas, olivares, viñas y otros variados productos.

En la parte más alta de aquella vasta posesion, se eleva el formidable castillo de esa renombrada familia cuyos miembros tanto se habían distinguido en el foro, en los campos de batalla, en los parlamentos, etc.

La fachada principal es un hermoso y artístico trabajo de arquitectura, á cuyo frente se ve un jardin dividido en seis secciones con sus calles respectivas que convergen á un centro, formado por una gran fuente circular de mármol, ostentando al rededor doce pequeñas figuras caprichosas, de las que, cada dos quedan frente á uno de los canteros del referido jardin, y en el medio de la fuente se eleva, sobre un promontorio de rocas, la estatua de Neptuno, obra maestra, ejecutada en mármol, de tamaño natural, con su tridente en la mano y á sus piés seis Tritones con sus cuernos ó conchas anunciando la presencia del dios de los mares, lanzando incesantemente agua que va á caer en aquella fuente.

La larga calle de entrada se abre en dos círculos

al llegar al jardín, pudiendo por consiguiente los carruages penetrar por el costado derecho é izquierdo, y parar bajo un gran dosel avanzado que se destaca delante de la puerta principal.

Las personas que descendían de los carruages, bajo aquel dosel, subian luego cinco escalones, penetrando en un peristilo amplio y lujoso, cuyo pavimento es trabajado de mármol de varios colores, formando artísticos labores y á cada costado se ven dos puertas vidrieras que conducen á los diversos departamentos bajos del castillo.—A la entrada hállase una riquísima escalera de mármol de dos y tres cuartas varas de ancho, y al empezar el primer escalon se encuentra en sus costados dos macizos cuadrangulares de vara y media de alto, que soportan dos estátuas de bronce del estilo griego y de tamaño natural, que con ambas manos sostienen sobre la cabeza un gran mechero de tres luces cada uno.

Dicha escalera está trazada al cuadro y los pasamanos son de mármol riquísimo, de un palmo de ancho, colocados sobre baluartes de lo mismo, siendo cada uno de los escalones de un solo pedazo así como las enormes piedras que forman los descansos de cada tramo; en fin aquella es una entrada verdaderamente regia.

La fachada del edificio que dá á dicho jardín es

de un ancho notable, cuya parte alta tiene balcones salientes con persianas y es lo que corresponde á las habitaciones de la familia de los condes de Floriani, donde se encuentra el espléndido y regio salon de baile, el gran comedor, salon de recibo y de conversacion ; siguen despues los dormitorios, de familia, de huéspedes, biblioteca, etc. La parte baja estaba ocupada con sala de archivos, de juego, y otros departamentos para las personas del servicio ; y por último, á la derecha del edificio, formando un ángulo ó escuadra, se veía otro edificio de órden secundario, respecto de aquel y separado por un gran patio ó avenida, que estaba ocupado con las oficinas del gerente de palacio, escritorios y demás habitaciones de empleados.

No entraremos en la enojosa y larga tarea de describir lo interior del castillo, el lujo asiático que se veía en todas partes y especialmente en su basto mobiliario, en sus entapizados de arazzi, galerías colgadas de rico damasco florentino, sus regias alfombras de Persia, espejos venecianos, sus valiosos cuadros, arañas, adornos y por fin cuanto decoraba el suntuoso palacio en aquella época.

*
* *

El conde Ernesto Cárlos de Floriani, célebre parlamentario de su época, habia casado con Da.

Leoncia de Castellamare que era una jóven de diez y nueve años, bellísima, viva é inquieta, de vasta instruccion y deslumbrante talento, á la cual sus padres habian obligado á aceptar por esposo al conde que habia soportado ya cuarenta y siete inviernos, es decir que le llevaba veinte y ocho años y á quien aquella no amaba absolutamente, pues era feo y algo corcobado, pero sus ambiciosos genitores quisieron unirla á esa noble y distinguida familia, por su posicion social, su influencia en la corte, y sobre todo por sus inmensas riquezas.

La repugnancia y resistencia de la bella Leoncia á aceptar ese matrimonio, nacía principalmente de que su corazon pertenecia á otro hombre, pues estaba apasionadísima del jóven Fabiano Fabiani, que aun cuando iba á terminar la noble y distinguida carrera de arquitecto, sólo era hijo de sencillos y honrados padres, lo cual no podía llenar las desmesuradas ambiciones del escéptico Catellamare, que era un hombre sin corazon, sin sentimientos paternales, ni ideas religiosas, pues no había tenido en su vida más aspiracion, más amor ni más pasion que el dinero ; así es que sólo trató de sacar partido de la belleza de su hija Leoncia, que llamaba la atencion en todos los centros sociales por su elegancia, hermosura y trato esmerado.

Leoncia en medio de las ilusiones de la vida, y

amando hasta el delirio á Fabiani, tuvo que ahogar su pasión, romper los hilos brillantes de sus esperanzas, dando su mano al Conde de Floriani y pronunciando un « sí » como el de Lucía de Lammermoor, hostigada por su ciego y caprichoso hermano Aston, no obstante que su corazón pertenecía todo á Edgardo.

Leoncia sabía que profanaba el altar, que ofendía á Dios y traicionaba el vínculo sagrado del matrimonio, pero ella se decía, que todo eso recaía sobre su terco y obstinado padre, que la sacrificaba bárbaramente á su orgullo y ambición, pues fueron inútiles las observaciones de Leoncia, sus ruegos, sus lágrimas y sus resistencias por fin, pues su duro y tenaz padre no le dejaba otra alternativa, sino un claustro ó la mano del Conde.

Sabido es que los padres en Europa hacían, y aun hacen, en general, los casamientos de sus hijas, bajo el punto de vista del negocio y de las conveniencias sociales, y sobre todo de las pecuniarias. Los padres tratan los casamientos, como puede tratarse un negocio mercantil, sin preocuparse del afecto, del cariño y del amor que la novia pueda profesar al hombre con quien va á unirse por toda la vida, ó la repugnancia que le inspire; y así vemos que se hacen, no sólo los de las gentes del pueblo y de las familias acomodadas, sino hasta los

de la nobleza y aun de los mismos monarcas. En las convenciones matrimoniales, el corazón entra por poco, pues el cálculo frío y la especulación meditada, es la que todo lo resuelve.

El amor, la simpatía y el cariño no se toman en cuenta, sino el capital que se lleva á la sociedad y nada más ; así es que puede establecerse que el matrimonio en Europa, generalmente hablando, es todo especulación, negocio, capital, ambición y sed de oro ; en tanto que en nuestra América latina rigen los consorcios reglas muy distintas, que están encarnadas, no sólo en nuestra legislación sino también en nuestra educación, en los hábitos sociales, en las costumbres democráticas y liberales de estos países, y no sé si podría decirse con acierto que está en el clima, en el aire que respiramos y en el organismo de nuestros habitantes.

Entre nosotros los meridionales de temperamento apasionado y ardiente, el amor tiene, puede decirse, un culto ferviente, y es así que llega el hombre y la mujer á la unión conyugal, no por el ingrato vehículo del interés, sino atraídos por los impulsos poderosos de la simpatía, del afecto y del amor, trinidad suprema que une los corazones, garante la felicidad y hace fructífera la paz doméstica y la dicha, para legar á sus descendientes ejemplos saludables de unión sincera, de afectos recíprocos y

de felicidad comun; al menos esta es la fisonomía dominante de nuestros matrimonios, sin que por ello deje de haber escepciones; pero si nuestros matrimonios que están ligados ó eslabonados con los dorados anillos de la simpatía, del cariño y del verdadero amor, suelen sufrir discusiones, rencillas y profundas perturbaciones ¿qué sería si lo apoyásemos simplemente en el mercantilismo, si sólo se buscase el codiciado metal sin atenderse á la única base posible que es el cariño y el amor ?

—¡ Oh ! Nuestros matrimonios y nuestro órden doméstico no gozaría de las garantías que tiene hasta el presente, ni del órden y felicidad que generalmente reina en la vida íntima de la familia.

Los enlaces del mercantilismo se asemejan á la compra-venta, pues se entrega carne buena y apetecible por algunos puñados de oro, y nada más.

Obsérvese que las legislaciones Europeas, y los Códigos de los países viejos, consagran largas y vastas disposiciones á los bienes dotales, á las donaciones *propter nuptias*, *árras* y otros bienes del matrimonio; mientras que nuestro Código Argentino pasa rápidamente estas materias, puesto que entre nosotros no nos ocupamos demasiado de las convenciones matrimoniales, sino de hacer buenos consorcios entre seres que se amen y estimen, porque pensamos que el capital de afecto, es más impor-

tante para la felicidad de los cónyuges, que algunos puñados de pesos, que si bien nunca están de más, no son ni pueden ser la base ó cimiento de la familia ó de la paz doméstica.

Cuando el ambicioso Castellamare entregó la mano de su hija Leoncia al Conde de Floriani, el pobre Fabiani creyó morir de desesperacion, pues amaba apasionadamente á Leoncia. Esos amores se habian formado, puede decirse, desde la infancia, y sabido es el poder misterioso que tiene en nuestro corazon la primer pasion.

Al principio se apencionó profundamente el infortunado amante, se puso flaco y taciturno, negándose á tomar alimento, abandonó sus estudios, la sociedad, las amistades y todo género de distracciones ; en fin, faltó poco para que perdiera la razon ó para que sus pobres padres, lo vieran morir de pena, y puede decirse que sólo los cuidadanos de su cariñosa madre, sus desvelos y sabios consejos, pudieron salvar al jóven amante de las garras de la muerte.

El tiempo con su lenta influencia, pudo amortiguar un tanto su pasion, pero no obstante el recuerdo de Leoncia cruzaba hartó á menudo por su mente, mucho más cuando sabía positivamente que Leoncia lo amaba con ternura, y que sólo la crueldad del padre la habia inmolado á su ambicion.

Fabiani conservó en lo más recóndito de su alma, un odio invencible hacia el padre de Leoncia y mucho mayor contra el Conde de Floriani, que siendo conocedor de todo, es decir, de los amores que existían entre ambos, influía y coadyubaba poderosamente á que Castellamare estrechara á su hija para que le diera su mano, empleando no sólo la autoridad paterna, sino el rigor y la violencia.

Asi como en la amarga copa que debemos apurar, se vierte un medicamento, y apesar de revolverlo quedan y se precipitan sus eses ó atomos que no han podido disolverse, así se habian precipitado y quedado en el fondo del corazon de Fabiani el veneno, el rencor y el odio contra ambas personas.

El desdichado amante no podia conformarse con que el de Floriani le arrebatara su amada y que fuese á gozar de los tesoros de la muger por quien tanto suspiraba.

Unas veces acariciaba la idea de la venganza contra el padre, otras contra el esposo; combinaba las formas por las cuales podria robarle al venturoso conde su tesoro, y en medio de este torbellino, de esta anarquia de ideas, entre la razon y el delirio, entre la desesperacion y la resignacion, fué pasando sus dias amargos y tristes, adquiriendo lentamente la paz del alma y la tranquilidad de su espíritu.

Tan enojosa fué para Leoncia la infausta union

con el Conde de Floriani, que se vió espuesta á adoptar las medidas más extremas y funestas; ora pensó huir del odiado tálamo nupcial para ir á entregarse á su amado, pero la detenía el pudor natural, su dignidad y su nombre; ora intentó darse la muerte preparando un veneno, y esta última idea fué la que más acarició y estuvo á punto de llevar á cabo.— Con su oro la desgraciada dama se habia proporcionado el fatal veneno y más de una vez tuvo en la mano el pequeño pomo que lo contenía, acercándolo hasta sus labios, pero lo retiraba con horror abandonándolo y espantándose de su atroz designio; luego reaccionando se calificaba de cobarde, rehacia su resolucion, pero la memoria de Fabiani y el recuerdo de sus amores enterneceía por completo su corazon, su espíritu vacilaba y se rendía al dolor.

Asi entre la desesperacion y el llanto pasó Leoncia desolados y amargos días; llegando á ser para ella insoportable su marido y concluyendo al fin por odiarlo invenciblemente, desde el fondo de su corazon; aun cuando tenía que disimular su aversion ante él y ante la sociedad que frecuentaba su casa.

El carácter de aquella víctima de la ambicion paterna se tornó opaco y esquivo, tratando á su esposo con respeto y nada más, oponiéndole siempre tenás resistencia á sus gustos y pretensiones; en tanto que

se manifestaba fría, alejada y rencorosa con su padre á quien no podía perdonar, por más esfuerzos que hacia, el que tan duramente la hubiese sacrificado á su orgullo y ambición, vinculándola para siempre á una cadena más pesada y odiosa que la que arrastra el mísero esclavo entre la fatiga y el dolor.

Si, Leoncia, aquella infortunada esposa se encontraba aprisionada, por decirlo así, en una horrible cárcel, que aun cuando embellecida con diamantinas joyas y ricas telas, era siempre para ella insoportable, pues se hallaba como el ruiseñor cuando se agita en dorada jaula y lucha sin cesar en todos los momentos de su vida por quebrantar el reluciente alambre para recuperar la apetecida libertad; más aun, todas las personas, (por humilde que fuese su condición) le parecían que eran más felices que ella y las miraba hasta cierto punto con envidia.

Leoncia deseaba noche y día, encontrar el momento propicio de poder despedazar la horrible cadena á que la había ligado su cruel destino.

Ella reusaba decididamente presentarse en la alta sociedad, á donde su vanidoso esposo pretendía llevarla con frecuencia, para lucir á su hermosa mitad; pero aquella prefería la soledad y el retiro absoluto, porque él se armonizaba con su desgraciada suerte, y con su constante martirio; consagrando su tiempo á su hijo Julio Rolando que era lo único

que podia atenuar su aburrimiento y mal estar.— ¡Oh, pobre Leoncia! era en efecto, harto infortunada, pues es duro para una muger jóven y bella vivir en los brazos de un hombre repelente, á quien debe, contra el torrente de su alma, permitirle la posesion de su sér, en tanto que en su corazon vive la imagen del hombre amado, que conmovió su alma, y cuyos recuerdos jamás pueden borrarse, pues es evidente que la misma privacion aviva más y más el amor.

*
* *

Los tiempos cruzaron y la vida de Leoncia se deslizaba sin goces ni encantos, teniendo que someterse á las condiciones de su presente.

A esa época se presentó, como arrojado por los hados inhumanos en medio de la senda de aquella contrariada esposa, su antiguo amante, cuyo recuerdo estaba fotografiado y vivo en su corazon; pues allá en sus solitarias horas de exaltacion y amor le parecía que veia y acariciaba de su amante el rostro simpático y varonil, y cuando creía encontrar la paz de su alma en el reposo de la callada noche, más y más era invadida por el recuerdo de aquel, llegando á veces, mal su grado, á soñar que entre sus brazos lo estrechaba solícita y complacida, sin tener voluntad ni energía para estorbar sus triunfos al exigente amor.

Al despertar la agitada Leoncia bañada en sus dulces ilusiones, se estremecía al considerar sus peligrosos sueños, y buscaba entonces en la oracion ferviente, en la Religion y en su Dios un refugio contra sí misma.—Dadme, Dios mio, exclamaba, fuerza y valor para resistir valiente al tentador impulso.—Yo soy, es verdad, mísero gusano, y sé que contra las pasiones, debilmente lucha la pobre humanidad; pero vos señor, que todo lo podeis, que dirigis cielos, mundos y séres, salvadme del próximo naufragio.

Al volver á verse Leoncia y Fabiani, se reavivó su pasion aun no extinguida, y como surge la ardiente lava en furiosas y abrasadoras llamaradas del crater hirviente de un volcan, asi se incendiaron de nuevo aquellos dos corazones, nacidos el uno para el otro, y su cruel destino quiso que todo coadyubase y se presentase facil para rendir sin tasa sus mútuos sacrificios al dios vendado.

Leoncia que le habia concedido antes á Fabiani su inclinacion y su amor, le entregó entonces con harta facilidad los preciosos tesoros de su sér ardiente, pisoteando asi el honor de su esposo y rompiendo todos los vínculos que la ligaban á aquel odiado consorte.

El feliz amante penetraba, segun las referencias populares, por el balcon de la izquierda que mira

al jardín que ya hemos descrito, á favor de una escala de cuerda que ella colocaba en aquel, y regresaba al terminar la noche, pues lo esperaba una pequeña embarcacion que dejaba á orillas de Lago Maggiore, la cual manejaba él mismo y con ella cruzaba el movable estuario.

Esta situacion tan delicada y peligrosa de los amantes, corría así, sin que ocurriese accidente alguno que la turbase.

El secretario del gerente de Palacio, Adan Cou-dart hijo de francés, pero nacido en Italia, era un jóven de unos veinte y cuatro años, de esmerada educacion, elegante, bien parecido ó mejor dicho buen mozo, de rubios cabellos, ojos azules claros, con una fisonomía franca y graciosa y de carácter circunspecto; en fin era un jóven realmente simpático y apreciable en todo sentido.

Adan abrigaba una oculta pasion por la jóven condesa, aunque sin esperanzas, no obstante que esta lo trataba con afabilidad y hasta con cierto aprecio.

Aquel jóven vivia al rededor de las acciones de su bella señora.

Las habitaciones que ocupaba, quedaban á la derecha pero frente al departamento de la encantadora Leoncia, y así cuando ésta salía al balcon á respirar el suave perfume que exhalaban las frescas flores del jardín de Neptuno, Adan, só pretesto de tarjar su

pluma, se ponía á la puerta, haciendo el maquin de que cortaba los puntos; pero la verdad es, que más miraba á Leoncia que al objeto que tenía entre sus manos.

La condesita bien se había apercibido de las demostraciones de Coudart, y fuese que para ella no era indiferente aquel jóven, ó que realmente sin intencion salía con frecuencia á su balcon, el resultado es que, á cierta hora ella abría su ventana y ya nuestro jóven se encontraba firme en su puesto, esperando un saludo acompañado de una amable sonrisa que le dirigía doña Leoncia.

No hay cosa más activa y poderosa que los amores en expectativa, pues el alma empieza á vagar en las deliciosas y seductoras regiones del platonismo, acariciando siempre gratas esperanzas, pretendiendo interpretar las acciones, los movimientos, las sonrisas y hasta las más insignificantes miradas de la muger amada.

Adan pues, vivía en un cielo de venturas que sólo existían en su fantástica y anifiada imaginacion, puesto que no tenía dato alguno para abrigar una verdadera esperanza.

Algunas veces pensó en hacerle alguna seña que le diera á entender su afecto, con el propósito de ver el efecto que se producía en ella, pero la humilde posicion que aquel jóven tenía, le quitaba hasta la espe-

ranza de poder significarle su amor; otras veces intentó escribirle una cartita en términos ambíguos y sin firmarla, á ver si la recibía, pero muy luego se hizo esta reflexion: ¿Con qué derecho puedo atreverme á dirigir un billete amoroso á una noble dama casada? ¡oh no!, esto sería un avance incalificable, un atrevimiento sin esplicacion.—Vamos por partes, se dijo el apresurado amante, exploremos con calma el terreno, tomemos un pequeño ramito de flores en la mano, acerquémoslo á la nariz en actitud de olerlo y ofrecerlo, y tratemos de leer en el semblante de la bella Leoncia el efecto que se produce, y si asoma un signo de repulsion, nos ponemos en guardia, tomamos un aspecto grave y respetuoso como si aquel movimiento hubiese sido inopinado y sin intencion; y si por el contrario el rostro encantador de la condesa se muestra afable y propicio á nuestro ofrecimiento se lo brindamos de veras y decididamente; todo esto es cuestion de habilidad y de tino, asi pues aquel mancebo quedó esperando que se presentara una buena oportunidad.

Una noche en que Adan había regresado muy tarde de una reunion, abrió su ventana como tenía de costumbre antes de acostarse, para dispensarse el placer de mirar á las habitaciones de aquella muger querida; y despues de un rato, al ir á cerrar su balcon, le pareció que en aquel momento veía aparecer

una luz en la misma estancia de la condesa, la que se movió de arriba á abajo tres veces y desapareció en el acto, quedando todo como antes en tinieblas, y sin saber porqué, ni tener antecedente alguno, sospechó que aquella podía muy bien ser alguna señal convenida; pero en seguida se interrogó á si mismo.— ¿Y á quien puede ser dirigida á esta hora abanzada?, ¿habrá acaso algun misterio en la vida de Leoncia? ¡Oh! nó, ese angel, esa jóven pudorosa, esa imágen hechicera de la virtud, no puede tener misterio ni menos estar envuelta su espléndida existencia en el manto ruin del engaño y de la perfidia.

Verdad es, continuó Adan argumentándose, que Leoncia es demasiado jóven y bella; en tanto que su esposo el Conde de Floriani, es entrado en años, repelente y feo; pero todo esto ¿qué tiene que ver con la luz?, en fin abandonemos tan ofensivas como injustas sospechas y vámonos á dormir con nuestras dulces ilusiones de amor.

Se había quedado Adan preocupado con estas reflexiones, pero se iba ya á retirar, cuando ¡oh horror, oh infamia! y sin querer ni pretender descubrió, y fué testigo de una terrible trama é infidelidad de aquella mujer por quien su corazon palpitaba.

Un hombre envuelto en negro y largo manto, entró por el parque, salvó la reja de fierro cual ágil marinero que con admirable maestría trepa á tesar las

járcias, cruzó el desierto jardin y luego aquel bulto misterioso, empezó á elevarse como un fantasma que las rapiñadoras aves del infierno van llevando sobre sus amurcielagadas alas, pues aquella figura bruna se dibujaba claramente sobre los muros del palacio y se le veía ascender, sin duda por una escala de cuerdas, y así llegó á la ventana del balcon que estaba abierta de esprofeso por la mano impia de aquella muger, y penetró tranquilo en el cuarto de la condesa, que había dejado á oscuras.

¡Todo quedó en silencio!

Las tinieblas y el silbido del viento rodearon aquel recinto.

Una lechuza cruzó rápida y siniestra sobre la cabeza del curioso observador, haciendo oír su resoplido aterrador, el cual impresionó á Adan, pues á pesar de ser un jóven despreocupado, aquel fatídico animal lo conmovió y vino á dar á aquella escena un aspecto lúgubre y funesto.

Coudart se agarraba la cabeza desesperadamente, no podía dar fé á lo que sus ojos acababan de ver, creía que se había engañado, que estaba bajo la acción de una pesadilla y exclamó;

¡Dios mio! ¿será cierto todo esto?

¿No hay virtud ya en la tierra?

¿Todo será mentira, falacia, perjurio!

Luego no existe la honra!

- Ni la dignidad!

Ni los vínculos santos!

Ni los juramentos!

Bien pues, vamos á cerciorarnos, ó á comprobar los hechos y despues veremos.

Las horas rodaron lentamente, y al fin el venturoso amante volvió á descender por la misma escala, antes de despuntar la aurora.

La envidia, los celos, la rabia y todas las pasiones desencadenadas le sugirieron á Coudart la idea de correr al camino y matar á aquel hombre, undiéndole cien veces su puñal; pero luego reflexionó un momento y se dijo—¿Con qué derecho voy á matar á ese hombre?—¿Es acaso Leoncia mi esposa, mi hermana ó mi querida si quiera?—¿Quién me encarga de ejercer esta venganza?—¡Ah! no, no puedo, no debo hacerlo, pero si puedo denunciar el hecho al misero conde para que mate á ese afortunado amante.

Un momento despues volvió á meditar, y desechó nuevamente tan ruin propósito, pues le pareció una accion villana é indigna de su honradez y rectitud; porque á la verdad, Adan era un jóven distinguido, cuyo corazon no estaba corrompido, sinó simplemente enamorado.

Larga lucha sostuvo su espíritu á este respecto, pero luego calculó. que el único medio que tenía y

le presentaba la casualidad de poseer ó apoderarse de aquella pérfida y encantadora muger, era perderla ante el mundo, ya que ella misma se había degradado, arrastrando su honra por el fango cenagoso de la más torpe impudicia.

—Mas ¿porqué me hallo perplejo?, ¿porqué esta falta de valor?—¡oh! si, lo comprendo, porque no me encuentro con títulos bastantes para afrontar el asunto y sobre todo para dar un paso que al fin y al cabo grava mi conciencia.

Acarició de tal modo esa diabólica idea que ya no se detuvo en nada, y escribió un anónimo al conde, concebido en estos términos:

«*Dormid tranquilo, mientras vuestra esposa*»

Esto le pareció bastante, así pues dobló el papel, cerró la ventana y se echó sobre su cama á ver si podía conciliar el sueño, pues aun cuando estaba ya cerca el dia, no obstante le quedaban algunas horas que aprovechar; pero fué inútil, pues el Dios Morfeo no se dignó acordarle sus favores.

Buscó y encontró Coudart, la propicia ocasion de poner ese fatal papel en el escritorio del conde, encima de la carpeta negra donde él escribía, para que no pudiese dejar de verlo al sentarse en su silla giratoria.

En efecto, el conde volvía de almorzar feliz y tranquilo; entró en su escritorio y ocupó como de costumbre su silla para trabajar.

Cuando el conde tomó en sus manos el terrible escrito y lo leyó, saltó de su silla, se puso pálido, sus miembros temblaron bajo el dolor de una impresión tan atroz como inesperada, sus piernas flaquearon y tuvo que sentarse en la misma silla y poner su mano derecha sobre los ojos, porque le pareció que se le oscurecía la luz.—Sin embargo, después de algunos instantes, empezó á tranquilizarse; sobrevino la reflexión, y entró á considerar que su esposa era de honrado y noble solar, y que aquello no podía responder sino á una venganza ó á un infame proyecto: arrojó con indignación el papel, casi arrepentido de haber podido por un momento, poner en duda la fidelidad de su Leoncia, y entonces sólo se propuso averiguar quién era el autor de aquel infame anónimo, que ofendiéndolo á él mismo, ultrajaba el honor de su esposa.

El Conde no pudo desde aquel momento ser feliz ni estar tranquilo, pues la ponzoña de los celos, ya se había infiltrado en su corazón, y su espíritu febril giraba como un molino impulsado por un elemento prepotente, al rededor de su martirio.

Algunos momentos pensó que pudiera haber algo de cierto, y esta sola idea, crispaba su miembros, y empezaba á saborear la venganza con mil formas extravagantes; mas después desechaba tales pensamientos y volvía la calma á serenar tan horrible tem-

pestad; es decir, aquel hombre se encontraba en un estado tal, como si su sangre hubiese adquirido las propiedades del flujo y reflujo del mar; pues había momentos en que ella lo invadía y se agolpaba á su cerebro, engrosando sus venas como si quisiesen reventar por el poder de la inyeccion; y otras sentía que se retiraba y volvía á reaparecer su calma entrando en un estado normal.

Aquel desgraciado marido, ya no podia conciliar el sueño, pues cuanto más quería alejar de su mente la cruel idea de la sospecha, tanto más y con mayor furia lo agitaba é invadía, sin poder emanciparse de lucha tan tenaz.

El infortunado conde empezó á intranquilizarse hasta sobre la legitimidad del único hijo que había tenido en ese matrimonio y no sabía si debía mirarlo con odio ó con cariño en razon de que ignoraba desde cuando podían nacer las relaciones ilícitas de su esposa con el pretendido amante.—Buscaba y examinaba los rasgos carasterísticos de la fisonomía de aquella criatura, como queriendo penetrar en ese insondable misterio de la generacion, pero aquella infantil é inocente fisonomía permanecía muda y nada le revelaba que pudiese aclarar sus dudas.

Empezó á recordar la frialdad habitual de su esposa con él, su indiferencia constante y la sensible repulsion que oponía á recibir sus halagos bajo frivo-

los pretextos, su resistencia á presentarse en la sociedad, y todo esto no hacía más que venir á suministrarle datos al respecto.

Un dia al asistir á la mesa como de costumbre, procuró parecer contento y cariñoso con todos y trató de sondear el corazon de Leoncia, proponiéndole alguna cuestion, con el fin de ver el efecto que se producía, y así le dijo:

—Sabeis Leoncia que nuestro amigo el señor de Palmieri nos invita, y con interés, á una *soiree* que debe tener lugar el sábado en su palacio, y espero me acompañareis esta vez, ¿no es verdad?

—Yo? conde, repuso Leoncia, un poco contrariada.

—Si, vos, ¿que hay de raro en ello?

—De raro nada.

—Y entonces.

—Ya sabeis Ernesto que no deseo asistir á bailes ó diversiones de ningun género.

Este nombre de Ernesto, en vez del de conde, era un significado de cariño que rara vez lo empleaba la jóven esposa.

El conde al oir la firme negativa de su muger, contrajo su fisonomía, dirigiéndole una mirada firme y profunda, de esas miradas que parecen penetrar en lo más recóndito de una persona, tal que Leoncia, se sobresaltó y pretendió parapetarse tras de su propio

cuerpo, pues le pareció que aquella punzante y desconfiada mirada la había penetrado recorriendo lo más interno de su alma, si tal nos es permitido decir, yendo hasta analizar su conciencia.

El conde comprendió lo que pasaba en el espíritu de su esposa, y echó de ver que acaso había cometido una imprudencia; caminando á prisa, y trató entonces de desvanecer toda impresion ó sospecha, dando á su fisonomía un aspecto dulce y tranquilo, y le contestó con aire casi indiferente:

—Enhora buena, señora, ya que os encontrais tan bien en este castillo, y que en él hallais todos los gozes necesarios para llenar satisfactoriamente vuestros deseos, no insistiré más sobre el asunto.

Leoncia dirigió á su esposo una mirada inquieta, que representaba su sorpresa pues aquel language bien podía envolver un doble sentido, y aquella muger tenía su conciencia demasiado mancillada para que pudiera estar tranquila, así es que esas palabras casi misteriosas la hicieron temblar; pero la atroz zozobra de Leoncia se estrelló contra la mirada apacible y serena, al parecer, de su marido, y recién entonces quedó un tanto tranquila.

--Yo Ernesto, contestó la astuta dama, me encuentro bien aquí, por que en este Castillo tengo á mi hijo, cuyas tiernas caricias alimentan dulcemente mi corazon.

—¡ Ah! Sí, el amor de vuestro hijo, ¡ lo comprendo !

El Conde tenía un volcan en su cabeza, un infierno en su corazon y mantenía una lucha horrible en su espíritu; esperando que el tiempo ó el acaso viniese á esclarecer aquel misterio.

Despues de un momento de silencio, dijo el Conde :

—Voy á escribir á Palmieri para disculpar nuestra inasistencia al baile, fundándola en que al presente no os encontrais bien de salud.

—Como gustéis ; pero ¿ por qué no asistís vos ?

El Conde pensó allá en sus adentros, ésta quiere alejarme á fin de dejar más despejado el campo, y acaso sería mejor aparentar que en efecto pienso ir, para ocultarme y poder ver lo que acontece ; pero en el acto se arrepintió de su pensamiento y hasta le dió rabia de sospechar de aquella muger angelical, pues tambien el Conde á hurtadillas dirijía sus miradas á su esposa y veía esa fisonomía hermosa, esos ojos dulces, apacibles y serenos como los astros luminosos del cielo, llegando á tal punto su arrepentimiento que tuvo tentaciones de confiarle todo lo ocurrido, confesándole que la había ofendido con sus sospechas, pero para esto mismo no tuvo el ánimo suficiente y así se contentó con decirle :

— Es cierto querida Leoncia que podía yo ir y

cumplir por ambos, pero la verdad es que sin vos me sería enojosa la reunion, y así prefiero no asistir.

—Haced como gustéis, pero no veo por que os priveis de ver una gran fiesta, pues ya sabemos que los bailes que dá el Sr. de Palmieri siempre son notables.

—No, no, Leoncia, lo dicho hecho, no vais vos, pues tampoco voy yo, y con esto se sintió el Conde más contento y satisfecho, tal como si se quitase un peso de encima, y dejase su conciencia más tranquila, lavándola de las injuriosas sospechas que pudo concebir contra su digna y amada esposa, á quien dirigió una mirada llena de ternura, mirada que más era paternal que amorosa.

La mesa terminó en paz y concordia y sin otro incidente alguno.

*
* *

Una de esas noches se levantó el Conde de su cama con la cabeza atormentada por no poder conciliar el sueño, á causa de la lucha constante que devoraba su espíritu con sus celos y sospechas; abrió su ventana para respirar el aire consolador y refrescar un tanto su acalorado cérebro; pero ¡oh destino fatal! en aquel momento le pareció ver salir de la verja del jardin de Neptuno un bulto negro y misterioso que se dirigía furtivo hácia el lago y le

pareció también haber oído, en el silencio de la noche, el leve ruido de una puerta ó ventana que se cerraba cuidadosamente, partiendo aquel ruido de la izquierda, es decir, del lado de las habitaciones ocupadas por la Condesa.

El Conde se interrogó ¿ estoy loco ? ¿ sueño ó es realidad ? y repitió con amargura la frase del papel :

Dormid tranquilo, mientras vuestra esposa. . . .

—¡ Rayos de los infiernos ! exclamó Floriani arrebatadamente dando un tremendo golpe con su puño sobre la barandilla del balcon, sacándose sangre de la mano, pero sin apercibirse de que se había lastimado.

—Será verdad todo esto ó es una ilusion de mi acaloradamento ?

—Calma, calma, Floriani, se trata de tu honra y es este un asunto demasiado serio para ofuscarte, observa, Conde, y al fin tocarás la realidad.

A la noche siguiente se puso en acecho, pero nada descubrió, y así pasaron en cruda ansiedad, dos, tres, y hasta seis noches más, que fueron dos siglos de letal agonía, sobreviniendo luego las dudas.

—¿ Habré visto mal ? exclamaba el infortunado esposo, ¿ mis ojos me habrán engañado, ó mi fantasía calenturienta me hizo ver visiones ?

Todo puede ocurrir cuando el alma está inclinada á la sospecha bajo el imperio de los celos, Es fuera de duda, que el movimiento más inocente, la acción más sencilla ó la sonrisa más leve, la interpretamos mal y nos suministra datos para la acusación.

Si la persona sospechada es esquiva con nosotros, malo; si se muestra muy afectuosa peor; pues la rueda torcedora de los celos nos hace ver todos los actos bajo el prisma de la desconfianza, tal que si su vestir es esmerado y se atavía mucho, suponemos que no es para agradarnos, sino para parecer bien á otro, y si sale á paseo, creemos que es para encontrarse con su amante.

Pero veamos, se dijo el Conde; reflexionemos un poco, no caigamos tan fácilmente en el ciego aturdimiento ¿este amante dónde está? ¿de dónde viene? quién puede sér? No lo alcanzo por más que recorra la memoria, pues nuestras visitas no pueden inquietarme, ni hay persona en la cual puedan reaar sospechas, y lo que es en mi casa tampoco veo sugeto capaz de interesar á una muger como Leoncia, y sobre todo no puedo ni quiero admitir que una dama de la elevación, dignidad y virtud de ella, había de olvidar sus sagrados deberes para arrastrarse por el vicio como una vil prostituta.

¡ Oh ! no, jamás, eso no es posible y decididamente debo arrojar de la mente tales ideas.

Apesar de todos los razonamientos que el intriguado esposo se hacía á sí mismo, no podía conquistar su tranquilidad ni aun conciliar el sueño, pues pasaba todos sus momentos cavilando en el campo de la sospecha, y como un verdadero azorado andaba viendo á hurtadillas y mirando desde las celosías de sus ventanas todos los movimientos de la casa y de cuantos entraban y salían ó que simplemente se moviesen de un punto á otro, y esto no sólo lo hacía de día, si no de noche ; pero vagando siempre entre la duda y la sospecha, sin haber podido adivinar quién sería el autor del fatal papel, y qué interés pudo mover á la oficiosa persona que lo introdujo en su escritorio, la cual era probablemente de palacio, pues siendo estraña ó de fuera debió valerse de alguno de los sirvientes.

Llegó el sábado y se puso como siempre en observacion : había ocultado la luz para abrir su ventana y poder así observar todo sin ser visto por persona alguna.

La noche era oscura, pero serena y despejada, reinando en torno la tranquilidad y el silencio : las estrellas brillaban en el firmamento con tal lucidez que alumbraban la tierra ; cuando hé aquí, que el Conde fija la vista y le parece divisar un bulto ne-

gro que se destaca de la parte ó costado de la ribera de Lago Maggiore que venía avanzando misteriosamente, hasta que se detuvo frente al Castillo bajo los tupidos árboles, donde permaneció largo rato ; mas, de repente vé proyectarse una luz que salía de la parte alta del palacio, precisamente de las habitaciones de la Condesa y que aquella claridad subió y bajo tres veces yendo sus rectos y luminosos rayos á reflejarse en la parte opuesta, y en seguida desapareció por completo la luz, quedando todo como antes en la oscuridad.

El Conde temblaba como un azogado, esperando el desenlace de aquella muda escena : era indudable que la misteriosa luz no podía ser sinó una señal convencional, dada la circunstancia de subir y bajar tres veces y desaparecer en seguida : ¿ á quién podía ser dirigida ? ¿ al misterioso personaje que se había presentado ? pero ¿ y si esto fuere una intriguilla amorosa de alguna de las damas de servicio ? ¡ oh ! bien podría suceder esto, y yo estar torturando mi cabeza inútilmente ; mas no, el fatal escrito dice : « Dormid tranquilo mientras vuestra esposa ». . . . etc. ; lo cual es claro como el día ; despues de esto, la luz no ha partido de los cuartos de la servidumbre, sino precisamente del de la Condesa, en consecuencia veamos, observemos y al fin sabremos de lo que se trata.

Mientras el conde de Floriani velaba desde su balcon, otro hombre Adan Coudart, aunque con distintos derechos, pero animado por causas de amor, observaba toda la escena é interpretaba los movimientos más pequeños, sin que hubiese escapado á su penetracion que el traicionado esposo estaba tambien en acecho y que todo iba á constatarlo por sus propios ojos; de modo que el venturoso y favorecido amante de Leoncia iba á ser castigado por la mano del ofendido marido, si no era este un miserable, y asi, él tambien quedaba vengado sin manchar sus manos y con la esperanza de recoger los gajes de aquel duelo á muerte.

Un breve rato pasó y el bulto avanzó tranquilamente, dió un rodeo al jardin, trepó la verja y un momento despues vió el conde que aquel hombre subía, sin duda por una escalera de cuerdas, al balcon de la izquierda que era el dormitorio de su muger, y entró.

El infeliz marido comprendió entonces todo su infortunio y deshonra; los celos y la rabia estallaron como furiosa tempestad, sus sienes vibraban como el cascabel de la víbora, faltábale el aire para respirar, hervía su sangre en las venas; el volcan, la luz, las tinieblas, el demonio y todos los espíritus del infierno se desataron iracundos en su alma como impulsados por el furor de Satanás.

Corre Floriani á su segundo cuarto, toma su daga de Normandía en la mano derecha y la vela en la izquierda, se dirige desaladamente á las habitaciones de la criminal consorte; pero tratando de hacer el menor ruido posible para no ser sentido, se aproxima furtivo á la puerta, escucha y oye las caricias que ambos amantes se prodigan á sus anchas en medio de la oscuridad.—En aquel momento nada lo detiene y el fuego ardiente que se ajitaba en su cerebro, estalló como del cráter de un volcan en erupcion, y ciego de furor vá á abrir la puerta, pero la encuentra perfectamente cerrada por dentro, sin duda para evitar una sorpresa; entonces el conde agitado por un impulso frenético, se retira cinco ó seis pasos de la puerta y luego dirige su cuerpo como un *Ariete* contra la puerta, pero con tal impetuosidad que del bote que dió con su hombro izquierdo saltaron los herrajes y se abrió con un estrépito horrible.

Al penetrar con la vela y el puñal en la mano se iluminó el cuarto y vió con horror el traje impúdico y el desgreño de su muger; pero el resuelto amante echó su capa sobre la luz y la apagó, quedando todo nuevamente en tinieblas.

Al pretender huir aquel hombre por la consabida ventana, donde estaba la escala de cuerda puesta por la infiel esposa, su figura se dibujó como un re-

corte negro puesto sobre un papel blanco, así es que el conde con la agilidad del niño corrió al balcón y alcanzó á tomarlo por una mano, quedando todo el cuerpo de la parte de afuera apoyados sus piés en la escala, y el conde hundió tres veces el puñal sobre aquel cuerpo colgante que sujetaba con toda la fuerza de su indignación.

Al recibir la primera puñalada, lanzó un horrible grito diciendo:—«Estamos vengados conde.»

Esos écos, ese lamento de dolor, se perdió en el espacio y en medio de la solitaria noche, pero fué también á repercutir en los oídos de la aterrada consorte, como en los del vigilante Coudart que se estremeció al comprender lo que acababa de pasar en aquel momento.

El conde de Floriani abrió su mano izquierda y aquel cuerpo colgante fué á caer al suelo como un pesado fardo, produciendo un ruido sordo y conmovedor.

Leoncia se había quedado en un rincón de la habitación petrificada, sin poder moverse de espanto, con el cabello erizado, esperando la muerte por momentos, pues le parecía que ya se acercaba su esposo y hundía en su pecho la fría hoja de su daga vengadora.

El conde, ciego y frenético, busca en la oscuridad, tanteando con la mano izquierda, el cuerpo de

su muger, sin articular palabra, hasta que su mano tropezó con la cabeza erizada de aquella.

—¡Oh! señora, ¿sois vos la muger infame que ha manchado los blasones de mi familia y escarnecido mi nombre, despedazando para siempre mi corazón? ¿Sois vos la que me obligais á empapar mis manos en sangre y á hacer el terrible, pero justiciero oficio de asesino vengador del honor de los Floriani? Infame! ven, muger maldita, y arrastró con dinámica fuerza á su esposa hasta la ventana.

Los cabellos y las ropas de aquella estaban en completo desórden, la toma con furia en sus manos y á favor de la claridad que las relucientes y espléndidas estrellas ofrecian, se la puso delante, diciéndole: mírame desgraciada, si es que puedes elevar tus ojos hasta mí; y como permanecía aterrada sin levantar la cabeza, el conde la zamarreó con furia, repitiéndole:

—Mírame, mírame!

—¡Oh! señor! pudo articular aquella muger, escuchadme un momento y despues matadme si que reis.

—Si, si, ¿deseas reunirte á tu amante adorado! ¡quieres seguirle, ¿no es verdad?

—Conde, misericordia, misericordia—os pido me oigas un momento, sí, un momento y en seguida me matareis.

—¡Misericordia decis! ¿la habeis tenido acaso conmigo? y el conde alzó iracundo la mano derecha con que tenía fuertemente agarrada su daga.

—¡Oh Dios mio! Conde, escuchad un momento, aguardad, oidme, por nuestro hijo, por Dios, deteneos.....

—¡Sigue infame á tu amante!! y la mano derecha del conde que la mantenía alzada cayó con pujante fuerza sobre el corazon de Leoncia, oyéndose un agudo y penetrante grito, y aquella mano vengadora é implicable, volvió á levantarse y á descender tambien tres veces como antes y como la luz, sobre aquel hermoso cuerpo, conjunto de tantas bellezas físicas acumuladas por el Creador, y luego aquel hombre ciego de ira tomó el cuerpo ensangrentado y moribundo de Leoncia lo levantó en alto y lo lanzó por el balcon yendo á caer sobre el cadáver de su amante.

Al sentir Coudart el segundo grito de dolor, lanzado por la voz femenina é hiriente de la condesa, se estremeció de piés á cabeza, pero cuando oyó el ruido sordo de un peso inmenso que se arrojaba del balcon, sin querer, tambien escapó de sus lábios otro grito de terror, exclamando:—Dios mio!! y se cubrió la cara con ambas manos, permaneciendo asi por un buen rato.

Coudart estaba espantado ante su conciencia, se

estremecía, caminaba como un azogado de un lado á otro de su cuarto, diciendo ¡Oh Leoncial! infeliz criatura, yo te he asesinado, yo he puesto el puñal en las manos de tu ofendido esposo, yo he guiado esa misma mano armada de la hoja acerada para que la hundiera en tu juvenil corazon. Si, yo soy un bárbaro, mi amor hácia tí, mis celos, mi orgullo ó mi ofuscacion me han lanzado á este bárbaro delito.

Sí, yo vivía pendiente de tu mirada hechicera, gozaba con una de tus sonrisas, me contemplaba dichoso con mis remotas esperanzas, y sin embargo yo mismo he muerto mi propio amor, manchando mi conciencia—¡bárbaro!!

El grito de Coudart cruzó por los ámbitos silenciosos del jardin, y aun al mismo Conde de Floriani le pareció haberlo oido, pero luego reflexionó y supuso como era natural que aquel éco sería un último lamento de su agonizante esposa; no obstante se detuvo, prestó oido atento por un breve rato, mas todo siguió en perfecto silencio, y sólo vino á interrumpirlo el siniestro chillido de la lechuza que en aquel momento pasó otra vez rápida por el jardin.

Aquella sangrienta escena pasó en la reducida estancia de la Castellamare sin otros testigos que el cielo, el aire y los objetos mudos que lo rodeaban, puesto que el jóven Coudart no fué visible para nadie.

El conde en seguida arrojó con rabia á un lado su daga normanda, se limpió las manos que las tenía cubiertas de sangre aun caliente, brotada del corazón de Leoncia, restregándolas en sus pantalones; se agarró con ambas manos la cabeza, estrujando sus cabellos y volvió á asórnarse á la fatal ventana, miró atentamente al fondo, y dijo como el celoso Oteló despues de haber dado muerte á la bella Edelmira: .

Lo que acabo de hacer, está bien hecho.

*
* *

Despues de estos sangrientos acontecimientos, se siguió una célebre causa ante los tribunales de Milan, y á pesar de la alta gerarquía del Conde de Floriani, sufrió larga prision, donde su razón experimentó graves perturbaciones y hasta estuvo al borde del sepulcro.

La causa del conde era defendible, puesto que el adulterio de la Castellamare, estaba perfectamente comprobado por la presencia de los dos cadáveres que el marido ofendido presentaba á la justicia, como tomados in fraganti delito, y ella en un traje doblemente acusador.

Los Egipcios y los Chinos imponían á ese crimen castigos tremendos y bárbaros. Los Judios lapidaban, es decir apedreaban á los culpables; y los anti.

guos Sajones daban garrote al hombre, y á la muger la quemaban en la plaza pública.

La legislacion Romana ha tenido variaciones en las penas aplicadas á ese delito, pues con el cruzar de los tiempos fué dulcificándose el rigor del castigo.— Al principio imponian las leyes la pena capital, despues el azote público, más tarde la reclusion etc., etc.

La España consagró en las leyes del Fuero Juzgo, que la adúltera y su complice, debían ser entregados al ofendido marido, para que este hiciera con ellos lo que quisiera; aun cuando no podía matar á uno, dejando vivo al otro, pero si á ambos, toda vez que pudiese presentarlos muertos, á la justicia; lo cual fué establecido para evitar que un marido pudiese combinarse con su muger, para matar á mansalva á un enemigo personal; ó que de acuerdo con otro hombre bastante infame pudiese un consorte matar traidoramente á su muger, para quedarse libre y poder casarse con otra.

No obstante lo dicho, las sociedades, las leyes, las costumbres y la civilizacion, han girado en un orden de ideas más conformes con la justicia y la moral, que es la base del mantenimiento del orden doméstico y social; y asi es que, se ha considerado que la pena capital, no sólo no es proporcionada al delito, sino que es excesivamente rigurosa y cruel.

La de azotes públicos á la muger es corruptora de las buenas costumbres y contraria al decoro.— La de entregarlos al furor del ofendido esposo para que sacie su venganza, hasta cierto punto legítima y justa, es retroceder á los tiempos del oscurantismo y de la barbarie que reinó en los pueblos antiguos que carecian de sabias leyes, y que consideraban á la muger como propiedad del marido, teniendo sobre ella derechos omnímodos pero la luz radiante de la razon, el sentimiento de la equidad y el impulso benéfico de la justicia bajo las inspiraciones del cristianismo y de las doctrinas consagradas en el sacrificio del Gólgota, se levantaron con el estandarte del dualismo, encabezando una revolucion regeneradora, que sacó á la muger de la abyeccion y degradacion en que estaba colocada, para dignificarla y elevarla á la categoría de compañera del hombre, y no de sierva ó esclava.

No obstante las anteriores consideraciones, podremos agregar, que si un marido, impulsado por la ira, diese muerte á la una y al otro, tendría entonces este doble homicidio una atenuacion poderosa, tomándose en consideracion el dolor y desesperacion de aquel, al verse privado, por la infidelidad de su muger de aquellas dulces ilusiones que tanto lisongeaban al hombre, de poseer exclusivamente el corazon de su esposa, y de ver desvanecidas las esperanzas de poder

gozar en adelante los placeres puros del amor, adquiriendo en cambio la copa amarga del martirio para apurarla trago á trago y dia á dia, sufriendo una herida profunda en su honor; y en definitiva, quedándole dudas sobre la verdad de sus herederos, para la aplicacion de los bienes y la consagracion de su cariño y amor.

Dos de los mejores abogados del foro italiano trabajaron para salvar al conde del rigor de la ley, haciendo correr oro en abundancia y moviendo todo genero de resortes; se agitó la sociedad entera, se ocupó ampliamente la prensa y hasta los más altos funcionarios y personas influyentes del país tomaron parte en el asunto.

El vulgo le llamó desde entonces al palacio de Arona donde tuvo lugar el sangriento asunto, «Castillo del Diablo», y las preocupaciones de las gentes llegaron al extremo de no pasar ni siquiera cerca de él; quedando aquel suntuoso palacio completamente abandonado, segun queda relatado.

Aquella funesta historia de Leoncia de Castellamare la austriaca y del conde Ernesto Carlo de Floriani, se repetía con frecuencia entre las familias, los barqueros y las gentes del país que la contaban con todos sus detalles, especialmente á los viajeros que preguntaban algo sobre aquel hermoso castillo.

Al cruzar de los tiempos, la leyenda de la austriaca adúltera, del amante Fabiano Fabiani, de la venganza del ofendido y burlado esposo, del consabido balcon, de la escala de cuerdas, de los cadáveres de los amantes, del delator Coudart y de tantas otras cosas, se iban desfigurando, y cada vez se le aumentaban nuevos datos y circunstancias, á cuales más horribles y exorbitantes; dándosele al asunto una multitud de misterios y horrores.

Contábase de aquel castillo cosas sobrehumanas, fantásticas é increíbles, al extremo de que, unos aseguraban, que su tío ó su padre habian visto muchas veces los fantasmas que de noche vagaban por las alturas del solitario castillo; otros que se sentian ruidos espantosos, quejidos, llantos y lamentos: agregaban más, que aquel que llegaba á acercarse al castillo le sucedia á él ó á su familia multitud de desgracias, y que si algun temerario tenía la osadía de penetrar en él, ya no volvía á salir ni se sabía más de él; y por fin al tenor de estas necedades se tejian y urdian mil cosas á cuales más absurdas y extravagantes.

Largos años habian transcurrido desde que tuvieron lugar los tristes acontecimientos que ligeramente acaban de narrarse.

El desventurado conde, despues de su prision y de sus dias de infortunio, de dolor y amargura arrastró una vida sombría, hipocóndrica y llena de

penas, que afectaron profundamente su alma, y perturbaron su razon,

Se le veía algunas veces por las plazas y calles siempre solo, cabizbajo, sin levantar la vista, porque creía que sus amigos, sus parientes y todo el mundo evitaba el mirarlo, y lo despreciaban.

No daba la mano á nadie porque pretendía ver en ellas á todas horas manchas claras de sangre, y llegaba á tal extremo su preocupacion, que cuando se las lavaba creía que quedaba el agua colorada ó rogiza.

Otras veces se le vió dirigirse á un café, entraba y al ver gentes se guardaba súbito las manos en los bolsillos y salía precipitadamente, como si tuviese vergüenza de que lo viesen.—De noche se levantaba, abría las ventanas, vagaba por sus habitaciones, agarraba una vela, hablaba solo, lloraba, se asomaba á una ú otra ventana, y despues volvía á su cuarto, se acostaba pero sin poder conciliar el sueño, sino por breves instantes.

Los sirvientes referian que más de una vez se le vió correr medio desnudo, con una vela en la mano dando gritos horribles, como si estuviera bajo la accion de una completa enagenacion mental; en fin aquel pobre cerebro sufría de una manera lastimosa, y cuantos lo rodeaban lo compadecian.

Jamás preguntó el conde por su hijo, y cuando

llegaba á verlo, que era de tarde en tarde, pues estaba aquel jóven siguiendo sus estudios, lo agarraba, lo miraba fijamente, y de repente le preguntaba con voz desabrida:—¿Cómo te llamas, niño? y el jóven repetía su nombre; entonces el conde sin apartar sus miradas, le decía:—¡ Ah! tu eres un Floriani! y qué buscas en esta tierra maldita? ¿qué piensas recoger de esta vida llena de infamias, traiciones, adulterios y crímenes? y empujándolo rudamente le decía:— Anda, huye de aquí, aléjate del crimen, y lo echaba fuera como si se tratara de un ser desconocido é indiferente, con quien no lo ligase vínculo alguno.

Aquel desventurado concluyó por rechazar á su hijo y cobrarle un odio invencible, al extremo de quererlo matar para que fuese á reunirse (decía) con los otros dos, que jamás nombraba por sus propios nombres, como si los hubiese olvidado ó realmente sus lábios se resistiesen á pronunciarlos.

Fué preciso que su hijo, que ya habia terminado sus estudios y se había casado, se alejase por completo de su padre, para evitar una nueva catástrofe; pues en medio del desórden de sus ideas, creía que no era su hijo, sino el fruto de torpes relaciones y de un comercio tan infame como criminal.

Al fin vino á caer aquel desgraciado en un estado tal de idiotismo que de nada se daba cuenta, ni

preguntaba por cosa alguna, haciendo completo abandono de toda administracion y de sus bienes en general.

Le era indiferente vestir bien ó mal, tener buena ó mala comida; sólo manifestaba deseos de salir á caminar, y esto lo hacía sin rumbo fijo, pero huyendo siempre de las gentes, y sin saludar á persona alguna, ni contestar aun cuando fuese hablado por alguien.

Día por día se fué debilitando su salud y deca- yendo sus fuerzas, sobreviniéndole una gran pos- tracion que pronto le ocasionó una muerte llena de sufrimientos, sin tener á su lado ningun sér querido que se condoliese de su situacion, pues él había re- chazado toda compañía y sociedad, quedándose solo con su servidumbre á quien prohibía hasta que le llamaran médico.

Despues de su deceso, recayeron por derecho hereditario, no sólo el referido Castillo del Diablo con sus tierras adyacentes, sino los títulos de no- bleza y sus inmensas riquezas, en su dicho único hijo Julio Rolando de Floriani, quien tambien falle- ció siendo muy jóven, dejando de su matrimonio con Josefina Sarah de Manfredi un sólo hijo, nom- brado Luis Cárlos de Floriani en quien vinieron á acumularse los bienes de su desgraciado abuelo y los de sus finados padres, que poseían cuantiosos

intereses, de modo que este último vástago Luis Cárlos de Floriani, es el general y esposo de doña Blanca Bosconiche, nieto del conde Ernesto Cárlos de Floriani y de Leoncia de Castellamare.

Sentados estos breves datos, volveremos á ocuparnos del Castillo cerca de Arona, ó sea del Diablo, como lo llamaremos en adelante.

En completo abandono permaneció aquel suntuoso edificio, centro de pasados placeres, y teatro de aquella sangrienta escena, hasta la época en que empieza el sujeto de este libro, de modo que echando una mirada sobre el estado en que se encontraba á la sazón, se veía todo destruido y en ruina por la acción implacable y lenta del tiempo ; así es que el polvo y la tela-araña campeaban en aquel recinto, salvo en el departamento ocupado por el administrador y sus empleados.

En ciertas habitaciones se veían antiguas pero ricas camas, desprovistas de sus adornos naturales. En otras habían grandes montones de alfombras que sin duda por muchos años habían servido de banquete á la incansable y roedora polilla que las había devorado casi por completo.

Los cuadros del salón y demás habitaciones revelaban un completo abandono, pues el oro de los marcos había desaparecido en su mayor parte ; los hermosos espejos tenían sus lunas opacas y man-

chadas, tal que parecian mapas mal pintados ; las lujosas tapicerías de las estancias principales se veían roídas y desprendidas, y por fin todo allí revelaba el pasado y la incuria de largos años.

En un gran cuarto contíguo á los que, probablemente sirvieron de habitacion á la palaciega servidumbre, se encontraban depositados porcion de muebles y objetos rezagados, que acaso ya no estaban en uso de la familia.

Aquello se parecía á esas habitaciones que tienen los teatros y las Iglesias, por que unos y otras á fuer de estar en polos opuestos se dan la mano y se asemejan en ciertas cosas, y especialmente en los aparatos teatrales como bastidores, bambalinas, andas, túmulos, tronos y otros armazones que usan para sus espectáculos y funciones, pues las fiestas religiosas y las sociales tienen mucho de comedia y de trivialidad, sin carecer á veces de lo patético y aun de lo trágico tambien.

Allí habian bastidores que sin duda sirvieron para arcos triunfales en las grandes solemnidades, aparatos de madera con lienzo pintado, figurando pilares cuadrangulares, y transparentes con inscripciones ya borradas, pues algunas no podian leerse ; candelabros y mecheros inútiles, mesas descompuestas, viejas otomanas, cuyos forros descoloridos y roídos estaban cubiertos de polvo y taladrados por

la polilla ; instrumentos rotos, armazones de alambre y de madera que un día sirvieron y ostentaron hermosos ramos de frescas y fragantes flores, unos en forma de corazon, otros de cruz y algunos de estrellas, cuyos ramos en su tiempo acaso adornaron aquellos regios salones en sus noches de esplendor, y perfumaron grandes banquetes ; todo lo que traían á la imaginacion multitud de esas reflexiones filosóficas que surgen del exámen de los despojos que dejan en pos de sí la felicidad, las fiestas, los bailes, los banquetes, los amores, y tambien las perfidias sociales, el engaño y la falacia en que se agita la humanidad : por que á la verdad, todo en esta vida deja sus rastros.

Así pues, fijando la vista un observador en aquellos armazones de flores, diría : hé ahí esos esqueletos, mudos rezagos de una felicidad pasada que sirvieron de ornato y matiz, embalsamando el ambiente en que se agitaba la elegante y noble sociedad, mientras que hoy no tienen ya ni perfume, ni interés, ni color, ni forma; y sólo son residuos tristes, arrojados sobre el sucio pavimento del olvido.

¡Oh! Cuánta melancolía siente el alma al correr de esas meditaciones, pues así como las cosas dejan sus despojos, la humanidad inteligente depone los suyos, y acaso más tristes y repugnantes aun.

En aquellos parques estensos, en esos valles deliciosos y por fin, en aquel suntuoso Castillo reinó lo mago, lo etéreo, lo fantástico y primoroso: Allí se ajitó la danza, el placer, la pasión, los celos, la verdad como el engaño, entre el hombre y la muger, rodando sobre ese inquieto torbellino llamado sociedad: Allí se ostentaron las armonías, los cánticos, las luces y preseas, el hechizo de mágicos y engañadores ojos, unos más negros que la noche umbría, otros más azules que los inconmensurables cielos: Allí deslumbró un ángel divino, un ser voluptuoso, un génio de amor y un espíritu ideal, y un fantasma tenaz, y una vision celestial, y una realidad falaz, y una estrella encantadora, y un Numen misterioso: Allí apareció entre la deleznable humanidad, entre el festin y el baile, entre el amor y el desden, entre la congoja y la dicha, y entre la amistad y la perfidia, un hombre que creyó y otro que dudó: Allí cruzó una muger que sintió de amor dulce punzada, y que ante el deber vaciló yendo á hundirse en los antros de la negra execracion; y otra que amó y temió, que resistió y salvó del erótico naufragio: Allí vióse á la juvenil doncella, ajitarse alegre en los áuricos salones de los opulentos condes de Floriani, cual ágil y pintada mariposa, danzando en torno á los altares que forjara el hombre en honor de sus deidades.

¡Oh! la muger! ese barro de Adan, ese sér mágico, divino, halagador y supremo que aunque de frágil pasta, nos dá dichas y pesares, goces y martirios, deleites y tormentos, enseñándonos hoy los cielos de su amor, para hundirnos mañana en las grutas del infierno. Ese sér que es unas veces consuelo y otras martirio del hombre: consuelo, porque ella está destinada por la mano de Dios á darnos el Eden en la tierra, la dicha en el hogar, la felicidad en la familia, los goces en el amor y el bienestar en la sociedad: martirio, porque ella á veces con su terrible irreflexion, con su instinto veleidoso é insano nos tortura el alma y envenena nuestra mísera existencia.

¡Oh! la muger! con una mirada robada á nuestro cariño, con una atencion concedida á otro, puede extinguir toda la luz que iluminara nuestra senda, acibarar nuestra alma, marchitar nuestra felicidad y arrojarnos en brazos del dolor y del martirio.

Si, si, todo deja sus despojos; esa muger bella y seductora de cabellos negros, sedosos y abundantes, de ojos dulces y amorosos, de labios de carmin frescos y puros, de flexible y elegante talle, que hoy brilla en el estrado cual reluciente meteoro, que hace palpar dos, tres y cien corazones, esa muger decimos, le encanecerá bien pronto el cabello, se eclipsará el brillo de sus ojos, palidecerán sus mejillas, se desprenderán sus dientes de perlas, se arruga-

rá ridículamente su tez, se encorvará su cuerpo, y por fin esa muger, como el hermoso ramo de flores, no será otra cosa que despojos míseros de su pasada beldad.

Entonces preguntará á la Potencia Suprema, con abatimiento y dolor:— ¿Dónde estan mis flamantes y felices dias? ¿dónde la hermosura y lozania de mi tez? ¿donde el negro puro de mis cabellos, el brillo de mis ojos, la elegancia de mi talle y el contorneamiento de mis formas? ¿dónde la púrpura de mis lábios, la blancura de mi garganta, la flexibilidad de mis miembros, y por fin la integridad de mi sér?

El terrible fantasma de la destruccion con éco ronco y aterrador gritaría —*Silencio!* No vuelvas los ojos al pasado, resígnate y sigue.

—Pero esta destruccion, esta horrible decadencia, esta miseria que me rodea, estas arrugas y esta vejez y este enflaquecer, y esta . . .

—Calla, calla; exclamará el fantasma, todo se hundió en el abismo del tiempo, todo pasó como un dia tras otro pasa, como un año en pos de otro sigue, y nada puedes recuperar de tu pasado, asi como no vuelve jamás el dia que transcurrió.—Adelante pues, no te detengas. Sigue.

—¡Oh! cruel fantasma, eso no es posible, no puedo, no quiero proseguir asi.

—Bien pues, basta! inclínate orgulloso gusano, bar-

auxilio y si es preciso obtendrán del gobierno y de la Policía todos los elementos que sean necesarios para destruir esta cueva de leones y salvarme.

«Yo ignoro, Eduardo, lo que sucedió el día que nos avanzaron los brigantes, puesto que yo quedé desmayada en el carruage y cuando recuperé mis sentidos, me encontré entre mis raptos; pero supongo que vos ya conoceréis todo, y espero me lo hareis saber con entera verdad, pues he aprendido á sufrir y todo puedo soportar.

«Concluyo diciéndoos que vos sois mi esperanza y que me someto á vuestra voluntad, rogando á la vírgen santísima por vuestra vida y por que favorezca vuestras nobles miras.»

Amelia.

Repasó esta carta dos veces, haciendo en ella algunas ligeras correcciones, la colocó en un sobre sin ponerle direccion alguna, y luego se acostó, aun cuando no pudo conciliar el sueño, pues toda la noche la pasó cavilando y revolviendo en su mente multitud de ideas; comparaba su pasada felicidad, su aparicion brillante en la sociedad Milanesa, donde los primeros personajes y lo más distinguido de la juventud, se disputaban el honor de agradarla y de rendirle sus homenajes y por fin sus triunfos en el gran baile de inauguracion del Palacio de Arona, en tanto que al presente se encontraba ignorada y su-

CAPITULO V

—

El gerente y la enterrada en vida

—

¿Quién manejaba al presente, despues de tan largos años transcurridos ese abandonado castillo, ó estaba encargado de su administracion?—Vamos á saberlo.

Luis Ferri era el nombre del actual gerente, y es necesario que el lector conozca este personaje, por el rol que más adelante ha de desempeñar; asi pues vamos á presentárselo con todos sus antecedentes.

Ferri pertenecía á una buena, rica y honrada casa de Génova, que á consecuencia de riesgosos negocios que había emprendido, se arruinó completamente.

Gaetano Ferri, padre de D. Luis, era un comerciante arrojado, vivo, emprendedor y ambicioso, es decir, de esos hombres que en nada se detienen para saciar sus aspiraciones y halagar su desordenada ambicion.

Despues de la muerte de Carlos VI emperador de Austria y último vástago por la línea de varones de la ilustre casa de Asburgo, recayó ese codiciado trono en su hija, la gran María Teresa de Austria, esposa

que fué de D. Francisco Duque de Lorena, la cual segun ya lo hemos dicho en el capítulo II, tuvo graves dificultades que atender desde que su trono se vió rodeado de repetidas guerras que pusieron en peligro su monarquía, pues Federico II de Prusia le declaró la guerra é invadió la Silesia.

El Elector de Baviera auxiliado é instigado por la Francia tambien le declaró la guerra, llegando su temeridad hasta hacerse coronar Emperador, bajo el nombre de Carlos VII; pero más tarde la ilustre reina ayudada por sus pueblos y por la Inglaterra venció al osado monarca á despecho de la Francia.

Despues de la muerte del Elector vencido, María Teresa restableció y consolidó la posesion de todos sus Estados, pero teniendo que hacer grandes sacrificios para anonadar á sus enemigos.

Es en esa época de guerras y trastornos políticos en que ardía el Austria y sus vecinos, que Gaetano Ferri entró en grandes negocios de fornimiento, no solo para la escuadra austriaca, sino tambien para el ejército de tierra, pues la casa Ferri de Génova tenía en el mediterráneo bajo la base de Venecia, asuntos comerciales de importancia y sus embarcaciones recorrian el mar Adriático y otros, introduciendo sus mercancías por el puerto de Trieste que es el principal de Austria y que queda frente á Venecia; pero el giro que tomaron los asuntos políticos y bélicos con

la Prusia, la Baviera, etc., trageron un cambio rápido en los asuntos nacionales y modificaron por completo la guerra; viniendo todo esto á ocasionar una verdadera bancarrota en los negocios de la casa Ferri, que al quebrar arruinó á muchas otras.

A consecuencia de los quebrantos sufridos por dicha familia Ferri, tuvo el hijo segundo, que es nuestro D. Luis, que abandonar el hogar paterno é ir por esos mundos á buscarse la vida, corriendo una série de infortunios, privaciones, miserias y peripecias de todo género, hasta que por recomendacion de un antiguo amigo de su familia en la época de su esplendor se colocó en el abandonado palacio cerca de Arona ó Castillo del Diablo, que ya conoce el lector.

Luis Ferri fué á reemplazar en dicho castillo al judío Samuel Leivy que era un antiguo gerente, y á quien se le nombraba un sucesor por defectos en su administracion, pero tomando por pretesto el hallarse muy enfermo y no poder desempeñar su puesto con la dedicacion necesaria.

Cuando D. Luis llegó al castillo para tomar posesion de su cargo, se le oprimió el corazon al ver aquel gran edificio tan abandonado, sucio y misterioso que infundia temor, como si algo raro y sobrehumano pasase allí.

Sólo las habitaciones de Samuel parecían que estaban en contacto con el mundo; y en efecto, era allí

donde su capataz penetraba para darle cuenta de los trabajos que se hacían en los montes y de los productos que rendían los viñedos, pinales, olivares, castaños y por fin de todo lo que se cosechaba en las tierras de Floriani; pero el resto del edificio parecía que no se había tocado durante largos años, tal era el abandono en que se hallaba, pues hasta el aire que allí reinaba, revelaba evidentemente que ni aun se ventilaba ó renovaba la atmósfera de esas habitaciones.

El nuevo conserje presentó sus credenciales al juicio Samuel, cuya salud estaba gravemente comprometida, regravándose sus males con la fatal noticia de su cesacion, porque este cambio venía á complicar su situacion, segun tendremos ocasion de verlo más adelante.

Al dia siguiente Samuel reunió en su despacho al capataz, sirvientes, monteros y demás empleados del castillo para dar á reconocer á su nuevo señor, lo cual hizo con toda solemnidad y en presencia de ellos entregó á Ferri las llaves, no más que las del escritorio, los libros antiguos y corrientes de su administracion, documentos, papeles, útiles y el saldo en efectivo que arrojaban las cuentas, segun balance y liquidacion. Ese dinero se hallaba en la caja de fierro, cuyas llaves y la clave del secreto para abrirla tambien le entregó.

En seguida Samuel comisionó á Botto, que era el capataz, para que preparase para el siguiente dia lo necesario á fin de que acompañase al señor Ferri á visitar los parques, maestranza, bodega, depósitos, rastrojos, animales de cria y demás cosas anexas á las faenas de la casa. Sólo que, dijo Samuel dirigiéndose á D. Luis, esta operacion os tomará algunos dias, pues los dominios que entran bajo vuestro mando y gobierno son estensos y de productos variados y pingües: despues que los hayais visto y tomado conocimiento de su estado actual, me haré un honor en daros posesion del palacio de mis señores los condes de Floriani, que Dios guarde, y al hacer esta salutacion puso Samuel la mano derecha sobre el pecho, inclinó el cuerpo, bajó hipócritamente los ojos, y siguió—á quienes he servido con lealtad, economía y honradez por largos años.

—Asi debe ser, repuso D. Luis, con el propósito de contentar al judio y satisfacer su amor propio, pues me consta señor Leivy que nuestro noble señor y conde estima en mucho vuestra fidelidad, lealtad, acrisolada honradez y buena administracion; algo más señor Samuel, sé que solo la imposibilidad en que os ha colocado el estado de vuestra salud para continuar en el desempeño de un puesto tan laborioso, ha obligado á su señoría á relevaros de tantas fatigas.

—Infames! dijo el judio entre sí—mi lealtad, mi honradez, mi buena administracion, y me echan á la calle bonitamente ¡eh!—esta si que es buena; y como estas últimas palabras saltaran de la boca de aquel hombre sin él quererlo, fueron oidas por D. Luis, quien fingiendo no haber entendido bien, le dijo:

—Me preguntabais algo señor Samuel?

—No, no, nada, mi apreciable señor de Ferri, continuad, continuad.

—Pues bien,debo deciros que no os preocupeis mucho de esta entrega que podeis irla haciendo con vuestra comodidad, pues hay que atender ante todo á la salud, despues de eso, yo sé que todo está en el mayor órden y responde á una buena administracion.

—Me haceis mucho favor señor D. Luis, pero yo debo cumplir con mi deber, y ya que se me arroja de la casa, despues de tantos y tan largos años como hace que cuido y defiendo los intereses del señor Conde, debo haceros esta entrega con toda escrupulosidad.

—Me parece que habeis dicho—*ya que se me arroja de la casa.*»

—Justamente, repuso el judio con eco destemplado.

—Permitidme señor Samuel que os diga, que estais equivocado, pues no es la mente del señor de Floria-

ni arrojaros de la casa, antes al contrario son sus deseos y me ha ordenado especialmente que se os respete, que proceda en esta emergencia de la manera que mejor os parezca y que ponga á vuestra disposicion cuanto necesiteis; y debeis creer que yo no procedería asi, si no hubiese sido autorizado al efecto por el señor Conde.

—Mucho me tranquilizais con vuestra amabilidad y deferencia, lo cual obliga mi gratitud para con vos.

—Al cumplir con las órdenes recibidas, dijo el diplomático genovés, ejecuto mis más fervientes deseos y os suplico que dispongais de mí en un todo.

— Gracias señor D. Luis y ¿cuándo quereis que deje el Castillo?

—¿Cuándo?

—Si señor, cuándo debo marcharme?

—Nada de eso señor Leivy, vuelvo á repetiros, vos podeis permanecer aquí todo el tiempo que gusteis lo mismo que los vuestros; ¿teneis familia?

Samuel se inmutó con tal pregunta, y aun cuando D. Luis nada conocía con relacion al judío, le pareció no obstante que se había puesto lívido al preguntarle si tenía familia, pero no teniendo antecedente alguno lo atribuyó al estado de su enfermedad ó acaso á algun recuerdo doloroso que en aquel momento cruzara por su imaginacion.

El judío tuvo que sentarse, tratando de disimular su emocion y luego que se tranquilizó un tanto le dijo, dispensadme: señor D. Luis, pues mis males no me dejan vivir: en cuanto á familia debo deciros que no la tengo, asi es que soy un árbol solo en el mundo sin raices, sabia ni ramas, carcomido por las tempestades de la vida, y próximo á secarse y morir.

D. Luis dió crédito á todo lo que se le dijo, y conmovido hasta cierto punto del pobre hombre trató de hacerle lo más pasable posible la píldora, y asi le dijo con aire afectuoso: Siento mucho señor Samuel la soledad de vuestros dias, pues el hombre pasa por lo general una vida amarga y desierta cuando no tiene á su lado una fiel y cariñosa esposa, es decir, esa mitad grata de la existencia que endulza nuestras penas y enjuga nuestro llanto, acompañándonos á gusto los pocos momentos felices que nos es dado gozar en esta fugitiva vida.

—¡Oh! señor Samuel yo tambien soy casi un árbol solo! y puedo por lo tanto apreciar mejor que otros vuestra posicion y condolerme de ella.

Estas últimas palabras fueron como un bálsamo consolador para el judío, que desde aquel momento no sólo formó la idea más favorable hacia D. Luis, sino que empezó á estimarlo y tener confianza en él, pues se hizo este argumento: Cuando el conde deposita su plena confianza en él y le entrega la admi-

nistracion del castillo, debe tener razones poderosas para proceder así.

Notaba D. Luis que aquel hombre se conmovía al oirlo hablar de ese modo, como sí algo raro pasase por su espíritu; pero todo lo atribuía á su enfermedad.

En efecto, Samuel se había sobrecojido de una manera horrible al escuchar el lenguaje del nuevo conserje, y llegó á sospechar que este estaba al corriente de lo que ocurría en el Castillo, y que por consiguiente lo estaría tambien la familia de sus señores y por eso lo reemplazaban; pero en otros momentos se desvanecian sus temores y renacía su tranquilidad.

D. Luis con el fin de infundirle confianza á Samuel y traerlo al terreno de las confiancias, le dijo: Aun cuando mi familia ha tenido una brillante posicion, no obstante á la muerte de mi padre quedamos pobres y me fué preciso salir á buscarme la vida, pues era ya casado con una muger jóven, bastante hermosa y á quien amaba, pero mi adverso destino quiso que la perdiera muy luego, dejándome solo un hijo y un gran vacío en el corazon, que jamás se llenará—aquí D. Luis ensayó un tierno y prolongado suspiro, que si Samuel se hubiese fijado habria comprendido que no salía del corazon, sino que era hijo del finjimiento.

—Y vos señor de Leivy ¿nunca fuisteis casado?

El judío se encontró más embarazado que nunca y empezó á toser y á moverse en la silla como si buscara una posición más cómoda que la que tenía, y en el breve momento que pasó de esto, cruzaron diversas ideas por el cerebro de aquel hombre, pues si decía que era soltero, podía más tarde constatarse que había mentado; si por el contrario espresaba que era casado, lo natural sería que le preguntase por su esposa, de modo que no vió otro camino que decirle que era viudo, y así pudo al fin contestarle en estos términos:

—Yo también me encuentro más ó menos como vos —lo cual poco ó nada decía puesto que era una respuesta ambigua.

—Ah! sois también viudo como yo?

—Así es, señor D. Luis!

—Entonces, señor Samuel, sabéis por experiencia lo que es perder á una compañera buena, fiel y virtuosa.

El judío tosió otra vez é hizo un movimiento como si le hubieran clavado un alfiler en las carnes, lo cual no pasó desapercibido para el genovés, y se limitó á responder: Así debe ser señor D. Luis, no obstante que todas las mugeres en este mundo no son buenas, fieles y virtuosas como vos las suponeis.

En efecto señor de Leivy, en este mundo hay de

todo.—D. Luis comprendió que algo había de misterioso en la vida de aquel sér.

Después de una breve pausa el italiano preguntó al judío.

—¿Y no os quedaron hijos?

—No.

Este no tan seco, dió á conocer á D. Luis que aquel hombre no gustaba hablar sobre este asunto, y entonces trató de cortar la conversacion y ocuparse de su negocio principal que era la toma de posesion de su empleo, y entró á tratar de los asuntos de la administracion y de cosas del servicio; terminando aquella conferencia sin ulterioridad alguna.

El nuevo gerente D. Luis Ferri siguió por algunos dias recorriendo aquel vasto establecimiento, tomando cuenta y razon de todo, observando el método de los trabajos y por fin entró de lleno en posesion de su cargo.

Una de esas noches D. Luis se hallaba preocupado y algo febril, sin poder conciliar el sueño, y cansado de darse repetidas vueltas en su cama, cojió sus zapatillas, se puso *el robe de chambre*, abrió la ventana para respirar el aire puro y fresco de la noche, embalsamado con la fragancia de las madre-selvas, los jazmines y tantas otras flores que matizaban aquel paraíso; acercó una silla y se puso á meditar sobre su situacion actual, comparándola con su triste pasado y em-

pezando á dibujar en lontananza el porvenir que se le presentaba con aquel empleo de grandes esperanzas para él.

Dirigía maquinalmente sus miradas, ya al abandonado parque, ya al elevado y solitario castillo de los opulentos Floriani, luego al estrellado firmamento, donde jiran eternamente esos mundos luminosos sujetos á leyes armónicas é invariables, y así se entregaba á un conjunto variado de meditaciones en medio de aquella tranquilidad que siempre reina bajo el mantó oscuro que se extiende al ausentarse el rubicundo Febo.

Lentamente las influencias de Morfeo fueron rodeando su cerebro y vagando en un mar de ideas se quedó dormido profundamente.

La imaginacion acalorada del genovés no reposaba ni en el sueño; pues bajo la accion del sopor empezó á soñar y le pareció que una muger bella, alta, varonil, de formas enérgicas y correctas, cubierta con un manto blanco de tersa y sonante seda, sus abundantes cabellos sueltos en su mayor parte, y el resto sujetos con una diadema luminosa que orlabá su cabeza, y en la mano derecha una palma como símbolo de la inmortalidad; cuya muger cruzaba por encima de su cabeza, rozando el dicho manto con su cara, y que deteniéndose aquel fantasma, le dijo:

—¿Que buscáis mortal en el castillo del crímen y del

misterio? ¿Cómo te atreves á penetrar en la mansion de la desolacion?

El genovés se ajitó sobrecogido por tales preguntas; pero al fin haciendo un esfuerzo le contestó:

—Que tengo que ver yo con esos crímenes y misterios de que me hablas? ¿Piensas acaso aterrorizarme con esos cuentos de brujas?—Véte; mi espíritu es más fuerte de lo que tú crees—véte, y déjame en paz.

El fantasma desagradado por tal contestacion, agitó la palma que llevaba en la mano derecha y empezaron á saltar chispas de fuego, hasta que toda ella se iluminó de una claridad tan poderosa que quedó completamente deslumbrado, y le pareció, en su fantástico sueño, que aquella muger con una fuerza sobrehumana lo tomó por el cuerpo y huyó por los aires velozmente con él, mostrándole, ora un eden encantado, luego un abismo insondable, y de allí lo introdujo en un castillo silencioso y sombrío, donde le enseñó con aspereza, un bello jóven y una hermosísima muger revolcandose ambos en un mar de sangre que brotaba de tres profundas heridas que cada uno tenía en el pecho, y lo lanzó con rabia en el sangriento pantano; pero aterrado el genovés dió á un tiempo un grito y un salto, y se despertó todo azorado sin poder atinar por el momento con lo que le pasaba.

D. Luis se restregó los ojos, pasó ambas manos por sus cabellos que estaban erizados y duros como espigas de cardo, y poco á poco fué serenándose su espíritu, entrando recién á darse cuenta de su situación, y exclamó ¡Oh! qué horrible sueño he tenido! qué escena tan sangrienta y bárbara la que he visto!

Tomó otra vez la silla en que antes estuvo sentado y que abandonó cuando dió el salto y se despertó; se dejó caer en ella y así volvió á su estado normal.

Había transcurrido un buen rato y se levantó para ir á acostarse, cuando le pareció que oía algún ruido dentro de las vetustas habitaciones del palacio, tal como si abriesen puertas en un órden sucesivo, es decir, una más distante de la otra: redobló su atención, pero no oyó más ruido.

Las horas pasaron sin otro incidente alguno, quedando lleno de curiosidad, pues estaba seguro de haber oído ruido de puertas.

Si habrá en efecto algo de misterioso en este Castillo? se preguntó el mismo D. Luis.—¿Si tendremos duendes de cabeza negra asociados al diablo? ¡Cáspita!—ese judío Samuel, este viejo castillo abandonado por sus dueños, esos cuentos que circulan entre la plebe de que andan duendes, visiones y tantas otras historietas, ¿si tendrán fundamento estas cosas?

y por fin si llegará á convertirse en realidad el sueño tremendo que acabo de tener!

Al dia siguiente pensó preguntar á Samuel lo que podría haber sobre el particular, pero despues se dijo, ¿Y si hay aquí algun misterio? ¿y si se oculta algun asunto grave? No, esperemos, pues una imprudencia cualquiera podría privarme de los medios de averiguar las cosas, disimulemos, observemos y vamos atando cabos.

En efecto á la siguiente noche se puso D. Luis en acecho, y no sólo oyó el ruido indicado de puertas que se abrían á la misma hora, sino que redoblando su atencion vió claramente por las rendijas de las ventanas y puertas que dan sobre la parte sud, una leve claridad, casi impercetible, pero que no podía ser producida sino por la presencia de una vela ó lám para que pasaba de una habitacion á otra, ¿Que luces pueden haber dentro de este castillo? ¿si tendrá razon el vulgo en llamarle «del Diablo.»—Esto empezó á inquietar al prudente genovés quien al principio creyó tener miedo, pero despues de reflexionar un instante se dijo: Vamos que los tiempos de brujas pasaron, aquí debe haber algo muy sério que conviene aclarar con calma y sagacidad.

Debemos advertir que la mayor parte de las noches el entrante y saliente gerentes departian juntos; primero se ocupaban de las cuentas, despues de los

rindes, de los productos generales, de las épocas de hacer los cortes, las vendimias, de faenar, de las recolectas y de las ventas; de la manera de hacer los contratos, sobresueldos de empleados y la forma de rendir las cuentas á sus señores; despues se ocupaban de la familia de Floriani, de sus bondades y generosidades, á veces echaban una mirada retrospectiva sobre los tristes recuerdos y terribles escenas que tuvieron lugar en aquel castillo, y luego se despedían como buenos amigos yendo cada uno á sus respectivos dormitorios; pero algunas horas despues cuando todo yacía en completa calma, empezaban las nocturnas apariciones, ruidos y luces que D. Luis se había propuesto aclarar y conocer.

Una de esas noches D. Luis tomó sus pistolas, salió de sus habitaciones sigilosamente y se dirigió á la parte sud del castillo y á favor de la oscuridad de la noche agazapándose lo mejor que pudo, se aproximó á una de las puertas para percibir los sonidos y juzgarlos. ¿Cual no seria su sorpresa cuando sintió clara y distintamente los pasos lentos de una persona que caminaba como para no hacer ruido, y que llevaba una luz en la mano que debía ser una vela, y que despues de cruzar una habitacion abría la puerta, que cerraba en seguida y así sucesivamente, hasta que aquel ruido se fué perdiendo tal como si hubiese descendido á algun subterráneo. - Todo esto no ofre-

cía duda, era evidente, no se engañaba, no era un sueño, ni una alucinación.

—Diablo, dijo D. Luis, ¿qué misterios tenemos en este Castillo? ¿quién puede ser el hombre que á estas horas se atreve á cruzar esas habitaciones? ¿qué objetos guían sus pasos? ¿á donde se dirige ese atrevido mortal? y sobre todo ¿por donde ha podido penetrar? —El judío no puede ser, puesto que no ha salido de su departamento, y acaso de haberseme escapado tendrá que volver y entonces lo haré entrar, pues es preciso aclarar estos misterios á todo trance.

Pasaron algunas horas en la mayor tranquilidad sin que se sintiera otro ruido que el lúgubre y aterrador resoplido de la lechuza que cruzaba de rato en rato; hasta que se sintió muy á lo lejos los mismos pasos que venían aproximándose y siempre abriendo y cerrando puertas con gran cuidado; pero llegando á cierta altura se cerró al parecer la última, pues en seguida desapareció la vislumbre y se oyó un tenue ruido que se perdió en el acto; entonces el genovés se echó de bruces, aplicó el oído izquierdo al suelo y le pareció que el nocturno fantasma hubiese descendido los primeros peldaños de una escalera subterránea, pero no llegó á adquirir certeza de ello.

D. Luis se levantó, escogió un punto estratégico y bien oculto, desde donde pudiera ver quien salía del

Castillo y por donde; pues hizo la resolución de no moverse de allí hasta que averiguase lo que sucedía.

Se había quedado haciendo comentarios y se interrogó—¿Tendrá este alcazar algunas comunicaciones subterráneas con otros puntos lejanos, ó bien se comunicará el castillo con el departamento de Samuel? si, esto es más probable y lógico, pero ¿qué diablos puede ir á hacer todas las noches ese judío apestado? ¿tendrá algun entierro del dinero economizado ó escatimado en su administracion y no querrá se sepa que es poseedor de una fortuna ó bien.... calla calla!! ¡qué es lo que veo Dios mio! la luz aparece ahora en las habitaciones del gerente ¡oh! ya no cabe duda de que la persona que ha penetrado en el castillo es el judío. —Ahora vamos á cuentas: cuando yo he hablado de amarguras, de penas y de familia se ha inmutado, fuese ó no casual; pero; qué diablos! esto no puede tener relacion con tal misterio; de modo que lo único que podría explicar las nocturnas visitas del gerente al interior del castillo sería algun tesoro escondido, y aun esto mismo no esplica bien claro la cosa, ¡oh! no señor, aqui debe haber algo grave, pero muy grave.

Perdido D. Luis en estas conjeturas había dejado correr la noche y el menudeado cantar de los gallos le advirtió que la madrugada se aproximaba, asi es

que abandonó su escondite y se fué á su alojamiento, se acostó en seguida, pero no pudo conciliar el sueño, vagando en sus numerosas conjeturas, hasta que rendido por la fatiga vino á dormirse ya de día, pero con un sueño inquieto que duró muy poco, por lo que se dejó caer de la cama con la cabeza atormetada, se lavó, poniendo agua de colonia en su palan-gana y con esto se refrescó un tanto.

Al otro día terminaron los trabajos relativos á la toma de posesion de la parte agraria y se señaló el siguiente para hacer la entrega del palacio y de sus numerosas existencias, con arreglo al inventario que estaba transcripto en un antiguo libro de tapas de marroquin punzó con las armas de la familia, el que se denominaba «Libro de inventarios.»

Esta minuciosa y fastidiosa operacion duró más dias de lo que suponian, pues las existencias de aquel vasto edificio eran incalculables. D. Luis miraba con ojos ávidos y tocaba todos los muebles, espejos, rincones, pisos, tapicerias y cuanto habia á título de curiosidad y de elojiar el mérito de cada cosa, pero era con el objeto de ver si descubria alguna puerta falsa ó algo por el estilo.

Samuel creyó que el nuevo gerente estaria admirado de ver el abandono en que se hallaba aquel palacio, y asi juzgó oportuno salir al encuentro de tal idea, diciéndole:

—Es doloroso, señor D. Luis, ver estos ricos muebles, alfombrados, espejos, adornos y tantas maravillas y preciosidades como este Castillo encierra, devorado todo por la incuria y el abandono.

—En efecto, señor Samuel, os declaro que esas ideas me preocupan, pero no me animaba á decíroslo.

—Pues habeis de saber que más de una vez me dirigí al señor conde pidiéndole autorizacion para gastar el dinero necesario bajo un presupuesto á fin de reparar, componer y asear el palacio y el señor general contestó que lo dejara así, pues nada quería tocar de lo que allí existía, ni alterar los signos del pasado á que se hallaba vinculado ese castillo, y por eso todo ha permanecido en el abandono en que lo veis.

—¡Ah! eso ya es otra cosa, pero de todos modos yo no pretendia haceros una crítica ni menos responsabilizaros de este abandono.

—Sóplate esa, dijo entre sí el judío—*de este abandono eh!*—y luego repuso; suspenderemos por hoy nuestro trabajo; pues me siento un poco fatigado.

—Como gustéis señor Leivy, estoy á vuestras órdenes y deseo no hagais un trabajo escesivo, que puede redundar en mal para vuestra delicada salud.

—Gracias.

Cada cual se retiró á su alojamiento.

Entre tanto el fantasma seguía todas las noches, y aun cuando podia pedir las llaves del castillo á Samuel, no quiso hacerlo por no despertar sospechas, y porque queria ver si descubria aquel misterio á fin de no quedarse en aquella encantada ó endiablada mansion, sin los medios de averiguarlo todo.

Amaneció el dia mártes y Samuel se encontró enfermo sin poder levantarse de su cama, y este estado siguió reagravándose:

—El médico manifestó que aquello era grave, y tanto que su deber le imponía la obligacion de ordenar que el enfermo arreglara pronto sus asuntos espirituales y temporales.

—Tan inminente creéis el peligro señor Doctor? interrogó D. Luis, algo sorprendido.

—Si señor, y mañana quizá sería tarde, pues su enfermedad se ha desarrollado en estos últimos doce dias, y la crisis se opera de hoy á mañana.

Precisamente los dias que indicaba el médico eran los mismos que D. Luis estaba allí.

El doctor despues de su conferencia con el nuevo gerente volvió al cuarto del enfermo y le indicó del mejor modo que pudo la necesidad que había de que se dispusiera; pero este le contestó:

—Si doctor ya conozco mi estado, me doy por notificado y me preocupo de mis asuntos—gracias—gracias—pero vendrá vd. á verme más tarde ¿no és verdad?

—Si, vendré á cada momento y por eso me despedido de vd. hasta luego.

D. Luis notaba que aquel pobre hombre tenia una inquietud suma y un desasociego terrible, tal como si sostuviera una lucha atroz: á cierta hora de la noche queria bajarse y vestirse en tanto que su cuerpo y sus miembros se negaban por completo á todo movimiento; en otros momentos parecia que queria hablarle confidencialmente, pero muy luego se detenía, sin duda porque aun creía que podía mejorarse, y asi guardar su secreto ó lo que deseaba esponer.

Durante el agravamiento de la enfermedad no se habían sentido los ruidos de puertas en el palacio, ni vístose vislumbre alguna, lo cual había venido á confirmar más y más á D. Luis de que en aquello debía estar mezclado el judío; asi pues se mantuvo cerca del paciente inspirándole confianza y mostrándose atencioso, dulce y bondadoso hasta el estremo, y por último lo curaba, lo acompañaba, dormía á su lado y hacía todos los esfuerzos posibles por ganarse su completa confianza, en razon de que tenía la idea de que de un momento á otro aquel hombre

iba á ponerlo en posesion de algun importante secreto, que al fin se lo revelaría cuando creyese que estaba próximo á morir.

Dos noches habían pasado en aquella ansiedad y desesperacion, pero en la tercera el mal se agravó y Samuel perdió completamente las fuerzas, invadiéndolo un sudor frio y diseñándose en su rostro los perfiles aterradores de la muerte, con esas sombras violadas precursoras de la agonía; sin embargo, aquel hombre balbuceó algunas palabras que no pudo entender claramente apesar de poner su oido casi pegado á la boca del moribundo, no obstante, le pareció que habia murmurado—Sal. . . . vad. . . . la—des. . . . cended. . . . al sub. . . . ter. . . . el éco se apagó por completo y vió que aquel hombre moría llevándose á la tumba su secreto.

D. Luis meditó un momento y se dijo: Repitamos las palabras para que no se olviden.—Salvadla—descended—al subterráneo. — De modo que, hay que salvar á un sér viviente que debe ser muger, pues dijo, *salvadla*—hay que descender al subterráneo, ehl—en cuanto á este ya daré con él, pues más ó menos sé donde queda.—De repente D. Luis se dirigió á una mesa y tomó un frasco de agua de Colonia, vertió en su mano un poco y empezó á resregar las cienes del moribundo, tomó más agua y la pasó por toda la frente, por detrás de las orejas,

los párpados, los pulsos, y el resto que quedó en el frasco lo vació en un pañuelo y se lo aplicó á las narices.—Así pasó un momento; cuando he aquí que el hebreo empezó á volver en sí, el calor se iba lentamente restableciendo en la piel y por fin dió un prolongado suspiro, tal como si la esencia ó espíritu del agua de Colonia, al penetrar en sus pulmones le hubiese restituido á la vida.

—El genovés exclamó, aun no se ha perdido todo!

En efecto, poco á poco Samuel fué reanimándose, luego abrió los ojos de una manera atroz, tal que hubiera dado miedo á cualquiera que no contare con la serenidad de D. Luis. Este llamó en el acto al capataz que estaba en la antecámara, y como no le respondiera fué allá y lo encontró dormido profundamente, pues la noche anterior la había pasado en vela. Aquel buen hombre al sentir que lo zamarreaban se paró como asustado, queriendo correr á donde estaba el enfermo; pero D. Luis lo detuvo por un brazo y le dijo en voz baja: sabeis Botto, cual es el vino con quina, es decir, el tónico ó bebida que el doctor recetó para que se le diera al enfermo?

—Ya, ya, el brebaje? dijo el capataz restregándose los ojos.

—Si hombre, la bebida.

—A punto fijo no lo sé señor de Ferri, pero Batistin sabe perfectamente.

—¿Quien es ese Batistin de que hablais?

—Es el sirviente del señor Samuel, el que siempre lo ha asistido y conoce las drogas como un esperto boticario.

—¿Y donde está el Batistin ese?

—Se fué á descansar, puesto que yo quedaba velando al enfermo.

—¡Ah! vos quedabais velando al enfermo; he!

—Si señor D. Luis, como que ese es mi deber, y no porque haya cesado en el empleo de rejente debe uno abandonarlo.

—Bien, bien, corred y llamad al sirviente, es decir, traedlo vos mismo, pronto, pronto.

—En el acto señor, y salió corriendo, pero como estaba aun medio soñoliento se llevó por delante, primero un banquito y despues una silla.

D. Luis volvió súbitamente al cuarto del enfermo y le preguntó como se sentía.

El judío sin responder á la pregunta le dijo, que lo incorporase un poco y le pusiese otra almohada más en la espalda; lo que ejecutó el genovés con sumo cuidado y delicadeza, como si fuera una solícita hermana de caridad.

—En aquel momento entró el capataz con el con-sabido sirviente.

—¿Vos sois Bautista? preguntó D. Luis dirigiéndose al último.

—Si señor, para servir á vd. ¿tiene algo que ordenarme?

—¿No, habia recetado el doctor un tónico, para que se le diese al enfermo por cucharadas?

—Sí señor D. Luis, y yo mismo fui á comprarlo á la botica.

—Entonces indicamed cuál es de entre esa multitud de frascos y cachivaches, y dadme tambien una cuchara.

—En el acto señoría, tiene un papel amarillo que dice «Bebida»; y mirando á la mesa redonda que estaba á su derecha, llena de botellas, cajitas, frascos y otros objetos con drogas, de esas que los médicos alópatas van recetando sucesivamente y acumulando al lado de un pobre enfermo, y que por lo general no dan otro resultado que dejar la mesa llena de remedios, exhausto el bolsillo y el lecho vacío, de allí cogió uno y se lo presentó diciéndole:

—Aquí está señor lo que recetó el médico, para que se le diese por cucharadas.

D. Luis tomó con la mano izquierda la cuchara y dijo al sirviente: Destapadlo y echad; lo cual ejecutó aquel, y D. Luis con la mano derecha levantó un poco la cabeza de Samuel y le acercó la cuchara á la boca diciéndole: Tomad amigo el tónico que os recetó el médico.

—Samuel tomó, pero dijo. . . ¡Inútil!—y reposó con abandono su pesada cabeza, cerrando los ojos.

—Aquel tónico lo restauró un poco, abrió de nuevo los ojos, dirigió una mirada en torno de la habitación y le dijo á D. Luis: Haced alejar á esa gente, pues quiero hablaros sin testigos.

—El nuevo gerente reprimió con dificultad su alegría, pues iba á saber los secretos de aquel ser misterioso, y se contentó con decir: *eccolo qua*, y dirigiéndose á aquellos hombres les dijo: Como acabais de oirlo, el señor Samuel desea hablarme particularmente y os pide que os retireis al otro cuarto, que si algo se ofrece ya os llamaremos.

Ambos salieron calladitos.

El judío juntó las manos y habló entre dientes un pequeño rato como si rezara una oracion; y luego haciendo un esfuerzo supremo se incorporó, y en voz baja entrecortada y temblorosa le dijo:

—Señor D. Luis, el momento terrible ha llegado para mí. Toda esperanza de vivir he perdido y quizá dentro de poco tendré que comparecer ante el gran Juez; pero no puedo abandonar el mundo sin reparar los males que he ocasionado. Creo que la divina misericordia os ha enviado como un medio de conseguirlo, y debo apurarme en aprovechar estos preciosos momentos.

—El enfermo estaba fatigado, soportaba una lucha

cruel en su espíritu y conciencia, y yo temía que le sobreviniese algún accidente y no tuviera tiempo de revelar todo; por lo que saliendo al encuentro de lo que aquel hombre necesitaba, le dije:—Si, Samuel, prometo ante mi Dios oír vuestros secretos en nombre del sigilo y la reserva, tal como si fuese un sacerdote. Os prometo además guardar vuestras revelaciones sean cuales fueren las circunstancias que sobrevengan, y prometo por último cumplir y ejecutar cuanto dispongais y feis á mi honor y lealtad.

El enfermo suspiró de satisfacción como si un peso enorme se quitara de su alma, y una lágrima rodó por su demacrado rostro, luego tomó la mano de D. Luis, la apretó y llevándosela á sus cárdenos labios, murmuró . . . Gracias . . . gracias! . . . Tomó un poco de aliento y preguntó: ¿estamos solos?

—Sí, solos.

—¿Nadie puede oírnos?

—Nadie absolutamente.

—Bien, acercaos D. Luis, pues no puedo casi hablar.

—El genovés se aproximó tanto que puso su oído cerca de la boca de aquel penitente en confesión.

—Señor de Ferri, en la capilla de palacio y á mano derecha está un confesonario de caoba arrimado al

segundo maciso de la arquería, que aun cuando es muy pesado con un poco de esfuerzo podreis retirarlo pero ese confesonario es inamovible si antes no se le retira una barra de fierro que lo asegura al muro, lo cual se consigue con la apertura de una puerta secreta é invisible por el lado de la Capilla, puesto que ella está cubierta con un gran cuadro de San Bernardo; de modo que aun cuando la capilla tiene su puerta principal de entrada y otras varias comunicaciones secretas, es inútil entrar por ellas pues el confesonario no se moverá sino yendo por el camino que os indicaré, para que al abrir la puerta de San Bernardo salga la barra de fierro que sujeta aquel mueble, y entonces podreis hacerlo girar. Siguió luego dándole las oportunas instrucciones para que supiese por donde debía de ir y llegar á la puerta de San Bernardo—y continuó:

—Una vez allí levantareis del piso ó pavimento de mármol negro y blanco la segunda loza negra á partir del muro, encontrareis una caja pequeña de plomo con unas abrazaderas de bronce que abrireis con la más grande de las dos llavecitas que están atadas á un cordon que llevo en mi cuello y que os pido saqueis ya.

D. Luis sin esperar una palabra más, introdujo su mano izquierda por el cuello de la camisa del enfermo, tanteó y encontró en efecto el cordon que pen-

día al rededor del pescuezo y en el extremo estaban atadas las dos llavecitas, una más chica que la otra—Aquí están señor Samuel las llaves de que me hablais, podeis seguir.

—Bien, siguió el judío, una vez abierta la caja de plomo encontrareis otra dentro que es de ma.... de....ma, y no pudo continuar, cerró los ojos y abandonó la cabeza sobre las almohadas; pero despues de un breve reposo se incorporó solo y volvió á continuar su relato—encontrareis el confesonario de caoba y....

D. Luis le interrumpió, al ver que no habia reanudado bien sus ideas: Eso ya me lo habeis dicho, estábamos hablando de la caja de plomo que se abre con la llave más grande y que con la otra más chica se abre la demadera que está dentro de aquella.

—Cierto, cierto, dijo Samuel—en esa segunda caja encontrareis guardadas, y el judío hizo otra pausa, suspiró con dolor, y prosiguió—mis riquezas, frutos de muchos años de economías y privaciones ascendiendo á unas tres mil quinientas libras italianas en oro, cincuenta mil en papel moneda de circulacion y mayores sumas en documentos de los fondos públicos nacionales. Escuchad, señor D. Luis, el fin de mi secreto; esas riquezas pertenecen ó se las dejó á mi esposa y....la palabra murió otra vez en sus lábios.

—Diablos! dijo D. Luis, ahora salimos con esposa, cuando yo creía que ese tesoro venía derecho á mí.

El judío se desvaneció, miró á D. Luis tristemente y cerró los ojos; creyó este que aquel hombre iba á morir sin poder soportar la horrible lucha que sostenía, ni acabar su misteriosa narracion.

¿Qué propósitos ó ideas cruzaron por la mente de D. Luis Ferri en aquellos momentos?—ya conocia el secreto de Samuel, el tesoro estaba en sus manos, aquel hombre se moría; pero el dinero debia pasar á la esposa: ¿quién era esta esposa y donde estaba? lo ignoraba, y ella no sabia tampoco de tal herencia, de modo que el genovés Ferri podía apropiársela sin que nadie lo sospechase; pero en fin, no podemos leer en el fondo de la conciencia de los hombres, porque sólo á Dios está reservada esa facultad.

—Un rato despues Samuel abrió los ojos, hizo otro esfuerzo, pidió el tónico que D. Luis le dió como antes en la cuchara, y prosiguió diciéndole:

—Si señor D. Luis á vuestra lealtad y honradez fio que todo lo entregareis á mi pobre esposa; salvo veinte mil libras que os lego como un recuerdo de mi amistad ó sea como comision de albaceazgo para la ejecucion de mi última voluntad.

—Pero ¿vive vuestra esposa?—¿no me dijisteis que

no teniais familia alguna y que erais un árbol solo en el mundo.

—Sí, pero escuchad.—Dios mio, permitid á este miserable pecador que pueda cumplir con esta reparacion, para salvar así mi conciencia. Mi esposa, señor D. Luis, que murió para el mundo vive aun, es decir, acaso vivirá, si es que todavia hay tiempo de socorrerla y salvarla.

—La respiracion del enfermo se hacia cada vez más difícil y fatigosa, y en aquel momento advirtió el genovés que una sustancia lacrimosa y abundante se desprendió del ojo blanquizco, sin brillo y opaco del judío que rodó sobre su demacrada faz, es decir, esa fria lágrima precursora de la muerte, que como el último líquido emanado del dolor surge de la pupila del moribundo.

Aquel hombre valiente y tenaz volvió á tomar un poco de aliento y continuó:

—Debo deciros ante todo señor de Ferri, que para defender mi tesoro y ocultar mejor los misterios que encierra este castillo, que el vulgo llama del «Diablo» yo tuve siempre la costumbre de aparecer en las altas horas de la noche en las almenas, techos y torres del castillo, vestido con un manto blanco que sostenía en lo alto de mi cabeza con un ligero aparato de madera que tenía por objeto levantar el bulto de mi cuerpo, haciéndolo aparecer como una altísima

fantasma, á fin de asustar al vulgo y que se difundiese con razon el nombre de Castillo del Diablo, viéndose en efecto á media noche luces, fantasmas, duendes y sintiéndose además ruidos y prolongados quejidos que yo mismo producía, y de este modo conseguí que persona alguna se permitiera penetrar aquí ni aun acercarse al castillo y

—Bien señor Samuel, le interrumpió D. Luis con cierta impaciencia, ocupémonos de lo de vuestra esposa y continuad, si gustais, lo que á su respecto ibais á decirme.

—¡Ah! si, ella existe, balbuceó el judío, encerrada en uno de los subterráneos del Castillo y no ha recibido alimento alguno desde que caí en cama, corred pues, señor D. Luis, y tratad de salvarla si aun hay tiempo; pero esta operacion la hareis vos solo, lo entendeis, absolutamente sin testigos, pues este fatal secreto no lo conoce mortal alguno, sólo vos le poseis ahora.

—¿Y cómo debo de hacer para dar con ella ó con el subterráneo de que me hablais?

—Escuchad: entrareis en la sacristía de que ya os he hablado; á la derecha encontrareis un pequeño altar en forma de consola ricamente dorado, encima del cual hay un hermoso crucifijo de talla, obra maestra y antiquísima perteneciente á los antepasados de a familia Floriani; os pondreis de rodillas por el

costado derecho, y buscareis con cuidado un boton de los doce que adornan el zócalo, apoyareis con fuerza el noveno, y entonces ese aparato con Cristo y todo jirará á la izquierda y dejará ver una pequeña puerta, la cual abrireis con una llave que está colgada en el respaldo del aparato giratorio y penetrareis á...á...á...á... ¡Dios mio! Dios mio!!

Samuel no pudo continuar más, su cabeza se desvaneció, empezó á ajitarse convulsivamente y á delirar pronunciando palabras incoherentes, pero poniendo más atencion á lo que decia entendió clara y distintamente lo siguiente: ¡Adolfo! — muere! — infame, en presencia de esa adúltera — sí, hiere Carlos, hiere Gato del demonio. Dejad mi tesoro, no toqueis esa llave, y siguió delirando un rato más, pronunciando frases y palabras incomprensibles.

Su cuerpo sufrió un estremecimiento y luego se fué estirando: pocos momentos despues dejó de existir sin haber podido terminar su tenebrosa historia.

Todos los esfuerzos que hizo el genovés echándole una cucharada en la boca de la tónica bebida y dándole fricciones de agua de Colonia, fueron enteramente ineficaces para volverlo á la vida.

Samuel Leivy ya no existia, al menos asi le pareció.

—D. Luis reflexionó un momento sobre lo que

debía hacer en tales circunstancias, y empezó á repetir entre sí, como para no olvidar las palabras de Samuel:

El confesionario.

La caja de plomo.

El tesoro.

El Cristo con el aparato giratorio.

Adolfo y la adúltera.

Cárlos ó el Gato.

El subterráneo.

Tres dias sin alimentos, etc.

Ahora ¿qué es lo que debo hacer?

Se interrogó y en seguida se contestó, — Ocultar por ahora la revelacion del tesoro, y adelante. D. Luis no se animó en aquel momento á darse cuenta si ya pensaba quedarse con aquel dinero ó no; pues ignoraba si aun viviría la muger á quien se le legaba; pero la verdad era que la tentacion se presentaba fuerte y capaz de conmovér y fascinar á una alma honrada y recta; además, se dijo, ¿quién podría jamás saber de tal fortuna, ni acusarme de usurpacion? ¡Oh! si, se replicó, mi propia conciencia que es mi juez interno y á quien no puedo engañar ni ocultarle accion ni cosa alguna, pues vendría á cada momento acusándome de robo y de abuso de confianza con un moribundo; pero en fin dejemos esta cuestion por un momento y despues reflexionaremos con calma: ahora ocupemonos del presente.

Llamó al capataz y al sirviente y ambos acudieron al llamado, en tanto que á la sazón entraba también el médico.

—¡Oh! señor doctor, iba á mandar por vos; acercaos, acercaos, pues creo que nuestro buen Samuel se nos muere.

El médico se adelantó hácia la cama del enfermo y lo examinó detenidamente, tomóle el pulso, le levantó los párpados de los ojos y por fin hizo otras varias esperiencias, despues de las cuales se dió vuelta hácia nosotros y dijo:

—Señores, Samuel emprendió su largo viaje, solo ha dejado sus despojos mortales.

—¿Es posible señor Doctor? exclamó D. Luis con semblante de dolor.

—Y posibilísimo.

—Cerciorado D. Luis que en efecto Samuel estaba muerto, tomó un aire de superioridad y se dirigió al Doctor, al capataz y al sirviente y les dijo:

—Escuchad señores atentamente el secreto que voy á revelaros.

—Todos se aproximaron con muestras de curiosidad y de sorpresa.

—El judío Samuel Leivy era casado.

—¿Que decis? exclamaron todos interrumpiéndolo.

—Lo que ois, y á su muger la tiene encerrada en

uno de los subterráneos del Castillo, y quien sabe si vive, pues era desgraciada no ha recibido alimentos, luz ni agua desde que Samuel cayó en cama de gravedad.

—Pero es posible todo lo que nos referis, agregó el médico, y ¿cómo sabeis señor de Ferri esos secretos?

—Ese infeliz, cuya boca se ha cerrado para siempre, señalando con el dedo índice de la mano derecha el cuerpo inerte del judío me lo ha revelado en sus últimos momentos, aun cuando la divina providencia no le permitió terminar su funesta historia.

—Recordais señor Botto y vos Bautista, cuando Samuel pidió que os retiraseis dejándome solo con él porque tenía que hablar confidencialmente conmigo?

—¡Oh si, como nó! y en el acto abandonamos el cuarto, contestaron á una el capataz y el sirviente.

—Bien pues, eso fué con el objeto de revelarme varios secretos; es decir, ese asunto de su muger. El astuto genovés rectificó su descuido de mencionar varios secretos, pues quería que solo se tuviese la idea de que Samuel le había revelado unicamente el misterio de su esposa nada más; pero señores, continuó Ferri, no nos detengamos ni un momento más y

corramos á salvar á esa desgraciada víctima, si no es demasiado tarde ya.

—Sí, corramos dijo Botto.

—Vamos señor, agregó Bautista.

—Y todos se dispusieron á ejecutar tal propósito, pero el Dr. Verini se dirigió á D. Luis y le dijo:

—Mi apreciable señor, me parece que procedéis con alguna precipitacion, pues el caso es grave y se trata acaso de algun crimen, por lo cual creo que os convendría hacer intervenir á la autoridad para salvar toda responsabilidad ulterior.

—En efecto, señor Doctor, vuestra observacion es de todo punto justa, pero ¿y la premura? ¿y si esa infeliz muere por falta de oportunos socorros, no será nuestra la culpa?

—Si, pero la ley, señor Intendente, tiene sus exigencias, replicó el doctor con aire circunspecto, y pienso que el señor Conde de Floriani quedará mas satisfecho de que se proceda con cautela; no obstante podeis obrar como mejor os plasca.

—Al contrario, señor Doctor, os doy las gracias por vuestro juicioso y atinado consejo, que desde luego me apresuro á seguir, y dirigiendo la vista al sirviente Bautista le dijo:

—¿Está distante de aquí la casa del señor Juez del distrito?

—Ya lo creo señor, y muy distante; pero el sub-

delegado está muy cerca, y si vd. gusta tengo á la mano mi caballo ensillado y puedo ir en un instante.

—Hay está mi cabriolé dijo el Doctor, llévelo vd. para que venga en él el señor Juez, y asi ganaremos tiempo.

—Perfectamente, corred Bautista, que peligra la vida de una infeliz, y decid al señor subdelegado de mi parte, que en nombre de la justicia lo invito á venir ahora mismo, por presentarse un caso urgentísimo.

— ¿No será mejor, repuso Bautista, que el señor D. Luis me dé un papelito para el Juez?

—Teneis razon, tomad una targeta mia que supongo será lo suficiente, pero no os detengais ni un segundo.

—Así lo haré.

—Escuchad Bautista, si no estuviese por casualidad en su casa, preguntad donde se le puede encontrar y vais al punto que se os indique.

—El sirviente dió media vuelta rapidamente y salió.

—Sabeis señor doctor, repuso D. Luis que estoy encantado y satisfecho del paso que acabo de dar por consejo vuestro, pues ahora me apercibo de la gravedad del caso, y si vos no hubierais estado presente, acaso procedo ligeramente llevado de los

deseos de salvar á esa desgraciada; pero no siempre se puede obrar por los impulsos del corazon, sino por las deliberaciones de la cabeza y de la reflexion, y solo asi es que puede uno salvarse de enredos y dificultades.

—Si señor D. Luis, creo que habeis adoptado una determinacion acertada, dejando á la justicia el ejercicio de su accion saludable, para esclarecer los hechos tenebrosos en que parece envuelto este asunto y adoptar las medidas que la ley indique. Mientras viene el juez sumariante tened la bondad de decirme algo sobre esa muger, como fué su encierro y la causa que lo motivó.

—Os diré señor Doctor Verini hasta donde sé, pues el pobre judío no dió fin á sus revelaciones porque le sobrevino la muerte precisamente momentos antes de que entrarais al cuarto.

—¿Sin dejar cosa alguna escrita? preguntó el médico.

—Nada absolutamente que yo sepa señor Doctor; y D. Luis empezó por referirle del modo angustioso como el enfermo había pasado la noche, su inquietud, su pena, y por fin como empezó su relacion, sin omitir cosa alguna, á escepcion de lo que se referia al tesoro escondido; llegaba D. Luis á lo mas interesante de su relato, cuando se presentó de vuelta el diligente Bautista con el señor subdelegado y un secretario ó escribano.

D. Luis salió corriendo á recibirlo y lo hizo entrar al cuarto donde estaba el muerto.

El tal juez de aquel distrito era un hombre de unos cincuenta y dos años de edad, casado y con familia, un poco calvo y algo cano, barba abundante delgado y mas bien alto que bajo; tenía unos ojos vivos, penetrantes é inquietos, pues á fuerza de estar siempre haciendo indagatorias, averiguando crímenes, esclareciendo hechos y descubriendo secretos, tenía en la mirada cierta sagacidad y penetracion que imponía, abarcando con suma facilidad todo el conjunto de una situacion: además poseía la facultad de calar á los individuos y pocas veces se equivocaba en sus juicios; tanto que allí era conocido con el apodo de *Juez lince*.

Al entrar el subdelegado al cuarto donde se encontraba el muerto y los vivos *d'un colpo d'occhio*, como dicen los italianos, recorrió rapidamente el cuadro que se ofrecia á su vista, formó su composicion de lugar y se dijo, aquí debe haber algo sério, vamos con calma; y dirigiéndose al médico que conocía bastante le dijo, oh señor Verini ¿que tenemos de nuevo, que he sido llamado al castillo del señor conde de Floriani con tanta premura, que he tenido que abandonar todo y salir á escape.

—Ante todo, repuso el Doctor, me permito presentaros al señor D. Luis Ferri actual gerente de

este palacio que hace poco vino á subrogar é Samuel Leivy, por órden de su propietario el conde de Floriani.

—Tengo el placer de saludar y conocer al señor Ferri, dijo el juez, estirando su mano.

—Y yo, repuso el genovés, me siento muy honrado en estrechar la mano de su señoría á quien conocía de nombre y crédito, aun cuando no había tenido el honor de tratarlo y. . . .

Pero el subdelegado sin dejarle concluir la frase, dijo:

—Señores ¿cual es la causa por la cual se reclama aquí la presencia de la justicia?

—Voy á tener el honor, señor Juez, de espresaros la causa y la urgencia del llamado, repuso D. Luis. Samuel, gerente de este palacio que habeis conocido y cuyo cadáver podeis ver alli en el fondo de la pieza, señalando la cama donde aquel aun se encontraba.

—¿Pues que ha muerto Samuel? dijo el Juez abriendo tamaños ojos y juntando sus manos.

—Si señor, ya lo veis, agregó D. Luis.

—Vos lo habeis asistido Doctor?

—Si, siempre fui su médico.

—Ese pobre hombre, continuó D. Luis, en sus últimos momentos me confió que su esposa vivía y que estaba encerrada en uno de los subterráneos del castillo.

—¿Es posible?

—Tal cual tengo el honor de espresároslo.

—¿Y desde cuándo y porqué?

—Nada de eso conozco, pues cuando el finado empezaba á comunicarme su secreto, estando ya muy malo, le sobrevino la muerte y sólo alcanzó á decirme que entrando á la sacristia de la capilla encontraría á la derecha una meseta dorada en forma de altar donde está un santo cristo, y que apretando un boton de los del zócalo giraba todo el altar, dejando ver una pequeña puerta, cuya llave encontraría en el respaldo del altar, y por fin esplicó al subdelegado todo lo mejor que pudo cuanto el judío le trasmitió, pero reservando el asunto tesoro, y la ruta que debía seguir para dar con él.

—Y quién es esa muger, como se llama y. . .

—No os molesteis señor magistrado en hacer esas preguntas, porque todo se ignora, á escepcion de lo que os he dicho y que es cuanto Samuel llegó á confiarme en sus postreros momentos; pero debo agregar, que el finado espresó que esa infeliz no había recibido alimentos desde que cayó en cama, es decir, que harán cuatro dias largos; por eso es que inmediatamente de espirar Samuel, nuestro primer impulso fué correr al subterráneo para ver si podíamos salvar á la enterrada en vida; pero el señor Doctor me observó, muy atinadamente, que el caso era

grave y que para salvar responsabilidades ante la ley debía mandar llamar en el acto y con toda premura á la autoridad competente, á fin de que ella tomara la intervencion necesaria en el asunto; he ahí señor Juez lo que nos obligó á molestaros y la causa de nuestra precipitacion. Ahora podeis ordenar lo que debemos hacer, pues la vida de esa infeliz urje, si es que aun vive.

El Juez tomando entonces un aire magistral é imperativo, se dirigió al secretario y le dijo:

—Antonio, empiece vd. á levantar el acta para la indagatoria, consigne vd. el dia, hora, lugar, nombre de las personas presentes, con sus profesiones, edades, domicilios y sienta vd. por estenso la exposicion que acaba de hacer el señor gerente del castillo, mientras nosotros nos dirijimos al subterráneo.

El secretario abrió sus papeles y se puso á escribir, tomando para ello los nombres, edades y todos los demás datos necesarios.

El subdelegado, el médico, el gerente, el mayordomo y el sirviente se dirigieron á la Capilla de Palacio proveyéndose de lo necesario, es decir, de luz, agua de Colonia, algunos refrigerantes y un manajo de llaves que el genovés sacó de un cajon existente en la secretaría.

Todos precedidos por D. Luis entraron á la Capi-

lla y una vez allí empezaron á recorrer con la vista aquel recinto.

El Juez dirigiéndose á D. Luis, le preguntó.

—¿Es esta la vez primera que penetrais aquí?

—Sí, señor Juez, la primera, pues todo esto me es desconocido.

—Parece prosiguió aquel, que este castillo tiene muchos misterios y comunicaciones secretas.

—Así parece, y es doloroso que no haya habido el tiempo necesario para tomar de Samuel mayores datos y esclarecimientos.

—El médico cruzó la conversacion diciendo:

—Señores, no perdamos el tiempo, pues se trata de la vida de una infeliz. Guiadnos pronto señor D. Luis.

—Sí, guiadnos pronto, repitió el Juez.

—Corriente, repuso el conserje y todos se dirigieron á la capilla.—Una vez allí, y fijando Don Luis la vista en determinado punto señaló con su índice, diciendo; allí está señores la meseta ó altar del Cristo por donde debemos encontrar la entrada del subterráneo.

—En efecto, repitieron los otros.

D. Luis se aproximó al pequeño altar, puso su pañuelo en el suelo y se colocó de rodillas, buscó entre los doce el consabido boton noveno, apoyó fuertemente su dedo pulgar y con asombro de todos el referido aparato jiró, haciendo un ruido suave sus

goznes y apareció en efecto la anunciada puerta que abrió D. Luis con una llave antigua y grande que estaba colgada en el respaldo del altar, exclamando: Samuel no ha mentado, todos sus datos han resultado exactos hasta ahora.

—Adelante, dijo el Juez, y seguía escribiendo en una libreta con su lapiz todo cuanto sucedía y veía, como datos para el proceso.

Por dicha puerta penetraron en otro oscuro pasadizo á cuyo término dieron con otra puerta y despues de probar muchas llaves encontró la que le pertenecía y la abrió.

Entraron todos á una pieza arreglada con buenos pero antiguos muebles y luego pasaron á un dormitorio ó sala, cuyo menaje revelaba tambien antigüedad: había en el centro una lámpara colgante donde indudablemente existió luz que se había estinguido por falta de combustible; pero lo que más llamó la atención de los exploradores fué de que en aquella habitacion subterránea no faltaba el aire, ni se notaba la humedad que en otras; siendo así que no tenían, al menos á la vista, puerta, ventana, mechinal ni abertura alguna por donde pudiera renovarse el aire.

El juez hizo avanzar la luz hacia el fondo del salon y todos se aproximaron en busca de un algo.

Una exclamacion general de sorpresa y de dolor escapó á un mismo tiempo de la boca de todos, pues

resonó en aquella solitaria sala un «¡Oh Dios mio!!» y esos ecos fueron muriendo en medio del imponente y sepulcral silencio que siguió.

El Juez lo interrumpió diciendo al médico:

—Señor Doctor tened la bondad de examinar ese cuerpo para que en oportunidad produzcais el conveniente informe en el proceso, fijandoos bien si algun agente extraño ha producido su muerte ó si por el contrario ha sido natural su deceso.

El facultativo sin responder palabra tomó la luz que tenía Bautista con su izquierda mano, la aproximó á la cara de aquella infeliz que estaba vestida y estirada en su cama, levantó los párpados, examinó las pupilas de aquellos hundidos y opacos ojos, buscó el pulso que no latía por cierto, luego dió la luz á Bautista y en seguida desprendió el vestido, introdujo la mano derecha en el seno, posándola sobre el corazón y despues de varios otros esperimentos declaró que aquella infeliz estaba muerta y que sólo harían pocas horas que se había apagado el último latido de la vida, pues se notaba aun en el cuerpo y en los puntos más abrigados y recónditos un ténue calor.

—¿Qué otros síntomas presenta, señor Doctor, dijo el Juez, ó qué rastros pueden notarse que conduzcan á la ciencia y á la justicia á esclarecer los hechos y dar luz al proceso?

—Dentro de pocos momentos podré decíroslo, señor subdelegado.

—Bien.

El aventajado discípulo de Galeno empezó entonces á examinar el cuerpo de la muerta de arriba á abajo, la dió vuelta y revuelta, palpó, recorrió todas las partes de aquella humana estructura, y cuando juzgó que había completado su prolíjo examen, llamó al magistrado y al intendente, que se habían separado un poco y conversaban mientras él trabajaba, y se espresó en este sentido:

—Señores, no aparece rastro alguno que acuse estrangulacion, ni aparece crispacion de nervios ó contracciones de miembros que se producen con los venenos. Tampoco ha intervenido la asfixia, pues ésta que no es otra cosa que la supresion de los fenómenos vitales por la presencia de agentes ó causas que obran esclusivamente sobre los órganos de la respiracion, repercutiendo luego en las funciones cerebrales, y en las de la circulacion, no se ha producido en esta muger, ni tampoco aparecen síntomas ó rastros de otros agentes capaces de haber producido la muerte.

—Es decir, replicó el Pedaneo, que no encontrais causa criminosa que haya podido intervenir en su muerte?

—No, señor Juez, no sostendré tal afirmacion, al

contrario, la causa determinante de su muerte ha existido, y ella puede ser el resultado de un crimen, ó de un accidente por fuerza mayor.

—A ver Doctor, esplicadme eso que no he podido alcanzar toda la significacion de la frase.

—Con mucho gusto, señor Juez.

—Escusad, señor Doctor, dijo el subdelegado, que sea minucioso y hasta cierto punto fastidioso en estos detalles, pues ya sabeis que la justicia tiene deberes sagrados que llenar.

—Señor Juez, en este momento yo tambien lleno y con gusto, los deberes que me impone la ley y la ciencia, de modo que podeis hacer todas las averiguaciones que os sugiere el deber, que yo estoy á vuestra disposicion.

—Gracias Doctor.

—En consecuencia, continuó el sectario de Esculapio, debo deciros, que segun los datos característicos y sintomáticos que presenta el cadáver, y teniendo en cuenta la minuciosa esposicion que nos hizo el señor Ferri apoyada en las revelaciones de Samuel, se deduce forzosamente que la muerte se ha producido en esta infeliz por la debilidad, la estenuacion y la consuncion, ocasionadas por la ausencia de todo género de alimentos, lo cual aparece comprobado evidentemente por la demacracion de su cuerpo.

Esta muger debe hacer mucho tiempo que no

respiraba el aire oxigenado y libre, ni sentía los rayos fecundadores del sol. Además se encuentran los rastros evidentes de que durante un largo período solo ha tenido limitadísimos alimentos, es decir, aquello indispensable para no morir; de modo que en ese estado patogénico sin la conveniente nutrición y privada de todo movimiento y ejercicio, se hallaba ya en un estado próximo á la momificación, de modo que estos últimos días en que no ha recibido alimentos ni líquidos de ningún género, es lo que indudablemente ha ocasionado su muerte.

Se vé, continuó el médico, que tiene la region del estómago hundida, y todas las cavidades y paredes interiores estan pegadas unas á las otras como una mómia en completa disecacion, y con el abdomen adherido á la columna vertebral.

Os aseguro, señores, que esta desgraciada muger debe haber sufrido los terribles padecimientos del hambre y de la sed, así es que su muerte es la de una verdadera mártir.

—¡Oh! esto es horrible! dijo Don Luis.

—Sí, señor Ferri, contestó el Doctor, y el autor de este crimen fué su mismo esposo el Judío Samuel.

—No hay la menor duda, agregó Don Luis.

—Supongo, dijo el Subdelegado, que no tendreis dificultad, señor Doctor, en dar un certificado consig-

nando todos esos detalles para que luzcan en el proceso?

—Ninguna, señor Juez, pues al contrario es de mi deber hacerlo; pero juzgo oportuno deciros que en un caso de la gravedad del presente debía procederse con otra formalidad.

—¿Cuál? preguntó el Juez.

—Parece que sería más conveniente, nombrar otro médico y proceder entre ambos á hacer la autopsia del cadáver á fin de poder certificar científicamente sobre las causas que han producido la muerte.

—Perfectamente, señor Doctor, veo que sois hombre avisado y de práctica en estas materias tan delicadas. Queda pues asi resuelto y procederé á dar las órdenes necesarias á fin de obrar en el sentido de vuestras indicaciones.

—Como gustéis señor Juez.

En el interin, los otros se pusieron á examinar á aquella muger.

La cara parecía de mármol de Carrara, la expresion de su fisonomía era tranquila, dulce y adolorida, la piel parecía pegada á los huesos, los ojos estaban tan hundidos que parecían cóncavos vacíos.

Representaba solo treinta y dos á treinta y seis años, y apesar de su desfiguramiento podía entreverse que había sido una muger bella.

Por ahora se ignoraba el nombre de la víctima

el motivo que había inducido al marido á encerrarla en aquel subterráneo, y sólo se tenía el dato incompleto y fugaz de las palabras vertidas por Samuel en su delirio, cuando había dicho:—«Adolfo . . . muere infame en presencia de esa adúltera», etc.

¿Qué podrá haber en todo esto?

Qué nuevo crimen se habrá cometido en la persona de ese Adolfo, que aun permanece ignorado para la justicia?

En fin, la averiguacion y esclarecimiento de todo ello quedó á cargo de la autoridad, que iba á instruir debidamente el proceso.

Se llevó á cabo el reconocimiento médico y necropsia del cadaver de aquella muger; luego fueron sepultados uno y otra, y el señor subdelegado tomó posesion de todo lo relativo al asunto para la prosecucion del juicio.

Como esa causa no es indispensable, ni aun pertinente darla á conocer al lector, dejamos esos misterios á cargo de la justicia, para que ella haga la luz; no obstante que más adelante hemos de tropezar con algunos de los personajes que han actuado en estos crímenes y misterios.

CAPÍTULO VI

—

El tesoro

—

Inmediatamente que Don Luis se desocupó de sus más premiosas atenciones, y dió sus declaraciones sobre los sucesos ocurridos allí, desde su llegada al palacio hasta el día en que el Juez tomó conocimiento de la causa, emprendió viage á Milan con el fin de poner en conocimiento del Conde de Floriani todo cuanto había ocurrido; haciéndole una referencia la más minuciosa sobre las comunicaciones secretas del Castillo, los subterráneos que había tenido ocasion de conocer, lo relativo á la muerte de Samuel y de su infortunada muger.

Gran sensacion causó en toda la sociedad el extraño y misterioso suceso de la enterrada en vida y del judío Samuel, abriéndose la válvula de los comentarios, de las suposiciones estravagantes y ridículas sospechas. Por algunos días se ocuparon los periódicos del asunto del Castillo del Diablo; pero como todas las cosas humanas, muy luego fué relegado al olvido aquel episodio funesto.

Largas conferencias tuvieron Don Luis con el General sobre la administracion, rendimientos, tra-

bajos y mejoras á ejecutarse, con el fin de hacer más productivo aquel vasto establecimiento. Luego de haber recibido las últimas instrucciones y órdenes del Conde, dió por terminada su comision y regresó á Arona.

Una vez instalado el genovés en su puesto, y ya más tranquilo, se ocupó del asunto cuyo secreto había reservado; tal era el del tesoro escondido, que aun no sabía si era efectivo ó nó; apesar de tener la mejor idea sobre el particular, desde que todos los datos suministrados por el judío habían salido exactos, y no había razon para que esto no fuera cierto.

Tomó sus convenientes precauciones y aprovechó el día en que había una fèria pública en Arona, y dió licencia á todos los empleados, á fin de que pudiesen asistir á ella y quedarse solo en el palacio; lo cual tenía el doble objeto de propiciarse las simpatías y buena voluntad de sus subordinados, y sobre todo de poder acudir con calma y seguridad al importante asunto del tesoro.

En efecto, el día Domingo llegó y todos los empleados se fueron temprano á la fèria; entónces Don Luis, munido de una saca de cuero con las oportunas herramientas y de una luz se dirigió al escritorio. Una vez allí, se dijo: Ahora recordemos las instrucciones de Samuel:

Frente á la caja de fierro, me dijo, está una papelera que cubre una puerta secreta ; cuya papelera gira empujando hácia atrás el pequeño busto de bronce de Ciceron que está encima ; de modo que, esta es la caja, aquella la papelera con el bronce ; ahora probemos, y empujó hacia atrás el busto, y el aparato giró á la izquierda sin dificultad alguna, apareciendo la consabida puerta ; luego tomó á la derecha y dió con otra puertita muy pequeña, que tambien le indicó el judío y por ella penetró á un oscuro pasadizo frio y húmedo, siguiendo caminando ese largo zaguan, al fin del cual descendió por una prolongada escalera de piedra á un cuarto cuadrado y pequeño que parecía ser un punto estratégico donde debía haber varias comunicaciones secretas, y se dirigió instintivamente á una puerta que quedaba frente á la de entrada y que Don Luis abrió luego de probar varias de las llaves que llevaba ; y caminando como unas diez varas encontró otra larguísima escalera tambien de piedra por la cual subió y dió con un pasage tan estrecho que sólo podía cruzar un hombre, y se veía claramente que aquel era practicado en un grueso muro cardinal de los del edificio, y pasado ese, subió tres escalones, dando con una maciza puerta de una sola hoja, que más parecía de cárcel que de un palacio, la cual se abría con dos llaves y una falleba, pero al

torcer ésta, se sorprendió Don Luis de ver que cedía blanda y dulcemente, como si recién la hubiesen recorrido con aceite, lo que probaba evidentemente que estaba en uso, y aun cuando se preparaba á ensayar las llaves de su manajo, la empujó, se abrió y con gran satisfacción vió que daba á la dicha capilla, teniendo que descender como vara y cuarta, lo que probablemente se verificaría con alguna escalerita portátil, pero no habiéndola allí lo hizo, dando un salto.

Luego que se encontró el Genovés en la capilla reconoció que aquella puerta formaba del lado de adentro un gran cuadro al oleo de San Bernardo que tomaba ó cubría toda ella y algo más; de modo que examinado por el lado de la Iglesia nadie podía presumir que allí hubiera una puerta oculta.

Don Luis medio azorado, dirigió sus miradas á todas partes: recorrió la ya conocida Capilla, la sacristía y demás accesorios, parándose delante del confesionario de caoba que estaba arrimado al segundo macizo de la arquería derecha.

Cualquiera que hubiese observado á aquel hombre, comprendería luego que tenía miedo de ser espiado por alguien, no obstante, que como hemos dicho, había quedado solo en el Castillo; pero cada vez que giraba su cabeza de uno á otro lado para cerciorarse de que efectivamente estaba solo, trope-

zaba con los Santos que estaban en sus nichos con sus caras severas, graves é impasibles, con sus ojos abiertos como testigos mudos y acusadores, que parecían decirle :

—¡ Miserable !--¿ Qué vás á hacer ? ¿ Tratas por ventura de manchar tu conciencia, usurpando ese tesoro ?

Don Luis pegó un salto y dió un grito al sentir un estrépito en la sacristía—se le quedaron erizados los pelos, el cuerpo helado, sin poderse mover, como si lo hubiesen clavado en el suelo ; pero luego se apercibió que tal estrépito había sido producido por la puerta que dejó abierta al entrar y que el viento la cerró violentamente.

Aquel hombre luchaba entre los ecos murientes de su débil conciencia y la terrible tentacion de apoderarse del tesoro, y como para engañarse así propio y salir del mal paso se dijo :

—¿ Qué estoy titubeando, si al fin y al cabo no sabemos si existe ó no tal dinero ?

Ante todo vamos á cerciorarnos, y se dirigió en seguida al confesonario.

Probó de moverlo en el sentido que debía, pero no pudo conseguirlo, y se dijo :

—¡ Pues sería gracioso que no pudiera yo solo hacer la operacion, y que tuviera que ocurrir á otro y confiarle mi secreto ! ¡ diablos ! esto no puede

sér y es preciso antes echar el alma y forcegear hasta reventar, y con este propósito arremetió de nuevo al inamovible armatoste y empezó á hacer esfuerzos sobrehumanos sin resultado; pero cambiando el punto sobre el cual hacía sus esfuerzos, vió con gran satisfacción que con poco trabajo giró el mueble, pues toda la resistencia dependía de la falta de vaquía y del punto sobre el cual debía empujarse .

Separado el confesonario del muro, Don Luis recordó la instrucción dada por el judío—« *Segunda baldosa de mármol negro, arrancando del muro* » ; Bien pues, esta es, y se conoce que ha sido removida porque no se halla en las condiciones de las otras, así es que el avaro Genovés tomó sus herramientas y sin gran dificultad levantó la pesada baldosa y luego removió la tierra, pero á medida que trabajaba se iba alarmando puesto que nada aparecía y llegó á perder la esperanza por completo de encontrar cosa alguna, suponiendo que acaso fué un cuento de imaginación enferma y febril; iba ya á abandonar su penosa tarea, cuando su herramienta tropezó con una cosa dura y su corazon pegó, por decirlo así, un salto de alegría, y en realidad era la anunciada caja de plomo que sacó con cuidado, le quitó una tela de goma con que estaba cubierta y luego tomó la más grande de las llaves que habían

en el cordon que sacó del cuello del moribundo hebreo, la introdujo en la cerradura y se abrió con facilidad.

Dentro de aquella encontró la caja de madera que á juzgar por su peso debía contener buena y abundante carga, la abrió y ¡oh sorpresa!! los ojos del gerente se dilataron al ver aquella cantidad de monedas de oro y de documentos de crédito ó de deuda nacional.

El Judio Samuel no mintió puesto que había tres mil quinientas liras Italianas de oro efectivo, cincuenta mil en papel moneda de circulación, sesenta mil en bonos de la deuda pública nacional y una fuerte suma en cambiales así es que don Luis se encontraba de un momento á otro en posesion de una fortuna tan inmensa para él como inesperada; la que segun la voluntad del finado, debía entregarla á su esposa y no á otra persona alguna, salvo las veinte mil liras de oro que le donó; pero habiendo fallecido esa muger no tenía á quien adjudicarla, y debía interpretar la voluntad de Samuel, que no podía ser otra, sinó que, en el caso de que aquella no existiese, le hacía donación, de esos fondos, y así don Luis se los adjudicó en propiedad como heredero del Israelita.

Resuelto así el asunto en su favor, se le presentaron estas otras dificultades.

¿Qué hacía con ese dinero?, ¿dónde lo colocaba?,

¿qué se diría si se llegase á saber que era dueño de tal fortuna?—En vista de estas dificultades resolvió dejar por ahora los fondos enterrados donde estaban, y por consiguiente empezó á colocar todo en la misma caja, sacando sólo mil quinientas liras para sus necesidades y para saborear, ver, y palpar aquel limpio brillante, pesado y seductor metal; concluida la operacion volvió á colocar el confesionario en su lugar, echó una mirada á su alrededor, tropezando siempre con aquellas caras de los santos que le miraban fijamente como mudos acusadores que parecian decirle: —Ya no te contentas con tus veinte mil liras y salvar tu conciencia quedando como hombre honrado; quieres adquirir oro á costa de una infamia; pero el genovés, ya no retrocedió y se dispuso á partir sin importarle cosa alguna de los Santos.

Levantaba el pié derecho para salir, y volvió á retroceder quedándose cabiz-bajo y pensativo. ¿Que nuevas dudas ó hesitaciones acometian á aquel hombre?—Vamos á conocerlas.

Don Luis pensó que podria venir el Conde é instalarse en el Castillo con su familia de un momento á otro: que del mismo modo podría ser removido de su empleo y no tener tiempo ó no presentarle la ocasión propicia para estraer su caudal, y entonces quedaria todo perdido; así pues resolvió retirar el papel moneda, las sesenta mil liras en bonos nacionales y las cambiales, diciendo.

—Esto es papel y facilmente se oculta y se maneja; por consiguiente si sobreviene un lance inesperado sólo perderia mí oro; no obstante que siempre me daria maña para entrar por los ignorados subterráneos y salvar esa fortuna.—En consecuencia volvió otra vez á emprender la fatigosa operación del confesionario para sacar la moneda papel, bonos y cambiales: hecho esto restituyó las cosas á su lugar con ímprobo trabajo y gastando más tiempo del que creyó emplear.

El dia se le había pasado á don Luis en estas operaciones, y no se apercibió de que su luz se iba á concluir; por lo que trató de salir pronto de la capilla; pero reflexionó que no podria hacerlo por la puerta principal, sinó por el mismo camino del subterráneo á fin de cerrar por dentro la consabida puerta de San Bernardo.

Agarró sus herramientas para ponerse en marcha, dando un buen salto para salvar la altura de vara y cuarta que había, cerrando dicha puerta; pero al pegar el portazo para echar la llave, sintió del lado de adentro un ruido raro, y don Luis asustado é intranquilo en su conciencia, con el temor que le produjeron las caras acusadoras de los Santos, creyó que dentro habia alguien, que habia sido descubier-to, que le habían espiado y que acaso iba á caer en manos de la justicia; todo esto se presentó rapidamente y en tropel á la imaginación del genovés,

quien de miedo aflojó la mano en que llevaba la luz, cayó al suelo, se apagó y don Luis sintió que se le pararon los pelos de la cabeza, al extremo de creer que lo habían agarrado por los cabellos y que lo suspendían: la sangre se heló en sus venas y se quedó fijo en aquel puesto sin poder moverse ni darse cuenta si estaba vivo ó muerto—¡oh! qué susto!!!

Pasó un larguísimo rato y poco á poco fué serenándose aquel cobarde, dándose cuenta de lo ocurrido.—Todo había quedado en silencio en medio de las tinieblas; aplicó su oído atento por mucho rato, y se preguntó en seguida:—¿Quién puede estar en la capilla? ¿por donde entrar persona humana? ¿porqué no sería más bien algún objeto que al dar el portazo con la columna de aire que se proyecta hubiese caído al suelo? Si, sí, esto debe ser, no hay la menor duda: tratemos de salir de aquí, pero ¿como verificarlo en medio de estas tinieblas, ¿y si estravió el camino y no puedo dar con la salida? ¡Oh! Dios mio, esto si que es grave, pues si no tengo suficiente tino puedo muy bien morir encerrado aquí por mi mismo de hambre y de sed, como la infeliz muger de Samuel.

Don Luis trató de tomar sus precauciones: cruzó la correa de la saca de cuero con las herramientas sobre sus espaldas de izquierda á derecha, tanteó la puerta para ver la dirección que debía tomar, colocó su espalda en el centro de aquella y se dijo, ahora

debo marchar derecho, descendiendo despues los tres escalones que subí.—En efecto, don Luis siguió con sus dos brazos estendidos á la altura de sus hombros, manejándolos como un par de remos de un lado á otro, así como esos bichos de caracol que llevan sus dos blandos y sensitivos cuernitos, que le sirven de heraldo para explorar los obstáculos que puedan presentársele á su frente.—Muy luego dió con el estrecho pasage practicado en el muro por donde no puede ir sino una persona y se dijo:—Voy bien, pues reconozco perfectamente este pasadizo.—Al fin de este se encontraba la escalera de piedra que debía descender, pero como marchaba en medio de perfectas tinieblas y no podía recordar los puntos donde habian subidas y bajadas, sucedió que al llegar á la escalera, le faltó á un tiempo el suelo y los muros laterales que iba tocando, y cayó de pronto escalera abajo, resonando un agudo grito en aquellas soledades.—Al caer con las pesadas herramientas que llevaba, no sólo se habia inferido varias lastimaduras en el hombro, en los codos y en la cabeza sino tambien dado con la nariz y la frente en el suelo, haciéndose dos sérias heridas, pues se había desgarrado la carne de la nariz y de la frente por donde salía la sangre en abundancia.

Allí quedó sin sentido por un buen rato; pero la mucha sangre perdida le hizo gran bien, y volvió en

sí; se puso de pié, y trató de ver si salía de allí para curarse.

Con ímprobo trabajo pudo emprender la marcha que debía seguir pues aun estaba desvanecido y con las piernas flojas: empezó á tantear el sitio y dió con el fin de la escalera por donde acababa de descender de una manera contraria á sus deseos; desde este punto y con dobles precauciones siguió unas diez ó doce varas, dando con la puerta que buscaba, la cual servia de entrada al pequeño cuarto cuadrado, donde tuvo que hacer alto para limpiarse la sangre que aun corría en abundancia de las narices y de la frente. Despues de esta operacion empezó á manejar sus remos tanteando aquí y allí hasta que encontró la escalera de piedra que empezó á subir con mucha dificultad pues sus piernas casi se negaban á conducirlo, y terminada esta entró en el largo pasadizo que lo llevó á la puerta secreta del escritorio.

Cuando D. Luis se encontró en su cuarto y se acercó á un espejo, se quedó horrorizado al ver el estado en que se encontraba, pues le pareció que tenía delante un asesino escapado de las garras del verdugo como el estraviado Julian cuando se presenta delante de Miguelon en el célebre drama «Los seis grados del crimen.»

· El pelo aun lo tenía erizado, la herida de la fren-

te era horrible, la nariz la tenía despellejada y por ambas heridas aun salía la sangre, las palmas de las manos estaban raspadas como tambien las rodillas, sus ropas aparecian ensopadas en sangre.

Aun cuando apenas podía sostenerse en pié, trató de lavarse lo mejor que pudo. Cambió toda su ropa interior y exterior y se recostó en un sofá para descansar un poco, pues ya empezaba á nacer el dia.

Inmediatamente que vino al castillo uno de los del servicio mandó llamar al boticario, á quien pretestó una caida casual de una escalera tratando de colgar un cuadro. El farmacéutico lavó perfectamente todas las heridas, á unas aplicó paños de agua blanca mezclada con árnica, y á otras les puso telas emplasticas, es decir, en la frente, en la nariz y en las rodillas.

Dejemos por ahora á este personaje que ya conoce el lector, asi como sus antecedentes y el orijen de su inesperada y abultada fortuna, y pasaremos á ocuparnos de otros asuntos.

CAPITULO VII

—

La inauguracion y la fiesta

—

Muchos años habian transcurrido despues de los sucesos narrados en los capítulos anteriores, con relacion al asunto Castellamare, á la célebre causa seguida al respecto, y al abandono en que había quedado ese Castillo, cuando el general Floriani manifestó un dia á su esposa, que por razon de sus dolencias y por consejo de su médico deseaba pasar algunas temporadas de campo en una antigua y casi abandonada posesion que heredó entre otras varias por la línea paterna, situada cerca de Arona é inmediata á Lago Maggiore, la cual tendría que restaurar debidamente y embellecerla cual convenía á su elevada posicion y fortuna. Esa posesion era el antiguo castillo que perteneció al Conde Ernesto Carlo de Floriani de que se ha tratado antes.

Esta noticia causó grande impresion en el corazon de Da. Blanca, pues no se figuró jamás que su esposo, hombre amante de la buena sociedad, tendría la extravagancia de abandonar los encantos y regalos de la ciudad, para ir á soterrarse en Arona, y so-

bretodo en un castillo de horribles tradiciones; pues ella siempre había tenido animadversión y una repugnancia invencibles á la idea de ir á habitar ese castillo, del cual su mismo esposo le había hablado siempre de lo abandonado que estaba á consecuencia de las terribles escenas que allí tuvieron lugar en época pasada.

Además, el vulgo creía que existía allí un fantasma aterrador, que en altas horas de la noche se le veía vagar envuelto en largo y blanco manto por las eminencias solitarias del castillo. Asegurábase que se sentían ruidos espantosos, quejidos y lamentos; que si alguno tenía la imprudencia de penetrar en él, muy luego le sobrevenía algun siniestro; y por último, todas las gentes de la cercanía le llamaban «El Castillo del Diablo.»

La hermosa Da. Blanca concedora de la sangrienta historia del Castillo y cediendo á ciertos é inesplicables presentimientos segun lo hemos expresado, resistía trasladarse á la mansion de los malos augurios.

En consecuencia, pidió á su esposo que abandonara la idea de ir allí; pero el general desechó los temores de su consorte como pueriles é infundados, y asi le dijo:

—Querida Blanca, jamás me imaginé que tuvieras un espíritu tan débil y visionario, poco digno por

cierto, de un corazón austriaco y de una alma abastecida de ilustración.

—¡Qué quereis señor general! ese castillo me infunde miedo y sin saber porque, un éco misterioso é irresistible se levanta del fondo de mi corazón y me aconseja no poner mis plantas en él ni llevar á mi hija al «Castillo del Diablo», como se le dice por allá.

El conde un tanto picado con la tal clasificación —del Diablo— le dijo con aire entre jocoso y sério.

—Veo señora condesa que os batís como un guerrillero piamontés tratando de ponerme miedo y de aterrorizar mi espíritu con cuentos de hadas ó de brujas á que dá pávulo el vulgo ignorante, no la gente despreocupada é ilustrada como vos.

—No conde, sabeis bien que no os arguyo con cuentejas de mala ley ó de brujas, como vos decís, sino con la tenebrosa historia en que se halla envuelto ese castillo, y con el mismo abandono que de él hizo vuestra propia familia, condenándolo motu proprio al más completo olvido.

—Ocurrid mi querido Luis, continuó Da. Blanca como inspirada y con la elocuencia de un abogado, al vecindario de Arona, preguntad al pueblo y todos os hablarán del Castillo con horror; registrad los archivos de las causas célebres de los tribunales

de Milan y hallareis el proceso de la Castellamare nadando en charcos de sangre, y por fin señor Conde, en todas partes encontrareis los fundamentos que me sirven de base para pedirlos, y con justicia, que abandoneis la idea de ir allí.

—Con excesivo calor señora haceis la defensa, pues un erudito letrado no la haría mejor en un informe in-voce ante la audiencia.

—Conde, me apoyo únicamente en la historia de los hechos que aprendí desde niña, y puede decirse, más tarde de vos mismo.

—¿De mí, decís?

—De vos general, que tantas veces me habeis referido esos sucesos, no obstante que la trágica historia de Leoncia de Castellamare es de notoriedad, desde que en su época todos los periódicos hablaron del hecho sangriento que allí tuvo lugar, se ocupó la sociedad entera, y por fin, se debatió largamente ese drama en todas las instancias de los Tribunales, pues fué el suceso más célebre y espectable que tuvo Milan, y ¿como quereis mi querido general, continuó Da. Blanca, ir á hacer lavar los pavimentos de ese palacio manchados con sangre? ¿cómo pretendéis reabrir allí las escenas alegres, los festines y banquetes, donde, por decirlo así, las sombras tétricas, amenazadoras y ensangrentadas de la adúltera consorte, del fementido amante y del vengador

esposo, parece que recorren las alturas, los subterráneos y los misteriosos rincónes del Castillo como los espectros vengativos de las víctimas del príncipe escoces Macbeth asesino del rey Duncan y otros que iban pasando por delante de su acalorada imaginacion? ¿Cómo quereis . . .

—Basta, basta señora. ¿Adonde vais con vuestras históricas referencias? ¿pretendeis por ventura compararme con Macbeth? repuso irritado el general.

—No, Luis, agregó con dulzura la esposa, viendo que se levantaba una tempestad en el seño de su marido, de ninguna manera, sólo he querido deciros que el vulgo cree ver, como Macbeth, cruzar esos fantasmas y que esta preocupacion no se ha detenido en el bajo pueblo solamente, sino que mucha gente ilustrada hay que conozco y conoceis vos, que no llaman á ese palacio, el Castillo de Floriani, sino «El Castillo del Diablo.»

—De todos modos, replicó el general, no puedo admitir semejante alusion.

—Pero convendréis al menos, general, que ella no tiene idea ofensiva alguna y menos, para vos.

—Sea así, señora.

El general viéndose derrotado con la argumentacion de su esposa y sin poder resistir á la lójica de su razonamiento, no le quedó otro remedio que encerrarse en sus trincheras de esposo, dueño y señor, y así le contestó con enfado:

—Es decir, condesa, que no estais dispuesta á aceptar ni á ir á esa mansion, ¿no es verdad?

—No, querido Luis, no quiero decir eso.—Vos sabeis bien que jamás me opongo ni resisto á vuestros deseos y menos á vuestras órdenes, sino que simplemente hago uso de las razones en que baso mi juicio en bien de nuestra familia, pero lejos de mí, el pensamiento de contrariaros. Ya os he espuesto mis vistas, ahora, general, haced lo que os plazca. Estoy á vuestras órdenes.

Doña Blanca conocía bien á fondo á su esposo, sabía perfectamente que á su carácter impetuoso y casi despótico no podía oponérsele la resistencia y que era mejor desarmarlo con la razon, el convencimiento, y sobre todo, con la dulzura; además la condesa no ignoraba que la fuerza de la muger consiste en su ternura, en sus lágrimas y en su propia debilidad.

—Bien, Blanca, mi buena Blanca, repuso el general, tomándole afectuosamente la mano derecha que retuvo entre las suyas, eso se llama ser una dama razonable, os aseguro que me complace tal conducta y me llena de satisfaccion vuestra dulzura, porque ella penetra agradablemente en mi corazon con lo cual me haceis realmente feliz.

—Da. Blanca bajó los ojos, dejando su mano abandonada entre las del conde que la estrechaba

y jugueteaba con ella, y acarició ya su triunfo, pues veía que la tempestad desaparecía, volviendo la bonanza, y que su esposo iba á declinar de su propósito para complacerla.

Pero el conde que era tenaz y tenía un terror pánico á las derrotas continuó: Os aseguro amiga que abandonaré la proyectada traslación á mi palacio para complaceros, sino fuere que ya lo he hablado con mis amigos y que creo lo pasaremos perfectamente allí, pues habeis de saber, Blanca, que me propongo restituir el antiguo esplendor que ostentó mi familia en ese palacio, para lo cual voy á restaurarlo, como se suele decir, de la cabeza á los piés, ya vereis, ya vereis qué trasformacion, qué delicias, que alegrías, pues quiero probaros que soy hombre que lo entiendo y que el palacio del *Diablo*, como vos le decís, será la mansion del cielo, donde se reunirá la más distinguida sociedad italiana y la corte entera. Ya vereis, ya vereis, volvía á repetir el conde restregándose las manos con entusiasmo.

Da. Blanca se estremeció al ver que había perdido la partida cuando la creía más ganada, y no le quedaba otro camino, por ahora, que someterse, esperando que más adelante se presentaría alguna coyuntura para volver sobre el asunto.

—Oid mis proyectos, Blanca. El palacio se ha empezado ya á restaurar en toda su estension, se re-

nuevan sus tapicerías, sus empapelados, se colocan numerosas luces, se rehacen los dorados, se limpian sus mosaicos y estucos, se refrescan y reparan las pinturas, he pedido nuevos y ricos alfombrados, arañas de salon y comedor, espejos venecianos, y vendrán de Paris muebles de último gusto. La capilla pienso ponerla de manera que esteis satisfecha, y tengais placer en ir á ella á hacer vuestras oraciones. Se limpiarán las estátuas y los lagos, se arreglarán los jardines, las calles, las fuentes, principalmente la de Neptuno. La gran ascalera de entrada, que como sabeis, es una de las mejores obras de arte de ese palacio, se está arreglando de manera que será una entrada realmente regia.

En fin, el conde esplicó menudamente á su esposa sus proyectos y le anunció que en la próxima estacion podrían ya ir al Castillo, que sería inaugurado con un gran baile en el cual ella sería la reina de la fiesta.

Da. Blanca quedó tan sorprendida de la resolucion de su esposo, despues de las reflexiones que le había hecho, que su semblante se demudó, se puso pálida y aun cuando quería aparentar tranquilidad é indiferencia se conocía perfectamente su desagrado.

El conde se apercibió muy luego de ello y le dijo:

—¿Qué es esto Blanca, os poneis mala? ¿estais acaso disgustada de mi resolucion?

—No, señor conde, vos sois dueño de vuestra voluntad, agregó secamente Da. Blanca.

—Sí, pero no se trata de eso, sino de que vos esteis contenta, pues sabeis que mi felicidad consiste en vuestra dicha.

Da. Blanca estuvo tentada de hacerle un gran reproche, diciéndole que se conocía cuanto trataba de complacerla etc., pero pudo contenerse y así se limitó á decirle:

—No hablemos más de este asunto, puesto que ya está decidido y yo sometida á vuestros deseos.

El conde sufrió una penosa impresion con las palabras de su esposa, pues la verdad era que él se mostraba poco galante y menos complaciente con ella; pero el inflexible militar por no dar su brazo á torcer, como se suele decir, mantuvo su resolucion, comprendiendo bien que contrariaba á su esposa y que le daba una verdadera pena.

En efecto, concluidas las reparaciones, ó mejor dicho la completa restauracion del palacio, la familia Floriani hizo su viaje á Arona con todas las precauciones que en aquellos tiempos era necesario tomar, para poder cruzar con seguridad la larga distancia que media de Milan á las inmediaciones de Arona, pues la campaña de los pueblos de Italia estaba pla-

gada de salteadores; pero afortunadamente la travesía se efectuó sin accidente alguno, y la familia tomó posesion de aquel suntuoso alcázar, que volvía á ostentar el esplendor que tuvo en tiempos pasados.

No obstante esto, el vulgo siempre lo designaba con el nombre de «Castillo del Diablo» y conservaba repugnancia y aun temor de acercarse á él, sin poder los Floriani vencer tales preocupaciones.

Escusado es decir que el palacio estaba espléndido, y que había sobrepasado á todo cálculo, por lo que podía perfectamente dársele el nombre de regio.

Desde que se pisaba en las tierras de Floriani ya había que admirar sus parques, avenidas, lagos y sobre todo, el aseo, cuidado y arreglo que reinaba allí.

La palaciega servidumbre había sido provista de traje de librea de gala, consistente en zapato hebillado media blanca con liga punzó, pantalon corto morado con un volado que caía sobre la rodilla, chupetin punsó con botones amarillos, pechera plegada en la camisa, gran casaca galoneada de cuello parado y por fin los demás ribetes que componen una librea de nobles.

Los dias que precedieron á la fiesta de inauguracion fueron de gran actividad en palacio, á fin de ha-

cer los oportunos preparativos. A toda hora se veían hablar con el gerente á reposteros de la capital, á floristas, directores de música, encargados de iluminaciones y por fin aquello era un movimiento continuo.

En los periódicos, en los estrados de la alta sociedad y en toda la ciudad no se hablaba de otra cosa que del palacio Floriani, de los preparativos que se hacian y del esplendor que el rico y noble general pretendía dar á la fiesta, que tenía el doble objeto de inaugurar ó reabrir el antiguo palacio de sus antepasados y el de presentar á la sociedad su hija María Luisa Amelia de Floriani que era una joya que venía á enriquecer la gran diadema social, pues no sólo Amelia era una belleza, sino que su nombre llevaba un escudo de nobleza tachonado de millones de duros.

El general tenía proyectado un enlace á su juicio ventajoso para su Amelia, no obstante ser ésta aun demasiado jóven, con el Coronel Gaetano Confalonieri, el cual ocupaba una posicion distinguida en el país por su familia, por su acreditado valor y por la influencia que ejercia en la Corte, aun cuando no había consultado para nada la voluntad de su hija; pues los padres disponian del corazon de ellas y arreglaban esa clase de asuntos por sí solos, como si la interesada nada tuviera que ver en ello.

El futuro yerno era uno de sus frecuentes comensales, con quien hacía largas y disputadas partidas de ajedrez, que era el juego favorito del general y sobre el cual tenía la pretension de ser asáz fuerte, no obstante algunas derrotas que solía sufrir, pero el enamorado y hábil coronel tenía buen cuidado de mostrarse débil y dejarse ganar algunas partidas, á pesar de ser superior al general, lo cual complacía mucho á éste y le daba ocasion de jactarse de sus triunfos.

Por fin llegó el dia esperado, y la fiesta estuvo lo más espléndida posible, pues aquel palacio fué iluminado verdaderamente á giorno, no solo todo el cuerpo del edificio, sino el jardin y fuente de Neptuno, colocándose arcos triunfales con luces en vasos de colores, embanderamiento general en las avenidas y principalmente en la gran calle de entrada, de modo que ofrecía un golpe de vista sorprendente.

Las músicas atronaban los aires con sus gratas armonías, los carruajes iban y venian á gran trote con sus briosos troncos y lujosas libreas, conduciendo á los invitados.

La concurrencia era extraordinaria, pues parecía que lo más selecto de Italia se había convocado para aquella fiesta, en razon de que no faltaban los ministros de estado, diplomáticos, los altos funcionarios públicos, los primeros talentos del foro, gene-

nerales, escritores, y por fin lo más distinguido del país.

Todas las familias sabían perfectamente el boato que gastaba la de Floriani, de modo que las damas concurrentes se esmeraron en su *toilette*, al extremo que parecía se hubieren desafiado en la ostentacion de las telas, los encajes, las perlas, los brillantes, los peinados con sus piochas deslumbradoras, á ver cuál era la más sobresaliente en hermosura, gracia ó elegancia, cuál de más distinguido trato, y por fin la que atraía en derredor de sí más admiradores.

Aquello era un gran campo de batalla, donde se agitaba sin cesar un ejército de beldades (pues las feas no concurren á estos bailes) en medio de la danza, las luces, la música y todos los encantos humanos allí acumulados; por supuesto que entre ellas llamaba la atención la ilustre generala, que en aquella noche se presentó radiante de hermosura y elegancia, con un tren realmente regio, que puede decirse eclipsó á muchas sinó á todas las invitadas.

En cuanto á Amelia ¿qué podremos decir, y qué pintura nos será dado hacer de su belleza que no sea pálida ante la realidad? Como ya lo hemos espuesto, aquella niña hechicera é inteligente, con una vivacidad francesa y un espíritu sensible y entusiasta, hacía poco más de un año que había cruzado los

tres primeros lustros de la vida é iba á poner su flexible y delicada planta en los peligrosos pero perfumados senderos de la alta sociedad. En ella el sublime artífice había modelado en rosada y blanca carne un busto que puede decirse era un conjunto de gracias y perfecciones.

Aquella noche llevaba un traje no sólo de los más elegantes, sinó adecuado á su juvenil edad. El vestido era de un gusto esquisito y lo más nuevo posible, de una gasa de seda muy leve y brillante salpicada de pequeños ramitos de flores bordados, con volantes tableados y lazos de lo que hoy se llama *faya* que cruzaban de izquierda á derecha con suma gracia; encima del vestido, una especie de falda ó sobrepollera que arrancando de la cotilla de la bata, formaba por delante dos curvas, que se abrian á derecha é izquierda, adornada con estrellitas plateadas y volantes menudamente tableados con un encage blanco de Florencia y las costuras cubiertas con un sobrepuesto de delgados rollitos de faya. Las mangas eran cortas y bullonadas con crespón liso, el escote llevaba en torno una angostita berta florentina con repulgos de crespón y las mismas estrellitas plateadas pero muy pequeñitas—guante blanco de medio brazo, con brazaletes riquísimos encima, pues así era la moda en esa época, una especie de felpilla de seda color caña bajo,



plateada, rodeaba su ebúrnea garganta. El peinado era sencillo y elegante, con dos hermosos y gruesos rizos que caían sobre sus espaldas, una flor blanca á la derecha y entrelazado en el pelo hebras finísimas de hilo de oro, de modo que cada movimiento de su graciosa cabeza hacía relumbrar aquél metal produciendo un efecto primoroso; sus negros y grandes ojos arrojaban reflejos dulces y tiernos así como los astros que brillan en el firmamento.

Amelia se encontraba asediada por sus admiradores, que reclamaban su mano para el siguiente baile, para el segundo, el tercero y así sucesivamente.

Mientras aquella bailaba un vals con el caballero Pallavicini, el distinguido jóven Cárlos Visconti, descendiente del mariscal Aníbal Visconti, tenía en sus manos el abanico de Amelia con el cual jugueteaba y se hacía aire, esperando el instante en que terminara la danza para apoderarse del hermoso brazo de Amelia á quien galanteaba, y amaba; pero en este momento cruzaba por el salón el Sr. General Floriani del brazo con el primo del duque de Lorena, y acercándose á Visconti le dice, mirando al de Lorena:

—Aquí teneis á nuestro infatigable Cárlos, y lo tomó tambien por el brazo.

—Ya lo veis, continuó el general, con tanta ha-

bilidad y destreza maneja el abanico, como la espada y el florete. Esta era la verdad, pues Visconti estaba reputado uno de los más hábiles espadachines de su época.

—Gracias, gracias, mi general, repuso Visconti.

—No amiguito, no os vengais haciendo el inhábil, pues el señor de Lorena y yo no pensamos medir nuestras espadas con vos.

— ¡ Oh ! Por cierto, replicó el de Lorena, con aire distraído.

Mientras tenía lugar esta conversacion, cesó el baile y Visconti no podía desprenderse del general y del de Lorena para correr á tomar á Amelia.

—Me permitireis, señor general, que vaya á cumplir un deber de . . .

—Alto, alto caballero, aguardad un momento que deseo hablaros sobre asuntos de . . .

—Bien, bien mi general, vuelvo luego, disculpadme, y salió corriendo, pero cuando llegó donde estaba Amelia, la encontró del brazo con el Coronel Gaetano Confallonieri, que segun se ha dicho la cortejaba rendidamente, y aspiraba á su mano, con el beneplácito del general; pero el jóven Visconti estaba á la vez perdido por Amelia y trataba de disputársela al Coronel, haciendo lo posible para obtener el amor de aquella que casi tenía seguro, pues la verdad es que Amelia gustaba más de Visconti y acaso estaba tambien enamorada de él.

—Señorita, vengo á reclamaros vuestra oferta, exclamó Visconti.

—¿ Mi oferta ? dijo Amelia, aparentando olvido, cuando deseaba abandonar el brazo de Confallonieri para tomar el de aquel.

—Sí, vuestro compromiso : me habeis acordado la danza que sigue, y así os reclamo humildemente el cumplimiento de la obligacion.

—Cierto, señor de Visconti, teneis razon en vuestro reclamo y así cumplo con mi deber, mediante el permiso del señor Confallonieri.

Amelia hizo un movimiento para abandonar el brazo del Coronel, pero este lo retuvo dulcemente diciéndole :

—Bella Amelia, reclamo vuestra indulgencia para una observacion que deseo hacer sobre vuestra resolucion.

—Con mucho gusto, señor Coronel, hablad que ya os escucho.

—Señor de Visconti, repuso el Coronel dirigiéndose á Cárlos con un semblante entre atencioso y severo, vuestra *galantería bien reconocida* en los estrados, permitirá que haga la defensa de mi actual posicion y dilucide las acciones de la obligacion á que aludís.

—Señor de Confallonieri, aun cuando creía que el asunto no se prestaba á observacion alguna, sin

embargo me inclino gustoso á escuchar la accion *dilatatoria* que pretendéis ejercitar.

—Andais, caballero, un poco aprisa en la clasificación de *dilatatoria*.

—Bien, señor, así será, pero vamos al asunto.

—En hora buena—vos señor de Visconti teneis concebido el envidiable derecho de acompañar á la señorita de Floriani en el baile que sigue; pero no creo que esto traiga aparejado el beneficio de entrar desde ya á gozar del brazo de mi adorable compañera, así pues creo tener derecho, si Amelia no lo rehusa, de conservar su brazo hasta que empiece la danza.

—En cuanto á eso señor Coronel reconozco. . . . no tuvo tiempo de concluir la frase, pues la música empezó á tocar en aquel momento, con gran júbilo de Visconti.

—¡Oh! caballero, dijo el Coronel, algo contrariado, queda concluida mi argumentación y en seguida soltó el brazo de Amelia á quien hizo una elegante reverencia y se alejó, pasando Amelia en seguida á tomar el brazo de Carlos, pero este ni siquiera dió vuelta para saludar al Coronel y ambos alegres y gozosos se perdieron entre el tumulto de las parejas danzantes.

Confallonieri quedó además un tanto picado del asunto y con un mal humor que no podía disimu-

lar y hasta cierto punto con encono hacia Cárlos, en quien veía un rival, acaso preferido.

Al separarse de aquellos el Coronel tropezó con Alberto de Floriani el hermano de Amelia que iba del brazo de la señorita María Luisa de Firmian á quien Alberto amaba apasionadamente. Este al ver al conde Confallonieri le dijo :

—Mi querido Coronel ¿ no estais satisfecho de la fiesta ?

—¿ Por qué me lo preguntais, Alberto ?

—Me parecía descubrir en vuestro semblante un signo de disgusto ó mal estar ?

—No, querido amigo, nadie puede encontrarse mal en este paraiso de ventura ; verdad es que no ilumina mi destino los mismos rayos de felicidad en que giran vuestros dias, al amparo de la dulce estrella que os sirve de compañera.

—¡ Oh! señor Coronel, repuso con vivacidad la señorita de Firmian, ¿ de dónde sacais esas estrellas tan luminosas, cuando no tienen brillantez ni menos accion atrayente, y antes bien vagan por el espacio como cuerpos opacos y sin importancia ?

—Condesa, os afirmo que esta vez estais equivocada en vuestro juicio, y para convenceros ocurro al testimonio y apreciacion del señor de Floriani.

—Bravo, señor de Confallonieri, replicó Alberto con cara placentera, vos sentís la influencia del

hermoso planeta que me guía ; pero yo sufro el fuego que él arroja y que me abraza y consume cual voraz volcan.

—¡ Oh Dios mio ! repone María Luisa, señor Coronel, llamad á fuego que nuestro estimado amigo Alberto arde y perece entre las llamas de tenás hoguera, lanzando una graciosa carcajada se lo arrastró á Alberto y se alejaron ambos como dos cisnes amorosos.

Terminó la danza que á la sazón se bailaba y le siguieron otras, pero manteniéndose siempre la animacion y el contento.

En un breve momento de reposo que hubo, se vieron entrar al salón dos jóvenes del brazo como íntimos amigos, acompañados de Alberto, quien en seguida de haberlos presentado á su padre los dirigió hacia donde estaba su señora madre y hermana á fin de llenar los deberes de la etiqueta. Despues de los cumplidos de orden, los dos jóvenes empezaron á recorrer el salon : el uno era el poeta Luis Pezzini que se había distinguido mucho por su hábil é inspirada pluma ; tenía un color algo bruno, mirada lánguida y aspecto melancólico, pero muy interesante para el bello sexo que por lo general gusta de los hombres de carácter dulce, suave y triste. El otro era el jóven escritor Julio Desteffani hombre de fisonomía abierta, franca, de aire

y maneras hasta cierto punto desparpajadas, pero elegantes; mirada firme y penetrante, bigote poblado y pelo abundante, con una dentadura admirablemente y correcta blanca como la nieve. Caminaba de una manera resuelta, llevando su hermosa cabeza erguida, y tenía fama de enamorado y valiente, pues había tenido ya varios desafíos en que había salido victorioso.

Esos dos hombres eran un verdadero contraste.

Casi todas las miradas femeninas cayeron súbitamente sobre ambos jóvenes, que como recién entraban al salón, eran, puede decirse, nuevos en la escena. Desteffani atravesaba con aire impávido y asaz pretencioso en medio de aquellas hermosas y elegantes mujeres; con su carácter expansivo y jovial hablaba á una, despues á otra, estrechaba esta y aquella mano, distribuía galanterías aquí y allí, y se mostraba siempre veleidoso, inquieto y aturdido.

El literato Pezzini era un polo opuesto con su amigo, pues siempre se le veía envuelto en los tules transparentes de su habitual melancolía, parecía que lo abrumaba toda diversion, se retiraba á los puntos más solitarios, hablaba en voz baja y poco, no obstante que cuando entablaba una conversacion con persona de su agrado era ameno fino y poético, pues daba á su palabra fácil y cor-

recta una melodía ó cadencia que parecía más bien notas musicales que palabras vertidas por la boca de un mortal.

Pezzini le dice á Desteffani :

—¡Qué divina está Amelia, eh !

—Oh ! espléndida, soberbia, encantadora ; sólo que no se pueden presentar propuestas, pues parece que está ya destinado el proveedor de esa hermosa plaza.

—¿Es posible ? dijo Pezzini.

—Ya lo creo.

—¿ Y quién es el mortal favorecido ?

—¡ Calla !—¿ pues que tú lo ignoras ?

—Sí, querido Julio, pues hace tiempo que no estoy en plaza, es decir, que no ando al corriente de estos asuntos.

—Se asegura que el conde desea casarla con el Coronel Confallonieri.

—Creí que Visconti la amaba, dijo el poeta.

—Sí, y parece que ella gusta más ó acaso lo ama á Visconti, pero el general quiere que se case con el Coronel, y al fin así sucederá.

Esta conversacion fué interrumpida por varias personas que se les acercaron y que los obligó á entrar en materia con unos y con otros.

Llegó el momento de hacer un paréntesis á las fatigas de la danza, para pasar al comedor donde estaba preparado el ambigú.

El salon *manger* se abrió á las doce de la noche ó poco más, el cual presentó un espectáculo sorprendente; pues se ofreció á la concurrencia una tabla digna sólo de un príncipe.

Las parejas que entraban sucesivamente no podían menos de pasear con satisfaccion sus miradas por aquel suntuoso salon, fijándolas, ora en sus hermosos techos artesonados y pintados por renombrados artistas, pues al presente no se había hecho otra cosa que refrescar las pinturas, ora en sus regias galerías, en los magníficos espejos, adornos, cristales, bajillas de la India, centros de mesa, flores y cuanto se presentó á su vista, pues todo llamó la atencion de los concurrentes; completando el espectáculo los variados manjares, los deliciosos y esquisitos vinos y el irreprochable servicio.

La familia Floriani había conseguido su objeto, produciendo la admiracion en sus invitados.

*
* *

Despues de terminada la mesa, volvió la concurrencia al salon empezando de nuevo y con mayor calor la danza, la alegría y el contento; debatiéndose el amor y la voluptuosidad bajo el ardiente influjo de la magnífica cena y de los espumantes vinos que exaltando un tanto la cabeza, predisponen el corazon y el espíritu á cierto abandono y entusiasmo que

provoca enérgicamente á hablar de amores, sometiéndole fácilmente á sus peligrosas leyes.

¡ Oh ! El Marsala, el Lácrima Cristi, el Champagne, hé ahí los grandes agentes del temible dios que tanto excitan el corazón de la muger, haciéndola algo prescindente de ciertas reglas de pudor y de buena defensa; en tanto que el hombre se torna bajo los vapores de esquisitas livaciones, más intrépido, locuaz, amante, apasionado y hasta atrevido en los debates sociales, mucho más cuando va asido al desnudo brazo de una bella compañera.

Nuestro poeta Pezzini estaba recostado á una de las puertas que daban al jardín de Neptuno, siempre meditabundo y distraído mirando al suelo, pero sin ver nada; cuando acertó á pasar por allí una hermosa señorita de elegante traje y esbelta figura, del brazo de otra amiga, y al rozár con el poeta, le dijo en voz muy baja :

—¿ Es posible que A. os preocupe tanto, señor Pezzini ?

El poeta arrancó por decirlo así, sus ojos del suelo, dió vuelta la cabeza lentamente y exclamó :

—¡ Oh ! Señorita Livia, yo estaba con mis ojos fijos en tierra y vuestro eco sonoro y dulce me los ha levantado al cielo, donde ahora veo dos astros luminosos como esos soles del sistema planetario

creados por Dios, que al girar sobre sus amplias órbitas alumbran los mundos y encantan á los mortales.

—¡ Qué pronto pasan los poetas, de la tierra á los cielos, querida Livia! terció la otra señorita.

—Sí, mi Emilia, ellos navegan siempre por las regiones de lo ideal.

—Acaso teneis razon, Livia, replicó el poeta, pues mi alma vaga en este mar proceloso de la vida, sin tener á mí lado un sér querido ó una amiga con quien compartir los dias nebulosos de mi existencia, no obstante que me habeis dicho que A. preocupa mi espíritu.

—Sois por demás quejoso, señor Pezzini, pues os lamentais de no tener amigas, cuando en este salon estais rodeado de ellas.

—¿ Lo creis, Livia?

—Sí.

—¿ Lo seriais acaso vos? agregó el poeta con fingido aire de duda.

—¡ Y por qué nó!

—Entonces tomad mi brazo y hablaremos como tales amigos, si es que Emilita me lo permite.

—Y como nó caballero! Id, querida Livia, en tanto que yo voy al salon con el señor conde de Fossarff, y sin más ni más se asió del brazo de un personage que cruzaba por su lado en aquel momento.

—Bien, bien, querida Emilia, adios, hasta luego.
Luis saludó tambien á Emilia, dándole las gracias por sus bondades.

Livia aceptó la propuesta de Pezzini sin titubear puesto que le era altamente agradable, se apoyó en su brazo y ambos se dirigieron á la gran galería que había entre el salon y el jardin, á un cómodo sofá que estaba desocupado.

Luis tomando con la mano derecha la solapa de su frac, se la echó sobre el hombro, cruzó la pierna del mismo costado sobre la otra, é inclinando su cuerpo hacia su compañera, le dice :

— ¿ Con que tendría la felicidad de contar con una amiga ?

— ¡ Ya lo creo ! Y cuántas de las que están en el salon no lo son vuestras ?

— Es que una amiga indiferente no puede llenar el vacío que hay en mi corazon, repuso el astuto literato con acento malicioso.

— Exigente sois por demás.

— ¿ Yo ?

— Si, vos Don Luis.

— No tanto como suponeis, señorita Livia, y se quedó pensativo y con la cabeza agachada ; más de repente interrogó con decision— ¿ quereir ser mi verdadera amiga, Livia ?

— Ya sabeis que hace tiempo lo soy ; pero permi-

tidme os observe que vos Luis no podeis distraer vuestro corazon. . . . mas Livia se apercibió de que había cometido una indiscreción y se puso colorada como una grana, pues el rubor subió en llamara-das á su rostro haciéndola aun más interesante; así es que continuó su frase diciendo: no podeis dis-tracer vuestro corazon buscando esas amistades ínti-mas de que hablais. Esta conversación fué inter-rumpida por una pareja que se les acercó á hablar-los y dirigirles bromas insulsas, alejándose en seguida.

Luis comprendió que había cruzado una nube pre-ciosa de candor por el alma de aquella jóven, cuyo fuego había abrazado tambien la suya, y replicó:

—¿Por qué nó, amiga mía?

—Porque es bien sabido que vuestra amistad y corazon están consagrados á Amelia, no obstante que un ilustre Coronel y un gallardo conde (alu-diendo á Confallonieri y á Visconti) se interponen á vuestro paso, lo cual espresó Livia con una son-risa maliciosa; pero que la vendía claramente, pues todas sus palabras dejaban entrever sus simpatías hacia el poeta.

Luis, aunque de carácter pasivo y concentrado, sintió una aguda impresion como si un clavo can-dente lo hubiese herido, pues los celos y el amor propio hicieron crujir sus nervios como cruje el en-tarimado de un buque al sentir el choque violento

de las impetuosas olas ; pero volviendo en sí Pezzini, le contestó con una sonrisa mal disfrazada :

—¡ Oh ! Livia estais en un gravísimo error, pues nada hay de comun entre la señorita de Floriani y yo ; de modo que me importa poco de ese ilustre Coronel y de ese gallardo Conde de que acabais de hablar, y para probároslo quiero explicaros este asunto detalladamente, así os invito á que tomemos un asiento alli en el fondo de la galería para no ser incomodados á cada rato.

—Como gustéis, contestó Livia que comprendió perfectamente que había dado en el clavo y que Luis se había desconcertado.

Ambos se levantaron para tomar el indieado asiento.

Livia era muy jóven, pues no contaba más que diez y seis á diez y siete años, con una belleza poco general y una educación esmerada ; pero no obstante sus pocos años, era viva, suspicaz y maliciosa hasta el estremo, en razon de que se había criado entre altos personajes y esa multitud de jóvenes elegantes y galanteadores que rolan en la buena sociedad, es decir, en una atmósfera de combate y distracciones ; pues su madre, aun cuando era de distinguida familia vivió siempre en una corriente de encantos, placeres y diversiones, que su bondadoso esposo, no sólo no le prohibía, sinó que se los pro-

porcionaba y ya se ha dicho más de una vez, que la principal y suprema ocupación de la muger es el amor, y su decantada sensibilidad le sirve de oscuro pasillo por dónde dá entrada á sus debilidades ; además la vanidad es la víbora de Cascabel asilada en su corazon, que la envenena, contamina y pierde, pues la muger que fué, es y será un problema insoluble, está destinada á ser satélite de su planeta hombre, pero cuando este lo es de aquella, no hace más que seguirla en sus giros, dentro de las órbitas que ella elije, contentándose el hombre con recibir la poca luz que quiera prestarle.

En esa sociedad é ideas empezó á figurar Livia desde muy temprano, y sólo asi se podía esplicar que á la edad de diez y seis años ó poco más, tuviera tanta esperiencia en las intrigas sociales y asuntos amorosos ; además ella gustaba del laureado literato ; en tanto que este, si bien tenía simpatias por ella, se inclinaba hacia la encantadora Amelia.

—Yo os debo, señorita, una esplicación que estoy pronto á dárosla, dijo Pezzini, pero vais á permitirme que os haga una pregunta.

—¿Cuál ?

—Antes prometedme bajo vuestra palabra de honor, decirme la verdad pura y neta.

—Me asustais, señor don Luis con semejantes exigencias, mucho más, cuando no teneis derecho para dudar de mí lealtad y buena fé.

—Es verdad, dijo el poeta, medio preocupado.

—¿Y entonces, á qué reclamais mi palabra de honor en asuntos triviales ?

—¿Triviales decís ?

—Ya !

—No tal amiga mia.

—Ah ! Se trata acaso de asuntos graves, serios y trascendentales ?

—Sí por cierto.

—Pues empezad que os escucho.

Luis quedó meditando un breve momento, pero así como cuando una persona en medio de su perplejidad, toma de repente una resolución firme y decidida, así aquel jóven mirando con ternura é interés á su compañera, le dijo con voz algo temblorosa :

—Vos Livia, suponeis que mis afectos se dirigen á la señorita de Floriani, y os garanto que en ello padeceis una grave equivocación. Amelia es para mí una persona estimabilísima, digna de las simpatías de cuantos la tratan ; pero de esto al sentimiento del amor, hay una inmensa distancia, y no creo tengais vos, Livia, el más mínimo fundamento para asegurar que yo tenga relaciones de inteligencia con ella y . . .

—A conforme, señor mio, lo interrumpió Livia.

—No hay conforme que se valga, señorita; mucho más cuando es notorio que dará su mano al Coronel Confallonieri, y que un gallardo conde aspira también á su mano, cuyos dos personajes se interpondrían á mi paso, segun vos lo suponeis erróneamente. . . .

—Es decir, yo repito lo que otras personas dicen, agregó Livia, comprendiendo bien que el poeta le devolvía la sátira que tanto lo había herido.

—¿Es posible que hayan serés que se ocupen de este pobre individuo? sea de ello lo que fuere, sabed Livia que desde hace mucho tiempo yo os profeso mi más acendrado cariño y que sería el mortal más feliz si este bello sentimiento encontrara correspondencia en vuestro corazón.

—Livia quedó un instante turbada con tan inesperada y fina declaración, pues no sabía donde iba á parar esta estocada; y sobre todo, porque siempre que se trata ó se habla á una muger sobre cuestiones de amor tiene esta que abrir los ojos y ponerse en guardia, si no quiere verse flanqueada por su adversario ó galanteador; pero aquella despejada jóven se repuso súbitamente, y le contestó:

—Os agradezco y muy deveras ese cariño de amistad de que me hablais.

—Yo no os hablo de un frívolo cariño, no, Livia,

os hablo del sentimiento grato y misterioso que nos dá felicidad y dicha, de esa chispa sagrada, creada por un Dios infinito, de esa corriente magnética que nos acerca íntimamente á la muger amada, si Livia, á ese sér divino, cuyos influentes misterios nos atraen dulcemente, con la misma fuerza y poderío que el imán al acero y

—Sí, si mi apreciable Pezzini, me hablais de ese amor que nos pintais en vuestros lindos versos con el fuego y esplendor de las musas, con los encantos fascinadores de vuestra lujosa imaginacion, no obstante que en el fondo y en la realidad no existe tal pasion ni tal amor.

—Quiere decir repuso el literato que segun vuestras ideas, no creis en el amor, dudais de las pasiones que ajitan la humanidad y que tanto conmueven nuestro corazon, y por fin vos no amais á nadie.

—¡Amar decis! y á quien quereis que yo ame?

—Permitidme Livia que os diga que vais á faltar á vuestra ofrecida lealtad y á vuestra palabra de honor.

—¿En qué forma?

—Os lo diré: yo os hago una pregunta con el título de amigo me que habeis otorgado, y en vez de contestar clara y categóricamente la eludís y me dirijís otra.

—Es evidente, pero ¿con qué objeto me haceis tan estraña pregunta? ¿que propósito teneis en averiguar asuntos de ese género? y por último ¿cuál es el fin con que quereis penetrar en el corazon de una niña que recién sale del ala materna y entra sin esperiencia en las árduas acechanzas de la sociedad?

Aun cuando Livia segun lo hemos dicho era realmente muy jóven, tenía no obstante astucia instintiva, por eso es que no habia absuelto la pregunta, y con mañoso ardid quería conocer primero la intencion del galante poeta y obligarlo á que se declarase ó al menos le franquease su corazon y sus intenciones.

Esta estrategia mugeril lo intrigó un tanto al sensible bardo, y como el hombre es siempre incauto en materias de amor y no tiene el poder de resistencia y de disimulo que la muger atesora en magna *cuan-titta* se fué sobre el rastro candorosamente, y le dijo:

—Bien Livia, yo os abriré sin embozo mi corazon á trueque de que vos hagais lo mismo con migo ¿no es verdad?

—Bien.

—¿Como bien? esa fria y fugaz afirmacion no es otra cosa que una nube oscura é insípida que me quita la esperanza de ver claro.

—Sois por demás exigente mi apreciable señor; no obstante os prometo seriamente ser leal, franca y verídica con vos ¿deseais más?

—Gracias Livia, ahora me toca á mí: os he preguntado si habeis amado ó si amais al presente, por. . . .

Esta interesante conversacion fué otra vez interrumpida por la condesa Margarita Laffortieri, que asida al brazo de un caballero inglés se aproximó á ellos y obligó á Livia y á Pezzini á entrar en otro órden de conversacion para no infundir sospechas, y se dirigieron todos al salon donde campeaba el contento y la alegría.

Ambas parejas se perdieron entre aquel humano torbellino que oscilaba como reflejos de diamantina luz, quedando para reanudar y continuar más adelante el diálogo interrumpido.

*
* *

La fiesta seguía espléndida, la alegría era completa, la danza, la música, las flores, los amores, las risas, las intrigas y todos los atributos del olímpico sarao estaban en accion despues del banquete.

El aire del salon era sofocante, su atmósfera candente y pesada, no obstante tener buena ventilacion, pero la excesiva concurrencia y el número crecido de luces contribuian á formar aquel calor abrasador.

En una de tantas vueltas que el coronel Confaltonieri daba por el salon, notó que iba el jóven Visconti con Amelia muy rendido y en íntima conversacion, llevando otra vez en la mano el abanico de ella que era de nacar de oriente; y sin pretenderlo vino á quedar á retaguardia de esa pareja y un poco á la derecha de Visconti. El coronel iba con su bilis un tanto alterada y emocionado de celos, al ver la alegría de ellos y la felicidad que demostraban; en tanto que el jóven Visconti apercebido de que Confaltonieri venía á retaguardía, se mostraba más asídúo amante de Amelia, é inclinando la cabeza y el cuerpo sobre el lado de su compañera le hablaba de esprofeso algunas palabras en secreto para promover así celos ó envidia al soberbio Coronel; cuando he aquí que en un movimiento violento y coqueton que hizo Visconti se le escapó el abanico de las manos cayendo al suelo, y el coronel que lo notó perfectamente se hizo el distraido y para vengarse de aquel galanteador, puso con la mayor naturalidad y sangre fria el pié sobre el abanico que sonó de una manera rara al hacerse trizas las barillas de nacar, contentándose con decir friamente:

—¡Ah! caballero, perdone usted.

Carlo Visconti comprendiendo la malicia con que había procedido el vengativo Coronel é indignado de ello no pudo reprimir su primer impulso y le dijo:

—Señor Confallonieri, aprovechais bien las oportunidades, pero debo preveniros que no es del todo fácil disculpar un descuido de este género.

—¿Es posible? replicó Confallonieri con fingida amabilidad; pero levantando bruscamente la cabeza y dando á su cuerpo una actitud ríjida, imprimió á su fisonomía un gesto fiero y continuó, ¿ó acaso pensais castigarme, caballero?

—No lo sé á punto fijo, repuso Visconti con impertinencia.

—Pues debeis saberlo, vive Dios.

—En otro sitio si gustais, repuso Visconti, continuaremos esta conversacion señor Coronel, y se agachó á recoger de la alfombra los fragmentos del abanico, pues Confallonieri ni siquiera habia hecho el ademan de inclinarse á tomarlos, agregando asi á su accion vituperable el desprecio, no por cierto hacia Amelia, sino á su pretendido rival.

—Acepto, agregó secamente el coronel, saludó cortesmente á Amelia y se separó impasible como si tal cosa hubiese ocurrido.

El conde Visconti dió media vuelta y tomó la direccion opuesta.

Este incidente pasó con tanta rapidez que casi no fué notado por los concurrentes, y aun la misma Amelia con el candor y sencillez de su edad no le dió mucha importancia á aquel cambio de palabras, y

se limitó á repetir á su compañero, que aquello no era nada, pues ese abanico no pasaba de ser un chiche insignificante.

—No Amelia, no es insignificante, y aun cuando lo fuera, la accion del Coronel es indigna de un caballero y estos actos se castigan con severidad.

—Pero Visconti, el asunto no puede menos que ser casual y por lo tanto disculpable.

—¿Casual decís?

—Sí, casual, qué cosa más natural. El coronel Confallonieri venía por detrás de nosotros, caminando distraido, el abanico salta de vuestras manos, cae al suelo, y sin querer ni ver, lo pisó, he ahí todo.

No quedó Carlos muy contento de la defensa que Amelia acababa de hacer del Coronel, y de quien á su vez tambien tenía celos por lo que se susurraba del proyectado enlace, así es que le contestó un tanto sério:

—Muy inclinada está la señorita de Floriani á disculpar la grosería del Coronel Confallonieri, pues habeis acometido su defensa con entusiasmo, habilidad y calor.

—Ese es otro juicio avanzado señor Conde; repuso Amelia acentuando sus palabras; yo he disculpado el incidente como casual, sin tomar en cuenta la per-

sona que lo produjo; y os garanto, que en identidad de caso, disculparía ese mismo hecho, dadas las circunstancias ocurridas, á la persona más indiferente.

—El acto del Coronel, repuso velozmente Visconti, ha sido premeditado Amelia, y solo ha querido vengarse de mí, por el baile que me concedisteis no ha mucho, lo cual constituye una villanía.

—¿Es posible? dijo Amelia con toda ingenuidad ¿creis que un caballero de la altura del Coronel pueda haber descendido hasta esa ruindad? Además, ¿cómo podía saber que ese abanico iba á caer y que nosotros pasaríamos delante de él? ¡Oh! todo eso no es posible; vos estais equivocado y formais un juicio aventurado, creyendo que el hecho sea preconcebido cuando no pasa de ser inocente y casual.

—No, Amelia, vos sois demasiado bondadosa y no podeis alcanzar la malicia de los hombres.

—En fin, repuso Amelia, permitidme que esta vez no sea de vuestra opinion, puesto que no veo cual sea el móvil de tal acción.

—Sí, querida amiga, Confalalonieri ha creido que vos me habeis preferido en ese baile y celoso de ello me ha ofendido.

—Pero tal idea Conde. . . .

Iba á continuar Amelia, cuando otro caballero se

acercó á ella y le recordó que aquel vals se lo había concedido. Así pues la conversacion se truncó, y disculpándose con Cárlos, tomó el brazo de su nuevo compañero y se alejó.

Viscontí, salió del salon desagradado por lo que había ocurrido y se dirigió á la galería que daba á la fuente de Neptuno para tomar un poco de fresco y respirar las auras nocturnas y perfumadas de los jardines.

El jóven Lauriani, secretario del ministerio del interior, se hallaba fatigado con el excesivo calor del salon y salió de él con Desteffani á refrearse. Tomaron asiento en uno de los bancos que había al rededor de la fuente para fumar un cigarro, y empezaron á charlar sobre esta y aquella muchacha, de la hermosura de una, de la gracia de la otra, del talento de esta y de la coquetería de aquella. Uno y otro se hacían esas confianzas tan naturales en la juventud sobre sus amores, conquistas y triunfos.

La conversacion fué rodando de un punto á otro y vino á recaer sobre el « Castillo del Diablo. »

—Lo que es ahora, mi querido Lauriani, no podrán designarlo con el nombre del Diablo y más bien le dirán del Placer ó del Cielo.

—No creais, repuso el secretario, el vulgo jamás abandona los nombres tradicionales, y mucho me-

nos cuando estos se relacionan con asuntos misteriosos de duendes y diablos. Recuerdo perfectamente el célebre proceso de la Castellamare.

—¿Sí? dijo Desteffani, pues yo no conozco ese asunto sino por las referencias de los antiguos y por lo que el público vocifera, así es que desearía saber algo más del trágico suceso.

—Pues á propósito, dijo el secretario; estamos sentados cerca de la fuente de Neptuno que es esa que veis ahí: aquellas eran las habitaciones de la bella condesa Leoncia de Castellamare, que era la abuela del General Floriani; aquella es la verja de fierro que salvaba el venturoso amante de la misma.

—¿Cómo era que se llamaba? preguntó el escritor.

—Fabiano Fabiani, era el nombre del jóven amante; el cual por una escala de cuerdas que ella colocaba en el balcon, subía para gozar feliz de los placeres que la adúltera esposa le brindaba. En aquella parte del edificio es donde estaba el secretario del Conserje, que fué el que descubrió la trama y la hizo conocer del esposo por medio de un anónimo; con cuya denuncia se puso en acecho el desventurado marido, que al fin los pilló infragantes en aquella misma habitacion que vemos toda iluminada, donde mató á una y á otro, arrojando sus cuerpos por la ventann, que fueron á unirse

apuñaleados y en un mismo lago de sangre allí en aquel punto, señalando con la mano, donde fueron encontrados sus cuerpos á la mañana siguiente.

—Sí, es verdad, recuerdo esos tristes pormenores dijo Desteffani, solo que no conocía el parage en que tuvieron lugar esos hechos. Os aseguro querido amigo, continuó el escritor, que yo en lugar del general Floriani jamás habría venido á residir en semejante castillo.

—Y mucho menos dijo Lauciani, á dar esta espléndida fiesta de alegría y satisfacción, en un palacio de tan infausta tradición, y donde acaso todavía se verán los regueros de sangre de su adúltera abuela, pues estas causas manchan el nombre y los blasones de una familia, y es conveniente relegarlos al olvido y no remover esos surcos pestilentes de un pasado de oprobio é ignominia ; mucho más, cuando su propio abuelo se vió obligado á manchar sus manos con rios de sangre para vengar su honor vilipendiado.

Aquel interesante diálogo fué interrumpido por varias parejas, que también se dirigían allí, fatigadas de la danza, buscando mejor aire para respirar ; y puesto que los dos amigos no pudieron continuar aquel histórico asunto, se levantaron y dirigieron nuevamente al salon para continuar cada uno sus intriguillas amorosas.

La *soirée* continuó espléndida y deliciosa en medio de aquel conjunto de danzantes felices, que sin cesar se agitaban movidos por variados afectos, como olas inquietas de turbulento mar; y entre el contento y la dicha, la intriga y el amor, terminó aquella noche de gratas ilusiones sin que otro mortal alguno acaso se hubiese preocupado del aterrante nombre del « Castillo del Diablo, » ni menos de la terrible escena de Leoncia de Castellamare y Fabiano Fabiani. Sólo el vulgo supersticioso decía que en avanzadas horas de la noche y durante lo más ajitado del baile, se habían visto cruzar dos fantasmas blancas por las almenas del palacio—¿ sería esto efecto sólo de la ciega credulidad del vulgo?—

Lo veremos.

Por muchos dias no se hablaba de otra cosa en todos los estrados, que de esa gran fiesta: en los periódicos de la capital se leían crónicas encomiásticas, dirigidas á la noble familia de Floriani, describiendo en ellas el asiático lujo que se veía en todo el palacio: especialmente el regio menage de casa, los adornos y accesorios de la espléndida mesa de ambigú, de la música, de la iluminación, etc.: otras crónicas se ocupaban de la riqueza del gran salon, de los espejos venecianos, de los alfombrados, tapicería y hasta del servicio que en aquella noche se usó en palacio; además puede decirse que sin excep-

ción alguna las crónicas tributaban con profusion incienso y alabanzas á la hermosa y simpática generala, por los triunfos que había alcanzado con su insinuante palabra, atenciones y amabilidad, que le conquistaron gran popularidad; habiendo algunas de esas crónicas tan entusiastas y apasionadas que le atribuían á la señora Condesa de Floriani la elegancia más sobresaliente, las joyas más primorosas, las telas más ricas, y en fin le adjudicaban la palma del más completo triunfo.

No menos calorosos eran los elogios y ponderaciones dirigidas á la candorosa condesita Amelia que recién empezaba á cruzar las intrincadas regiones de la veleidosa sociedad.

Los jóvenes más distinguidos, se disputaban el derecho de agradar á la bella y simpática Amelia, no sólo por los encantos con que la había adornado la naturaleza sinó porque ella ofrecía un gran partido y brillante porvenir, dada la posición, influencia y riquezas de sus padres; de modo que aquella señorita era en la sociedad Milanesa, objeto de las más constantes atenciones.

Los padres de familia á su vez, codiciaban aquella nueva joya para sus hijos, y formaban los cálculos más agradables posibles al proyectar futuros enlaces y así se volvían puras atenciones con el señor Conde y con la señora Condesa.

Como lo había previsto el General, el castillo de Floriani volvió á tomar su antiguo esplendor y alegría, y su esposa doña Blanca, lentamente empezó á ir perdiendo las preocupaciones y la animadversion que en un principio tenía hacia dicho palacio ; no obstante, la condesa no ignoraba que aun había gentes en Arona del bajo pueblo que tenían miedo de acercarse al Castillo del Diablo, donde suponían que siempre vagaba el fantasma blanco y que cuando allí penetraba alguno, tarde ó temprano era víctima de desgracias ; pero nada hablaba de esto á su esposo por no desagradarlo, pues se ponía de mal humor, y era preciso aparentar que estaba muy satisfecha en aquel castillo para conciliar la paz y la armonía.

CAPITULO VIII

**La estocada á fondo**

Antes de pasar más adelante, forzoso nos será entrar en un detalle indispensable para no caer en anacronismos.

El lector recordará el incidente que tuvo lugar entre el Coronel Confallonieri y el Conde Cárlos Visconti, con motivo del abanico de nacar de Amelia, que Confallonieri hizo pedazos pisándolo á propósito, para vengarse de Cárlos y provocarlo así á un lance.

Se recordará tambien que Visconti aseguró á Confallonieri que en otro sitio continuarían ese asunto, y que esta invitacion fué aceptada secamente por el Coronel.

Dos dias despues del baile, es decir, el Lunes, veíanse dos caballeros que cruzaban por la calle del Rastrelli, conversando de un modo casi misterioso ó por lo menos muy bajo, para que ninguno de los transeuntes pudiera apercibirse del asunto que trataban. El que iba del lado de la pared era alto, un poco cano, pero con una cara fresca, simpática y á la vez respetable. Vestía de negro, sombrero alto,

chaleco blanco y llevaba baston en la mano derecha. El otro que iba del lado de la calle era más joven, delgado blanco y un poco rubio, traje de color oscuro y con un aspecto de hombre alegre, resuelto y francachon.

El del lado de la pared se paró y sacó del bolsillo de la levita su cartera, y despues de separar y recorrer algunos papeles, tomó uno, guardó otra vez la cartera, desdobló el papel, y se lo pasó al otro; este lo tomó, recorrió rápidamente su contenido y le dijo:

—En hora buena que se prefiera el florete, pero como padrinos del desafiante ¿tenemos derecho de elejir el arma?

—No digo tal.

—¿Y entonces, querido amigo?

—Es que, replicó el del lado de la pared, con cierta maña ó astucia, podemos manejar la cosa para lograr el resultado que se desea.

—Sí, si, repuso el rubio, ya comprendo, vos queis decir que debemos indicar la pistola, no porque nos convenga, sino para que los contrarios viendo que sale de nosotros la indicacion de la pistola, crean que lo hacemos porque nuestro ahijado tendrá ventajas sobre su adversario, y por lo tanto bastará que lo indiquemos para que no la acepten.

—Justo, y entonces, agregó el del lado de la pared es claro que reclamarán el derecho que como padrinos del desafiado tienen de elegir el arma, y así tomarán, no la propuesta por nosotros, sino la espada ó el florete.

—¡Bravo! veo que no en valde lucen sobre vuestra frente esas hebras de plata, signos del talento y de la experiencia.

—¡Oh! amigo, agregó el de las canas con aire de dolor, desgraciadamente tengo que emplear lo que vos llamais talento ó experiencia, casi pérfidamente.

El rubio no lo dejó concluir, interpeleándolo.

—¿Que es lo que decis de perfidia?

—Lo que vos ni yo podemos negar, porque disfrazamos la verdad con el fin preconcebido de obtener una ventaja, tratándose de la vida de un hombre.

—No tengais esos escrúpulos; en la guerra todos los medios estratégicos son buenos ó por lo menos empleables.

—Sea, repuso el de cabellos canos suspirando, y tomando el papel que le devolvía su compañero, lo dobló y lo puso en su bolsillo.

Ambos emprendieron de nuevo su camino sin abandonar su conversacion, pasaron la oficina de la Posta (Correo), llegaron á la altura del teatro de la

Canoviana, atravesaron á la acera opuesta y entraron en una hermosa casa ó palacio que era donde vivía el coronel Confallonieri.

Esos dos señores eran, el que iba del lado de la pared, cano y vestido de negro, el abogado Alfredo Serbelloni, persona de alta distincion; y el que había tomado el lado de la calle era el agrimensor José Clerotti, ambos, padrinos enviados por Visconti para arreglar las bases del duelo.

El Coronel Confallonieri en el acto de conocer el objeto de tal visita, que por otra parte esperaba de un momento á otro, nombró á sus amigos Ratazzi y Procaccini por sus padrinos, y pidió á aquellos tuvieran la amabilidad de entenderse con ellos para el asunto de que venían encargados, pues ellos estaban ya prevenidos; para lo cual les dió la direccion del último, es decir, la de Procaccini, donde encontrarían á los dos señores reunidos.

—Tendremos el honor señor Coronel de vernos con tan apreciables personas, aunque vamos á desempeñar este cometido con verdadero dolor.

—¿Dolor? dijo el Coronel haciendo un jesto con la boca.

—Creedlo señor de Confallonieri que para nosotros . . .

—Pero el coronel con semblante adusto y no queriendo entrar en materia, interrumpió á Serbello-

ni y no lo dejó concluir, diciéndole: Me sería agradable caballero se suprimiese toda esplicacion, que por otra parte reputo inútil.

Serbelloni poco satisfecho de la sequedad de las palabras del coronel, se dirigió á la mesa que estaba en medio de la habitacion y tomó su sombrero, saludó tambien con sequedad y salió con Clerotti.

El coronel se apercibió que estando en su casa se había mostrado poco galante, y que había olvidado las reglas de la política y de la urbanidad; asi es que deseando reparar su indiscrecion salió acompañando á Serbelloni y á Clerotti hasta el vestíbulo, pero con el propósito de ejercer con ellos algun acto de amabilidad; asi es que al llegar á la escalera el Coronel les dijo: señores me es grato ofrecer á vdes. esta casa con el aprecio de su dueño, y avanzó dos pasos para volver á estrechar las manos de ambos.

Serbelloni y Clerotti agradecieron la atencion, devolvieron el cumplido y se alejaron; pero ambos al salir de la sala lo hacían con la idea de criticar la manera desatenta con que se había mostrado el Coronel, más la última despedida del vestíbulo tuvo el poder de alejar tan mala impresion.

El mismo dia tuvo lugar la entrevista de los comisionados, en la casa de Procaccini calle Torino; pero

como Ratazzi estimaba muchísimo á Confallonieri y tenía además un carácter dulce y conciliador propuso motu proprio á los señores Serbelloni y Clerotti abrir una negociacion con el fin de evitar, si era posible, un desafío que podría ser funesto para alguno de sus respectivos amigos, mucho más cuando en su opinion no mediaba una causa grave en que estuviera comprometido el honor, ni aun siquiera la delicadeza de sus representados.

—Vosotros sabéis señores, agregó Ratazzi, que la vida de hombres como Confallonieri y Visconti vale un mundo; pero no obstante, es deber de sus amigos poner el acero en sus manos cuando el honor ha sido escarnecido, el lustre de una familia empañado ó cuando ha ocurrido uno de esos lances que solo se lavan con sangre; mas en el presente caso, estudiando el hecho que motiva nuestra entrevista, pregunto ¿ha sido mancillado el honor, el nombre ó la delicadeza de Visconti?—pongamos señores la mano sobre el corazon, evoquemos los dictados de la más delicada conciencia, y yo creo que la contestacion no puede ser otra sino—una negativa.

—Estas cuestiones, repuso Serbelloni, de amor propio y de susceptibilidades son dificiles de apreciar cuando los hechos se han producido con cierta malicia ó ánimo preconcebido de ofender.

—Pero mi bondadoso Serbelloni vá á permitirme

dijo Ratazzi, que un asunto de mera susceptibilidad ó amor propio no es de los actos que atacan el honor, fama y nombre de un caballero; de modo que es nuestro deber buscar una condigna satisfaccion sin sangre, y sólo en casos extremos debemos conducir á nuestros amigos al campo del combate.

Los padrinos de Visconti, sin desconocer los fundamentos aducidos por Ratazzi y considerando que era un deber de la amistad evitar, si era posible, un lance funesto, manifestaron que sólo traian instrucciones para arreglar los términos del combate, y que por consiguiente no se creian autorizados para dar otro jiro al asunto; pero que no obstante, en el interés de ahorrar sangre tan preciosa, irian á conferenciar con su amigo el conde Visconti y dentro de dos horas volverían para terminar el asunto en uno ú otro sentido.

Antes de separarse el señor Ratazzi les hizo presente que ellos tambien sólo tenían orden del Coronel de estipular las bases del duelo y nada más, y que la idea propuesta era de él exclusivamente, por lo que esperaba quedase así entendido.

Dada esta esplicacion se despidieron cordialmente y partieron Serbelloni y Clerótti á casa de Carlos Visconti á fin de imponerle de lo ocurrido é inclinarlo á un arreglo satisfactorio para ambos; pero desgraciadamente fué recibida la proposicion por

Visconti con desden, rechazándola con energía y pidió á sus amigos no aceptaran arreglo alguno.

Serbelloni quiso aventurar un esfuerzo más y replicó á su amigo que en su opinion el lance ocurrido entre él y el coronel no pasaba de un incidente casual, que no estaba en manera alguna comprometido el honor ni aun siquiera la dignidad de su persona, y que acaso una esplicacion al respecto podría zanzar la dificultad de una manera satisfactoria para ambos, sin necesidad de cruzarse balas.

—No, mi buen Serbelloni, estais equivocado, el Coronel me ha ofendido gravemente, pues cree que Amelia me prefiere y su accion ha sido grosera, descortés y torpe, por lo que quiero enseñarle que á los Visconti no se les ultraja impunemente.

Cleroti con su genio más jovial, le dijo :

—Acaso estais tan enamorado de la bella condesita como se dice en los estrados?

—Esto no es del caso, querido amigo, agregó Visconti, con un poco de frialdad.

—Bien, replicó Serbelloni con su aire grave y hasta cierto punto magistral, permitidme Cárlos que os manifieste mi profundo pesar y que lamente vuestra insistencia en no querer autorizarnos para buscar un arreglo que suprima la sangre, ó acaso una vida preciosa.

—Id, amigos, y concluid el servicio que habeis tenido la bondad de aceptar ; yo os lo suplico.

Ambos padrinos tomaron sus sombreros, se despidieron de Visconti y salieron para volver á la conferencia que había quedado pendiente.

Mientras estos caminan al lugar de la reunion, veamos lo que pasaba á los otros comisionados.

Los padrinos de Confallonieri quedaron un tanto perplejos de la marcha ó giro que habían dado al asunto, pues Procaccini creía que Ratazzi había hecho mal en presentar á Serbelloni y Clerotti tal proposición en razon de que Visconti podría creer que ella no era estraña al coronel, y así resolvieron ir inmediatamente á hablar con el coronel y volver en el acto á esperar á los otros señores.

El pundonoroso y valiente coronel Confallonieri recibió una muy desagradable impresion al saber la propuesta que se había permitido hacer el bondadoso Ratazzi á los padrinos de Visconti.

—¡ Oh! exclamó el coronel ¿ qué es lo que habeis hecho, señores, en un asunto de este género? ¿ no habeis calculado que tal propuesta hecha por mis padrinos y amigos puede tomarse por una evasiva indigna de un caballero y mucho más de un militar de honor? ¡ oh! id, id señores pronto y manifestad que habeis procedido con involuntario error y que yo he declarado no aceptar transacion alguna.

Como Ratazzi era el que estaba más comprome-

tido en el asunto, puesto que de él nació la propuesta, le dijo :

—Querido Confallonieri, no os agiteis inútilmente, pues no hay razon para ello, mi amigo Procaccini puede atestiguar que yo hice presente á Serbelloni y Clerotti que la idea partía de mí exclusivamente, y sobre todo ¡qué diablos ! el valor y la bravura del coronel Confallonieri están bien acreditados en los campos de batalla para que pueda recaer tal sospecha.

—Desgraciamente, continuaba Confallonieri, sin tomar en cuenta ni oír los argumentos de Ratazzi, ya la tal propuesta habrá llegado á conocimiento del pretencioso Visconti, y es capaz de creer que yo huyo á la punta de su acero.

—Escuchad un momento Coronel repuso Ratazzi con dolor.

—¿Que queréis que os escuche señores ? Sé perfectamente que sois mis amigos, que me estimais, pero sin quererlo habeis comprometido mi honor.

Procaccini que no había despegado sus lábios, tomó la palabra y con tono serio y muestras de disgusto le dijo :

—Confallonieri, no seais precipitado y escuchad á Ratazzi.

—Bien, pues, hablad y hablad pronto.

Entonces Ratazzi le repitió lo que antes no pudo

oir aquel por su agitación, que había manifestado de una manera clara y terminante á Serbelloni y Clerotti que ellos sólo habían sido facultados por el Coronel Confalloniere para arreglar las bases del duelo, y que aquella proposicion ó idea era nacida solamente de él, lo cual fué bien comprendido por dichos señores.

—¿Y os lo habrán creído; sobre todo, mi adversario?

—¿Y por qué nó, Coronel?

—Porque Visconti es un pedante pretencioso.

—Pero, vos, repuso Ratazzi, sois un valiente que habeis ganado las condecoraciones que cubren vuestro pecho en los campos de batalla, dando glorias á la patria, mientras Visconti hacía saludos en los salones de la alta sociedad.

—No importa.

—Sí que importa, ante el mundo que os conoce y sabe la historia de vuestros hechos gloriosos.

—Bien, amigos, no perdamos el tiempo en estas esplicaciones inútiles; corred y tratad de desvanecer toda duda, siendo exigentes al mismo tiempo en las condiciones del duelo.

Despues de unas últimas esplicaciones salieron los padrinos como náufragos desmantelados y cabizbajos, pues reconocieron que el coronel tenía razon y que un exeso de aprecio los habia conducido más allá de los límites de su cometido.

Diez minutos despues se encontraban los cuatro padrinos en la misma casa calle Torino, donde Ratazzi y Procaccini recibieron una verdadera derrota ó bofeton, pues Serbelloni les manifestó que el señor conde Visconti no sólo no había aceptado la proposicion, sino que la había clasificado de una evasiva poco digna para la alta reputacion de que gozaba el señor coronel.

—Señor de Serbelloni, dijo Procaccini, levantándose de su asiento con aire amenazador, os pido que retireis semejante palabra altamente ofensiva para un militar de honor de quien vos, Visconti ni nadie tiene derecho para dudar de su dignidad ni menos de su valor.

—Caballero Procaccini, yo dejo á salvo la dignidad del señor coronel y declaro en mi nombre y en el de mi colega, que he estado y estoy muy distante de ofenderle, ni menos de poner en duda el valor y dignidad del distinguido coronel Confaltonieri, cuya espada es una gloria de la Nacion, y sólo he manifestado que la proposicion hecha por vosotros no fué aceptada por nuestro ahijado y que este, y no nosotros, habia pronunciado la palabra evasiva, así espero caballeros que esta franca y leal esposicion debe satisfacer vuestra objeccion.

—Bien, señor de Serbelloni, estamos satisfechos con las salvedades que habeis hecho respecto del

coronel; y en cuanto á la gratuita ofensa del conde Visconti, en el campo del honor dará á su adversario las satisfacciones del caso, ya que no es posible pedírselas en este momento.

—Me complazco, señores, repuso Serbelloni, que os hayan satisfecho las esplicaciones que he tenido el honor de daros.

Procaccini volvió á ocupar su silla y dijo;

—Continuemos, señores, si gustais, el asunto que nos está encomendado.

En consecuencia, empezaron unos y otros á discutir las bases de aquel delicado asunto, cruzándose un cambio recíproco de ideas, en el cual Serbelloni dejó entreveer con habilidad y diplomacia que el arma del combate sería la pistola; pero Ratazzi manifestó que como delegados del desafiado creía que sería más aceptable la espada ó el florete.

—Como gustéis, señores, dijo Clerotti, no haremos de ello dificultad alguna, mucho más cuando debemos reconocer que es á vosotros á quienes toca elejir el arma.

Mé dia hora despues quedaban ajustadas las bases del duelo en la forma siguiente:

1 ° —El combate será á florete.

2 ° —Dia, el siguiente, Mártes.

3 ° —Hora, las seis de la mañana.

- 4 ° —Sitio, el parque que está despues del jardin público, y detrás de la glorieta.
- 5 ° —Los padrinos del desafiado llevarán las armas.
- 6 ° —Los floretes serán entregados á los padrinos del desafiante para examinarlos, con facultad de aceptarlos ó rechazarlos.
- 7 ° —Aceptados como buenos y adecuados, se pondrán en el suelo para que cada combatiente tome uno al acaso.
- 8 ° —El mayor en edad de los padrinos, que lo es el señor Procaccini, dirijirá el acto.
- 9 ° —A las tres palmadas de este, empezará el combate.
- 10 ° —Bastará la primera sangre para quedar establecida la satisfaccion.
- 11 ° —Cada uno llevará su médico.

Terminado el anterior acuerdo fué firmado en dos ejemplares, todos cuatro se saludaron cortésmente, saliendo en seguida cada dos padrinos por su respectivo lado á dar cuenta á sus amigos del resultado de la entrevista y de las bases ajustadas.

*
* *

El dia Mártes amaneció un tanto nublado y con una ligera neblina, es decir, con un aspecto triste y

doliente como si tomase parte en este acontecimiento lamentable: el viento silbaba ligeramente cual remedo de un quejido, en tanto que el naciente sol ocultaba su reluciente faz entre mal dorados celages; sin embargo, más tarde cuando llegaba la hora de las seis, aclaró un poco la mañana despejándose el cielo aun cuando no del todo.

Dos minutos antes de las seis, el coronel Confalonieri y sus amigos Ratazzi y Procaccini acompañados de un médico dejaban su carruaje á cierta distancia de la entrada del parque, llevando Ratazzi en la mano izquierda, ocultos bajo su capa, los floretes. Dirigiéronse por entre el solitario bosque al lugar designado donde esperaban encontrar á los otros señores.

El coronel echó una mirada en torno, sin divisar persona alguna y dirigiéndose á Ratazzi le dijo :

—¿Qué hora marca vuestro reloj, querido amigo ?
Ratazzi lo examinó y contestó :

—Las seis y algunos segundos.

--Si pensarán esos señores tenernos aquí de planton !

—Debo observaros querido conde que recién son las seis, y sacando nuevamente su reloj, apoyó su dedo pulgar en el muelle, se abrió la tapa, y poniéndolo á la vista del coronel, continuó : aun no han pasado tres minutos, de modo que no tenemos derecho para remarcar el retardo.

—Sea, si os empeñais.

—No, coronel, no me empeño ni puedo empeñarme, sino que simplemente os indico lo que marca mi reloj.

—En hora buena, querido Ratazzi, no hay nada dicho ¿no os parece Procaccini?

—Sí, sí coronel, Ratazzi ha observado bien, y es probable que en estos momentos que estamos hablando lleguen al parque esos señores y . . .

—Esperad, interrumpió Ratazzi á Procaccini, poniendo el oído atento á un ruido que acababa de oír.

—¿Qué hay? interrumpió el coronel.

—Me parece, dijo Ratazzi, que he sentido pasar á lo lejos un carruage hacía este lado, señalando á su derecha con el dedo pulgar.

En efecto, mientras cambiaban esas ideas, llegaban al Parque del jardín público el conde Cárlos Visconti con su médico y sus amigos Serbelloni y Clerotti, quienes dejando á un lado su carruage, continuaron su camino á pié hasta llegar al sitio designado en las bases.

Las avenidas del parque estaban perfectamente desiertas, lo que no era de estrañar desde que recién eran las seis de la mañana, así es que aquella paz y tranquilidad absoluta, sólo era turbada por los trinos alborozados de amantes y juguetones pajarillos.

Al acercarse Visconti y sus amigos, el coronel con cara de fastidiado, sacó su reloj como para indicar á los recién llegados que la hora habia pasado y eran esperados, cuyo movimiento fué interpretado por Visconti, y dirigiéndose este á los otros padrinos les dijo :

—Señores, escusad mi breve retardo que sólo es de unos minutos y conceptúo que esto no será causa bastante para impacientaros.

Iba á contestar Ratazzi, cuando el coronel con su eco vigoroso y aquella entonacion avezada al mando, dijo :

—Adelante, señores, el palabreo está demás— á los hechos.

—Adelante! replicó Visconti comprendiendo la indirecta—la punta de mi acero hablará mejor.

En efecto, Procaccini tomó de las manos de Ratazzi los floretes, pasándolos á Serbelloni con arreglo á lo estatuido, y este con su amigo Clerotti los examinaron detenidamente en su encabadura, hoja, punta y dimensiones, haciendo con ellos varias pruebas que los garantizase de su bondad; en seguida los devolvieron á Procaccini, espresando que nada tenían que observar.

Visconti al oír que estaban las armas listas, se quitó con rapidez el levita, el chaleco y la corbata, todo lo cual tiró á un lado y en seguida arrojó el

sombrero, demostrando una decision y valentía digna de su nombre—¡ oh ! Visconti, en mangas de camisa, estaba hermoso y como para ser retratado.

El coronel á su vez, y luego que arrojó sus sus ropas, estiró los brazos como para tantear sus nervios, levantó las manos con los dedos abiertos y los introdujo en sus cabellos, echándolos hacia atrás y quedó, como quien dice en facha ; pero al arrancar su corbata del pescuezo y tirarla sobre su otra ropa, pegóse con la mano derecha dos fuertes palmadas sobre la tabla del pecho que lo hizo retumbar, y exclamó, dirigiéndose á Ratazzí :

—Limpio y apropósito para una estocada eh ?

Visconti que comprendió la importancia de la palabra « limpio », pronunciada por Confallonieri, exclamó con ironía dirigiéndose á Serbelloni y haciendo sonar su tetilla izquierda.

—Aquí hay cota de malla, pero de la sangre noble de los Visconti.

El coronel Confallonieri tenía una de esas figuras militares imponentes y una fisonomía noble, atractiva y simpática, pero en aquel solemne momento presentaba un tipo lleno de interés é hidalguía,

Aquellos dos hombres jóvenes aun, llenos de esperanza y de porvenir, que se encontraban en la mañana de la vida, cuando todo son amores, ilusiones y placeres, cuando todo nos halaga, y

sonríe en el festin palpitante de la existencia, iban á poner sus generosos pechos frente al homicidal acero, y dentro de algunos minutos acaso, alguno de ellos habrá dejado de existir ó sido gravemente herido.

Procaccini, de acuerdo con la séptima estipulacion de las bases del duelo y con cierta lentitud, cual si desease retardar todo lo posible aquella terrible escena, haciendo un esfuerzo, puso los floretes en el suelo para que eligiesen ; pero cada uno esperó á que el otro lo hiciera, y en vista de esta perplejidad, Procaccini dirigiéndose á Visconti, le dijo :

—Señor conde, podeis tomar el vuestro si gustais.

Cárlos, sin hesitar, avanzó y cogió el que estaba más cerca de él, y el coronel, sin esperar más, se acercó y tomó el otro.

Procaccini continuó :

—Señor de Visconti, hé aquí vuestro sitio, señalándole con la mano el puesto que le designaba ; dió media vuelta y dirigiéndose á Confallonieri, le dijo :

—Señor coronel, teneis aquí el vuestro, indicándole el del extremo opuesto.

Los padrinos de Visconti cambiaron entre sí algunas palabras en voz baja, pues Clerotti observó á su amigo que se había dado á su ahijado un

lugar desventajoso, por cuanto Confallonieri quedaba dando la espalda al naciente, en tanto que Visconti, no solo quedaba su busto más iluminado para su adversario, sinó que tenía la contrariedad de recibir la luz sobre los ojos, y que por lo tanto debían exigir que se cambiase la posición; pero Serbelloni observó á su amigo, que aun cuando era cierto lo que indicaba, estaba estipulado que Procaccini dirigiría el acto, y que mientras no se presentase una circunstancia dolosa ó ilegal para su ahijado, no debían intervenir ni hacer objeción alguna.

—Es que, repuso Clerotti, no estamos en el caso de aceptar para nuestro amigo ninguna desventaja, y precisamente nuestra misión es velar sobre todo esto.

—No lo niego, querido amigo, respondió Serbelloni, y permitidme os asegure que mi amistad es tan celosa como la vuestra para con Visconti, que el señor Procaccini es el que por lo estatuido debe dirigir el combate, y por fin que tal elección no puede menos que ser casual.

—Bien, repuso Clerotti, viendo que todos esperaban, dejaremos las cosas así y adelante,

A retaguardia del conde Visconti y á cierta distancia se colocaron Serbelloni, Clerotti y el médico. A espaldas del Coronel, Ratazzi y su respectivo mé-

dico; pues Procaccini cumpliendo con el rol que se le habia designado, pero pálido, conmovido y más ajitado que los mismos combatientes, ante aquella imponente escena, se colocó en medio de aquellos dos jóvenes á una razonable distancia.

Los duelistas sólo esperaban la señal convenida: el coronel no abandonó su ceño torbo, aun cuando se hallaba tranquilo; en tanto que Visconti, si bien estaba pálido, mostraba un semblante dulce y sereno. ¡Oh! momento terrible de duda y ansiedad para los padrinos, los médicos y aun para los mismos combatientes; cada cual hacia entre sí sus reflexiones, unos y otros estaban animados por distintos sentimientos, haciendo votos por el triunfo de su respectivo amigo.

En esta situacion Procaccini se retiró algunos pasos más á retaguardia, quedando por consiguiente la arena ocupada sólo por aquellos dos interesantes jóvenes en mangas de camisa y florete en mano; siguió un profundo silencio entre todos los circunstantes, las respiraciones parecían en suspenso.

Procaccini haciendo un supremo esfuerzo levantó sus manos con dolor, dió la primera palmada. . . . luego la segunda. . . . y al fin la tercera!!

Los corazones latieron aceleradamente, esperando el resultado de la lucha; cada uno seguía con mirada ansiosa á su respectivo amigo, como queriendo ayudarlo ó prestarle vigor y fuerza.

Los combatientes se aproximaron, tendieron sus aceros, se saludaron como de costumbre y comenzó la lucha.

Confallonieri estaba muy sobre aviso, pues sabía que Visconti era hábil duelista y sereno tirador de modo que trató de estar á la defensiva á fin de que Visconti tomara la iniciativa en el ataque para que se fatigara y entonces recién emplear su habilidad: los aceros se restregaban, se desenganchaban y volvían á la guardia.

Muy luego Visconti comprendió la estrategia del veterano, y se dijo para sí, yo te arrancaré de tus trincheras, y dirigiéndose á su adversario le dijo:

—Con que una proposicion de arreglo nacida de afectuosos amigos; con que una evasiva señor Coronel y . . .

—¡Rayos de Dios! gritó el coronel enfurecido, ¿Con que creis que yo he tenido miedo á vuestro acero? y empezó á redoblar con rabia su ataque, sin preocuparse tanto de la defensa como antes.

Visconti dijo para sí, ya tenemos á nuestro hombre en marcha y le contestó.

Los lances de honor señor coronel no se someten á arreglos de bondadosos amigos.

—Deslenguado gritó el coronel y avanzó tirando una estocada rápida y hábil que su contrario con

gran riesgo de su vida pudo pararla dando un salto á retaguardia con la agilidad de un acróbata, pero el coronel aprovechando el salto del contrario y pretendiendo acelerar el combate pues empezaba á fatigarse, avanzó con fiereza, hizo un desenganche y un movimiento doble de gran habilidad y lanzó su acero sobre el adversario para hundírselo en el pecho, pero Visconti sin inmutarse, firme y avisado, evitó el doble movimiento, estendió el brazo y su florete penetró en el corazón del Coronel, quien lanzó un penetrante grito—retrocedió unos pasos—cayó el arma de su mano — tambaleó un breve rato su cuerpo—sus piernas se negaron á sostenerlo, y se desplomó al suelo con pesantez y abandono.

Los solícitos padrinos corrieron á socorrerlo y apercibidos de la situación del Coronel, llamaron á los médicos, que concurrieron en el acto á prestarle los auxilios de la ciencia.

Después de lavar y reconocer atentamente la herida, los doctores Cecchi y Verani bajaron mustios sus ojos y se quedaron contemplando á Confallonieri que aun se agitaba convulsivamente en el suelo.

Ratazzi y Procaccini dirigiéndose á los médicos, exclamaron á un tiempo:

—Y bien señores ¿que es lo que nos decis?

Los doctores llamaron á un lado á los padrinos, para que no pudiese oír nada el herido, y bajando un tanto la voz, les dijeron:

—Amigos, desgraciadamente todo está concluido, y el coronel Confallonieri no puede ya alimentar la vida; el acero de su adversario ha traspasado de parte á parte su noble corazon.

—Es posible señores? exclamaron ambos aterrados y pálidos como la muerte; pero examinadlo bien, ejecutad cuanto la ciencia indique para salvar á nuestro amigo, ordenad pronto lo que debemos hacer.

—Señores, repuso Cecchi, aproximaos y vosotros mismos os cerciorareis de la verdad.

En efecto, el cuerpo del Coronel habia tomado cierta posicion de rigidez, estirándose sus miembros: echó una mirada á sus amigos y los llamó con una leve seña, les apretó las manos y les dijo;

—«Consolad á mi pobre madre á quien llevareis mi último adios», luego murmuró algunas otras palabras, sus ojos perdieron su brillo vital y las sombras de la muerte se difundieron sobre aquel rostro varonil que pocos momentos antes respiraba vida, energía, espíritu, poder é inteligencia.

Procaccini sin poder conformarse con aquel triste resultado, volvió á los médicos con sus ojos arrasados en lágrimas, y les dijo:

—Pero señores, ¿que la ciencia es impotente? ¿que nada puede hacerse para disputarle á la muerte esa existencia preciosa?

Los doctores repitieron:

—Es inútil, la ciencia no dá vida á los muertos, pluguiera al cielo señores que nos fuera dado restituírle la vida al más noble y apreciable de los hombres. Apresuraos á abandonar el campo del combate con las precauciones del caso; pues ya conoceis la severidad con que las leyes tratan estos delicados y funestos asuntos.

Visconti habia quedado parado en su sitio con la punta del florete fija en tierra, la mano izquierda apoyada en el cuadril mirando al coronel con un ceño de dolor.

Serbelloni y Clerotti se acercaron al doliente vencedor y le dijeron:

—Amigo vamos, esto está terminado y debeis pensar en vos y en nosotros.

Visconti no se movió ni contestó palabra alguna como si no hubiese oído lo que aquellos le habian dicho, pues más parecía una estatua que un sér viviente; su cabello negro y sedoso estaba en desorden á consecuencia de los rápidos movimientos del combate, sus ojos permanecian clavados en el cuerpo de Confallonieri, su cara estaba lívida como si la sangre hubiese huido de sus venas, el boton del cuello de la camisa habia saltado y aquella estaba abierta, dejando ver la blancura de su garganta; en fin aquel hombre estaba realmente hermoso y lleno de interés en medio de su dolor.

Los padrinos observaron que por aquel aflijido rostro acababa de rodar una lágrima; pero queriendo salir de aquella embarazosa situación pues el tiempo volaba volvieron á dirigirse á él diciéndole:

—Querido amigo, vamos, daos prisa, porque no podemos quedar aquí ni un minuto más.

Visconti reaccionando ó como si volviera de un letargo pasó el reverso de su mano izquierda por sus ojos para limpiar su lágrima de dolor, y luego arrojó al suelo con desesperación y rabia el arma matadora, y dijo:

—Orgullo humano, vanidad funesta, estais satisfechos—vamos señores!!

Partieron mustios y silenciosos, el aflijido vencedor con sus padrinos y su médico á tomar el carruaje que dejaron á la entrada; en tanto que por otro lado se alejaban Ratazzi, Procaccini y el Dr. Verani, bajo la impresión de la más cruel amargura y desolación, puesto que habian venido cuatro amigos y sólo volvian tres, quedando en el campo del mentido honor el más noble, leal, digno y valiente caballero. Ratazzi al ir á retirarse volvió el rostro, miró á su amigo bañado en sangre, y corrió hácia él, dobló una rodilla le tomó una mano, se inclinó con respeto y le dió un beso en la frente que aun conservaba el último calor de su apagada existencia: sacó su pañuelo para enjugar sus abundantes lágrima-

mas y con el corazon despedazado se unió á sus amigos y partieron.

Hé ahí el duelo, fantasma terrible, funesta preocupacion: esé duelo que ha costado tanta sangre á las sociedades antiguas y modernas, sin haber satisfecho jamás ningun derecho ni menos purificado ó lavado las mancillas de la honra ó dignidad ofendida.

La lucha ó pugilato entre dos individuos tomó el nombre de duelo, porque su accion está circunscripta á dos, y los Griegos mismos le llamaron monomachia, que se traduce por lucha de uno contra otro.

Sientan los historiadores que el duelo apareció en remotos tiempos entre los Escandinavos donde tomó grandes creces, y que despues de largos años penetró en la Alemania; pero como sucede con las costumbres, actos y cosas malas que cunden con facilidad, tambien se introdujo en la Francia, Italia, España y otros puntos.

El desafio es la imagen de la barbarie y el característico del salvaje, que ferozmente se va á las manos, empuñando el cuchillo, el sable, la daga ó una arma cualquiera para herir ó matar á su adversario; pero no fué ni será jamás la espresion del derecho, sino la razon del más fuerte, hábil astuto, afortunado y muchas veces del más insolente.

Si dos hombres del bajo pueblo, ignorantes, torpes y brutales por razon de juego, amores ú otra causa se toman en palabras bajo el fuego dinámico de la ira se van á las manos con un baston ó cuchillo y se dan de golpes ó se hieren, se les forma causa, van á la cárcel y sufren la pena que la ley les impone, y todo con muchísima razon; pero si dos caballeros, conoedores de la ley, bien educados, de familias distinguidas, se desafian por una causa cualquiera señalando, fria y premeditadamente, dia, hora y condiciones para el combate, se van al lugar designado, toman la espada, el florete ó la pistola y en presencia de dos amigos ó testigos que se erijen en frios espectadores, pueden aquellos matarse, y el que ha caido queda asesinado legalmente sin que para el matador haya castigo, prision ni reproche alguno: pero yo pregunto ¿puede razonablemente sostenerse en este caso la impunidad? ¿puede por ventura bastar que se diga, ha muerto ese hombre en un lance de honor? ¿puede tolerarse que con toda audacia los periódicos anuncien un desafio, haciendo ostentacion del atentado, y llegando muchas veces hasta elojiar al vencedor, es decir, al matador?

¡Oh! de ninguna manera, pues ese es el desorden de las costumbres, y una sociedad donde se autorice y tolere la impunidad, no tiene derecho para

abrogarse el diploma de más civilizada que las de siglos anteriores; máxime cuando la mayor parte de los desafíos son por un puntillo, por un artículo de diario, por un altercado sobre política, por una flor y pocas veces por una verdadera ofensa al honor ó á la dignidad de un hombre, de una dama ó de una familia.

Cuando en los pueblos se deja abierta la válvula de los desafíos, nadie se encuentra seguro en su derecho y en su vida, y vemos que hasta los magistrados, los miembros del parlamento, diputados y altas dignidades son provocados á duelo, aquellos por una sentencia pronunciada en el ejercicio de su ministerio; los otros por opiniones vertidas en las bancas legislativas ó por actos ejecutados en cumplimiento de sus deberes.

Pero hay más: el suicidio mismo es un atentado, bajo el punto de vista de que el alma pertenece á Dios y el cuerpo á la tierra, y no tiene derecho una persona para destruir todo eso antes de su tiempo natural, porque si á cualquiera le fuera dado disponer de su vida como cosa suya absoluta, podría entonces válidamente facultar á otro para que lo matase, pidiendo á un amigo íntimo ó pagando á un mercenario para que destruyera por completo lo que él considera de su propiedad y no de Dios ni de la tierra; pues bien el suicidio, tan condenado, es solo

la mitad del desafío, porque en aquel se dispone sólo de una vida, mientras que en este se comprometen dos. Entonces ¿puede ser tolerable el duelo? De ninguna manera.

La Alemania, la Italia, Francia, España, etc., han dictado disposiciones penales contra el duelo, aplicando la pena de muerte, la confiscación de bienes y la pérdida de los derechos civiles; pero los magistrados no se han animado á hacer efectivas esas penas, y las leyes quedaron como letra muerta en los códigos; no obstante, el correctivo debe existir forzosamente y aplicarse para garantizar á la sociedad de tan enorme peligro, y no ver á una madre ó á una esposa sumida en el dolor y la amargura, á los hijos envueltos en su luto de horfandad y á la patria privada de útiles ciudadanos.

Dejemos estas consideraciones filosóficas y ocupémosnos de nuestro interrumpido asunto.

Aquel mismo día el conde Visconti abandonaba la Italia por mera formalidad ó precaución pues aun cuando el duelo estaba prohibido, los castigos y las penas eran letra muerta; pero se trataba de un coronel de la nación estimado por todo el mundo, y era probable que la autoridad se mostrase ríjida y severa al menos por esta vez.

En el acto cundió por toda la ciudad la funesta noticia de que el noble Coronel Gaetano Confallonieri acababa de morir en un duelo.

En los primeros momentos de conocido el suceso no se nombraba ó no se sabía quien fuera el adversario que había traspasado el corazón de un personaje que no sólo era un valiente, sino que estaba reputado como uno de los más hábiles tiradores de florete.

Todos se preguntaban unos á otros llenos de interés y curiosidad, por el nombre del adversario y se perdían en conjeturas, hasta que el ojo de la autoridad pudo penetrar en el ministerio, y empezó á correr de boca en boca el nombre del Conde Carlos Visconti como el matador de Confallonieri.

Por muchos dias no se hablaba de otra cosa en los periódicos, en el ejército, en los cafés y en toda la sociedad, que de tan lamentable suceso, pues se sabía ya que Carlos Visconti había abandonado el país y que el duelo tuvo origen en el «Castillo del Diablo» por un abanico de la condesita de Floriani, que el Coronel Confallonieri hizo pedazos con sus piés para vengarse de Visconti de quien estaba celoso, pues ambos obsequiaban á esa bella señorita, y aun se decía que estaba prometida en matrimonio al Coronel, no obstante parecer que aquella prefería á Visconti.

Da. Blanca recibió la noticia de este lamentable suceso como una verdadera desgracia, no sólo porque veía el nombre de su hija mezclado en el lance,

sino porque siguiendo el órden de sus ideas y temores, pensaba que este funesto acontecimiento era un mal augurio, nacido del Castillo del Diablo, de horrible recordacion, y así decía ella:

—Recien entramos en este palacio y ya ha corrido sangre por asuntos que se relacionan con nuestra familia.

Quiera Dios que no tengamos otras desgracias que lamentar, pues siempre me persigue una idea aterradora, y hasta en mis ensueños se me presenta el Castillo del Diablo como un fantasma amenazador envuelto en misterios, sangre y mil cosas por el estilo.

CAPÍTULO IX

—

Amelia y su carácter

Segun ya hemos tenido ocasion de espresarlo, Amelia aun cuando había sacado los rasgos fisonómicos, la gracia y hermosura de su madre, no había heredado nó, las dotes de su alma, la austeridad de sus principios, la suavidad y dulzura de su carácter, y ántes al contrario á sus hábitos voluntariosos se unían los defectos capitales de su padre que natura había copiado con mayor aumento.

Amelia ocupaba sus dias en los paseos, en las partidas de caza, en que había desplegado un corage é intrepidez sobre el caballo que rivalizaba con los más esperimentados cazadores; manejaba con suma habilidad la pistola, declamaba con un fuego y pasion teatral, su recreo favorito era salir á caballo con su hermano Alberto ó con su *groom*.

El general se complacía en ver á su hija llamar la atención como buen ginete, como tiradora al blanco, etc.; aun cuando todo esto estaba en abierta oposición con los deseos de su madre, que se veía altamente contrariada con la educación que su

esposo persistió en dar á su hija á despecho de toda conveniencia y de sus deseos.

Despues que esta señorita entró en el gran teatro del mundo, en esa edad temprana, llena de ricas ilusiones y esperanzas, fué lentamente abandonando la lectura de libros serios, de historia, geografía, religión, etc., que le prescribía su madre y que el general clasificaba de inútiles y poco adecuados para el siglo de las luces.

Amelia se ocupaba en léer poesías, romances y todo género de novelas, pero de esas novelas románicas y amorosas que plagaban la Francia bajo el reinado de Luis XVI, es decir, en el último tercio de su período gubernativo, en que la Francia estaba descarrilada del buen sendero, pues se había entregado á todo género de licencias y empezaba á cundir la propaganda de los dramas lúbricos, el vau-deville, en su más completa desnudez y maneras repugnantes, disolutas é inmorales, la novela corría con una celeridad pasmosa por el país, pero no para moralizar, sinó para pervertir las costumbres, corromper los corazones y destruir el imperio de la moral; todo lo cual unido á la mala política del Imperio y á una marcha imprudente y torticera, incendió aquella sociedad y puso las armas en manos del pueblo, que se apoderó de la temible Bastilla y la redujo á escombros.

Los movimientos de popular indignación se sabe donde empiezan, pero no donde acaban; así fué como el incendio tomó mayores proporciones y el pueblo formó una Convencion el 24 de Setiembre de 1792 y declaró abolida la monarquía, adoptando una terrible sanción por la cual, dicha convencion, se abrogó la facultad de juzgar á Luis XVI.

La tempestad ruge, el populacho brama, el fuego cunde y en medio de este desórden se forma un simulacro de proceso bajo la gritería del pueblo desenfrenado que había salvado las vallas del respeto y con su actitud imponente infundía el terror hasta á los mismos convencionales que al fin condenaron al Rey á la pena capital, sin que hubiera influencia, plata ni poder alguno que lo salvara; pero Luis XVI, con la resignacion del mártir y despues de dolorosas escenas con su esposa y sus hijos fué arrancado de los brazos de una y otros por sus verdugos y marchó sereno al patíbulo el 20 de Enero de 1793 y allí rodó su cabeza á la faz del pueblo, de ese pueblo que, ciego y obstinado, vengativo é implacable, tambien arrastró poco despues al cadalso á la hermosa é infortunada María Antonieta.

¡Oh! fué aquella una época terrible para la Francia, por el desborde de las pasiones, la marcha imprudente del Imperio, la anarquía de la prensa, la

inmoralidad de los teatros y por la novela militante que no se detuvo en Francia sinó que tambien invadió la Italia en una abundancia extraordinaria, inficionando la sociedad con esa propaganda desquiciadora, que como el genio alado del mal, empieza siempre por halagar y deleitar el corazon de una jóven, pero volcaniza luego su cerebro con amores novelescos y exitadores, descompagina la razon y concluye por pervertir el alma, alejando el candor, la virtud y el pudor que es el engaste de esa preciosa joya llamada muger.

Todo lo veía Amelia bajo el prisma halagador del romanticismo, de los amores febriles, de las pasiones volcánicas, en fin, su espíritu ardía en la anarquía de las ideas y su alma vagaba por los mares turbulentos del error.

Amelia iba retrocediendo dia por día en cuanto á las dotes de su espíritu, pues no sólo no tenía el hábito de la obediencia, sinó que tomaba el de ordenar, al extremo que no podía tolerar que persona alguna se opusiese á sus mandatos y deseos; no comprendía el valor que tiene en una jóven de buena educación la docilidad, la sumision, la igualdad en el modo de proceder, la dulzura y suavidad de carácter, que nos proporciona el aprecio de todos y nos abre un manantial inagotable de bienestar y felicidad, en tanto que una jóven de carácter velei-

doso, áspero, imponente, terco, voluntarioso, opresivo y despótico no sólo labra su propia desdicha sino que lleva la desgracia á cuantos la rodean.

Amelia gustaba no sólo de la lisonja sino de la obediencia á sus deseos, y de la subordinación á su voluntad: gozaba con la adulación y exigía indirectamente ser mimada por todos; de modo que era el tipo más acabado de la niña vana, pueril, caprichosa y hasta cierto punto indómita, bajo el brillo engañoso de su hermosura y afabilidad.

Daba órdenes siempre con imperio y despotismo, trataba no sólo á los sirvientes sino á los empleados y personas del palacio, usando de impertinencia y aspereza; no obstante que otras veces hablaba con ellas con excesiva familiaridad y confianza; pues confundía lamentablemente la dignidad con la arrogancia, la circunspeccion con el despotismo y la razon con el capricho.

Es sabido que esos defectos adquiridos en la juventud se arraigan profundamente, se aumentan con la edad, y entonces ya no es posible regenerar un ser nutrido con sabia tan detestable, y así, crecen y envejecen con los resabios y defectos de la infancia.

Amelia, pues, era digna de lástima por su carácter, que la hacía desgraciada en medio de su espléndida posicion, de su belleza, sus riquezas y títulos de nobleza bien envidiables por cierto.

Con frecuencia, y sin causa justificada, aquella niña se encolerizaba, y la más leve contrariedad la exasperaba ; luego se serenaba, volviendo la tranquilidad á su espíritu, con la misma facilidad que despues de una ruda y devastadora tempestad reaparece la calma con sus apacibles atributos ; pero Amelia no tenía ni el corage ni el poder de modificar su carácter, sus hábitos y sus defectos, porque ya era tarde y muy tarde ; de modo que todo hacía entrever un porvenir dudoso para aquella mimada y voluntariosa niña ; por que á la verdad, con un carácter tal, no podría labrar la felicidad de un esposo, ni menos llevar con tino y cordura el delicado timon de la doméstica nave.

Ella no tenía, hasta cierto punto, toda la culpa, sino su padre que como soldado le consentía la satisfaccion de sus caprichos, no obstante que doña Blanca se oponía siempre á las tolerancias de su esposo y más de una vez casi sobrevino el desacuerdo y las rencillas domésticas por causa de su hija, pues la condesa conocía como madre que aquella niña tenía un corazon de oro, y que en el fondo era buena, caritativa, y amorosa, de lo cual podía sacarse mucho partido, encaminándola por la senda de las conveniencias, si no fuese por las estraviadas ideas del general que se empeñaba en que su hija fuese gran ginete, que declamase como las notables

artistas de teatro, que sobresaliese como tiradora de pistola, y por fin que fuese una niña (permítasenos la espresión poco culta) amachada, en vez de dejar al cuidado de su buena y discreta madre la direccion del corazon, de los hábitos, tendencias y costumbres de su hija.

Dofia Blanca se agitaba dolorosamente sobre el porvenir de Amelia, pues lo divisaba dudoso, en tanto que ningun cuidado tenía por su Alberto que representaba el reverso de aquel cuadro, pues, era un jóven estudioso retirado, dulce y respetuoso, aunque de resoluciones viriles, sin que jamás se le viese proceder con violencia ni con injusticia. Dofia Blanca con la insistencia inquebrantable de la madre amorosa, trabajaba siempre en el sentido de mejorar el carácter de su hija, y jamás desesperó de conseguirlo, aun cuando sobre este tópico tenía frecuentemente que librar batalla con su esposo.

*
* *

El desgraciado resultado del desaffio del coronel Confallonieri con Visconti había venido, segun se ha indicado, á destruir los proyectos del general y á contrariarlo grandemente, pues el público se ocupaba de tan lamentable muerte, mezclando el apellido de Floriani y el nombre de su hija Amelia.

En el puerto, en las costas del Lago Maggiore y en las cercanías de Arona, corría de boca en boca aquel suceso, dando incentivo á las preocupaciones del vulgo, que todo lo atribuía á influencias malélicas del fantasma blanco del Castillo del Diablo.

El general huía de hablar con Da. Blanca, que tambien estaba muy preocupada, y en cuyo espíritu habían reaparecido sus visionarias ideas de que aquel castillo sería funesto para su familia, pero el conde que no quería dar su brazo á torcer, hizo á un lado la atmósfera que se había levantado con motivo de la muerte de Confallonieri y se propuso seguir dando bailes ó recibos; pero luego que llegó esto á noticia de la condesa por los preparativos que volvian á hacerse, se dirigió al conde con el propósito de oponerse decididamente á tales diversiones y bailes, diciéndole:

—Veo general que habeis dado órdenes de preparar lo necesario para una nueva fiesta que, probablemente, todo el mundo conocerá menos vuestra esposa.

—Ya tengo el enemigo en campaña, dijo para sí el conde, y repuso:

—Si Blanca, ¿encontrais algo que observar?

—¡Cómo nó señor conde! y juzgo que vos tambien sereis de mi opinion cuando oigais las observaciones que tendré el honor de haceros.

—Veamos, dijo el general contrayendo un tanto el seño, aunque dispuesto á resistir las insinuaciones de su esposa.

—Vos sabeis que un suceso cruelmente desagradable surgió del baile de inauguracion de este Castillo, el cual tiene preocupada en estos momentos toda la sociedad y creo que esto basta para no pensar en nuevas diversiones.

—¿Aludís, señora, al desafio de Visconti con el coronel Confallonieri?

—Precisamente.

—¿Y qué teneis que ver vos, ni yo, ni la sociedad, con un lance semejante?

—Quizá la sociedad nada, pero yo, y sobre todo vos, sí. . . .

—¿Yo? le interrumpió el general sin dejarle concluir la frase.

—Sí, vos, teneis que ver mucho y muchísimo.

—¡Oh! esplicadme eso que no lo alcanza mi calestre, sin duda porque no es tan avisado como el vuestro.

La condesa dejó á un lado la pulla, como si no la hubiese entendido y tomando un aire circunspecto y sério, agregó:

—Recordad conde que la muerte del malogrado coronel Confallonieri ha sido ocasionada por un incidente que tuvo lugar en nuestra casa; que en el

lance está mezclado el nombre de nuestra hija; que otra vez el apellido de Floriani vuelve á mezclarse ante los tribunales con un asunto de sangre y de muerte; que el coronel Confallonieri era vuestro amigo de juego y mesa, y que la sociedad os acusará, por lo menos, de insensible y de ingrato, porque sobre el cuerpo humeante del amigo vais á hacer retumbar las músicas del festin, y por último general, tened presente que lo habíais elegido para esposo de vuestra hija y que podía mirársele como un miembro posible de la familia.

—¡Blanca! repuso el general, vuestra compañía de cazadores siempre está lista con arma al hombro y cartucho en el cañon para entrar en campaña, y cuando vos tendéis guerrilla no es fácil replegarla, tal es la habilidad de vuestras maniobras.

—Eso nada tendría de maravilloso, ó por lo menos de estraño; pues debeis saber que soy la esposa de un valiente y hábil general que jamás fué vencido, porque siempre fué vencedor en los campos de batalla y en consecuencia algo debo haber aprendido.

—Bien, mi ilustre generala, dijo el Conde, cuadrándose y haciéndole la venia, pues la contestacion en estilo militar de la condesa lo llenó de gusto y ya iba á arriar bandera, pero se arrepintió, pues le

costaba mucho darse por vencido aun en las cosas más triviales, así pues se contentó con decirle: veo Blanca que siempre encontrais razones para oponeros á mis gustos y resoluciones.

—No me opongo general, pues tampoco podría hacerlo si lo intentara, sino que simplemente me permito aducir las razones que tengo para solicitar de vos suspendais esas diversiones, y así os pregunto: Las causales que acabo de alegar ¿son ó no atendibles?

El general quedó callado.

—¿Y bien? interrogó la condesa,

—No digo que nó, repuso el general, sin querer confesar el poder de la lójica de su muger.

—Entonces pues, vuestro deber es suspender por ahora toda manifestacion de alegría, puesto que ya tendremos tiempo de entrar en nuevas fiestas, sino sobreviene otra desgracia.

—Bien señora generala, acepto vuestras ideas: dad las órdenes de suspender todo preparativo, que como vos decis, ya tendremos tiempo de pensar en nuevas fiestas, mucho más, cuando, si he de deciros la verdad, la muerte de Confallonieri, de ese buen amigo me ha afectado mucho, tal como si hubiese perdido una persona querida de la familia, pues él era nuestro predilecto de mesa y mi compañero de tertulia de ajedrez.

La inteligente austriaca se aprovechó de la declaración indiscreta de su esposo, y le dijo:

—Y entonces querido Luis ¿cómo es que pensabais con tanto empeño en bailes y diversiones? ¿cómo conciliabais el dolor con las fiestas?—¿la pena con la alegría, la música con el duelo?

—Os diré mi buena Blanca la verdad, como el desgraciado Confallonieri era mi candidato para esposo de Amelia y esto era conocido en la sociedad, pensé que era conveniente continuar las fiestas á fin de que no creyere el público que mi Amelia quedaba chasqueada.

—¿Qué decis general? ¿chasqueada? Eso sería si Confallonieri viviendo se hubiera retirado de la casa, ó bien dejado á nuestra hija por otros amores; pero cuando ha muerto fatalmente en un duelo, por celos bien ó mal fundados y siendo la heroína del suceso nuestra hija, no tiene aplicabilidad vuestro razonamiento; y antes bien nos habrian clasificado de malos amigos, de insensibles y de corazones duros, creedlo general!

—Bien Blanca, teneis razon, la victoria es vuestra y me declaro prisionero de guerra.

—¿Con la casa por cárcel? interrogó Da. Blanca.

—No, no amiguita mia, esa condicion es demasiado fuerte, y sólo podría admitirse si la victoriosa generala se constituye en centinela de vista del preso de dia y de noche ¿lo entendéis?

—Creo señor prisionero, dijo la condesa con una risa angelical y una malicia pícarona, que no sería difícil que arribáramos á un arreglo que conciliase los gustos y deseos de ambos.

—Bravísimo, bravísimo, exclamó el general retorciéndose los bigotes y concluyendo por dar un abrazo y un ósculo amoroso á la centinela de vista, quien aceptó ese impulso de cariño con las mayores muestras de agrado.

Despues de esta conversacion y cambio de ideas tenido entre ambos se suspendieron los preparativos y órdenes dadas para el segundo baile y todo quedó en silencio y quietud en el palacio, sin hablarse más del asunto.

CAPITULO X

El hijo del conserje y el empleado de policia

D. Luis Ferri mayordomo ó conserje del castillo de Floriani, á quien ya conoció el lector al principio de este libro, era un hombre que aun cuando allá en sus mocedades no faltaron nubecillas que anublaron un tanto la claridad de su horizonte, la experiencia y los años purgaron, por decirlo así, esos extravíos y al presente todo había caído en el olvido y podía decirse que era un sujeto honrado, bondadoso y adicto á esa ilustre familia á cuyo servicio había pasado ya buenos años de su vida.

Tenía un hijo, segun se ha dicho, que había mandado á Francia á concluir sus estudios y muy principalmente con el fin de ver si podía conseguir corregir el carácter atribiliario y casi perverso que iba desplegando aquel jóven que cada dia se iba haciendo más insoportable, aprovechando para ello á un hermano llamado Antonio Ferri que estaba establecido en Paris, cerca de la *Sorbonne* en el *quartier latin* ó barrio de *Notre Dame de Paris*.

Eduardo que así se llamaba ese jóven y cuyo nom-

bre recordará el lector por el incidente casual con Amelia, del nido de pajarillos, entró efectivamente en un colegio superior donde pasó algunos años bajo el régimen severo y disciplinario que tienen los establecimientos jesuiticos, que son capaces de quebrar el espíritu más insubordinado del mundo; pero cuando terminó sus estudios mayores y pasó á los universitarios, se encontró fuera de la autoridad paterna dueño de su voluntad y en medio de ese gran centro de las distracciones y de los placeres, que tanta influencia ejercen en la juventud y tantas cabezas trastorna esa atmósfera del deleite que envuelve á Paris. Eduardo se ocupó muy poco de los estudios, entregándose á los bailes, las mugeres, al juego, á los asaltos, pues se hizo un grande y hábil tirador y por fin cayó en la vida disipada, acariciando todo género de extravíos.

El tío Antonio no podía obligarlo á atender sus estudios, pues estaba convencido que le era imposible dominarlo ó hacerse obedecer; además, como Eduardo tenía un caracter falso y una hipocresía la más refinada para disfrazar sus sentimientos y engañar á todo el mundo, tambien lo hacía con su tío.

Viendo D. Antonio que aquel jóven se perdía en medio de las orgías y de torpes placeres, resolvió dirigirse á su hermano para darle cuenta de lo que ocurría y pedirle que lo llamase á su lado; pero siem-

pre retardaba esto, unas veces por no dar á su hermano ese disgusto, y otras halagado por las ofertas de Eduardo, que siempre encontraba el medio de engañarlo y dejarlo hasta cierto punto satisfecho; pero un incidente desagradable vino á colmar la medida.

En uno de esos bailes públicos donde frecuentan las traviatas de Paris, Eduardo había tenido un fuerte altercado con un hombre por asuntos de amores, resultando su contrario herido, y aquel reducido á prision por un gendarme de policía que estaba de servicio.

El pobre tio se encontraba atribulado con ese inesperado incidente, y empezó á hacer diligencias para ver si podía sacarlo de la prision; pero estos asuntos en Francia no son tansencillos, porque si bien la justicia no es rigurosa ni cruel, al menos cumple con firmeza su deber, sin que tengan influencia alguna para torcerla los empeños ni las dádivas, y así no pudo conseguir su intento, pues había que instruir el proceso y seguir los trámites marcados por la ley.

Ocho meses de prision tuvo que sufrir Eduardo y al fin salió mediante una indemnizacion que D. Antonio tuvo que pagar al herido, cargando además con las costas del proceso; todo lo cual costó al tio un verdadero sacrificio.

• Súpose que en la prision Eduardo había estre

chado amistad con un presidario que se le mostró muy afecto, llamado Cárlos Procella. Este hombre era de buena edad, de fácil palabra, buen mozo y simpático. Hacía ya algunos años que estaba preso, pero próximo á cumplir su condena, pues sólo le faltaban siete meses y dias cuando entró Eduardos.

Procella era comandante de una cuadrilla de ladrones de la Calabria, siendo hombre hábil, sagáz, astuto y de una penetracion grande; de modo que muy luego comprendió que Eduardo por su carácter, valor, jénio é inteligencia, era una esperanza para sus miras ulteriores, y así lo hizo su amigo ó más bien dicho su camarada, formando desde ya sus planes para el porvenir.

Cuando Eduardo salió de la prision, que fué pocos días despues que Cárlos, no se animó á presentarse á su tio, y ménos á pedirle plata, pues le constaba que había tenido que pagar la indemnizacion al herido, gastos de curacion, costas y mil otras cosas; pero como se encontraba sin recursos para llenar sus más premiosas necesidades, y su amigo Procella lo buscaba con empeño, facilitándole dinero y cuanto apetecía, fué el incauto Eduardo lentamente entrando bajo el tutelaje ó influencia de Cárlos á quien trataba y consideraba como un amigo afectuoso y verdadero.

Al fin y al cabo Eduardo, jóven candoroso, aunque listo y despejado, se encontraba sin un buen consejero á su lado, y con una disposicion admirable para saborear los mugeriles placeres, las diversiones, el juego y todos los vicios que carcomen y devoran al hombre que vive en el ocio. Se entregó en cuerpo y alma al bandido Procella, con el cual vivía en uno de los arrabales de Paris, pero en polo opuesto al barrio en que tenía su negocio D. Antonio.

Este último no tuvo otro remedio que comunicar todo á su hermano Luis, refiriéndole minuciosamente cuanto había ocurrido y designando en una prolija cuenta los sacrificios que había hecho para sacar de la prision al estraviado Eduardo, y terminaba pidiéndole que inmediatamente lo mandara buscar porque allí no podía permanecer ni un dia más, y por último le aconsejaba que lo llevase á su lado para ver si colocado bajo la autoridad paterna podía aun sacar ventajas de Eduardo, en razon de que este era un jóven despejado, vivo, de una imaginacion fecunda, talento natural y con un fisico elegante, agradable y simpático.

La carta recibida por el pobre padre cayó en su corazon como una bomba, que le produjo un trastorno atroz, pues conociendo como conocía á su hijo se llenó de temor á la sola idea de que el conde de Floriani llegase á saber que aquel había estado nada menos que en una cárcel de Paris.

En el acto escribió á su hermano para que aplazase el regreso de Eduardo, y le envió un giro de dinero superior á todo lo desembolsado por aquél, pues D. Luis lo que quería era que Eduardo no se presentase en el palacio al menos mientras estuviese allí la familia.

Antonio le contestó que sentía se hubiese apurado tanto por reembolsarle su cuenta, mandándole mucho más de lo gastado por él:

Que si le había escrito en aquel sentido no era por cierto para cobrarle cosa alguna, sino para tenerlo al corriente de lo que ocurría respecto de Eduardo, y que haría cuanto estuviese en su mano para detenerlo en Paris hasta que él resolviese lo que debía hacerse; no obstante, agregaba, yo no tengo querido hermano, imperio ni autoridad sobre este jóven, que habiendo llegado á comprender su situacion se ha independizado por sí mismo erigiéndose en una potencia soberana, sin más leyes que su voluntad, sin más deberes que sus caprichos y sin otro norte que sus vicios y sus repugnantes licencias.

«Os aseguro hermano mio, continuaba, que evito en lo posible que Eduardo se vea con mi familia, y concluiré probablemente por prohibirle éntre en mi casa particular. Tú sabes Luis que tengo hijas jóvenes, y acaso no mal parecidas, y es deber de un padre evitarles los escollos y peligros, encaminándolas por los

senderos de la moral y la virtud, que son los cimientos que garanten ó pueden proporcionar alguna felicidad en medio de esta sociedad crapulosa y dañada en que vivimos. Eduardo es realmente un enemigo peligroso, pues tiene una palabra elocuente, insinuante y dulce, un despejo y elegancia facinadores, unas maneras aristocráticas y por fin una imaginacion y talento dignos de mejor aplicacion; pero su alma, sus costumbres, sus tendencias y sus propósitos son tan extraviados y pervertidos que es prudente alejarlo del contacto de mi familia.»

«Escúsame querido hermano que te hable con tanta claridad, pero es preciso decirte la verdad, pues tu sabes que las reglas sociales se semejan á las que rigen el cuerpo humano: así pues, cuando un miembro se gangrena ó se corrompe, se corta y separa para evitar la comunicacion contaminosa y salvar lo más importante.»

Así concluía la carta de D. Antonio, que tan honda impresion causó en el conserje.



Poco tiempo despues de la carta á que antes se alude, desapareció Eduardo de Paris lleno de deudas, demandas y persecuciones; sin que el tio supiese su paradero, de modo que en esta situacion no tuvo otro remedio sino dirigirse á su hermano dándole

cuenta de la desaparición de Eduardo con todos los datos que le eran conocidos.

D. Luis escribió inmediatamente pidiéndole á su hermano hiciera diligencias para averiguar algo de su hijo, y que le comunicara lo que al respecto llegase á saber.

En efecto D. Antonio se puso en campaña, haciendo todo género de averiguaciones, aunque sin resultado alguno; pero un amigo de él, proveedor de la penitenciaría del Sena, á quien confió el asunto, le prometió que dentro de unos días le presentaría un caballero con quien tenía íntima relación y que era de la policía secreta de París, quien podría darle noticias sobre el asunto.

Esta oferta aceptó D. Antonio lleno de contento, dando desde ya las gracias á su amigo, por el servicio que le iba á prestar.

El día sábado de aquella misma semana le fué presentado por su amigo el tal sujeto de la policía secreta, que lo era el señor Lacaud, persona muy amable y distinguida, que parecía más bien un ministro de relaciones exteriores que un agente de policía secreta.

Ferri invitó al señor Lacaud á pasar á su escritorio particular y una vez allí le dijo con la mayor amabilidad del mundo:

—Señor Lacaud, es muy agradable para mí tener

el honor de recibir en mi casa una persona de la que tanto y tan repetidos elogios me ha hecho mi amigo el señor Lainnet.

—Señor Ferri, os agradezco vuestra galantería y creed que estoy dispuesto á servirlos en el asunto de que me ha hablado Lainnet.

—Gracias señor Lacaud.

—No hay de qué, replicó este.

—Voy á imponeros, agregó D. Antonio, del malhadado asunto que tantos disgustos me ha proporcionado, y me tiene tan preocupado.

—No es preciso os tomeis esa molestía señor de Ferri, pues conozco todos los antecedentes que se relacionan con el jóven Eduardo.

—¿Es posible? repuso D. Antonio algo maravillado.

—Y posibilísimo, agregó el agente secreto de policía y lo vais á ver por lo que paso á esponeros.

—Un cigarro, dijo Ferri, presentándole unos habanos de superior calidad, de los que se había provisto espresamente, puesto que él jamas se permitió dispensarse esos regalos que cuestan tan caros.

Lacaud tomó uno haciendo una inclinacion de cabeza en señal de agradecimiento.

Ambos los encendieron y en seguida D. Antonio se levantó y cerró la puerta perfectamente, dando las oportunas órdenes para no ser interrumpidos por persona alguna.

Lacaud tomó la palabra y con un semblante sério y magistral, dijo:

—En los libros centrales de policía consta, que el seis de Febrero entró en la penitenciaría del Sena un jóven llamado Eduardo Ferri, natural de Génova, de veinte y un años de edad, hijo de D. Luis Ferri conserje del Castillo del Conde de Floriani cerca de Arona, por heridas causadas á Ernesto Dudemaine en un altercado tenido esa noche en un baile, por una jóven costurera María Solannét de la calle de Tronchet núm. 319.

—Todos esos datos van bien, son exactos, interrumpió Ferri arrellenándose en su sillón.

—La causa fué debidamente instruida, seguida y terminada, abonándose una indemnizacion al herido y sufriendo Eduardo una prision de ocho meses y dos dias, de la cual salió el 4 de Octubre.

—Exacto, exacto, repitió Ferri, haciendo humear su habano, pero de una manera que dejaba ver claramente que no tenía costumbre de usar de ellos.

—Se sabe que ese jóven hizo amistad en la prision con un presidiario que estaba próximo á cumplir su condena, el que había formado parte de una cuadrilla de ladrones que en su mayor parte eran de la Calabria, en la Lucania jurisdiccion del reino de Nápoles; el cual salió en libertad por haber cumplido su término casi al mismo tiempo que Eduardo, es decir, pocos dias antes.

La policía ha seguido constantemente la pista á esos dos individuos á quienes se les ha visto repetidas veces paseando juntos. Mas aun, en la noche del 4 del que rije ambos tomaron cerveza en un café del Boulevard Saint Michel y al dia siguiente 5, ambos salieron por el primer tren del ferro-carril y se dirijen á Italia segun las noticias que tiene la policía.

—¡Oh Dios! exclamó Ferri, Eduardo está perdido!

—Así parece, dijo el policiano, y si no se toma algun temperamento saludable, sabe Dios lo que sucederá.

—¿Y qué temperamento creis, señor Lacaud, que puede adoptarse?

—Ante todo, señor Ferri, debo hablaros con franqueza, pues el estado del asunto lo reclama.

—Bien, bien señor Lacaud, habládme claro que es lo que yo deseo, para ver el partido que debo tomar.

— Ese jóven, repuso el agente de la policía secreta, se pierde ó está ya perdido para siempre, entretanto tiene un padre y éste por su propio nombre, por la dignidad de su apellido, debía inmediatamente venir, ponerse al alcance de su hijo, aconsejarlo, iluminarlo, cuestionárselo al destino para salvarlo de las afiladas garras del vicio y de la perdicion más completa y degradante.

Los padres, continuó Lacaud con el tono de un magistrado, deben luchar con heroísmo y decisión para salvar á sus hijos, pues este es un deber que les imponen las leyes sociales, la naturaleza y Dios mismo; de tal modo que si un padre no acude en ayuda y socorro de un hijo que naufraga en el mar proceloso de las pasiones y del vicio, ese padre señor de Ferri, es responsable ante su conciencia, ante la sociedad y la ley, de la perdición de sus hijos.

—Si señor D, Antonio, nuestros hijos son pedazos de nuestra carne y no podemos por lo tanto abandonarlos en el torbellino de carcomedoras pasiones sin cometer un acto indigno, cobarde y desnaturalizado.

Escribid á vuestro hermano D. Luis, estimulándolo, alentándolo en esa senda y habreis hecho una buena obra salvando al padre y al hijo.

D. Antonio estaba poco menos que con la boca abierta al oír hablar á Lacaud con tanta enerjía y elocuencia, y en el colmo de su entusiasmo exclamó: ¡Oh! no estar mi hermano en este momento aquí para que pudiera oiros y se inspirara en vuestras hermosas y sanas ideas. Si, si, escribiré inmediatamente á mi hermano en el sentido que vos me indicais, le hablaré claro y fuerte sobre sus deberes.

--Debo advertiros agregó Lecaud, mi apreciable señor, que los datos que he tenido el honor de transmitirlos son exactos y podeis prestarles fé.

—Sí, lo creo señor, lo creo.

—La policia de Paris continuó aquel, sólo ha seguido á esos hombres hasta el momento en que han abandonado esta ciudad.

—Gracias señor Lacaud por vuestros minuciosos informes, ya veo que ese desventurado jóven corre al abismo.

—Y tanto, repuso el empleado, que no es fácil saber cual será su fin.

—Voy á escribir á su padre todos esos informes, sin omitir cosa alguna.

—Por supuesto, sin espresar de que persona los habeis obtenido, observó Lacaud, pues las revelaciones que os he hecho son de carácter privado.

—¡Oh! por cierto, eso de nombres propios se reservan escrupulosamente, pues yo soy á este respeto el hombre más precavido del mundo.

Lo que menos había pensado el buen Ferri era reservar el oríjen de los datos; pues la verdad es que se proponía referir todo minuciosamente á su hermano, pero la oportuna advertencia del cauto empleado vino á advertirle que habría cometido una torpeza si hubiese procedido como pensó.

El señor Lacaud ofreció á Ferri que le avisaría si ese jóven volvía á Paris.

—¿Es posible? dijo D. Antonio, y vos podreis saberlo?

—Ya lo creo, en el acto que llegue á pisar la frontera ó límite de Paris.

—Bien señor de Lacaud, de antemano os doy las gracias en nombre de mi pobre hermano y en el mio, por vuestra buena voluntad y por la deferencia que usais conmigo.

—No hay de qué, señor Ferri, todo lo hago con el mayor gusto, puesto que así complazco tambien á mi amigo, cuya recomendacion he aceptado de buena voluntad.

El empleado de policia se despidió de Ferri del modo más cordial y afectuoso posible.

Aquel mismo dia D. Antonio escribía á su hermano, comunicándole todo lo que había sabido respecto de Eduardo, aunque sin designar la persona de quien había tomado tan minuciosos datos.

En esa carta, casi vació todas las ideas y hasta las palabras de Lacaud, dándose así importancia ante su hermano, puesto que entraba á filosofar sobre los deberes de los padres para con sus hijos.

CAPITULO XI

Eduardo en el Castillo

El buen conserge del palacio de Floriani recibió la carta de su hermano Antonio en que le trasmitía todos esos datos de su hijo, carta que le produjo una impresion dolorosa: primero, porque su hijo se presentaría de un momento á otro en el Castillo; y segundo, porque si había salido de Francia en compañía de un miembro ó gefe de bandoleros le hacía presumir ó le daba casi la certeza de que Eduardo había degradado su nombre y que su fin sería funesto.

El pobre D. Luis siempre que tenía que hablar con sus amigos de su hijo, manifestaba que este aun se hallaba en Francia, pero eludía en lo posible hablar de él, pues hubiera deseado ver muerto á Eduardo antes que deshonorado.

Largo tiempo trascurrió despues de los sucesos narrados anteriormente, sin que supiese directamente cosa alguna de su hijo, no obstante haber tenido noticias vagas de que se le había visto, unas veces en Madrid y en Barcelona, otras en Nápoles y en

Bélgica, pero sin estabilidad y sin tener noticia cierta de él; así es que todo esto lo confirmaba al pobre padre en que su hijo en medio de sus vicios y extravíos se había asociado al bandido conocido en la penitenciaría, y que probablemente al presente era miembro de una de esas hordas de miserables desalmados y viles, que son el azote de los pueblos y que tanto abundan en la Calabria y en todos los pueblos, villas y aldeas de Italia, cuyos temores estaban fundados en los informes que le transmitiera su hermano Antonio desde Paris, y en los datos posteriores tomados por otros conductos.

D. Luis empezaba ya á olvidarse de su hijo ó más bien dicho lo había olvidado por completo despues del largo tiempo transcurrido, sin preocuparse en averiguar su paradero ni pedir ya noticias á su hermano Antonio, tal como si Eduardo hubiese muerto.

*
* *

Era un dia viérnes, fecha tres de Marzo, en que el sol brillaba con todo su fulgor en medio del límpido y azulado cielo de la risueña Italia, no obstante sentirse un frio algo penetrante. D. Luis acababa de hacer los pagos á los empleados y trabajadores del establecimiento por los sueldos devengados en el mes de Febrero y se había quedado en su escritorio arreglando sus cuentas, pero con un humor

pésimo, pues siempre al hacer los ajustes de los trabajos había reclamos, diferencias y cuestiones que lo ponían de mala vuelta.

Estaba haciendo una larga suma de las partidas colocadas en sus respectivas casillas y ya se había equivocado la primera y la segunda vez, dando con rabia en cada una de ellas una fuerte patada en la tarima de la mesa; en seguida empezó de nuevo la operacion con mayor cuidado y ya iba por la mitad cuando golpearon la puerta de su escritorio, al parecer con mucho apuro, cuya interrupcion le hizo perder por tercera vez su endiablada suma y le arrancó un tremendo «Corpo di Bacco» ó cosa por el estilo, con un golpe que dió con la mano izquierda sobre su mesa.

—¿Quién es? gritó el Genovés con eco destemplado.

—Soy yo señor D. Luis, soy Bautista el portero.

—Y sin moverse de su silla le interrogó D. Luis ¿y que diablos te se ocurre ahora?

El portero que conocía á fondo á su patron, comprendió que estaba de mal humor, así pues endulzando cuanto pudo la voz le contestó:

—Venía señor conserge, si no lo disturbo, á traerle una carta que acabo de recibir del repartidor del correo, pero si incomodo al señor D. Luis me retiraré y volveré luego.

—¿Una carta?

—Si señor una carta, y creo que vendrá dirigida á usted, al menos así lo dice el sobre.

—¿Y de quién es?

—No sé señor conserge de quien será, pues el repartidor me la entregó y se retiró sin decir palabra.

—D. Luis se levantó de su silla, abrió la puerta con cara de pocos amigos y le dijo á Bautista, veamos ¿dónde está esa dichosa carta?

—Disculpe el señor conserge si lo he interrumpido, pues creí que la carta pudiera ser urgente ó interesarle al señor D. Luis y es por eso que llamé, es decir, que me tomé la libertad del golpear.

—Basta, basta, dijo impacientado D. Luis, dame pronto esa carta y vete.

—Hé aquí la carta señor Conserge, espero de su bondad me disculpará si he interrumpido al señor y. . . .

—D. Luis tomó la carta y sin decir agua vá cerró la puerta con fuerza, dejando al impertinente portero del lado de afuera con un palmo de narices.

El pobre Bautista se retiró cabizbajo á su portería, pero renegando contra el tal conserge, que apesar de haberle hablado con tanta dulzura poco le

había faltado para darle con la puerta en la cara:

D. Luis volvió á ocupar su silla, examinó el sobre de la carta con algun desagrado aunque sin saber porque, quitó el envelope y se encontró que era de Eduardo.

¡Diablos! ¡que es lo que veo!! y empezó á darla vuelta de un lado á otro antes de leerla!

La falta de designacion del pueblo ó país de donde escribía no podía ser un olvido, sino calculado con refinada malicia, para que su padre ignorase su domicilio y así no pudiese ni presentársele ni aun escribirle, pues Eduardo sabía perfectamente que su padre estaba al corriente de todo lo que le había pasado en Paris.

D. Luis empezó á leer la siguiente carta:

Parroquia de Santa Maria, Febrero 2 de 1798.

Señor D. Luis Ferri.

«Mi querido padre:

Despues de largo tiempo que ha trascurrido sin tener noticias de vd. apesar de las repetidas cartas que le he escrito, vuelvo otra vez á dirigirle esta para anunciarle que dentro de poco, si termino unos asuntos que tengo entre manos, iré á su lado para recibir su bendicion y abrazarlo con el cariño que sabe le profeso.

¡Miserable! exclamó D. Luis, sin poderlo remediar, al ver tanta falsía.

«Mediante el permiso de mi bondadoso tío D. Antonio, y según entiendo con el beneplácito de vd. salí, de Paris con la intención de viajar un poco y recorrer lo más importante de Europa.

«En efecto, mi querido padre, he visitado muchos países, donde se han ofrecido á mi vista grandiosos monumentos, que forman la admiración de los antiguos y modernos tiempos, como las suntuosas Basílicas de la celebrada Roma, las de Lóndres, de Paris, de Grecia etc.

«He observado con éxtasis los museos, las obras de arte y cuantas maravillas hay dignas de llamar la atención; pero al presente ansío llegue el momento de poderlo abrazar y tener el gusto de referirle cuanto mis ojos han visto.

«Estoy convencido mi querido padre que el viajar es muy útil para un jóven, porque se instruye y aprende fácilmente la historia del tenebroso pasado de esos caducos pueblos con sus errores, martirios, glorias y barbaries, mostrándonos á la vez el adelantado presente con sus descubrimientos y progresos. ¡Oh! si, padre mio, crea vd. el mundo es una escuela, ó más bien dicho un libro abierto encargado de enseñar la historia de todos los tiempos.

«Vd. debería viajar algo para juzgar con su buena

inteligencia todas esas maravillas, y estoy cierto que gozaría en ver por ejemplo, en la antigua Roma el templo circular de Vesta, diosa de la gentilidad é hija de Saturno, que fué casada con Jano, en cuyo templo las vestales, esas sacerdotizas célebres cuidaban de mantener el fuego sagrado:

«El estupendo Coliseo, el foro Trajano, el histórico Capitolio, el Castillo de San Angel, la sinpar basílica de San Pedro, la de San Pablo, San Giovanni Laterano, y por fin, todos sus templos y maravillas.

«Vería vd. la grandiosa Catedral de Florencia, toda forrada de mármol de colores, ostentando sus renombradas puertas de bronce con altos relieves hechos á cincel sobre la dureza de ese metal que son las más artísticas, valiosas y célebres del mundo, pues la del Norte causó la admiracion de Miguel Angel quien al examinarla atentamente exclamó:

—«Esta puerta solo sería digna de estar colocada en la entrada del Paraiso.»

«Visitaría vd. la galería llamada *loggia d' Lanzi* junto á la plaza de la Señoría, tambien en Florencia donde se vé el célebre grupo de mármol representando el rapto de las Sabinas, y el otro á Medusa, una de las tres Gorgonas que fué condenada por la diosa Minerva á que sus hermosos cabellos se convirtieran en serpientes enroscadas, hasta que Perseo le cortó su temible cabeza.

«Recorrería vd. la antigua é ilustrada Grecia donde aun existe el histórico Partenon de Atenas, la representacion de la temible Esfinge, ese enjendro fabuloso y quimérico que se encontraba entre Delfos y Tebas, hasta que se presentó Edipo que dilucidó sus intrincados enigmas y abatió esa hermosa ficcion mitológica con su cabeza de leon, alas de águila y senos de mujer; y por fin, padre mio tantas y tan numerosas grandezas como contienen los diversos países que he recorrido y de que hablaré á vd. con mayor extension.

«Mi bien querido padre, desearía al presente fijar mi residencia definitiva á su lado á fin de prodigarle mis cuidados y atenciones con el respeto, cariño y subordinacion que debe tributar un buen hijo á un cariñoso padre; pero esto lo arreglaremos cuando nos veamos y hasta entonces me despido de vd. aceptando su bendicion y deseándole salud completa y bienestar.

«Su hijo que lo quiere y venera.

Eduardo Ferri.

Eduardo había redactado esa carta para hacer efecto en el ánimo de su padre, dándose las ínfulas de jóven erudito y conecedor de las maravillas de los principales países de Europa y por eso le hablaba del Partenon de Atenas, del Forum Trajano, de las Basílicas Romanas y de tantas otras cosas.

Esta carta fué para D. Luis una bomba explosiva y aterradora: deseaba escribir á su hijo y darle sus órdenes imponiéndole no viniese al Castillo en manera alguna, pero no sabía donde dirigir su carta, puesto que la de Eduardo no designaba, preconcebidamente el lugar de su domicilio.

D. Luis presentía que algo funesto tenía que suceder si su hijo venía al palacio, comprendiendo que su viaje no podía ser por cariño hacia él sino con algun objeto innoble, aun cuando no podía atinar el fin que se proponía.

Temía el regreso de aquél al Castillo, donde hacía tantos años que se hallaba empleado, gozando de una posicion ventajosa, seria y lucrativa, pues había enriquecido allí, no solo con su buen sueldo sino con todas las demás obenciones que realizaba á su favor en los productos generales de los campos anexos á la administracion del palacio y en otras economías que hacía para sí con harta facilidad en el manejo de los abultados dineros que circulaban en esa rica y vasta posesion de una familia que sólo pensaba en el lujo, pero no en el arreglo ni en la economía. Don Luis parece que hacía una administracion algo parecida á la del judío Samuel á quien sucedió, no sólo en el cargo de conserge sino en la posesion de sus bien guardados tesoros; pues la verdad es que realizaba anualmente buenas economías que depositaba sigilo-

samente en los bancos, aun cuando siempre se presentaba á los ojos de los Floriani como hombre de limitadas comodidades; de modo que su ambicion temía el perder esa posicion, y también porque apreciaba y quería á aquella bondadosa familia, particularmente á Da. Blanca á quien miraba como un angel de bondad.

Además, si el conde conocía ya la triste historia de Eduardo, aun cuando lo compadecería mirando en él un padre desgraciado, podría muy bien removerlo como un medio honroso de alejar á aquel jóven extraviado; y si por el contrario ignoraba todo, tenía D. Luis el fundado temor de que su hijo sería un estorbo para su bienestar y acaso una calamidad para todos, pues no podía dudar que aquel pertenecía á una sociedad de bandoleros y que no era por cierto el arrepentimiento el que lo restituia á su lado, sino algun siniestro proyecto.

En fin se resolvió á esperar el desenvolvimiento de los sucesos, con la idea de hacer todo sacrificio para alejar á Eduardo del Castillo, si llegaba á presentarse como lo anunciaba en su carta.

El tiempo empezó á correr lleno de agitaciones para el conserge, pues cada vez que se presentaba alguna visita ó preguntaban por él, se le figuraba que iba á presentársele su hijo y temblaba como un azogado.

Así pasaron los días y los meses y así fué lentamente D. Luis olvidándose otra vez de su hijo, hasta que volvió á su espíritu la tranquilidad apetecida.

Las noticias que había recibido de su hermano en varias ocasiones nada adelantaban respecto á Eduardo.



Amanecía el día dibujándose en oriente la rosada aurora con sus tintes nacarados y caprichosos, la suave brisa matutina era deliciosa y la naturaleza se hallaba perfumada por la fragancia que exhalaban las matizadas flores, así como los campos se veían engalanados con frescas y verdosas alfombras de lozana vejetacion.

Entrábase pues en esa época del año tan hermosa y alegre que atrae multitud de viajeros á gozar del bello espectáculo que ofrece aquel pedazo favorecido del suelo milanés.

Las aves revoloteaban alegres, haciendo oír las armonías de sus ágiles y bien instrumentadas gargantas.

El lago se mecía dulcemente dejando entrever las azuladas y apacibles ondulaciones producidas por sus mansas y serenas corrientes, en tanto que el sol se alzaba pigro y ostentoso para empezar su ma-

gestuosa y eviterna carrera, fecundando con sus luminosos rayos de fuego el suelo fértil de la bella Italia.

Un bote de los que hacen las travesías en Lago Maggiore se acercaba á un pequeño muellecito ó desembarcadero á la Lombarda costa, á eso de las nueve y media de la mañana, manejado por un marinero que conducía desde la Piamontesa orilla á un jóven elegante y de esbelta figura, poca barba y pequeño bigote, vestía de negro y traía un corto equipaje, lo cual demostraba que no venía de lejanos países, al menos por el momento.

Pocas veces suele verse un hombre más interesante que aquel:

Su mirar era dulce é inteligente, los rasgos todos de su fisonomía acusaban franqueza y por último su eco era armonioso, sonoro y varonil.

—Aquí puede vd. desembarcar caballero, le dijo el conductor de la lancha.

—Bien, contestó el conducido, acerque vd. el bote allí, señalando el punto.

En efecto atracó el marinero á un muellecito, saltó este en tierra, amarró el chicote á un palo y en seguida dió la mano al viajero para que desembarcase con comodidad, pero este no hizo uso de ella y como si fuese un experimentado marino pisó en el borde del bote y saltó á tierra con gran agilidad.

El jóven llevó la mano al bolsillo de su chaleco y sacó algunas monedas dando una de ellas al lanche-ro; la que sin duda sería de mayor importancia de lo que debía pagar, puesto que el marinero abrió los ojos y puso una cara alegre y risueña, haciendo tantas cortesías y saludos que dejaba ver claramente que había sido bien remunerado su trabajo.

En el acto de poner el pié en tierra aquel señor, acudieron porcion de esos importunos que vienen á ofrecer sus servicios--uno decia: ¿Quiere vd. un car-ruage?

—Otro, deme vd. caballero su equipaje yo lo conduciré á la fonda de Roma ¿no vá vd. á ella se-ñor?

—Del lado opuesto salía otra voz chillona, dicién-dole:

—Deme patron su equipaje, ya sabe vd. que yo siempre lo sirvo; aun cuando jamás lo habia visto, puesto que era la vez primera que hablaba con él.

En toda está baraunda de palabreos y gritos, en que cada uno de aquellos desesperados buitres pre-tendía apoderarse del jóven viajero ó al menos de su equipaje se presentó un hombre como de unos cua-renta años, flaco, alto, ojos verdosos, pelo fuerte y corto, sombrero de castor negro y de alas muy anchas, aquel hombre parecía hubiese sido militar por su as-pecto imponente y duro, mirada intrépida y ceño

torbo, quien abriéndose paso por entre aquella turba de hambrientos llegó hasta el jóven viajero, le hizo una seña, y sin pronunciar una sílaba, ni consultarle cosa alguna tomó el equipaje, que consistia unicamente en una balija grande de cuero y otra chica, le indicó con la mano, pero sin hablar nada, el carruage en que había venido que se encontraba bien cerca, se dirigió á él, abrió la portezuela y colocó convenientemente el equipaje.

Todos quedaron admirados y con un palmo de narices, observando aquella escena muda ó pantomímica y haciendo comentarios sobre aquel jóven y el hombre del sombrero de las alas anchas, tendrian ó no el uso de la palabra, puesto que ni uno ni otro se habian permitido pronunciar una palabra.

De lo dicho resulta que aquel viajero era ya esperado al menos por aquel personaje misterioso, quien despues que lo vio subir al carruaje cerró la puerta con un golpe arrogante, haciendo oir recien su voz imperiosa, puesto que con eco de mando gritó al auriga.

—Al Palacio del conde de Floriani.

El desconocido quedó en la ribera paseándose de un lado á otro, pero sin mirar á nadie, en tanto que el carruaje partió en direccion al Castillo.

¿Quién era el hombre flaco de sombrero de castor y mirada urafla?—; Era, por ventura, algun sir-

viente, ó amigo del viajero? Probablemente ni lo uno ni lo otro; pues en el primer caso habría venido con él ó al menos, sacádose el sombrero delante de su señor y en el segundo, lo hubiere acompañado sin tomar personalmente las valijas para llevarlas al carruage ni ocupádose de cerrar la puerta del mismo, pues son funciones que no cuadran á un amigo.

¿Sería acaso algun oculto camarada? Tampoco lo parecía, pues ya hemos dicho que no cambió con él ni una palabra, y sobre todo ¿cómo sabía el de los ojos verdes que aquel jóven debía llegar, y á qué hora, que ese era el que esperaba, y para quien ya traía un carruage que no era cosa fácil de conseguir por allí en aquella época? ¡Oh! no hay duda, ambos debían ser muy conocidos y acaso estaban ligados por otros vínculos; pero todo esto se sabrá más adelante.

El carruage que partió del muelle llevando al recién desembarcado, llegó en efecto al palacio de los ilustres condes de Floriani.

El cochero preguntó á su cliente ¿dónde vá V. á llamar, en la puerta principal del Palacio ó en la Consergería?

—Llame V. en la Consergería?

—Está bien, caballero.

El carruage se acercó á la puerta indicada, el

cochero tiró de la campanilla, que sonó fuertemente en la parte interior, y en seguida apareció el portero.

El jóven viagero descendió del carruage y se adelantó preguntando :

—¿Está en casa el señor Conserge ?

—Lo que es estar, está en en casa, sí señor ?

—¿Puede vérsese ?

—¿A quién debo anunciar, caballero ?

—Diga V. que es un señor que viene de Paris de parte de su hermano Antonio Ferri.

Al oír esto el portero, se sacó su gorra, haciéndole muchos saludos y reverencias, y en seguida le dijo :

—Corro en el acto á avisar su visita.

Pero luego de haber dado algunos pasos, se volvió y preguntó á aquel :

—¿Quiere V. á más darme su nombre particular para hacerlo presente al señor D. Luis ?

—No es preciso, contestó el interregado, basta con lo que le he dicho.

—Está bien, caballero, yo preguntaba por si era mejor ó por si V. se había olvidado de dar ante todo su nombre, y como yo soy un hombre muy precabido y . . .

—Convencido, replicó el jóven, un tanto impacientado, no precisa V. decir más que lo que se le ha indicado.

El portero salió en seguida, y luego regresó abriendo la puerta de par en par y diciendo en alta voz :

—Adelante, caballero, adelante.

En efecto, el jóven siguió al portero y precisamente al tiempo de entrar en el cuarto del Conserge, este salía lleno de alegría á recibir al enviado de su hermano Antonio ; pero ¡cuál no fué su sorpresa al verse cara á cara con su hijo, pues el viajero no era otro que Eduardo Ferri.

D. Luis palideció, se puso trémulo y arrugó el entrecejo, pues, en verdad no esperaba tal encuentro ni estaba preparado para ello.

Eduardo, dando un grito (al parecer de alegría) exclamó :

—¡Padre mío ! abriendo los brazos y estrechándolo en ellos.

El padre guardó un profundo silencio, dejóse abrazar por su hijo, pero sin hacer por su parte otro tanto, pues en aquel momento no supo si debía rechazarlo con indignacion y despedirlo del Castillo. . . . ó por el contrario recibirlo con aparentes muestras de agrado.

El Conserge con una cara descompuesta como la de un ajusticiado, se dirigió al portero, que se había quedado parado en el dintel de la puerta y le dijo :

—Puede V. retirarse y cerrar la puerta.

—Está bien, mi señor D. Luis ¿no hace falta nada ?

—Nada, repuso secamente el Conserge.

—¿Se hace esperar la volanta? requirió el taimado portero.

—¿Qué volanta? preguntó el padre como admirado que su hijo llegase en carruage.

—La del señorito, indicando al recién llegado.

Y dando vuelta D. Luis, interrogó á Eduardo ¿qué carruage es ese, caballero ?

—En el que he venido, papá, desde el puerto y donde he traído mi equipage; y dirigiéndose al portero le dijo, sin cuidarse de la cara de su padre :

—Puede V. decirle que se retire recogiendo mis efectos.

Ya iba á salir Bautista, pero dirigiéndose á Eduardo le dijo :

—Disimule V, señor, como yo soy tan precavido y me fijo en todo, pregunto ¿no hay nada que pagarle á ese cochero?

—Nada, ya está arreglado su viage.

Al fin, aquel hombre salió y cerró la puerta como le había ordenado D. Luis; quedando perfectamente impuesto de que dicho jóven era Eduardo Ferri, hijo de D. Luis, que se decía estar concluyendo sus estudios en Paris.

Bautista se dirigió á la portería, recogió el equipage de Eduardo, despidió al cochero y luego volvió á entrar, para guardar todo en su cuarto provisoriamente, hasta que D. Luis designase el que iba á ocupar su hijo.

Como el tal portero era un charlatan de *primo cartello*, á cuantos iba encontrando del palacio les hacía conversacion de lo ocurrido, agregando que D. Eduardo era un jóven precioso, que parecía, no un hombre de humilde condicion, sino un noble y por fin hacía grandes elogios de él.—Luego tropezó con el cochero de palacio, que tambien era buena lengua, aun cuando mucho más sensato que aquel, y parándolo le dijo :

—*¡ Oh! mio caro Michelino!* ¿ qué tal? ¿ qué tenemos de nuevo?

—Qué yo sepa, mi querido Bautista, nada.

—¿ Cómo es eso de nada? repuso el portero— ¿ pues que no sabeis lo que ocurre?

—No.

—Pues amiguito vivís en la luna, puesto que pasa inapercibido para vos.

—Así será; pero al fin y al cabo, ¿ qué es ello, que acontecimiento tan estupendo vais á comunicarme?

—Estupendo nó, pero si nuevo.

—Bien pues, largad amigo el cohete de una vez que tengo que hacer,

—Allá voy—Es el caso que acaba de llegar el hijo de D. Luis.

—¿El jóven Eduardo ? preguntó el cochero como maravillado.

—El mismo que el Conserge mandó á Francia á estudiar, y que se decía que no se sabía de su paradero, y que el niño había salido listo, y qué sé yo que otras cosas.

—Pues amigo Bautista nada había oído, verdad es que yo jamás preguntó ni gusto saber los asuntos de otros.

—¡ Ah! sí, como yo, pues soy tan precabido que jamás me ocupo de la vida agena, como vos bien me conoceis, y sobre todo. . . .

—Sí, si, entonces es preciso ir á felicitar al señor D. Luis por tan fausta noticia, y por la alegría que habrá tenido de poder abrazar á su querido hijo, despues de tanto tiempo, y que ahora será un jóven distinguido ¿eh?

—Cabal, exclamó Bautista con un movimiento afirmativo de cabeza, y si vierais que caballero tan cumplido, si parece un gran señor, pero amigo Michelino os aconsejo que vayais con tiento en cuanto á eso de felicitaciones.

—¿ Qué quereis decir, con eso de tiento ?

—Vais á pasmaros con lo que voy á referiros.

—Veamos, dijo el cochero, volviéndose oídos— me habeis puesto realmente en curiosidad.

—Pues habeis de saber, que cuando el jóven D. Eduardo entró en las habitaciones de D. Luis, éste al verlo, se puso pálido como un muerto, contrajo el ceño como si le hubiesen dado una bofetada; y lo que os va á llenar de asombro como á mí, que me había quedado en la puerta, es que el hijo, al ver al autor de sus dias, exclamó, conmovido al parecer: ¡Querido papá! y abriendo sus brazos se lanzó rápidamente sobre el padre y lo abrazó y besó con las demostraciones más vivas de cariño.

—Hombre, todo eso es muy natural y no encuentro en ello nada de raro ni de asombroso.

—Sí, si, hombre, aguardad, si aun no he concluido, recien voy á entrar á lo ancho del pantano, y continuó:

—¿ Vos creereis que el padre, es decir, el Conserge, ó más bien D. Luis, se pondría loco de contento, y abrazaría y besaría una y cien veces á su hijito, despues de tan larga ausencia, y esto con las más elocuentes demostraciones de paternal afecto?

—Es claro, dijo el cochero.

—¡ Qué claro, ni qué claro! al contrario, se quedó parado como una estatua de piedra, tal como si no tuviera nada que ver con aquella escena y con aquel jóven, más pálido, frío y sañado que si hubiese recibido una noticia fatal.

—Callad, hombre, no seais torpe, replicó el coche-

ro, eso sería producido por la natural emoción, por la sorpresa y el placer de ver á su querido hijo, despues de ausencia tan prolongada.

—Nada, nada amigo Michelino, allí hay gato, y lo que vos decís no destruye mis dudas ó sospechas; pues vaya un modo raro de sentir gustos y de recibir á un hijo despues de tantos años de alejamiento; en fin, ya veremos luego lo que haya de real en el asunto.

—Sí, Bautista, yo os aconsejo que no os rompaís la cabeza por cosas que no atañen ni á vos, ni mucho menos á mí.

—Eso es cierto, pero como vos no creís ni dáis importancia á mis justas observaciones. . . .

—Es que á mí me parece que habréis interpretado mal las cosas.

—Hombre, no seais Juan Lanás, pues acaso creís que yo me chupo el dedo, agregó Bautista con prontitud y como contrariado.

—Yo no digo tal, amiguito, pero por Dios hombre, no hay que hacer juicios temerarios.

—¡Ya! como vos no estuvísteis presente, ni visteis aquella cara del padre, y su sequedad, y su frialdad, y su repulsion hacia su hijo —Cáspita! pues á un negro de Guinea, ó á un bandido no se le recibe peor.

—Así será, Bautista, pero quien sabe qué razones

privadas tendrá el padre para proceder con su hijo de la manera que indicáis.

—Corriente, siga su curso la procesion. Y ambos se separaron muy contentos.

Un rato despues, todos los moradores del Castillo sabían el arribo de Eduardo y la manera rara cómo había sido recibido por su padre: la noticia penetró hasta el recinto de la familia del general, aunque sin detalles.

*
* *

Ahora volvamos á las habitaciones del gerente, y veamos lo que ocurrió entre el padre y el hijo, despues de la salida del portero.

D. Luis con la cara avinagrada y una agitacion inusitada, hizo entrar á Eduardo en su cuarto dormitorio, cerró la puerta perfectamente, y dirigiéndose á su hijo, que se había sentado y estaba sereno, frío y en una conveniente reserva, le dijo:

—Levántese V. y pongase de pié,—esto con tono airado y de una manera brusca.

Eduardo con la mayor calma y sin inmutarse, puesto que ya venía preparado de antemano para la lucha, hizo lo que su padre le ordenó, y este tomó asiento en la silla que estaba al lado de una mesa.

En vista de todas estas imponentes maniobras, evidentes precursoras de una tempestad, Eduardo se

dijo para su coletó: Se te prepara una buena borrasca, pero no importa, aquí de mi flema, de mi sagacidad y diplomacia, preparémonos á todo, con respeto, altura y seriedad.

D. Luis cruzó los brazos, miró á su hijo de piés á cabeza con una acritud estrema y exclamó :

—¿ Con que sus estravíos y vicios ya no tienen límites?—¿ con qué ha deshonrado V. su nombre y manchado las canas de su padre ?

—¡ Señor ! replicó Eduardo! . . .

Pero su padre lo interrumpió, diciéndole :

—¡ Silencio ! y oiga V. la voz de un padre desgraciado á quien ha hecho V. sufrir horriblemente y derramar abundantes lágrimas de vergüenza y de dolor.

Eduardo se quedó un poco desconcertado, pensando en sus adentros ¡ si sabrá mi padre todo lo de la Calabria! Si es así, estamos perdidos; pero no hay que arredrarse, conservemos la serenidad y veamos.

—V. caballero, no solo ha abandonado sus estudios, gastado sumas, para mí considerables, sino que se ha entregado á toda clase de errores, á una vida indigna, hasta ser conducido á una cárcel pública — ¿ Qué tal caballero ? ¿ qué dice V. de esto ?

Respiro, dijo para sí Eduardo, no sabe más, y con esta convicción se dirigió á su padre, con aire circunspecto. altivo y firme, diciéndole :

—Supongo, señor, que me acordará V. el permiso de hablar, salvo que desee V. condenarme y castigarme sin oír mi defensa, lo que ni será justo ni digno de un juez que debe administrar justicia sin ofuscación ni crueldad.

Este exordio pareció bien al Conserge, y así le dijo :

—¿ Qué tiene V. que agregar en su defensa?

—Señor, veo que mi tío D. Antonio, ha impuesto á V. de todo, y yo me felicito de ello, sólo que siendo mi tío un hombre de pocos alcances ó más bien dicho ignorante. . . .

—¿ Cómo es eso? le increpó el padre con indignación ; así falta V. en mi presencia al respeto debido á su tío?

—Señor, no se falta al respeto cuando las cosas se designan por sus propios nombres ; mi señor tío es un excelente hombre, bondadoso, honrado, buen esposo y mejor padre de familia, pero eso no obsta para que sea una persona negada y de limitados alcances ; puesto que llegó á cobrarme ojeriza por no haber aceptado la mano de su hija Julia, muy estimable por cierto, bien educada, llena de virtudes, pero á quien yo no amaba, y desde entonces todo su afecto se trocó en odio contra mí.

En todo esto mentía villanamente Eduardo ; pero D. Luis al oírlo esponer con tanta naturalidad, se

alarmó, hesitó y en sus perplejidades, comenzó á cavilar sobre si habría algo de verdad en ello.

Eduardo, con la mayor naturalidad y como si hubiese hablado del asunto del matrimonio con Julia sin objeto alguno, continuó diciendo :

—Voy señor, á explicarle los sucesos de Paris que tanto le han preocupado y prevenido en contra mía, si V. me lo permite.

—Siga V., dijo D. Luis.

—Yo, papá, me encontré en Paris al salir del Colegio Superior, en esa terrible ciudad de las distracciones, de los placeres mundanos, de los vicios y de los extravíos, donde V. me envió.—Yo con un físico, acaso, algo simpático, genio despejado, y un corazón inquieto, que por cierto, no formé yo, sino que lo heredé, ó me lo concedió el mismo Dios, y sobre todo con muy pocos años, sin experiencia, sin la autoridad paterna, y sin un mentor capaz de dirigir el corazón inesperto de un jóven, á fin de marchar por los senderos de la conveniencia, me encontré, decía, en Paris, con libertad, sin brújula y con un corazón jóven y ardiente que latía anárquicamente sublevando mis pasiones en medio de los encantos que ofrece aquella erótica ciudad.

D. Luis oía casi admirado á su hijo, halagado de su facilidad y elocuencia y de la fuerza de su argumentacion, pues hasta cierto punto, tenía algun viso

de razon Eduardo para culparlo por haberlo mandado á Paris fuera del alcance de su autoridad.

Continuó Eduardo: El suceso que tanto lo ha preocupado, de la prision que sufrí en Paris ¿qué importancia tiene sobre la dignidad ó el honor de un hombre? ¿Qué hay de raro que un jóven imberbe en un baile ó diversion haya tenido fatalmente un altercado con un imprudente, que habiendo sido ofendido en su amor propio, hiriese á quien le ultrajaba, y que por razon de este lance, tan sencillo como frecuente en la sociedad, hubiese sido arrestado? ¿Acaso esa prision ha sido por alguno de esos delitos que degradan á quien los consume? ¡Oh! no, padre mío, reflexione V. bien el asunto y verá que no tiene razon para indignarse conmigo; salvo que tenga alguna otra queja de mí, que ignoro.

La defensa de Eduardo, hizo gran impresion en D. Luis, que vaciló y vió que el hecho solo de la prision por causa de herida en un altercado, no era realmente bastante para un rigor estremo.

Ahora, en cuanto á lo demás, que su hermano le había escrito, no teniendo pruebas, ni datos bastantes para dirigirle cargos, y despues del asunto del proyectado matrimonio con Julia, que recién conocía, resolvió aplazar el negocio hasta mejor oportunidad y observar la conducta de su hijo, á ver si podía descubrir algo más; sin embargo D. Luis no esta-

ba satisfecho de ninguna manera de aquel, y se proponía alejarlo del palacio, pues creía que su venida no podía ser de buen augurio.

Después de un cambio de ideas entre padre é hijo, aquel despidió á éste con seño airado, dando al sirviente las oportunas órdenes para que se le preparase un cuarto en el pabellon de la izquierda, y le ordenó se dirigiera á él.

Eduardo sereno y firme, con altura y dignidad, obedeció las órdenes de su padre, pero satisfecho de haber, si no triunfado, al menos de haberlo dejado perplejo con el asunto intercalado del recusado matrimonio con Julia.

Luego que salió Eduardo, empezó á pasearse D. Luis por su cuarto, parábase de rato en rato, volvía á caminar, se sentaba y se levantaba, como un hombre que está bajo la impresion de contradictorias ideas, luchando consigo mismo—¿ Habrá algo de real en lo que dice ese muchacho ? se interrogó á sí propio ; Mi hermano Antonio habrá realmente pretendido casar á su hija Julia con su sobrino, y éste envuelto en sus disipaciones y extravíos rehusado tal enlace ? pero aun cuando así hubiere acontecido, mi hermano, no es capaz de ejercer una venganza tan ruin é innoble, escribiendo contra Eduardo cuanto me participa ; No, no lo creo ; no obstante que el corazon humano es un arcano y á veces nos

dejamos llevar de ciertos resentimientos que nos conducen á cometer acciones innobles.

—Calma! calma! ya veremos de averiguar todo esto, para saber cuál debe ser nuestra línea de conducta.

El Conserge no participó al señor de Floriani el arribo de su hijo, porque no se encontraba seguro de éste; pero como había llegado á conocimiento del conde esa noticia, aunque sin los detalles del frío recibimiento que el padre hiciera al hijo, se propuso el general preguntarle algo á D. Luis sobre el recién venido.

Se encontraba el Conserge en el escritorio del conde en uno de esos dias, rindiendo cuentas ó arreglando asuntos de la administracion, y ya se retiraba, cuando el conde le dijo:

—Os felicito, Luis, por la satisfaccion que habeis tenido en estos últimos dias.

—Satisfaccion yo, señor Conde? no le comprendo á su señoría.

--No es que ha llegado vuestro hijo de Paris?

D. Luis se inmutó visiblemente, pero trató de reponerse y le contestó:

—Sí señor general, es cierto.

—¿Y por qué no, me lo habeis presentado?

—Señor Conde, no aspiraba á tanto honor y jamás me hubiera atrevido á hacerlo sin una indicacion de su señoría.

—¿Y por qué no, mi buen Luis? Ya sabéis que toda la familia os estima y por consiguiente no tendremos dificultad en recibirlo cordialmente.

—Gracias, señor Conde, gracias, repuso el Conserje haciendo una profunda reverencia.

—Debe ser un jóven, segun entiendo, de unos 22 á 24 años, y por cierto, que no carecerá de ilustracion, puesto que ha estado tantos años estudiando en Paris, en ese gran centro de los progresos modernos.

D. Luis se quedó un poco desazonado con estas cuestiones, pues no podía realmente hablar de los estudios y adelantos de su hijo, puesto que solo había hecho progresos en ocios y amores, llevando una vida licenciosa, saturada de repugnantes vicios; además se preguntaba el pobre padre:

—¿Será esto irónico? ¿Querrá el Conde ver sí miento ó digo verdad? Todo puede ser, y titubeando, le contestó el buen hombre:

—Sí, señor Conde, Eduardo, es ya un jóven que raya en los 23 años, y en cuanto á talento no puedo lisonjearme de que lo posea.

—¿No estudiaba para agrimensor ó ingeniero?

D. Luis se ponía unas veces frio, y en otros momentos sudaba como si estuviese en un baño ruso ó sufriendo un tormento de la inquisicion; al fin, haciendo un cartafiteo con la garganta para sacar su anudada palabra, le contestó:

—Sí, señor Conde, estudiaba la agrimensura, pero la ha descuidado algo.

—Eso no es extraño, repuso el general, pues los jóvenes en aquel gran centro de distracciones y placeres, no sólo suelen descuidar algo sus estudios, sino que con frecuencia se extravían y dan mucho que sentir á sus padres, de lo cual tenemos repetidos ejemplos; así es que yo no mandaríá un hijo mío á Paris, sino en el caso de que fuese conmigo, porque sólo la autoridad paterna puede servirles de mentor y salvarlos de las restingas en que con frecuencia tropiezan.

D. Luis creyó que se le había desplomado el techo y se dijo:

—Vamos, todo lo sabe el general, y ahora me arrojará de la casa ignominiosamente: se puso aquel hombre primero amoratado, en seguida lívido y tanto que el conde le dijo:

--¿Qué no os encontráis bien?

—Estoy algo molestado del estómago y de la cabeza, desde algunos días.

—Eso no será gran cosa y pasará.

—Así lo espero, señor.

—¡Ah! Dios mio, decía entre sí D. Luis, todo, todo lo sabe, y lo que es más, me ha reprochado el que lo haya mandado solo á Paris, como diciéndome, si vuestro hijo se ha perdido, vuestra es la

culpa. El pobre D. Luis estaba delante del conde como un reo ante el Juez que lo vá á condenar: sin levantar la cabeza, y avergonzado.

El conde comprendió que el Conserge estaba un tanto embarazado ó emocionado, acaso por exeesiva delicadeza, teniendo que hablar de los adelantos y progresos de su hijo, y para terminar aquella conversacion, le dijo :

—Despues de nuestra comida podeis presentarnos á vuestro hijo y lo saludaremos.

—Gracias, señor, así lo haré, y en seguida saludó respetuosamente al conde y se retiró.

El Conserge, además de lo que había sufrido, se encontró contrariado por tener que avisar á su hijo de los deseos del conde, sin atinar con la causa por la cual resistía dar este paso ; pero no tuvo otro remedio que decírselo, y esta noticia en vez de hacer impresion á Eduardo, la recibió, no sólo con agrado, sino hasta con muestras de alegría, pues deseaba ardientemente conocer la familia.

—¿Cuándo debo estar listo, papá, para presentarme al señor Conde?

—He quedado en presentaros hoy, despues de la hora de comer, le contestó D. Luis, pero con un mal humor tan visible que Eduardo lo conoció en el acto, pero se hizo el que no lo había notado.

—¿Debo ir de frac y guante blanco, papá? preguntó aquel.



Este jóven ansiaba volver á ver á la bella señorita que en otro tiempo tuvo en sus brazos, cuando era aun niño, y cuya imágen siempre conservó como un dulce recuerdo ó una de esas ilusiones halagadoras de los primeros años de la vida.

Despues de la hora de la mesa, la familia del general pasaba á un pequeño salon donde se tomaba el té, y D. Luis de acuerdo con la indicacion del conde, se hizo anunciar, siéndole franqueada la entrada en el acto.

Eduardo iba todo vestido de negro, su levita abrochada hasta arriba, corbata tambien negra y guante almendra bajo, parecía más que el hijo de un Conserge un milord, tal era su apostura, elegancia y finas maneras que le eran características.

El conde y su esposa Da. Blanca, estaban sentados al rededor de una mesa, departiendo amigablemente. Sobre dicha mesa, había un rico juego de plata para el té, en una bandeja de lo mismo, y el general hacía arder con marcada satisfaccion su rico cigarro habano, cuyas columnas de azulado humo, subían en espiral.

La señorita Amelia, que ignoraba la venida del hijo del Conserge á quien no conocia, estaba distante, en la antesalita contigua, sentada en un sillón bajo, con la espalda y cabeza recostadas en el respaldo, cruzadas las piernas y con ambas manos sostenía

el libro en que se hallaban fijas sus miradas, y su espíritu completamente absorbido por el interesante asunto de la obra.

En el centro del artesonado cielo-raso de la sala había una araña de cristal de tres luces que pendía sobre la mesa, y en ambas testeras del salon, brazos de luz colocados al costado de hermosos espejos, y bajo de éstos, mesas consolas doradas, conteniendo varios adornos.

En la testera de la derecha, se veía la puerta que daba á la ante-salita, donde estaba el sillón ocupado por Amelia, dando el respaldo á la luz que iluminaba su libro, sin recibirla sobre los ojos; de modo que por su posición no podía ver al que entraba, ni aun oír la conversacion.

D. Luis ingresó el primero y en seguida su hijo Eduardo, y dirigiéndose aquel al conde, le dijo, con tono respetuoso :

—Señor Conde, usando del permiso que su señoría ha tenido la bondad de acordarme, tengo el honor de presentarle á mi hijo Eduardo Ferri.

La voz del Conserge estaba temblorosa y se cooncía visiblemente que se hallaba algo inmutado, ó como vulgarmente se dice, un poco cortado.

—¡ Ah! Mucho gusto de conocer á V., dijo el general, alargándole la mano á Eduardo, lo cual era un acto de atención y republicanismo que tributaba á

ese jóven, y éste al tomársela con una serenidad y desenvoltura, aristocráticas le contestó :

—Señor Conde, es altamente agradable y honrosa para mí la acogida franca que su señoría se sirve dispensarme, la cual obliga mi corazón y mi gratitud.

El general recibió con agrado la forma elegante y diplomática con que Eduardo había acentuado sus palabras.

Después de este breve saludo y de presentarle á su esposa la condesa, el general se dirigió hacia donde estaba su hija embebida en su lectura, que de nada se había dado cuenta ni oído cosa alguna, pues el interesante asunto de su libro la tenía poco menos que absorta, y le dijo :

—Amelia, te presento al señor Ferri, hijo de nuestro buen Conserje.

Amelia se incorporó, levantó sus hermosos ojos y miró al presentado; pero el libro se escapó de sus manos cayendo sobre sus faldas, y uno y otra se estremecieron al cruzar fugazmente el recuerdo de la escena del castaño en el palacio de Milan; y si bien ese recuerdo era supremo para Eduardo, lo era mucho más para Amelia; pues, aquella primera impresion de amor no se había borrado del corazón de ambos jóvenes.

Ese leve estremecimiento ó sorpresa de Eduardo

y de Amelia, pasó inapercibido para el general, pero no para doña Blanca, que le pareció, en efecto, que uno y otra se habían sobrecogido como cuando se ven dos personas de improviso é inesperadamente despues de mucho tiempo de ausencia, lo cual le llamó la atencion ; pero esta se dijo :

Amelia no puede conocer á este jóven ni él á ella, puesto que es la primera vez que viene al Castillo, al menos durante nuestra permanencia aquí ; así es, que no teniendo doña Blanca antecedente alguno, pasó tambien esa idea confusamente sin darle mayor importancia.

—Mucho gusto tengo de conocer y saludar al señor, repuso Amelia, alargando la mano, puesto que Eduardo á su vez presentaba la suya.

Este le contestó :

—Señorita, soy muy feliz de poder estrechar la mano de la hija del noble general Floriani, y Eduardo no desperdició la oportunidad de apretar la delicada mano que se le presentaba, retenéndola un breve é imperceptible instante.

Por la mente de aquellos dos jóvenes cruzó el recuerdo del *nido de pajarillos*, de unos cuantos años atrás que dió lugar al lance del desgarramiento del vestido de aquella niña ; sólo que entonces Amelia era una flor en capullo, cuyas fragantes hojas aun no se habían separado de su broche matutino.

Amelia inocente y bella, estaba entonces en la alborada misteriosa de la vida, en tanto que hoy era ya una hermosísima señorita, llena de gracias y atractivos que empezaba á brillar deslumbradoramente en la alta sociedad: á su vez, Eduardo que en aquella época no era más que un joven imberbe, hoy se presentaba como un distinguido caballero, elegante, discreto y buen mozo en la estension de la palabra.

Se acercaron á la mesa donde quedaron reunidos doña Blanca, el conde, Amelia, D. Luis y Eduardo.

El general les dijo :

—Tomad vuestras sillas que nuestras tasas están listas.

D. Luis, por respetos al señor Conde rehusó el tomar té, alegando que ya lo había hecho, pero afortunadamente no habló en plural, así es, que Eduardo, sin los escrúpulos de su padre y con más corage que él, aceptó desembarazadamente la invitacion como hombre acostumbrado á la buena sociedad ; despues de terminado el té y una buena copita, se entabló una ligera conversacion entre el conde y Eduardo, en la que terció la condesa, y en toda ella Eduardo demostró circuspeccion y despejo, con unas maneras sueltas y simpáticas, que agradaron, no solo al conde, sino á doña Blanca. Aun cuando Amelia había estado preocupada con un pasage importante de la novela que leía, fué arrebatada su atencion por la

conversacion amena de la visita y sobre todo por su éco tierno y armonioso, á tal punto que fué consagrando su atencion á aquel jóven, cuyo recuerdo no había desaparecido de su corazon.

Se habló mucho de la Francia, de España, Suiza, Grecia y otros países y Eduardo se mostró á la altura de la conversacion, haciendo descripciones prolijas, metódicas y juiciosas sobre cada país, así es que tenía entretenidos al conde y á la esposa, pues en cuanto á Amelia' estaba realmente impresionada de aquel éco varonil, de aquella palabra fácil y correcta que tanto la conmovía.

—Veo que habeis viajado bastante, señor Ferri, dijo el general.

—Sí, señor conde, algo.

—¿Y qué país os ha gustado más? preguntó la condesa.

—Si os he de decir la verdad, señora, la Francia y sobre todo Paris, pues es el que más halaga al viagero, en razon de que allí se encuentran todos los encantos que la humanidad puede ofrecer. Paris tiene entretenimientos para el alma y para el corazon, siendo el primer museo vivo de encantos; la escuela más completa de artes y ciencias, puesto que es el centro de los grandes progresos y adelantos modernos; no obstante, señora condesa, Londres es tambien un pueblo notable, no sólo como

éje pujante del comercio, sino tambien bajo el punto de vista de sus sabias instituciones, de su sólida educacion, y sobre todo, justo es reconocer, que los ingleses son un tipo de la vida conyugal modelos de padres de familia, y observadores excelentes de su religion; lo cual constituye el bienestar, la armonía y la felicidad doméstica.

—¿ Y habeis visto Roma y Nápoles ? le preguntó el general, complacido de oírlo y para darle ocasion de esplanar sus bellas ideas. •

—Si, señor conde, y los recuerdos de esos países vivirán eternamente grabados en mi alma. Para mí, Nápoles es el nacimiento y la vida del inspirado Tasso, es la tumba de Virgilio hermosea-da por las reverberaciones gloriosas de su genio inmortal, cuyos recuerdos van cruzando sobre el espíritu de las generaciones que pasan y de las que vienen. Os aseguro, señor general, que cuando recuerdo á Roma, me siento trasportado y conmovido profundamente, por que muy luego viene á mi memoria mis paseos recreativos desde Roma antigua á Roma moderna, desde el *Castello di Sant Angelo* al palacio de Leon X, desde la casa de Rafael á la de Horacio, desde el Forum Romano, al Forum Trajano y desde el Capitolio al Coliseum. ¡Oh! señor general, ese Coliseo es sin duda la obra más estupenda del pueblo Romano y la huella gigantesca de su pasado,

el que podía contener dentro de sus muros una nacion entera. Las basílicas romanas son y serán la admiracion de todas las edades; así vemos la de San Pablo sostenida por sus ochenta columnas de mármol de un solo pedazo, y nos parece verla suspendida en el aire como la tumba de Mahoma—San Pedro, el más encumbrado de los monumentos del mundo, obra de una humanidad, solo acusa relacion su grandiosidad con la idea de Dios. El genio fecundo de Miguel Angel, dió á San Pedro todas las reglas de la perfeccion, imprimiéndole los signos del apoteosis de la religion del crucificado bajo la filosofia del Catolicismo con sus bellezas, sus simetrías y sus raudales de luz divina. Creedme, señora condesa, continuó Eduardo dirigiéndose á doña Blanca.—San Pedro es digno tabernáculo de Dios, pues es la obra más perfecta y abstracta que produjo la inteligencia del ser humano, guiado por la inspiracion divina, y ninguna idea puede representar aquel monumento sino la de Dios infinito, para ser contemplado por los hombres de todos los cultos que le prestan veneracion y respeto y que al examinarlo no pueden atinar si es un templo antiguo ó moderno, pero sé que es el más grandioso esfuerzo del cristianismo, porque allí brilla esencialmente Dios con su luz y su espíritu. Solo bajo una inspiracion celestial, pudo Miguel Angel concebir la pasmosa

idea de encerrar la cúpula de San Pedro dentro de otra de material y superponer sobre estas dos, otra de costillas de fierro y chapas de plomo, para defender la interior que está revestida de mosaico, de la incuria de los tiempos.

La condesa y su hija estaban encantadas de las ideas de Eduardo, y este que comprendió perfectamente lo que pasaba en su auditorio, trató de aprovechar tan buena coyuntura para lucirse en los conocimientos que tenía de los países que había recorrido, no solo con la mira de agrandar al conde y á su familia, sino para recomendarse ante su padre que estaba poco menos que con la boca abierta; pero para no parecer charlatan, guardó una circunspeccion y seriedad que parecía un inglés ó un hombre de mayor edad y larga esperiencia, dándole todo mayor realce á su conversacion.

Luego, continuó Eduardo, hablando sobre España, Suiza y otros países, pero haciendo siempre reflexiones preciosas y comparaciones dignas.

Muy luego se retiraron el padre y el hijo, dejando una impresion agradable en aquella familia la persona de Eduardo, quien usó al despedirse de esa cortesía francesa y aristocrática que encanta, pero al acercarse á Amelia para estrecharle la mano uno y otra se miraron con tal interés que Eduardo osó otra vez retener un leve instante la mano preciosa de

aquella jóven, instante que dió tiempo á que el magnetismo vital pusiera sus ardientes polos en accion y la chispa eléctrica de la simpatia conmoviese á un tiempo y de un solo golpe el corazon de ambos.

El conde y la condesa quedaron un rato hablando de Eduardo de una manera favorable, en tanto que, Amelia, siguió leyendo su novela, pero con una distraccion que la obligó dos veces á volver la hoja por que no había podido hacerse cargo del asunto, pues su alma y sus ideas volaban sin querer al grato recuerdo de Eduardo, hasta que al fin tuvo que tirar su libro sobre la mesa.

Los dias pasaron y Amelia continuaba con su costumbre de salir por la tarde á paseo, unas veces en volanta y otras á caballo; en tanto que el enamorado Eduardo acechaba la hora consuetudinaria en que regresaba aquella para hallarla en su camino; de modo que Amelia no podía abrigar la más mínima duda de que aquel simpático jóven le consagraba su cariño.



Erase una tarde más que templada fresca, ligeramente nublada y con un aspecto melancólico y triste, no obstante que la naturaleza ya empezaba á recuperar su alegría, y los árboles á difundir su sabia nutridora. Los amenos prados y fértiles colinas iban

ostentando su esmeraltado tapiz y las juguetonas avecillas revoleteaban aquí y allí.

Eduardo había salido á pasear á caballo como tenía por costumbre, dirigiéndose á un paraje agreste y solitario, entrando luego en un camino estrecho y escabroso; y muy luego llegó á una taberna de pobre aspecto llamada «Taberna del Zorro», descendió con notable ajilidad y en seguida penetró en ella.

Sentóse en una mesa á la derecha, pidió un periódico y un vaso de cerveza que le fué servido en el acto y empezó á recorrer la seccion de noticias, luego tomó su vaso y no bien había apurado el primer trago cuando se le presentó el hombre flaco de ojos verdes y sombrero de castor que vimos á orillas del Lago Maggiore el dia que Eduardo llegó á Arona.

El hombre saludó á Ferri con sumo respeto y sombrero en mano, metió su mano derecha en el bolsillo, sacó una carta y se la entregó.

Eduardo le hizo una seña para que se cubriera y se sentara, luego rompió el envepp de la carta y empezó á leerla; pero á juzgar por el semblante de aquel jóven no debía ser asunto de amores ni muy agradable lo que contenía aquella misiva. En seguida golpeó las manos y en el acto apareció en el dintel de la puerta una muger como de unos treinta

años. rubia, labios gruesos color de carmin, robusta, altamente favorecida de pechera y su pelo levantado dejaba ver unas entradas muy lindas, y por fin ostentaba en general buenos y apetitosos pedazos.

Sus mangas estaban arremangadas hasta más arriba de la mitad de su gordo brazo, en el que podía observarse cerca del codo un hoyito precioso. Llevaba un vestido bastante corton y un delantal blanco de hilo el cual subía hasta la saliente pechera donde estaba prendido con alfileres en sus dos extremos ó costados; de modo que la blancura del género hacía más remarcable aquellas hermosas cúpulas humanas: en fin era una muger del pueblo algo vulgar, pero bastante buena moza.

Al entrar en la sala del despacho con cierto aire desembarazado pero simpático se puso sonrosada y exclamó con un signo de alegría ¡oh! ¿sois vos señor Conrado? Este era el nombre con que allí era conocido nuestro afortunado aventurero.

—El mismo que viste y calza ¿os sorprende verme, mi hermosa rubia?

—No, al contrario, pero como no os hemos visto ayer.

Aquella muger usó del plural por un sentimiento de pudor mal disfrazado, pues ella habría deseado decir: como no os *he visto* el dia anterior.

—¡Ah! ¿me habeis estrañado Juanita?

—Y porque nó, señor Conrado, ¿creis que facilmente y sin pena se deja de ver á los amigos más de un dia y una noche? remarcando esta última palabra.

—Es cierto, pero creo que debemos empezar á familiarizarnos con la idea de la ausencia, pues pronto tendré que abandonar estos parajes.

—¿Qué decís Conrado, repuso Juanita, suprimiendo esta vez acaso por descuido el título de señor que siempre le daba delante de otros ¿es posible? ¿es verdad que os ausentais? interrogó poniéndose tan pálida que parecía un papel, pues aquella terrible noticia había conmovido su corazón hasta lo mas recóndito.

Eduardo comprendió lo que pasaba en el ánimo de aquella muger, pues conocía que lo amaba y con razón, así es que trató de endulzar la amargura de aquella noticia para restituirle la tranquilidad y serenar su corazón visiblemente agitado, diciéndole:

—Mi ausencia Juanita será breve, sí, muy breve, pues sólo se trata del desempeño de una comisión que no me tomará mucho tiempo.

—Juanita bajó los ojos al suelo con tristeza, contentiendo con dificultad sus lágrimas, pero muy luego se apercibió de que no le era permitido dejar conocer el estado de su alma en presencia de aquel

otro hombre, para ella desconocido y así ahogó en su pecho un profundo suspiro, sacudió su hermosa cabeza hácia atrás é hizo un supremo esfuerzo para parecer alegre y contenta.

—Juanita, dijo Eduardo, dame pronto papel y tinta queando de prisa y otro vaso de cerveza para el señor, señalando al recién venido.

—En el acto, señor, repuso aquella, dió una rápida media vuelta y salió de un salto, dejando ver claramente el movimiento de su abultada retaguardia que tembló como si hubiese sido conmovida por un terremoto.

En un segundo estaba todo colocado sobre la mesa y Eduardo escribió rápidamente una pequeña carta que entregó á aquel hombre con quien habló algunas palabras muy bajas y en seguida salió.

Un momento despues Eduardo pagó su cuenta, tomó su caballo y se alejó á gran galope en direccion al punto por donde Amelia hacia su paseo; asi es que llegando á cierta altura sujetó su corcel dió media vuelta y lo puso al paso, esperando que de un momento á otro pasaría aquella.

No bien habian transcurrido ocho minutos cuando divisó una victoria á un caballo que levantaba gran polvareda y en seguida reconoció á Alberto y Amelia:

El caballo venía desbocado y apesar de los esfuer-

zos que aquel hacia para sujetarlo no podía conseguirlo.

La direccion que llevaba la volanta era hacia el Lago y si no conseguia Alberto sujetar su caballo la vida de ambos iba en grave peligro porque caerían sin remedio alguno derrumbados de la barranca que sirve de límites á Lago Maggiore.

Cuando la volanta se aproximó un poco más y se cercioró de que eran ellos, comprendió con su clara inteligencia el peligro inminente en que se encontraban y verlos, descender de su caballo y correr veloz como un rayo al camino fué todo uno.

Se lanza intrépido sobre el desbocado animal con riesgo de su vida, lo toma por las bridas, su sombrero cae al suelo, su pelo flota al viento, y aun cuando el ciego caballo lo arrastra largo trecho entre el polvo y las piedras, cayendo y levantando, Eduardo con un denuedo y heroismo admirable no abandona las bridas del corcel; consiguiendo al fin doblar la direccion que llevaba y sujetarlo, precisamente cuando ya llegaba á la empinada barranca, donde iba á despeñarse.

Sujeto ya el indómito animal, descendieron Alberto y Amelia del carruage, pero el abnegado Eduardo lleno de polvo, sus miembros machucados, el chaleco desprendido pues habian saltado los botones, el cabello en desórden, jadeante y pálido mortal cayó

al suelo pues estaba herido en la pierna derecha por un golpe violento que el desbocado caballo le dió con las patas, y además lo habia pisado desgarrándole la carne del pié y acaso interesado algun hueso. Al verlo caer desvanecido, Alberto y Amelia corrieron á prestarle auxilios, y arrodillando esta última su pierna derecha tomó á Eduardo por debajo del brazo recostando su pesado cuerpo sobre su pierna izquierda y la cabeza apoyada sobre su palpitante seno.

Corre Alberto, grita Amelia asustada, pide socorro en aquella poblacion y trae un poco de agua de Colonia, y si no la hay aunque sea agua fresca.

En efecto, aquel sale á toda disparada y en un instante vuelve con gente y agua en un jarro de lata.

Amelia tenía siempre recostado á Eduardo sobre su pecho y al ver acercarse á su hermano le dice, echa Alberto aquí un poco de agua presentándole su mano aglobada, y moja la frente y las sienas de Eduardo. Este empieza lentamente á reanimarse, abre sus ojos y los fija en Amelia con dulzura y gratitud apretándole la mano con fuerzas.

Presentóle Amelia el jarro con agua diciéndole: bebed, bebed, y toma Eduardo algunos tragos con ansia y se despeja por completo.

El corazón de Amelia habia palpitado como si

no cupiese en su pecho, al tener á Eduardo recostado en su pierna izquierda y la cabeza apoyada sobre su corazon; pues este lance en su juvenil edad é inesperienza bajo la atraccion de la simpatía que sentía hacia Eduardo levantó un volcan de amor en su corazon; pues las primeras impresiones que cruzan por el alma de una jóven son inestingibles y obran con una enerjía y poder irresistibles.

Las mismas causas habían producido idénticos efectos en el corazon de Eduardo, que tenía grabados en su alma los dulces contactos de los tesoros de Amelia; y aun le parecía que sentía en su sien el latido presuroso del corazon de aquella, que obligaba á subir y descender su cabeza cuando estuvo apoyada sobre el resistente óvalo de su pecho; ¡oh! si el dardo punzante del turbulento y ciego niño había herido á un tiempo dos corazones que se habian unido por un hecho heróico de parte de aquel, un sentimiento de gratitud por la de esta y por un mismo contacto abrazador, tierno y amoroso de ambos.

Alberto y Amelia debian su salvacion á aquel intrépido jóven, sin cuyo auxilio habrian perecido; de modo que la gratitud de aquellos dos hermanos era suma y no sabian que hacer con su salvador, mucho más cuando lo veian herido y sin tener allí como curarlo, pues el pié se había empezado á hinchar de tal modo que fué imposible extraer la bota y hubo que abrirla con un cortaplumas.

El caballo de Eduardo cuando se vió abandonado por este tan repentinamente, se habia ido sin duda á la querencia, quedándose por lo tanto á pié, aun cuando de todos modos no habría podido subir á caballo.

Alberto se empeñó entonces en que ocupara su volanta, pero como era solo de dos asientos Eduardo se negó á aceptar la oferta, alegando que irían demasiado oprimidos, y pidió entonces á Alberto que regresara con la señorita á palacio y le enviara un carruage; pero Alberto no consintió que se quedase allí esperando la vuelta de la volanta, pues era mucha la distancia que habia al Castillo.

En esta alternativa y temerosa Amelia de que quedase allí herido y solo su heróico salvador, le dijo:

—Eduardo, si de algo sirve mi ruego, yo os suplico que acepteis el asiento que os ofrece mi hermano, solo que ireis algo incomodado.

Eduardo tuvo que hacer un esfuerzo supremo para disimular su alegría y que no se conociese en su fisonomía el placer que le causaba tal peticion por parte de Amelia, pero todavia avanzó algo más el astuto herido, contestándole:

—Señorita, yo no tengo el derecho de causar á vdes. una molestía tal y obligarlos á regresar en la mayor incomodidad.

—¡Qué alegais caballero! ¿con que vos os habeis espuesto, comprometiendo vuestra vida por salvarnos de un inminente peligro, y ahora debemos ocuparnos de una pequeña y pasajera incomodidad caso que la hubiera?

—Tiene razon mi hermana Amelia y no hablemos más del asunto, pues debemos apurarnos en regresar para que os cureis vuestra pierna.

—Bien señor de Floriani no insisto más y acepto agradecido vuestra oferta.

En aquel momento llegó el caballo de tiro que Alberto había hecho traer de una poblacion cercana, pues no se animó á regresar al Castillo en el suyo que aun estaba inquieto; mucho más cuando todos le dijeron que no era prudente usar de un animal soberbio que se había espantado y desbocado.

Dejó allí Alberto su caballo é hizo atar el que le trajeron que era flaco y feo, pero manso y sosegado.

Subieron los tres á la volanta.

Alberto ocupó la derecha para manejar con facilidad el vehículo sin incomodarlos; Amelia tomó el centro y Eduardo se sentó á la izquierda, colocando su dolorida pierna del mejor modo que pudo, pues como la volanta era chica no le permitia estirla, que hubiera sido la posicion más conveniente.

Así emprendieron el regreso, yendo á un paso moderado para que la volanta no se balancease con fuerza en las sinuosidades del camino é hiciese sufrir menos al enfermo.

Hay que confesar que es el diablo ó el destino quien forja los accidentes á su placer y reúne las cosas para que se entrelacen los acontecimientos.

Qué inesperada felicidad para Eduardo y aun para Amelia, el ir ambos juntos y tan estrechamente, que el herido no se acordó casi de su dolor, pues sentía en su costado derecho el contacto de las formas delicadas de Amelia y ese epicureo calor que quema el alma, enciende el corazón y subleva los sentidos.

La gran lumbrera de los cielos entraba ya en su lecho de fuego, envuelta en los caprichosos y rojizos nubarrones, que como fantásticos gigantes van cambiando de forma y de color, hasta que la tierra quedó lentamente entre dos luces.

Se acercaban al Castillo y Eduardo no quería desperdiciar aquella feliz coyuntura y así se aventuró á acercarse como distraído y casualmente su mano á la de Amelia y como esta no retiró la suya aquel se permitió tomarla y estrecharla, más ¡oh placer! ella también apretó la suya y sus almas se comunicaron, se entendieron y se amaron por completo.

Eduardo se incorporó un poco para arreglar su

maltratada y dolorida pierna, y al ir á recostarse otra vez como estaban tan estrechos su espalda derecha se posó como por casualidad ó sin quererlo sobre la parte izquierda del pecho de Amelia y Eduardo sin vacilar un instante apretó lijeraente con su cuerpo aquel precioso territorio, sintiendo bien perceptiblemente esa abovedada forma que hizo conmovier su corazon, exhalando un ahogado suspiro al cual respondió Amelia con otro apenas perceptible.

En fin, Eduardo como hombre práctico en estas maniobras no perdió su tiempo y en aquella noche feliz ganó para siempre el corazon y el alma de la gentil Amelia.

Llegaron al Castillo, descendieron de la volanta y Eduardo fué conducido en silla de manos á su cuarto, pues no podía dar un paso; en tanto que Alberto y Amelia subieron á sus habitaciones á imponer á sus padres del lance ocurrido y de cuanto debian á su arrojado salvador.

El conde y la condesa pasaron en seguida al cuarto de Eduardo para significarle su agradecimiento y hacer que en el acto lo viera el médico de palacio, pues el estado del enfermo era más grave de lo que pareció en el primer momento.

Al penetrar en el cuarto tan distinguidas visitas Eduardo echó una furtiva mirada á ver si estaba Amelia; pero esta no venía por estar con dolor de

cabeza á consecuencia del susto que habia recibido; pero la causa verdadera era que estaba realmente febril por las tocantes escenas de la orilla del lago y de la volanta que tanto y tan profundamente la habian impresionado, levantando en su alma ese primer transporte, ese dulce impulso de la pasion, que puede decirse viene á desatar el nudo frangible del pudor para mostrar á la muger el templo ideal y seductor donde arden las antorchas del amor.

Amelia tenia el rostro encendido como si fuese á darle alguna fiebre, pero su mamá la hizo poner en cama y el médico recetó é indicó lo demás que debía hacerse. para prevenir todo peligro.

Amelia con su caracter entusiasta y apasionado no veía delante de sus ojos sino la imájen de Eduardo y á todas horas y en todos los momentos sólo pensaba en él.

Eduardo estuvo en peligro de perder su pié, pues los médicos creyeron al principio que era necesaria la amputacion; así es que cuando el de cabecera que lo era el de palacio Dr. Verguein comunicó esa opinion á D. Luis, lo hizo en estos términos:

—Señor Ferri, aun cuando comprendemos lo doloroso que es para un padre amoroso como vos los padecimientos de un hijo querido debemos en nuestro carácter de médicos preveniros que es opinion de todos mis colegas y la mía tambien que acaso será

preciso mañana ocurrir á la amputacion de la pierna para salvarle la vida al enfermo.

—¿Y que no hay algun medio de evitar esa terrible operacion? exclamó D. Luis con semblante compunjado, más por armonizarse con los términos usados por el doctor que por sus propios sentimientos hacia aquel hijo indigno bajo todos aspectos.

—No, señor Ferri, pues pronto puede iniciarse el período gangrenículo y entonces acaso sería ya tarde é inútil la operacion, y habríamos perdido una existencia generosa, heroica y querida.

—Bien señor doctor, vamos á comunicárselo á Eduardo á fin de que no se sorprenda y esté de antemano prevenido.

—Comogusteis, dijo Verguein.

—Pasaron en efecto al cuarto del enfermo que á la sazón estaba medio dormido, pero el ruido producido por la entrada de ambos lo despertó; y al ver á su padre y al doctor, exclamó Eduardo:

—La visita de vdes. no puede menos que ser de mal augurio para mí ¿qué es lo que vienen ustedes á notificarme? ¿se trata de quemar ó de cortar?

—De lo último Eduardo repuso D. Luis. Tienen miedo los facultativos que pueda sobrevenir la **gan**grena y que entonces ya sea tarde.

—El Dr. Verguein se acercó á la cama del enfermo y le dijo:

—Vos Eduardo sois un jóven valeroso, lleno de vida y por consiguiente esta operacion no puede causaros inquietud ni aun casi sufrimientos.

Eduardo no se preocupó de la operacion, del dolor ni de cosa alguna, sino de que quedaría cojo y que acaso Amelia no lo amaría cuando lo viera apoyado en una muleta, así es que muy luego contestó al médico:

—Doctor, de ninguna manera acepto la supresion de mi pierna y así prefiero la muerte á vivir mártir é inútil para mi patria y para mi propio destino en la tierra.

—Haced ahora mismo continuó el enfermo otra junta, invitando al Dr. Ollertini á ver si es posible prescindir de la operacion.

—Perfectamente, dentro de dos horas estaremos reunidos, contestó el Dr. Verguein y se despidió de D. Luis y del enfermo pero sin salir de palacio, pues el conde le había prevenido que toda vez que saliera de ver al enfermo pasara á su escritorio, para informarle del estado de Eduardo; de modo que consecuente con lo acordado entró en las habitaciones del general, donde estaban reunidos éste, su esposa é hija esperando con la mayor ansiedad el resultado de la visita.

—Y bien doctor, dijo el conde al ver entrar á su médico ¿qué tenemos de nuevo?

—De nuevo poco ó nada señor conde, hemos

cambiado ideas y la opinion de mis colegas y la mia es-que acaso tendremos que proceder á la operacion de amputacion para evitar la gangrena que tememos se pronuncie de un momento á otro.

—¡Es posible! terció Amelia sin poderse contener.

—¡Oh! Dios mio, agregó la condesa casi al mismo tiempo.

El conde se quedó callado y pensativo algunos momentos, y al fin exclamó :

—¿Y Eduardo, señor Doctor, está conforme en someterse ?

—No, señor conde, ha pedido otra junta á la que quiere asista el Doctor Ollertini. Eduardo ha manifestado que no acepta la idea de cortársele la pierna por que prefiere, dijo, morir á los 24 años, que arrastrar una vida mártir é inútil para su patria y para su propio destino sobre la tierra.

—¿Eso, ha dicho? preguntó conmovida la marquesa.

—Si, señoras, esas han sido sus palabras.

Amelia se dió vuelta para que nadie viera que con su pañuelo secaba unas lágrimas tiernas, que eran las primeras vertidas en áras del amor.

—¿Y qué se ha resuelto? preguntó el general.

—Que dentro de dos horas estaremos reunidos todos en consulta.

—Es deoir, replicó aquel, que vuestra opinion es que no hay otro remedio que operar ?

—Yo aconsejo, señor general, la amputacion como una precaucion salvadora, pero aun no ha llegado el momento de establecer la impresindibilidad, esto lo resolveremos hoy mismo, es decir, si se inicia la gangrena, la operacion es necesaria de toda necesidad, y si ella no se presenta será posible que presindamos de los fierros ; en fin, señor conde, más tarde volveremos á vernos.

—¿ Despues de la consulta ? interrogó la condesa.

—Precisamente, señora.

El Doctor se despidió y salió en seguida.

Allí quedaron el conde, la condesa y la hija haciendo comentarios.

A las cinco y media de la tarde entraban en consulta el médico de cabecera Doctor Verguein, los otros dos con quienes se habia acompañado y el nuevamente invitado Doctor Ollertini, hecho un minucioso exámen de la herida y del estado general del enfermo, pasaron á conferenciar y despues de una larga consulta y cambio de opiniones se resolvió que debia esperarse hasta el dia siguiente para resolver si era ó no necesaria la amputacion ; ordenándose que en el entretanto se hicieran ciertas aplicaciones de sanguijuelas, y se le pusieran

permanentemente paños, con alcanfor y hielo más arriba del tobillo, con el fin de prevenir lo que se temía, ordenando otros remedios que venían á modificar el tratamiento anterior.

La robustez del enfermo y sus pocos años lucharon ventajosamente, al extremo que al siguiente día, según el juicio de los mismos médicos se hizo innecesaria la operación. Muchos días estuvo dominado por la fiebre y merced á un prolijo tratamiento, mejoró visiblemente, teniendo no obstante que pasar en la inacción con su pierna horizontal en una silla y con un vendaje que duró treinta días.

Después de algun tiempo Eduardo apoyado en una muleta y un baston empezó á caminar un poco, luego ya pudo ir por las tardes á sentarse en uno de los bancos de madera que había en el apartado jardín llamado de los Cisnes.

Toda la familia Floriani había dispensado á Eduardo las mayores atenciones y cuidados durante su larga enfermedad, pues se hallaba sumamente obligada hacia aquel jóven, por que sin su intervención y heroismo la vida de dos miembros queridos habrían estado en grave peligro y acaso hubieran perecido.

Amelia observaba todos los movimientos de Eduardo y vió la dirección que tomaba en sus cortos paseos, así es que, una tarde salió con Anita,

su doncella y confidente á caminar un poco y dando un largo rodeo acertó á pasar por delante de aquel.

El enfermo al ver á la muger que amaba se inmuto visiblemente y se paró para saludarla; pero aquella acercándose, le estendió su mano preguntándole cómo se encontraba, y se sentó á su lado.

En tanto Anita se retiró, so pretesto de ir á preparar un pequeño ramito de flores para la señorita, lo cual hizo á una indicacion convenida.

Ambos amantes estuvieron un breve instante sin dirigirse la palabra y sin animarse ni uno ni otra á romper aquel elocuente silencio, pues era la primera vez que se encontraban solos despues de los sucesos del Lago; y como esta situacion era un poco embarazosa, aquella se aventuró á hablar la primera.

—Eduardo, vos habeis sido más que un imprudente un temerario en esponeros del modo que lo hicisteis para detener nuestro caballo.

—¿Qué decís Amelia? ¿Hablais de mi pobre vida cuando la vuestra estaba en peligro, cuando ibais sin remedio con vuestro hermano á caer en el Lago? ¡Oh! dulce Amelia, sino hubiese conseguido detener vuestro caballo, al menos habría perecido junto con vos.

—¡Eduardo! exclamó la condesa, vertiendo una lágrima que rodó sobre su purpurea y fresca megilla.

—Amelia, perdonad mi atrevimiento, pero yo no puedo ocultaros que os amo; y aun cuando este amor es imposible y mi alma tiene que marchitarse ante este afecto sin esperanzas de ningún género, permitidme al menos os lo repita, que os asegure, que vuestra imagen querida vive y vivirá aquí dentro de este infortunado corazón.

Amelia que tenía sus ojos fijos en el suelo, suspiró, levantólos y miró á Eduardo, pero con un esguardo tan dulce, amoroso y profundo que penetró como un bálsamo en el corazón de aquel.

—Vos, señorita, continuó el astuto enfermo, sois noble, rica y bella, así debéis vos y vuestros nobles padres aspirar á un enlace encumbrado y digno de vuestra ilustre estirpe, lo cual es natural y justo; entre tanto, Amelia, yo soy un pobre jóven hijo del pueblo, es decir, de un simple Conserge, sin títulos, sin nobleza y sin riquezas; cómo podría aspirar á vuestro amor? ¿Con qué derecho osaría llevar mis miradas hacia la hija y heredera del ilustre conde de Florioni? ¡Oh! Sí, Amelia mía, yo soy un ser sin ventura, herido por la mano de mi hado adverso.

Este razonamiento enterneció por completo á la inesperta Amelia, pues aquella voz sonora y tierna, sabía perfectamente encontrar el camino por el cual penetraba á su corazón; mucho más cuando esta

recordaba el heroismo y arrojo de aquel hombre que con tanta decision jugó su vida por salvar la suya; y por último no podía desterrar de su mente las amorosas impresiones de aquel viage en la Victoria, desde la orilla del Lago Maggiore hasta el palacio, en cuya venturosa noche le habia entregado su corazon y su voluntad al salvador de sus dias; así es que profundamente conmovida le respondió:

—Basta, Eduardo, recién me apercibo del poder que tienen las razones que acabais de esponer y ellas me hacen recapacitar sobre el carácter de mi padre, sus elevadas aspiraciones y sus propósitos respecto de mi porvenir.

Eduardo suspiró profundamente, miró á Amelia con ternura, y bajó los ojos humedecidos por sus lágrimas.

—Es igualmente cierto, continuó aquella, que muchos nobles y distinguidos caballeros me honran con su predileccion, y le hacen la corte á mi padre pretendiendo mi mano.

Al oír aquellas referencias, Eduardo se quedó mustio, pensativo y casi anonadado, pues no se había dado cuenta seriamente cuanto amaba á Amelia; pero la idea de que aquella fuese esposa de otro hombre, vino á fijar su atencion y empezó entonces á sondear su corazon. Muy luego vió que podian arrebatársela de un momento á otro, quedándose sin

aquella muger en quien pensaba noche y dia, y sintió un estremecimiento como si de improviso hubiese visto á sus piés un abismo insondable donde fuera á precipitarse : pensó que si se rompian aquellas dulces relaciones, aquel efecto recíproco, alimentado al calor de tan activas simpatías, el dolor y la desesperacion despedazarían su corazon, y así asustado de tal idea, resolvió hacerse dueño de Amelia, aun cuando todo el poder del conde y del infierno se conjurasen contra él y se opusiesen á sus miras.

Ademas, la idea de no volver á verla, fué superior á sus fuerzas, así es que de repente alza su cabeza, pasó su mano derecha por la frente y le preguntó de improviso y casi bruscamente.

¿Habeis amado Amelia alguna vez ?

Amelia era poco más que una niña, y aunque le sobraba talento y penetracion, no tenía la esperiencia y desenvoltura necesaria en ciertos asuntos, mucho menos para aquel ; así es que un tanto inmutada respondió :

—¿ Si he amado me preguntais Eduardo ?

—Sí.

—Pues bien, debo aseguraros que solo á los autores de mi vida he consagrado mi ternura.

—No Amelia, no hablo del amor filial, no, yo os pregunto si vuestro corazon ha sentido alguna vez

latir una fibra misteriosa, dulce y potente allá en lo hondo del pecho, fibra que no tiene nombre, forma, ni eco, pero que nos impulsa y acerca al ser amado, nos identifica con su existencia y nos concita á la union del corazon y del alma.

Sí Amelia, eso es lo que ansio saber, eso lo que os pregunto, ese es el amor de que yo hablo; decidme, pues, si habeis amado.

Amelia estaba algo ofuscada, y apesar de la superioridad de linage y de su posicion elevada, no tenía en sí los elementos necesarios para tratar convenientemente esta escaramusa amorosa.

—Eduardo, yo debo declararos, que no estoy preparada para esta cuestion, contestó la condesa con un candor é inocencia deliciosos.

—¿Cómo? ¿No estais preparada decís? ¿Podeis por ventura ignorar si habeis amado ó nó? Bien, señorita, no quereis producir en mi alma una herida profunda y matadora diciéndome la verdad, y como sois incapaz de mentir, teneis que echar mano de un pretesto cualquiera: de todos modos os doy las gracias porque deseais evitarme un verdadero martirio.

—No Eduardo, prorrumpió al fin Amelia, con decision, yo no he amado á nadie en el sentido que indicais.

—¿Ni amais al presente? agregó con rapidez el hijo del Conserge.

Amelia bajó los ojos y su rostro se encendió como si llamaradas de fuego lo abrazaran, pero sin articular palabra.

—¡Guardais silencio, exclamó Ferri, dando á su voz un timbre de ternura conmovedor como si fuese á llorar.

—No he amado, Eduardo, dijo ella enternecida, y esto es la verdad, es decir, no he amado hasta el día en que espusisteis vuestra vida para salvar la mía, y en que tuve que recostar vuestro cuerpo desfallecido en el mío, haciendo en seguida juntos aquel viage que jamás se borrará de mi memoria, porque desde ese momento Eduardo . . . (Amelia truncó la frase ruborizada, guardó silencio y bajó los ojos).

—Y bien, continuad vuestra idea, no despedais ese bello pensamiento que acaso vá á abrir un cielo de esperanzas para mí.

—Amelia, reunió todas sus fuerzas, se preparó para pronunciar una frase terrible y al fin exclamó:

—Sí, Eduardo, porque desde ese momento supremo os amé con toda mi alma.

Eduardo rápido como un rayo se apoderó de la mano de aquel angel é iba á acercarla á sus ardientes lábios, cuando apareció tociedo Anita.

El feliz amante se detuvo y sin soltarle la mano le dijo:

—Amelia, este es sin duda el momento más dicho-

so que he probado en mi vida, y esa palabra que acabais de pronunciar ha penetrado hasta el fondo de mi corazon como un bálsamo delicioso y consolador; y os aseguro que ella resonará acá en mi oído en todos los momentos de mi vida; y dejándose llevar de su amoroso entusiasmo, exclamó :

—Tú, Amelia mía, me amas! y me lo has dicho, y lo he oído ¡oh! Dios bondadoso! Ahora puedo contar con tu bello corazon, y repetirte una y mil veces que te amo y que mi vida es tuya.

—Escucha, muger querida: En presencia de estas auras tranquilas que nos oyen, de esta grandiosa naturaleza que nos rodea y de ese Dios Supremo que dirige los movimientos del universo, te entrego ¡oh Amelia! mi amor puro y verídico como el aire que nos circunda.

Aquella jóven sintió una satisfaccion deliciosa y nueva al oir esas solemnes palabras que tanto se armonizaban con sus propios sentimientos, llevó la mano derecha á su corazon, lo oprimió fuertemente, como si tratara de evitar que saltara de su engaste, miró á Eduardo con una ternura matadora y luego cerró los ojos como si ya no deseara ver más.

Aniña se acercó más y más, de modo que la conversacion fué interrumpida por ésta, que presentó á su señorita un ramillete de esquisitas flores, ad-

virtiéndole así, que aquella amorosa entrevista se hacía demasiado larga y debía ponerse término.

Anita hubiera deseado regalar ella misma y por su cuenta el tal ramo á D. Eduardo, como ella le decía, pues entre ambos había sus secretas relaciones: aquella buena muchacha se contentaba con recoger y aprovechar los gáges que el ocioso mancebo le acordaba. Por una de esas cosas raras en la muger, Anita no era celosa, ni se creía con derecho para tenerlos, mucho más cuando quería á su seño-ta con extremo; de modo que, de buena fé favorecía los amores de los amantes; teniendo aquella muchacha el raro poder de acallar y sofocar en su corazon las mortificaciones que aquellos coloquios amorosos le producían; y en definitiva Anita se sometía á su actual posicion por dura que fuese, aceptando, segun se ha dicho, los dones que le acordaba Eduardo.

Amelia tomó el ramito de las manos de su camarera, lo examinó con atencion, lo llevó á sus lábios, y aprovechando que Anita con toda discrecion se dió vuelta y se separó un tanto, se lo presentó á su amado, diciéndole:

—Guardadlo, Eduardo, y procurad que sus hojas no mueran agostadas por el soplo matador del olvido.

El ducho galan tomó con muestras de verdadera

satisfacción el precioso ramo, estampó también en él, por repetidas veces, sus labios como si pretendiera recoger ó beber la dulce ambrosía desprendida de los de su Amelia, lo acercó al corazón, y le dijo :

—Estas flores Amelia, vivirán conmigo mientras lata este corazón, y os juro que la ráfaga que tenga el poder de destruirlas, será la misma que aniquile mi existencia.

Se levantó Amelia y luego Eduardo, despidiéndose ambos, bajo las gratas impresiones de su recíproco afecto.

Aquella se dirigió con Anita á palacio entrando en su cuarto, donde se encerró para meditar sobre su situación y saborear, diremos así, su naciente pasión que se iba apoderando de todo su ser, hora por hora.

Amelia no se dió cuenta en el primer momento de su conducta, ni pudo valorar el alcance de su imprudencia, puesto que acababa de confirmar y ratificar irrevocablemente la entrega de su corazón á un jóven, que bajo ningún aspecto le correspondía y á cuyo destino no podía lícitamente unir el suyo ; pero Amelia estaba acostumbrada desde la niñez á hacer su voluntad á despecho de toda conveniencia, y este hábito ó costumbre tan contrario á las indicaciones de su previsora madre, venia ahora á impulsarla en un sendero pernicioso. Ella

misma no se daba cuenta de lo que hacía, ni tenía quien le demostrara la irregularidad de su marcha, porque siempre fué árbitro de sus resoluciones; mucho más cuando no tenía confianza con su madre para consultarle cosa alguna, porque ésta siempre contrarió su modo de obrar y se manifestó hostil á su voluntad caprichosa.

Amelia se dejó arrastrar por su simpatía y por su amor; verdad es que aquel hombre desde el primer momento que se presentó ante su vista, fué bajo una forma interesante; por ejemplo, cuando el nido de pájaros en el jardín del palacio de Milan, en que un accidente completamente casual hizo que Eduardo la recibiera en sus brazos, y desde ese momento nació en su juvenil corazón el primer latido de amor: más aun, el suceso del desbocamiento de su caballo, donde Eduardo espuso su vida para salvar la suya, aquel dulce momento que lo tuvo recostado sobre su seno, y el viage de la volanta, todo, todo consitó á formar en ella una verdadera pasión, de esas pasiones que se incrustan para siempre en el alma de una muger, y cuyas imágenes no se borran jamás ni aun con la acción lenta del tiempo.

*
* *

Los días cruzaron sin accidente notable alguno, viéndose de tanto en tanto los amantes, que acari-

ciaban esperanzas sin bases, aguardándolo todo de los hados propicios que viniesen á desenvolver los ocultos pliegues de su destino.

Anita quedó iniciada por Amelia en sus amores, para que le sirviese de confidente, pues necesitaba una persona á quien confiarse, y aquella muchacha era reservada, cauta y bondadosa.

A partir de esa época, se observó por más de una persona, que la bella y rica heredera de los Floriani se había retirado con estrañeza de todos, de los paseos, las diversiones y caserías: que su carácter se había tornado taciturno y concentrado, pues solo se le veía hacer algunas pequeñas escursiones con su camarera Anita por los jardines y los bosques, lo que tenía por objeto verse y hablarse con Eduardo.

La salud del enfermo había mejorado notablemente, la pierna estaba ya fuerte y le permitía no solo andar á pié, sino que podía montar á caballo.

D. Luis no perdía de vista á su hijo, acechaba y observaba las entrevistas furtivas que tenía con la señorita, favorecidas por la camarera Anita; es decir, que no abrigaba la menor duda de que aquellos jóvenes se amaban, y acaso más Amelia á Eduardo que éste á aquella.

Por una parte D. Luis estaba halagado de estos amores, porque honraban á su hijo y tambien por-

que ellos podían cambiar el carácter, los hábitos y torcidas tendencias de aquél; pero por otra temía que Eduardo, astuto perverso, lascivo y sin corazón, fuese á abusar de la inocencia é inespriencia de aquel ángel de candor, lo cual sería funesto para todos.

El gerente conocía todos los antecedentes de su hijo, por lo que veía graves peligros para Amelia en estos amores, pues la primer pasion suele ser de amargos resultados para una jóven inesperta, porque un momento de olvido, un instante de ofuscacion, un segundo de debilidad puede eclipsar una estrella venturosa y derribar un porvenir feliz; porque al contacto del hombre amado suelen romperse fácilmente los estambres del pudor, y despejado el primer obstáculo luego se desbordan los inseguros diques del deber, abandonándose entonces sin resistencias en brazos del amante los tesoros de la felicidad; no obstante que ese abandono trae en pos de sí una vida de infortunios y sinsabores.

Don Luis se decía :

—¿ Puede mi hijo ser esposo de la noble y rica condesita de Floriani? ¿ Tiene algun título ó una posicion social capaz de poder abrigar alguna esperanza? ¡ Oh! No, de ningun modo, eso es imposible, y entonces ¿ dónde irá á terminar esta naciente y volcánica pasion? Al abismo, al deshonor, al rap-

to, al crimen, y que sé yo ; — por otra parte, si el general llegase á descubrir la pasion de su hija, si supiese que había entregado su corazon al hijo del Conserge, cuando porcion de nobles y caballeros de la Corte se disputan la mano de Amelia, ¡ oh ! esto sería terrible, pues, por lo menos pondría en la calle á padre, hijo y á cuanto lo rodease; así es que, es de imperiosa necesidad al presente alejar á Eduardo de aquí, y esto lo más pronto posible.

En mérito de las consideraciones anteriores, Don Luis se propuso hablar á Eduardo y exigirle que abandonase aquellos amores indiscretos y el Castillo tambien, demostrándole al efecto la posicion insostenible en que se encontraban ; pero este propósito quedó aplazado por un incidente que se atravesó.

D. Luis vigilaba, como hemos dicho, la conducta de su hijo, que, sin saber por qué, la creía sospechosa, mucho más cuando á horas desusadas salía á caballo, y así se propuso averiguar á dónde iba y con qué fines, haciéndolo seguir por un camarada suyo Genovés, persona de su entera confianza á quien ya había ocupado en otras ocaciones en asuntos privados. Hizo llamar á su hombre, lo puso al corriente de sus propósitos y le dió las instrucciones necesarias. El tal individuo era del pueblo de Lugano, se llamaba Nino Botomarssino y su persona prevenía en contra al solo verlo : era delgado, nariz

larga, lomuda, afilada y colorada en la punta, dos ojillos chicos y amarillentos con el iris parecido al de la perdíz y la pupila sin brillo, la boquita hundida, pómulos salientes así como los parietales de la cabeza; no tenía casi barba y por bigotes unas flechillas duras, ralas y entre rubias, las piernas muy delgaditas, pero piés sumamente grandes así como las manos; caminaba siempre ligero y hablaba lo mismo, pero con voz aguda y chillona.

El tal Nino no tenía oficio ni profesion conocida, vivía de ciertas changas y ocupaciones clandestinas, pues era hombre hábil, diestro, útil y conocedor de cuanta intriga y asuntos nublados había por allí, pues como se ocupaba de estos corretages tenía forzosamente que estar al corriente de las malas vidas varoniles y mujeriles, de los percances peligrosos y por fin, era un procurador de mala ley, un intérprete de malas lenguas y un Cicerone de malos establecimientos.

Este era el individuo de que D. Luis Ferri echaba mano en ciertos apuros.

Desde aquel momento, Eduardo quedó bajo la vigilancia del terrible Nino.

Eduardo salió aquella tarde, y despues de varios y largos rodeos que siempre acostumbraba dar para desorientar á cualquiera que se fijase en él y tambien para cerciorarse de que nadie lo seguía, llegó

á la « Taberna del Zorro » que el lector ya conoce, descendió, ató su caballo al palenque y penetró en aquel lóbrego meson.

Despues de un buen rato salieron de la Taberna dos personas juntas, de las que una era Eduardo y la otra el hombre de los ojos verdes y sombrero de castor que apareció en la ribera de Lago Maggiore á recibir á Eduardo. Cada uno tomó distinto rumbo sin saludarse y como si no se conociesen, todo lo cual era observado por el emisario del Conserge.

Trasmitidos todos estos datos á D. Luis, quedó este confuso é intranquilo, pues vió en todo ello algun misterio que era preciso esclarecer y sobre todo saber quién era ese hombre de aspecto siniestro, de dónde conocía á Eduardo y qué relaciones había entre ambos; todo era del caso averiguar.

En el acto hizo D. Luis que su mismo hombre de confianza tomase en dicha fonda un cuarto contíguo á la sala del despacho sin preocuparse del alquiler, y que recogiese la llave para ir allí de incógnito, pero que no diera su nombre ni dijese tampoco que era del Castillo, sino que lo tomaba para él y un compañero.

De este modo se proponía el buen Conserge abrir su campaña de espionage, para ver si podía descubrir algo sobre aquellas misteriosas entrevistas.

El Jueves de la segunda semana se encontraba D. Luis en su consabido apostadero, cuando penetraron al comedor tres hombres, uno despues del otro con breves intervalos ; dos desconocidos para él, y el tercero, que era Eduardo ; á todos los que veía perfectamente por el ojo de la llave que era grande, y á cuyo efecto D. Luis había cerrado la puerta que daba al patio, y postigos de la ventana, á fin de que nadie lo incomodase, y á favor de la oscuridad en que quedó, podía impunemente observar cuanto pasara entre aquellos hombres.

Ocuparon una mesa de la izquierda cerca de la ventana, y Eduardo con cierto desparpájo, llamó recio al patron, golpeando las manos y exclamando :

—Ea ! rubio del diablo ¿ qué estais haciendo ? ¿ que no atendeis á vuestros parroquianos que vienen á daros dinero ?

Y se oyó en el momento una voz ronca y aguardentosa que decía :

—Voy, voy con mil de á caballo, voy en el acto.

Y un instante despues apareció un hombre rúbio, gordiflon, con un vientre ó panza que arrancaba desde el pecho, con las piernas abiertas por la abundancia de sus carnes, de enormes espaldas, fuerte como un hércules, en mangas de camisa y arremangadas hasta mas arriba de la mitad de su nervudo y blanco brazo, mostrando un pecho horrible-

mente colorado y velludo, pues el boton de la camisa correspondiente á la garganta estaba desprendido—el devantal era largo, sucio, manchado de vino, grasa, jugo de nariz y otras yerbas, el cual parecía un mapa en el que se diseñaban montañas, lagos, islas y promontorios; el pelo desgredado y duro, los tacos de los botines ó zapatones estaban tan gastados de la parte de afuera que salian hacia la de adentro, dándole á sus anchos y talonudos piés una forma detestable.

—A vuestras órdenes señores, exclamó aquel hombre al pisar el dintel de la puerta que abrió con precipitacion, levantó su mano derecha á la altura de su sudada frente é hizo la venia como la haría un soldado en presencia de su gefe.

—Dadnos café y cognac, pronto alma de satanás.

—*Subito, subito signori.*

Volvió á hacer la venia, giró sobre los ladeados tacos y salió.

—D. Luis veía y escuchaba todo con oido atento desde su observatorio, á donde había acercado una silla para tener más comodidad, pues vió que no era posible estar doblado por más tiempo.

—¿Cuando llegasteis, Blandengue? preguntó Eduardo dirigiéndose al que vestía un traje todo nuevo y al parecer recién comprado, desde los zapatos hasta

el sombrero de castor negro, y cuyo traje llevaba con notable embarazo, como si no fuese el que usara habitualmente, las mangas le eran un poco largas y le obligaban á hacer de rato en rato ciertos movimientos rápidos, que consistían en estirar los brazos para que aquellas no se le viniesen sobre las manos; los pantalones le estaban un tanto estrechos de alguna parte delicada y por esta razón se los tironeaba á cada rato y levantaba una pierna para que entrasen á su lugar, en fin, se veía claramente que aquel hombre no tenía costumbre de llevar aquel traje, y es sin duda de casos análogos que viene aquel antiguo refran «el que no está hecho á bragas las costuras etc.»

—Ayer á las diez de la noche mi capitán, respondió aquel, sacándose el sombrero con cierto respeto.

Don Luis tembló de los pies hasta la corona de la cabeza, al oír designar á su hijo con el grado de Capitán, pues era claro que no habiendo Eduardo abrazado la noble carrera de las armas, no podía ser capitán sino de bandoleros.

Y continuó el hombre designado por Blandengue.

—Cuando arribé al muelle ya me esperaba el Gato, y dirigió una mirada al individuo de los ojos verdes, y él me impuso de todo lo ocurrido, es de-

cir de lo que le era conocido, y se encargó de avisar al Señor Capitan, que yo había llegado, poniendo el consabido anónimo en el lugar convenido.

Don Luis dijo para sí ¡ola ola! con que el anónimo y en el lugar convenido, el capitan de ladrones que es mi hijo ¡Dios mio que es lo que escucho!

En este momento entró el posadero con el café y el cognac, diciendo:

—Señores, aquí está todo, café bien caliente y un cognac que no lo toma mejor el rey nuestro señor, que Dios guarde— ¿Quiéren ustedes unos puros excelentes? son de principes, se regalarán con ellos.

—Vengan, dijo Eduardo.

Volvió á salir el posadero con una cara de pas-cua admirable, y contentísimo de poder colocar algunos de sus detestables habanos.

Eduardo reanudando la suspendida conversacion, repuso,—¡oh! en cuanto al Gato no se descuida y puede decirse que es uno de nuestros mejores obre-ros, puesto que es tan fuerte en el manejo de la es-pada, como en la intriga y la diplomacia, así es que puede confiársele la cartera del Ministerio de Relaciones exteriores, que la desempeñará con tino y ha-bilidad.

—Gracias Señor Capitan, veo que me honrais demasiado, pues no soy acreedor á esos elogios, mucho más cuando yo no hago otra cosa que cumplir

vuestras órdenes; pues vos pensais por todos, y nosotros ejecutamos.

A este viviente le llamaban Gato, por que era ajil y flexible de cuerpo como el animal de ese nombre, y tambien porque á semejanza de éste tenía los ojos verdes y le brillaban siniestramente de noche: su nombre verdadero era Cárlos Raffo y había sido maestro de esgrima en su pais; pero tuvo que abandonarlo porque la justicia lo perseguía á consecuencia de haberse dedicado tambien al arte ingenioso de Caco en el cual había empezado á sobresalir de una manera sorprendente, despues estuvo en el Palacio de Floriani al servicio de Samuel de donde desapareció misteriosamente sin saberse más de él.

Blandengue iba á usar de la palabra, pero Eduardo le dijo, aguardad á que venga el posadero y entonces me referireis cómo han marchado las cosas desde mi ausencia.

—Corriente mi Capitan, vos siempre precabido y en guardia.

—Si, dijo Eduardo, no hay que abandonar la disciplina salvadora.

—Y las precauciones, terció el Gato.

Entró el posadero, puso los habanos y el fuego sobre la mesa; pero como se quedó de pié y á cierta distancia, le dijo Eduardo:

—Mi amigo, si algo precisamos os llamaremos, y

sin replicar palabra dió aquél media vuelta saludó con una inclinacion de cabeza y salió.

—Gato, dijo Eduardo, cerrad bien esa puerta.

—Aquel se levantó y la cerró perfectamente.

Blandengue tomando un buen sorbo de cognac, se incorporó en su silla y comenzó:

—Pues mi querido Señor Capitan, las peripecias han sido fuertes y variadas, pues....

—Giü... dijo Eduardo, poniendo su dedo indice en los lábios, hablad muy bajo, que no estáis en el parlamento Italiano luciendo vuestros talentos oratorios, y tratamos de asuntos engarabitados.

—Justo, volvió á terciar el Gato.

—Bien, bien, hablaremos bajo, puesto que el refran dice, que las paredes tienen oidos.

Que distante estaba Eduardo de creer que lo estaban escuchando, y nada menos que su padre, quien por medio de este ardid iba á sorprenderle parte de sus secretos é imponerse de cosas que le convenian ocultar de todo el mundo y mucho más de su padre.

—Se aproximaron todos, y aquel empezó su relacion, pero tan bajo que no llegaba á los oidos de D. Luis, sino una que otra palabra cuando alzaba un poco la voz, pero no podía coordinarlas para conocer el asunto de que trataban.

—De modo, exclamó Eduardo, que ha sido el mejor botin de este año ¿eh?

—Sin duda alguna, repuso Blandengue, al menos así lo asegura el Comandante.

Aquellos hombres continuaron hablando bajo y por un buen rato.

Eduardo llamó nuevamente al Posadero y le pidió tinta y papel.

Recibido esto, se puso á escribir, mientras Blandengue y Gato saboreaban su cognac y hablaban despacio, así es que Don Luis nada podía oírles.

Luego que terminó la carta Eduardo, la repasó, la cerró y se la entregó á Blandengue, diciéndole:

-- Esta misma noche saldréis de Milan y os pondréis en viaje.

— Bien, señor Capitan, ¿me permitireis os pregunte si debo volver ó no á Milan.

— Si, Blandengue, inmediatamente que os despache el Comandante, pues aquí tendremos bastante qué hacer, pero dentro de algun tiempo, es decir, cuando las cosas estén en sazón y en estado de afrontarlas.

— Rayos del cielo, ¿para cuando os guardais que no aniquilais á este miserable, dijo Don Luis temblando de miedo y de ira, como si estuviera asogado.

— Tened cuidado de vuestro pasaporte replicó Eduardo, y para evitar una sorpresa de la Policia colocareis como de costumbre esta carta en el fondo

doble de la balija pues ya sabeis que si os la pillan tendremos el gusto de vernos bien elevados, pero por la garganta, y Eduardo llevó la mano al cuello haciendo un signo como de ahorcado.

—Si, señor, esas precauciones jamás las olvido.

—No obstante replicó aquel, bueno es prevenirlo, pues el gallo policial no pestañea.

—El Capitan tomando la copa y levántandola bien alto, dijo:

—A nuestra buena estrella y á nuestros amores. Todos bebieron, con caras de pascua.

Eduardo que conocía el lado flaco de Blandengue, que eran los amores, lo interrogó:

—¿Y que tal, veleidoso Blandengue, cómo van vuestros amores?

Blandengue se restregó las manos, luego se echó el sombrero hacia atras y contestó con cara de satisfacción.

—¡Oh! en cuanto á eso, mi Capitan, no faltan bellas Mesalinas que nos fovorezcan y nos brinden un buen pedazo de carne.

—¡Bravo! repuso Eduardo, os veo muy al corriente de la antigua historia Romana, puesto que invocais á las Mesalinas.

—Sí, pero habeis de saber, señor Capitan, que maldito si conozco la historia de la tal Mesalina, ¿y vos mi Capitan?

—¡Va si la conozco!, y queriendo Eduardo aprovechar esta oportunidad para demostrar su erudicion y su superioridad sobre ellos, repuso:

—Valeria Mesalina, llamada tambien Valeria la hermosa, se casó siendo aun muy jóven con el Emperador Claudio que abrigaba una pasion ardiente por aquella célebre beldad; era hija de Valerio Mesalino Barbato y de Emilia Lépidá, predominando en ella la lascivia, la veleidá, la inconstancia y la astucia, es decir, era una beldad esclava de la materia y toda su fuerza y energía, estaba vinculada á los placeres, á sus vicios y á la satisfaccion de sus apetitos desordenados.

Aquella mujer se vió cortejada, adorada y solicitada por los principales personajes de la fanostosa Roma, y fué progresivamente acariciando las pasiones libidinosas en agravio de su esposo, de su hermano Augusto y de toda su preclara estirpe, y de falta en falta, de torpeza en torpeza, se hizo una célebre prostituta en Roma, donde se arrastraba insana y lasa por el lodazal inmundo de los vicios y de los placeres sensuales, que se los dispensaba sin tasa, impulsada unas veces por la simpatía que le causaban sus numerosos admiradores, otras por el capricho y siempre por su insaciable concupiscencia; asi pues mi querido Blandengue, la hermosa Valeria navegó por el mar proceloso y turbio del erotismo

y del concubito, hasta que murió allá por el año 47 á 49 de nuestra era cristiana, segun nos lo refiere la historia.

—Cáspita, dijo Blandengue, pues el asunto no había sido tan moderno que digamos.

—Nada menos, repuso Eduardo, pues la cosa viene desde poco antes de nuestro señor Jesu-Cristo.

—Amen, dijo el Gato y con la mano derecha se santiguó.

La historia de la bella prostituta Mesalina continuó el capitan, fué tan universalmente conocida que desde entonces se les dijo por autonomácia á las libertinas ó corrompidas mujeres de Roma que se entregaban á la vida disoluta, «Mesalinas»; de modo que Mesalina y prostituta son sinónimos. Debo pues felicitaros, venturoso Blandengue porque en vuestro camino encontrais con harta frecuencia esas dóciles Mesalinas, que lo que es por mi banda, no tropiezo con ellas tan facilmente.

El Blandengue y el Gato que se habian quedado con la boca abierta de oír la erudicion de Eduardo, le dijeron, ¡bravo! mi capitan, vemos que sois admirablemente fuerte en historia antigua.

—Sí, en mi colegio cuando estaba en Paris se estudiaba bastante, y sobresalí en historia Romana.

Enseguida todos tres se dispusieron á marcharse. Eduardo dijo:

—Señores, yo que andó á caballo saldré solo, y despues vosotros hareis lo mismo; pero antes de marcharnos deseo mostraros una de nuestras buenas mozas, que aunque no es bella como Valeria la Romana, sin embargo no es mala carne. El Capitan se levantó, abrió la puerta y dijo á un sirviente que estaba en el patio, que llamase á Juanita.

Un momento despues apareció la simpática rubia siempre con sus lindos brazos descubiertos, su pelo de oro levantado y ostentando su abultado escote, donde se veia una profunda cavidad divisoria, semejante á la línea ecuatorial que separa ambos emisferios.

Blandengue al verla, abrió tamaños ojos, hizo un movimiento con el cuadril izquierdo, se chupó los labios y se retorció el bigote, luego miró al capitan, despues á Gato y en seguida exclamó:

—¡Truenos del cielo!, esto si que es espléndido y soberbio ¡oh! capitan, le dijo despacio, que plato tan suculento, esta es vianda y no sonsera.

—Calla le dijo el capitan.

—Corriente.

—Juanita, exclamó Eduardo ¿como es que no venis á ver á vuestros amigos? ¿estais acaso reñida con ellos?

—Reñida yo, señor Conrado ¿tengo acaso derecho para hacerlo? náda de eso, y sobre todo, *es preciso*

ir acostumbrándose á no ver aquello que no nos ha de durar y no es nuestro; mucho más cuando este pobre Bodegon no tiene los encantos de los grandes hoteles ni de los palacios.

—¡Calla! ¿estas tenemos? exclamó Don Luis desde su observatorio, aquí se llama señor Conrado este bribon; es decir, que tenemos un Eduardo en el palacio de Floriani, un Conrado en la asquerosa Taberna del Zorro, y un Capitan de ladrones en las filas de los bandidos, lo que equivale á tres personas distintas y un solo miserable verdadero.

Juanita estaba celosa del Capitan, pues habia averiguado que entraba en el castillo del conde de Floriani, y como que estaba instruida por el mismo Eduardo (ó sea Conrado para ella), de que pronto debia ausentarse, no pudo presindir de hablar en ese sentido, con una tristeza que se conocia faltaba muy poco para que brotaran las lágrimas de sus enternecidos ojos.

Eduardo con su rápido intelecto comprendió en el acto el valor de las palabras de aquella, pero haciéndose el ignorante, eludió la cuestion y le contestó:

—Ya sabeis, Juanita, que yo soy fiel como el perro á su señor y que amo á mis amigas hoy como ayer y les conservaré siempre mi cariño y mi afecto sobre lo cual no os permito que abrigueis duda alguna.

La enamorada rubia al oir aquellas palabras faci-

nadoras tan dulcemente pronunciadas, con aquel eco grave, sonoro y tierno que Eduardo solía imprimir á sus palabras cuando las circunstancias lo requerían, se sintió tan conmovida y enamorada, que en el acto abandonó sus reconvenciones y se contentó con dirigirle esta pregunta:

—¿Puedo, mi señor Conrado, fiar en la lealtad de tales sentimientos y seguridades?

—¿Si podeis fiar, me preguntais Juanita?

—Justamente.

—¿Luego no creéis en mi sinceridad y buena fé?

—No lo sé á punto fijo.

—Yo garanto la palabra de mi capitan, terció el Gato, pues cuando él dice: por aquí, por ahí va y no tuerce; cuando él dice: amo, es porque ama, y cuando tiende su mano á un amigo, es porque lo estima como tal.

—Idem, idem, repitió Blandengue, con aire majistral levantando la cabeza.

—Escuchad, Juanita, repuso Eduardo con voz solemne, la perfidia no es de almas nobles, el engaño es indigno de un caballero, asi os declaro que amo á mis amigos y odia la traicion.

Don Luis que observaba y oía á su hijo desde su escondite, estaba abismado de la perversidad que había en cada una de sus palabras, ó más bien dicho, asustado de su falsía, pues veía claramente que su

hijo era una insondable caverna de misterios, maldades, amores, engaños y simulaciones—¡Oh! Dios mio, decía el atribulado padre ¿dónde corre este desventurado joven? ¿qué fin le espera? Dios lo sabe!

—Juanita, llamad, si gustais á vuestro padre que tengo algo que arreglar con él.

—Si puedo serviros yo, señor Conrado.

—Gracias, llamadle un momento, mi querida Juanita.

La rubia saludó á todos cortesmente y salió, temblándole sus carnes de retaguardia.

Un momento despues entraba el velludo tabernero, precedido de un olor á ajos insoportable, con su cara de pascua, diciendo:

—Señores míos aqui estoy ¿que se ofrece?

—Maese Donatto, haced acercar mi caballo y dadme la cuenta.

—¡Como! ¿no os quedais á comer? pues tenemos unas liebres con tomate, ajo y cebolla, capaces de resucitar á un muerto.

—No, gracias, otro dia, tenemos que hacer lejos de aquí.

—En ese caso, no digo nada.

Salió el posadero y volvió en seguida para anunciarle que su caballo estaba listo y le presentó la cuenta que pagó en el acto—Mientras Eduardo montaba y salía, los otros dos echaron el últi-

mo trago, y Blandengue, despidiendo una bocanada de humo, dijo al gato:

—No hay duda que el capitán es el más hábil de toda la Compañía, tiene más caletre, astucia é ingenio que el comandante, y hay que dejarlo obrar á él solo.

—Ya lo creo repuso el otro, si parece un diplomático, como que se ha educado en París y recorrido medio mundo.

—Y bien, valiente Gato? vos podeis decirme de qué se trata aquí en Milan ó Arona y que significan estas idas y venidas sin fin?

—No lo sé á la verdad.

—¿Cómo, que no sabeis? ¿pues que nada habeis olfateado?

—A punto fijo no podré decir lo que haya de bueno, pero algo serio debe haber, y esa carta que llevais es precisamente la que puede revelarlo todo, y agregó con cierta malicia: Pero como no podemos leerla puesto que no está abierta.

¿—Qué diablo estais diciendo ó revolviendo en esa cabeza, ¡Gato condenado?

—Digo amigo Blandengue, que no podemos leerla por estar cerrada.

—Pues yo agregó, que aun cuando estuviera abierta no nos impondríamos de secretos ajenos, pues es así como proceden los hombres honrados.

—Bribones! exclamó Don Luis desde su observatorio, y se titulan hombres honrados!

—¡Oh! ya lo sé, mi querido Blandengue; y primero nos dejaríamos ahorcar que violar la confianza que se hace de nosotros y sorprender un secreto á nuestros superiores; vamos no hablemos más del asunto—El astuto Gato comprendió que había dado el golpe en falso, viendo á la vez el mal efecto que su torcido intento había producido en Blandengue, y trató sobre la marcha de neutralizarlo para restablecer la confianza de aquel camarada, y agregó:

—¿Por ventura creéis, querido amigo, que yo pretendo imponerme de los asuntos reservados de nuestros gefes? ¡Oh! no, jamás, eso sería indigno del hijo de mi padre, y vos mejor que nadie sabeis que me haré agujerear cien veces el pellejo, pero Jamás faltaré á mis deberes.

—Bien amigo, muy bien, así me gustan los hombres; las estocadas á un lado y el servicio á otro.

—Corriente, repuso el Gato, agachando la cabeza.

Blandengue en medio de su vida estraviada y de ser un verdadero bandido por pertenecer á una horda de foragidos y salteadores de camino, tenía cierta rectitud ó consecuencia en su modo de proceder, y aun era capaz de una accion buena; así pues no podía comprender que el desalmado Gato hubiese demostrado deseos de imponerse del contenido de

la carta de su capitán; de modo que cuando el Gato rectificó ó esplicó su idea, recién Blandengue quedó satisfecho, pues en cuanto á él no era capaz de violar el sello de una carta que se le confiara, ni aun hablar de una simple confidencia que se le hubiese hecho —Blandengue era uno de esos hombres que se fanatizan facilmente con sus gefes ó superiores y son capaces de hacerse matar por ellos ó de rendir su vida en desempeño de lo que se les manda, y así es que esta clase de seres roban, incendian y matan si son mandados y no creen que su conciencia padece, al menos no se ocupan de ello; pero en cuanto á faltar á sus deberes respecto de su héroe ó Gefe jamás. —Esta es la historia de esos miserables que se han visto figurar en los tiempos del terrorismo que ha reinado en algunos países, y es con ellos que los tiranos se han impuesto á sus pueblos, los han dominado, desterrado y degollado; más aun, esos hombres despues de una serie no interrumpida de crímenes nefandos, se les ha visto marchar al patíbulo, y en medio de su fanatismo subirlo, gritando y dando vivas al tirano que sucumbía derrocado por las armas de la Libertad y de los principios.

—Decidme, ¿habeis estado alguna vez en el palacio del conde de Floriani? preguntó Blandengue.

—No y si.

—Amiguito no comprendo lo que quereis decir

con esa negativa y afirmativa á la vez, lo que yo os pregunto es, si conoceis el palacio.

—¡Oh! dijo el Gato abriendo sus verdes ojos, en cuanto á eso, puedo deciros, que conozco el tal palacio ó Castillo del Diablo, y tambien al general, á su muger y á sus hijos, como que en otra época un poco remota estuve al servicio del anterior Conserge, que era un judio endiablado, pues tuve que desempeñar allí ciertos asuntillos de graves dificultades, que bien pudieron valernos la horca; asi es que no hay escondite, subterráneos, ni secretas comunicaciones que no conozca.

—Diablos, dijo para sí Don Luis; pues no nombró Samuel al tal Gato en su delirio, cuando habló de Adolfo, de la adúltera esposa, y dijo:

—«*Hiere, Gato del demonio, hiere.*»—¿qué misterios hay en todo esto? habrá tenido lugar algun crimen, y este malvado ha sido el ejecutor?

—Veamos, veamos, es preciso poner oido atento para descubrir estos arcanos, que pueden servirme de mucho en lo sucesivo.

—Hombre! muy al corriente estais, dijo el Blandengue.

—Algo más, repuso el Gato:

—¿Sabeis que nuestro Capitan anda en amores con la Condesita?

—¿Con qué Condesita?

—Si hombre con la de Floriani.

—¡Qué me contais!

—La Verdad.

—Y no obstante aseguraba hace poco que no encontraba Mesalinas.

—¡Que no ha de encontrar! si es gallardo, buen mozo y vivo como un relámpago; además donde pone el ojo pone la bala; no obstante que la señorita de Floriani no puede ser confundida con sus Mesalinas, pues es una niña llena de virtudes y candor; sólo que el dicho Capitan ha conseguido, no se cómo hacerse amar de ella.

—Pero ¿estais cierto que esa señorita, que es noble y rica se haya fijado en el Capitan? pues si bien es buen mozo, elegante y simpático, pertenece á la clase del pueblo y nada más.

—Pues amigo Blandengue, sea ó no del pueblo nuestro hombre, el resultado es que le corresponde, pues ya sabeis el lance de la volanta y del caballo.

—¿De qué caballo y de qué volanta me hablas?

—Pues hombre ¿ahora salimos con esas? ¿no sabeis que el caballo de la Victoria ó Tilburi en que iban de paseo los hijos del General, es decir, Don Alberto y Doña Amelia, se desbocó y hubieran perecido despeñados en las barrancas del lago de Arona, si el intrépido Capitan, con grave peligro de

su vida, no se hubiese lanzado á salvarlos, como en efecto los salvó?

—¡Ah! sí, si, teneis razon amigo, ya recuerdo ese suceso, dijo Blandengue, que casi tuvieron que cortarle la pierna á consecuencia de sus graves heridas.

—Justo.

—Y que tiene qué ver todo eso, compañero, con los amores de ambos?

—Algo tiene que ver.

—Esplicadme eso amigo, que no lo comprendo.

—Es que la tarde del lance del desbocamiento del caballo, tuvieron que regresar al Castillo en el estrecho Tilburi, que es sólo para dos personas, Alberto, Amelia y Eduardo; por consiguiente éste que no se duerme en las pajas, se ha de haber aprovechado bien de su carácter de héroe salvador, y del íntimo contacto en que hizo el viaje con Amelia; pues la verdad es que desde esa época empezaron los amores de ellos.

—¿Y cómo sabeis vos esas cosas?

—¡Oh, amiguito! yo soy como el azogue que me escurro por todas partes, agacho la cabeza cuando conviene, y la alzo en oportunidad, asi pues os diré, que estoy en relacion con un viviente de palacio á quien convido alguna vez, es decir, cuando nos encontramos, y con la copa en la mano lo hago charlar para averiguar lo que me conviene.

—¡Oh! yo siempre he dicho, repuso Blandengue, que valeis tanto con la espada como con la lengua y la cabeza.

—Gracias por el elogio.

—Y el padre del capitán qué dice de tales amores? preguntó Blandengue.

—Qué va á decir ese pobre diablo, repuso el Gato, lo que él quiere y de lo que trata es de llenar la bolsa en el castillo y de agarrar cuanto puede, pues habeis de saber que ese mogigato cara de estúpido tiene mosca y bastante; por supuesto toda bien adquirida y el Gato hizo con la mano derecha un signo de robo girando los dedos desde el meñique hasta el índice progresivamente hacia abajo.

—¡Bandido miserable! exclamó Don Luis desde el ojo de la llave, yo te ajustaré las cuentas, canalla infame.

—El Gato dió vuelta precipitadamente pues le pareció oír un ruido.

—¿Qué mirais? dijo Blandengue.

—¿No habeis oído un ruido?

—Serán los ratones que no faltan en estas casas.

—Pues si son ratas no deben ser pequeñas.

En efecto, hubo un ruido, pues crugió la silla en que estaba sentado Don Luis que se había estremecido de piés á cabeza al oír las revelaciones del bandolero.

—¿Con que es rico el tal hombre? continuó el Blandengue reanudando la conversacion.

—¡Ya lo creo!

—¿Y como lo sabeis, amigo?

—¡Oh! todo está averiguado y voy á referiros estos asuntos para que esteis al corriente y sepais dónde deposita sus frecuentes economías, y volvió á hacer con la mano derecha el mismo signo de robo, y á cuánto se calcula que asciende su fortuna, como se maneja ese nene, que segun parece data en fortuna desde tiempo atrás, y se halla medio envuelta en una tenebrosa historia de ese Judío á quien subrogó en el empleo de gerente.

—Cierto judío decis?

—Si, el judío Samuel de que os hablé, el cual tenia más liras de oro que pelos en la cabeza.

—¿Es posible?

—Y mucho que si.

Don Luis se quedó estupefacto al ver que aquellos malvados estaban al corriente de todo, y comprendió los serios peligros que corrían sus fondos sino los ponía en seguridad y tomaba inmediatamente las debidas precauciones.

—¿Y nuestro Comandante y el Capitan saben todo eso? preguntó el Blandengue.

—El Comandante sabe algo, pero el Capitan nada ignora, querido cofrade y por eso quiero ponerlos al

corriente de todo, por que entre nosotros no debe haber secretos.

—¿Y cómo es que el Comandante no lo sabe todo y el capitán sí?

—Porque Eduardo no cree conveniente que se le imponga de todo lo que ocurre ó se tramita al respecto, al menos por ahora, y hasta que él lo determine; pues ya sabeis que al Capitán hay que dejarlo obrar, porque vale, como inteligencia diez Comandantes, y negocio que él toma entre manos lo dirige admirablemente y al fin lo lleva á cabo.

—Veo querido amigo que por estos pagos no se duerme la gente.

—¿Dormir decís? ¡qué esperanza! Es preciso que sepais mi buen Blandengue que todo está en nuestras manos y vais á juzgar vos mismo por lo que paso á referiros.

—No, repuso Blandengue, vámonos y fuera hablaremos largo de todos esos asuntos; y además yo á mi vez ós diré con entera franqueza lo que he podido olfatear allá en la cacerna sobre el camino que llevan nuestros asuntos en Arona.

—Pero tomaremos otra copa, dijo el Gato.

—No, para mi basta.

—Como gustéis

Ambos bandidos se levantaron contentos como unas pascuas y se retiraron de la Taberna, pero encendiendo antes cada uno su cigarro.

La suspension de esta interesante conversacion privó desgraciadamente á D. Luis de haber podido adelantar más sus datos y entrar en conocimiento de los secretos de aquellos salteadores de camino.

Una vez en la calle tomaron la direccion de la ribera ó sea del Lago Maggiore, que parece fuera el punto estratégico ó campo de operaciones adoptado por todos aquellos meróder.

El precavido genovés, sin duda, tuvo miedo de que aquellos hombres fuesen por casualidad á descubrir su espionaje y entrasen en conocimiento de que había sorprendido una parte importante de sus secretos, pues eran capaces de matarlo.

Supuso D. Luis que ya no podía adelantar más sus noticias ni pescar nuevos secretos, por lo que resolvió retirarse definitivamente de la taberna, para poner en práctica algunas medidas ó coordinar un plan que salvase á todos.

D. Luis que se había quedado en el cuarto meditando esperó un buen rato para dar tiempo á que los dos bandidos se alejasen lo bastante á fin de no poder ser visto por ellos; luego saliendo de su escondite se dirigió al mostrador con el fin de pagar su cuenta y dejar el consabido cuarto.

En efecto, llamó á Renatto y le pidió la nota.

—¿Cómo señor, dejais el cuarto? ¿que no os hemos tratado bien?

—Al contrario, maese Renatto, perfectamente, pero hoy tengo que ausentarme por algun tiempo, pero cuando vuelva ocuparé vuestra casa.

—Siendo eso así no digo nada: aquí está la cuenta.

La pagó D. Luis y se dirigió al punto donde había dejado su volanta, con el fin de no ser reconocido por persona alguna; montó en ella y partió para el Castillo con el corazon despedazado y la cabeza aturrida, en razon de que despues de lo que había oido quedaba perfectamente esplicado el misterio y cerciorado de que esos tres pertenecían á una gavilla de ladrones de la que era capitan su hijo Eduardo; y lo que es más, se trataba de un golpe de mano ó de algun crimen, que no podía ser sino en el palacio de la familia de sus favorecedores los condes de Floriani, de modo que no habia que perder tiempo para alejar á Eduardo de Arona por todos los medios á su alcance, pacíficos ó violentos.

D. Luis resolvió poner todo en conocimiento de la Policía, bajo palabra de secreto inviolable, pues veía claramente que se preparaba algo grave, aun cuando no conocía los detalles del asunto; más luego reflexionó y dijo:

—Pero ¿voy á constituirme en delator de mi propio hijo y á manchar mi apellido? ¿puedo acaso contar con la impunidad del secreto, y evitar de que

en la indagatoria la justicia me llame á declarar? ¡oh! no, no es posible esto, y el delator de su hijo sería execrado, maldecido y . . . abandonemos semejante idea y pongamos los medios de evitar el crimen que esos miserables preparan. Sí, alejemos en el acto á Eduardo y obremos en el sentido de hacer abortar sus diabólicos planes, pues esto es cuanto debo y puedo hacer; ¿y si no consigo destruir sus planes? puedo dejar á esta noble familia á quien tantos beneficios debo espuesta á graves peligros, traicionando mi conciencia, cerrando los ojos y dejando que se consumen los hechos? ¡Oh! de ninguna manera, para eso está el anónimo ó una denuncia por interpósita persona; y D. Luis volvió á reflexionar y se dijo; pero al fin y al cabo yo soy el padre del criminal, y trato de entregarlo á la justicia, ¡oh qué horror!! ¿qué partido tomaré? ¿y á quién me dirijo? ¿á quién consulto este funesto asunto? ¡Oh! yo no tengo un amigo íntimo á quien poder confiarle que mi hijo es un capitán de salteadores, es decir, un bandido miserable.

El pobre conserge se encontraba verdaderamente intrigado y asustado de la situación que se diseñaba, pues veía una tremenda tempestad que estaba próxima á desencadenar con todos sus horrores.

Vuelto D. Luis al palacio despachó su volanta y entró en su cuarto, cerró la puerta con violencia y

empezó á pasearse ajitado y á meditar sobre los sucesos que habian venido á su conocimiento.

Ese bandido de Gato que dice conoce todos los escondites y subterráneos de palacio, que ha estado al servicio del judío Samuel y que evidentemente aparece mezclado en la ignorada historia de ese Adolfo, debe haber sido el asesino pagado por Samuel para que le quitase del camino al amante de su muger.

Además aquel ruido que sentí en la sacristía de la Capilla al tiempo de cerrar la puerta y que tanto miedo me produjo, ¿no sería ocasionado por ese hombre? ¿no estaría acaso escondido allí; ¿pero por donde habría penetrado? ¡oh! eso sería muy facil para él que conoce todos los secretos de este palacio y sus comunicaciones ignotas; pero no—si ese miserable hubiese conocido donde está enterrado el tesoro de Samuel ya lo habría robado con sus camaradas; verdad es que acaso no han tenido tiempo ni han podido entrar por el escritorio para llegar por el subterráneo hasta la puerta cubierta por el cuadro de San Bernardo para poder franquear el movimiento del confesionario sin lo cual es inamovible.

Ellos dijeron, continuaba pensando el genovés, que conocían, es decir, el Gato fué quien manifestó que conocía lo que yo poseía y dónde estaban mis fondos; mezclando á propósito de esto á Samuel y ha-

ciendo otras alusiones sospechosas para mí que deben preocuparme seriamente. — ¡Oh! sí, es preciso obrar con energía, seguir la pista á esos bandoleros y estar sobre todos ellos.

Ferri se detuvo con el ceño contraído y otra vez se dijo: ¿no sería bueno dar parte á la autoridad para que vijile solamente los pasos del tal Gato, expresando las sospechas que abrigo? sí, pero es que si la autoridad echa el guante á ese nene caerá también sobre Eduardo; así es que yo, padre, seré siempre quien envíe á la cárcel á mi propio hijo ¡oh! nó, no es posible ir por este camino, pero yo conjuraré sus diabólicos proyectos y cuando no pueda conseguirlo arrostraré todos los peligros y arderá Troya.

D. Luis se dejó caer sobre una silla todo atribulado, exclamando:

—¡Dios de misericordia! ¿qué jóven es este? ¿cómo se ha formado su estraviado corazón? ¿dónde ha recojido esa hipocrecía, esa villanía, simulación y refinada perversidad? ¡secretos terribles de la naturaleza! ¿qué pecado tendré que purgar con este hijo? se interrogó el conserge.

La conciencia de D. Luis empezó á despertarse, aunque sin querer, y se le vino muy luego á la memoria su borrascosa juventud y lo que hizo sufrir á su pobre esposa, á quien abandonó despiadadamente por otros amores y puede decirse que la hizo morir

de desesperacion y miseria; así pues Eduardo se creó sin mentor y sin esa autoridad paterna, que guía y dirige convenientemente el corazón tierno é irreflexivo de un niño desde sus primeros pasos; y antes bien, Eduardo se nutrió en el abandono, caminó sin brújula ni señor, viviendo casi todas las horas del día en las calles públicas, en el hambre, en el pillaje y en las raterías, pues su infortunada madre no podía darle lo necesario porque ella misma carecía de todo y sucumbía á la fatiga, á la congoja y á la miseria; de modo que Eduardo jamás había tenido verdaderamente amor á su padre y más bien lo recordaba como el verdugo de aquella mártir y valiente muger, como un hombre que jamás supo cumplir con aquellos sagrados deberes que la naturaleza le imponía para con su hijo.

Estos duros y mal dormidos recuerdos del pasado, que D. Luis pretendía cancelar de su mente, porque le causaban horror, se presentaron á su memoria despues de tantos años como un acusador terrible que venía á torturar su alma y á vengar á su infeliz muger; no obstante que ese mal esposo y peor padre había observado despues una conducta de arrepentimiento, de reparacion y de buen vivir.

No atinaba aquel hombre con el partido que debía tomar, porque todas las medidas que le sugería su atribulada imaginacion iban á estrellarse contra

su propio hijo y de aquí nacían sus graves conflictos.

Se levantó súbitamente, pegando un golpe con la mano derecha sobre el brazo de su silla, llamó al portero y le dió orden de que le avisase inmediatamente que Eduardo regresara á palacio. Cerró la puerta y abrió una caja, empezando á sacar unos pequeños legajos caratulados, donde tenía sus documentos de depósitos y porcion de letras de cambio á su favor, á fin de organizarlo todo y depositarlo en lugar seguro para salvar su fortuna de un golpe de mano, que podía ser perpetrado por su propio hijo y sus camaradas.

El portero Bautista luego que recibió la orden de D. Luis, se retiró pero haciendo comentarios entre sí, y se fué al cuarto del cochero Michelino á fin de charlar un poco, pues este era su pecado capital.

Al entrar al cuarto, y sin cambiar una palabra exclamó el portero.

—Nada, amigo Michelino, aquí hay gato y gato de largas uñas.

—¿Qué estais murmurando mi querido Bautista? ¿de qué gatos y de qué uñas tratais?

—Como yo soy un hombre tan precavido y aun cuando no me gusta ocuparme de cuentas ajenas, sin embargo amigo mio, entre nuestro señor Conserje

y su hijo D. Eduardo pienso que debe haber algo y algo muy grave.

—Algo muy grave decís?

—Sí, algo que yo no comprendo, pero que será preciso averiguar.

—¿Y que os importan Bautista los asuntos ajenos?

—¡Oh! lo que es importarme, nada, pero como vos sabeis que soy un hombre precavido y . . .

—Dejaos de ocuparos de los otros, cada cual marcha y vive á su modo, y . . .

—En esto sonó la campanilla y Michelino le dijo:

—Llaman á la puerta, corred, corred amigo.

Bautista salió meneando la cabeza, abrió la puerta y entró Eduardo; asi es que en el acto avisó á D. Luis del arribo de su hijo.

—Dígale vd. repuso el gerente que deseo hablarlo.

—Muy bien señor D. Luis; y despues de haber dado algunos pasos se volvió y preguntó:

—¿Debe venir ahora mismo el señor D. Eduardo?

—Si hombre, ahora mismo, vaya vd. lijero.

—En el acto señor, y salió poco menos que corriendo, yéndose derechito al cuarto de Eduardo, que ya se estaba desvistiendo.

—Señorito, su señor padre, es decir, el señor D. Luis me encarga diga á vd. que desea hablarle.

—Está bien, contestó Eduardo secamente; pero como vió que el portero no se movía, le dijo, puede vd. ir que luego pasaré a ver á mi padre.

—Es que el señor conserge desea hablar á vd. ahora.

—¿Ahora mismo?

—Si señor, al menos asi me lo dijo.

—Si eso es así en seguida pasaré á su cuarto.

—El portero saludó y se retiró; pero Eduardo lo llamó y le preguntó:

—¿No ha venido un individuo á preguntar por mí?

—¿De qué facha ó aspecto señorito?

—Primero diga vd. si alguien me ha buscado ó no, repuso Eduardo con cara displicente.

—No señor, lo que es hasta ahora nadie ha venido.

—Pues entonces es innecesario que vd. sepa la facha ó aspecto de la persona.

—Esa es una razon de toda fuerza, pero como yo soy tan precavido, siempre pregunto para no errar.

—Vaya vd. con Dios, dijo Eduardo, por no decirle otra cosa, ó lo que merecía.

—En el acto salió el portero medio corrido y como vulgarmente se dice con el rabo etcetera.

Un momento despues el hijo estaba delante del padre.

Aun cuando D. Luis pretendía dominar su rabia é indignacion no podía conseguirlo, tal era su agitacion.

El aflijido genitor le pidió á Eduardo que inmediatamente se alejara del Castillo y no volviese á él por ningun motivo.

Eduardo se turbó por un momento, diciendo para su colete ¿que diablo habrá ocurrido ó sabido nuevamente mi padre para que se halle en esta agitacion? pero luego se repuso y, con esa calma hipócrita que le era característica y un semblante dulce y sereno, le observó que no tenía motivo para arrojarlo de su lado y que por otra parte no sabía donde ir; mucho más cuando su deber era permanecer al lado de su padre. Esto lo decía Eduardo comprendiendo que despues de la escena de la volanta la familia Floriani lo apreciaba estremadamente, y sobre todo estaba resuelto á no abandonar por nada el amor de Amelia, de cuyo corazon tenía el dominio más completo.

El conserge tuvo un momento en que ya iba á dejar estallar la tempestad y decirle cuanto sabía, confundiéndolo con el asunto de la taberna del Zorro y amenazarlo que si no se ausentaba en el acto él y sus infames cómplices serían denunciados á la policia; pero con harto trabajo pudo dominarse y sofocar su indignacion.

Con la mayor repugnancia tuvo que ofrecer á su hijo que le pasaría, en cualesquier punto que eligiese, una razonable pension, con la cual podia vivir perfectamente siempre que se marchase en seguida y sin réplica alguna.

Aquellos dos hombres se engañaban recíprocamente, pues Eduardo suponía que su padre ó sospechaba ó sabía ciertamente la vida estraviada ó borrascosa que había adoptado; y D. Luis estaba casi seguro de que su hijo conocía que nada ignoraba respecto de sus intenciones y género de vida, pero uno y otro hacían el papel de ignorar lo mismo que sabían.

Lo único que pudo conseguir aquel contrariado padre, despues de un largo y acalorado altercado, fué la promesa formal de que dentro de tres dias abandonaríá el Castillo pues necesitaba ese tiempo para escribir á un amigo á fin de que lo recibiese y arreglar aquí sus cosas para el viaje; con lo cual tuvo que conformarse por no dar pasos ante la justicia que lo deshonorarían á él mismo; proponiéndose vigilarlo y seguirlo en todos momentos así como á sus cómplices y tomar todas las medidas necesarias para evitar cualesquiera atentado que pretendiesen llevar á cabo.

Los momentos corrían sin ocurrencia alguna notable, á no ser los amores de Eduardo y Amelia que

tomaban más y más enerjía cada dia; y aun cuando el general nada había sospechado á este respecto la vigilante y esperta Da. Blanca empezaba á notar el aislamiento y retiro de Amelia de sus habituales fiestas y diversiones, cosa rara en una jóven.

No era estraño para ella que su hija demostrara no sólo preferencia sino cariño hacia su heróico salvador; pero estaba distante de suponer que Amelia pudiera apasionarse de Eduardo y acordarle su corazon, dada la diversidad de cunas, posicion y fortuna de una y otra familia; pero le llamó la atencion que Amelia no quisiese regresar á la capital á pasar el invierno y que pidiese á su padre con calor y con empeño se quedasen en el palacio.

El corazon de las madres es leal é interpretador, y asi, todas estas cosas reunidas, levantaron en su ánimo algunas sospechas y se propuso estudiar y observar los pasos de su hija para aclarar sus justas dudas.

*
* *

Como hemos dicho anteriormente se aproximaba la época en que la familia debía regresar á Milan para pasar la estacion cruda del invierno y gozar de los espectáculos de teatros, bailes y demás diversiones que ofrecía la capital, pues recién en ese año terminaba el arquitecto Piermarini el renombrado tea-

tro de la Scala, erigido sobre el área de terreno que perteneció á la Iglesia de Santa Maria de la Escala, fundada por Regina de la Scala, esposa de Bernabe Visconti.

Dicho viaje venía á contrariar los proyectos y planes de aquellos dos amantes que vivían bajo el cielo de sus mutuas ilusiones.

Uno de esos dias regresaba Eduardo al Castillo y Anita, que desde largo rato lo acechaba, se le acercó con disimulo y le entregó al pasar un papel de la señorita que aquel recibió con emocion, lo guardó y se fué en seguida á su cuarto lleno de curiosidad para leerlo.

Decía así:

Eduardo:

Mi padre nos acaba de decir que del primero al tres volveremos á Milan.

Yo hago todo lo posible para reducirlo á que nos quedemos este año en el Castillo y abrigo la esperanza de conseguirlo, apesar de que mi mamá desea tambien volver á la capital, pues ella siempre le tuvo animadversion y estoy cierta hará cuanto pueda para no quedarse.

Yo no puedo conformarme con la idea de abandonar este Castillo, no precisamente porque le tenga apego, sino porque en él estais vos, y porque esta separacion es superior á mis fuerzas y desearía

que algun acontecimiento estorbara nuestro regreso á la ciudad.

Creo que alguna influencia ejerzo en el corazon de mi papá y aguzaré mi ingenio para inducirlo á que nos quedemos.

A cada instante recuerdo vuestra conversacion en el jardin de los Cisnes y ella mantiene siempre preocupado mi espíritu, pues preveo que mi padre en su carácter y tendencias aristocráticas jamás se conformaría con nuestra union, y creédmelo Eduardo, es capaz de todas las violencias imaginables antes de tolerar tal cosa; asi es que yo me vería entonces sin apoyo para la resistencia y lo que es más, sin tener á mi lado persona alguna que me alentase para negar mi mano al hombre á quien pretenda unirme de los muchos que la solicitan.

¡Oh! Eduardo ¿qué puedo hacer yo en tan difícil situacion? ¿quién podrá darme consejo? ¿quién me alentará en la lucha? ¡oh! amigo querido, qué porvenir tan duro y amargo se abre delante de mí!

Yo debo confesaros Eduardo que mi corazon se había familiarizado de tal modo con vuestro amor, que no creo poder emanciparme de él y antes bien miro con horror la idea de ser de otro hombre, pues estoy desesperada sin saber lo que será de mí.

Adios Eduardo, os amaré siempre.

Amelia.

Esta carta puso en agitacion á Eduardo, pues veía que los temores de Amelia eran fundados y que el general no solo no consentiría en sus amores sino que si llegaba á apercibirse de ellos haría volar de palacio al padre y al hijo y todo quedaría perdido.

Eduardo quedó pensativo y llevó su mano izquierda á la frente apoyando el codo sobre la mesa y mirando la carta que acababa de leer, aun cuando no la veía, pues estaba abstraído con otras ideas que lo preocupaban profundamente.

Despues de un breve rato de meditacion se levantó, dobló la carta y la guardó en su bolsillo como si hubiese ligado sus ideas y fijado una resolucion definitiva.

Salió Eduardo de palacio á caballo con alguna precipitacion y permaneció fuera mucho tiempo regresando tarde de la noche, es decir, despues de la hora de costumbre y cuando casi todos los moradores del Castillo estaban recojidos, menos D. Luis que fué avisado en elacto de que su hijo acababa de entrar.

Eduardo sacó de su bolsillo otra vez la carta de Amelia, que ya conoce el lector, volvió á leerla, meditó un rato y luego empezó la contestacion siguiente:

Amelia:

El horizonte de nuestra felicidad empieza á eclipsarse, cargándose de nubes densas que nos asustan, y acaso con demasiada razon.

Yo os amé incauto, sin ver que jamás podía ser vuestro esposo; pero ¿está en la mano del hombre poner dique al poder oculto de la simpatía y del amor? ¿podemos no amar cuando el alma que rije y gobierna nuestro ser nos impele al dulce comercio del querer? ¡Oh! mi bella Amelia, yo vivía feliz con vuestro cariño, saboreando esta existencia que me hacía el mortal más dichoso, y ahora ¿se pretenderá que renuncie á vuestro amor? ¡Oh! sería más fácil morir cien veces y no ver brillar el sol, ni admirar la hermosura de la naturaleza, y por fin Amelia sería para mí imposible el presenciar que vuestro corazon bello, que vuestros encantos sin cotejo ni rival sean entregados y poseidos por otro mortal mas feliz que yo.

Amelia mía, en estos momentos asoman las lágrimas á mis ojos, las que vierto á impulsos de la desesperacion y del dolor; y aun cuando me he reprendido por este acto femenino ó de debilidad, despues lo he autorizado como justo, diciendomé: dejad que mi corazon se enternezca y sufra, dejad que corran estas primeras lágrimas que mis ojos vierten tan sólo por vos; dejad que salga del pecho, hondo

suspiro de dolor y que el alma se acongoje en medio de su infortunio.

Sí, Amelia mía, si os encontrarais presente, acaso uniríais vuestras lágrimas á las mías y mi corazón se consolaría con el dulce palpitar del vuestro, hermoso y tierno.

Yo nací á la vida Amelia, sin dicha ni ventura, puesto que muy temprano faltáronme los cuidados de tierna y cariñosa madre, de mi madre que fué una santa y una mártir; y así caminé por mi áspero sendero cubierto de espinas y malezas, unas veces sorprendido por las tempestades de la vida, otras por la tenebrosa noche de mi duro sino; y cuando en medio de tantas penas os ví cual estrellas rutilantes que venía á clarear mi negro horizonte, me encuentro próximo á perderos y acaso para siempre—¡fatal destino! ¡dura suerte!

¿Puedo yo Amelia aconsejaros que rompáis los lazos que os unen á vuestra ilustre familia y que aceptéis los de mi amor, siguiéndome para compartir mi destino? ¿debo por ventura pedir os que unidos ante Dios y nuestro amor vamos á buscar lares más propicios donde pasar la vida ligados en estrecho y dulce vínculo? Nó, porque no debo hacerlo y porque acaso vos tampoco lo aceptaríais.

Entonces ¿qué me resta? ¿qué debo deciros? que me olvidéis, que seáis feliz con otro, y yo moriré, pues sin vos la vida no tendrá halagos para mí.

El dilema que veo es duro y árduo—olvidarme ó seguirme! pero vos sois, querida Amelia, la que podreis pronunciar una palabra de aliento para mí ó una sentencia de muerte; pues vos sois el árbitro supremo de mi destino.

Esperaré vuestra palabra.

Adios, adios.

Eduardo.

Esta carta fué confiada á la camarera Anita, quien muy luego la puso en manos de su señorita, con las debidas precauciones.

La lectura de esa carta tan tierna como amorosa, produjo en el corazon de Amelia una impresion profunda, pues ella contenía problemas muy dificiles para ser resueltos por el criterio de una niña y una niña apasionada.

Amelia estaba acostumbrada desde sus primeros años á hacer su voluntad y poner en práctica hasta sus caprichos, segun ya lo hemos espresado; de modo que la idea de tener que subordinarse á la voluntad paterna y renunciar á su amor, pesaba sobre su alma de una manera horrible.

No tenía delante de sus ojos sino la imágen y el amor de Eduardo, asi es que la única ocupacion de su espíritu era pensar en sus amores, pretendiendo adoptar las resoluciones más violentas, pues preveia la obstinada resistencia de su padre, sin embargo

no sabía qué partido tomar en tan apurado trance, mucho más cuando debía proceder por sí sola, sin consejo ni direccion alguna.

Su cabeza se agitaba día y noche con las diversas ideas que se le presentaban en tropel y no se animaba á contestar á Eduardo comunicándole su resolucion: unas veces creía que si su padre pretendía obligarla á dar su mano á alguno de sus adoradores, tendría el suficiente valor para negarse á ello rotundamente y morir antes que aceptar otro esposo que no fuera su Eduardo: otras, suponía que era posible un casamiento clandestino, pero para ello se veía destituida de elementos y de proteccion: luego acariciaba la idea de la fuga con Eduardo para ir á cualquier rincon del mundo, donde pudieran unirse bajo los ritos de la Iglesia y ser feliz con el hombre amado, pensando que despues de efectuado tal enlace, su padre no tendría otro remedio que conformarse y perdonarla, aceptando á Eduardo por su yerno, mucho más cuando al arrojo y valor de éste debía la existencia de sus dos hijos, que hubieran perecido irremediabilmente sin la intervencion de su heróico salvador, y habría quedado la noble familia de Floriani sin herederos de su ilustre nombre y de su colosal fortuna.

Por el momento resolvió no precipitarse, meditar bien su situacion, que era harto grave, y seguir los

consejos de su conciencia despues de una detenida reflexion, para contestarle á Eduardo su carta en seguida .

CAPÍTULO XII

Despedida de los amantes

Como el general hizo conocer en palacio que regresaba pronto á la Capital, D. Luis estrechó á Eduardo á que se marchase, y este se mostró hasta cierto punto obediente, pues tal medida estaba en armonía con sus planes ya acordados y resueltos de antemano.

D. Luis encargó á su hijo de pasar á Turin á desempeñar un asunto de interés que hacía tiempo tenía pendiente, dándole las instrucciones necesarias y los documentos del caso.

Eduardo con el talento y sagacidad que le era peculiar, vió que Amelia aun no le había contestado á su carta y presumió la lucha que debía sufrir su corazon, así es que le dirigió otra anunciándole que partía para Turin, donde lo enviaba su padre á desempeñar un asunto de sumo interés y que era preciso que la hablara un momento, para lo cual Anita le franquearía los medios de verla despues que los moradores de palacio se hubiesen entregado al

sueño, pues era indispensable que le comunicase sus proyectos, mucho más estando el general próximo á regresar á la Capital.

Aquella misma noche Eduardo se presentó á la familia para despedirse y encontró al conde, su esposa y sus hijos reunidos, tomando el café como de costumbre.

Después del saludo de órden, Eduardo se dirigió al general y le dijo :

—Señor conde, mañana debo partir para Turin, pues mi padre me encarga atender allí un asunto de familia ; de modo que no tendré el gusto de estar en ésta cuando se realice el regreso á Milan, y es por esto, señor general, que vengo á presentaros mis respetos, asegurándoos que llevo en mi corazón un caudal de gratitud por las atenciones que he recibido, sin merecerlas, de toda la familia, las que jamás se borrarán de mis recuerdos sean cuales fueren las circunstancias de mi vida.

Estas últimas palabras las pronunció Eduardo con eco grave y visiblemente tembloroso, pues en verdad estaba conmovido y hasta pareció que sus ojos se hubiesen humedecido.

El conde tomó la palabra y le dijo :

—Eduardo, conozco que teneis un corazón magnánimo, elevado y digno, capaz de grandes sacrificios: sé que á vuestro heroísmo debo la vida de

mis hijos, y creed que sería feliz si encontrase el medio de probaros mi amistad y gratitud, así esperamos todos que vendreis á Milan donde encontrareis una acogida paternal, porque debéis mirar mi casa y familia como vuestra.

Aquella visita fué lo más corta posible y la despedida tan afectuosa como si se tratase de una persona de íntima relacion.

La entrevista solicitada por Eduardo tuvo lugar aquella misma noche, pues Amelia era viva sin malicia, amante apasionada sin energía, y con un corazon volcánico que dominaba su reflexion. La verdad es, que bajo ningun aspecto debió consentir una señorita, en tal visita nocturna y á horas tan desusadas como sospechosas, aun cuando sus propósitos fuesen los más sanos y rectos posibles; pero este irreflexivo proceder era el resultado lógico de su educacion y de los hábitos inveterados de hacer su soberana voluntad á despecho de toda conveniencia.

Los momentos que pasaron los amantes fueron dulces, íntimos y estrechos, abrigados por el fuego devorador de la pasion.

Eduardo con su habitual sagacidad, con su eco tierno é insinuante, con su palabra elocuente y persuasiva, rastreó y encontró el camino fácil de activar la pasion de su candorosa Amelia para gozar

feliz de aquella situacion, aunque dentro de los límites del decoro.

Varios proyectos convinaban que muy luego iban á escollarse con dificultades insuperables para su ejecucion, pues Amelia se manifestaba sin fuerzas para adoptar un temperamento decisivo ; verdad es que esto importaba poco á Eduardo, pues sus planes y proyectos estaban ya arreglados y en vía de ejecucion, como más adelante tendrá ocasion el lector de verlo.

Eduardo al solicitar dicha entrevista, sólo tuvo por principal objeto acercarse á ella para poner en juego su estrategia y concluir de ganar el corazon de Amelia para que ya no pudiese sustraerse á su amor, y este plan fué precisamente el que puso en práctica y consiguió fácilmente el venturoso amante.

La buena sirvienta, que amaba tiernamente á Amelia, estaba allí á la mira, aun cuando sabía que ni Eduardo sería capaz de ir más lejos de los límites marcados por el respeto debido á una señorita de alta clase, ni Amelia de autorizar una demasía ó licencia irrespetuosa.

Anita estaba sobresaltada, y recien se daba cuenta de la imprudencia del paso que ambos habían dado, pues si por un evento fatal aquella visita ó conferencia fuese descubierta ; pobre de ella ! capaz que el general la estrangulase sin más ni más ; así

es que con la firmeza de su carácter florentino se acercó á Eduardo y le indicó que debía alejarse, y que lo hiciera en el acto, pues los momentos volaban con rapidez.

—¿Y por qué tan pronto, Anita?

—Porque estoy temblando de miedo, señor Eduardo, de que por algun evento llegue á descubrirse este paso imprudente que hemos dado.

—Si es eso así, no hago resistencia, pues en el acto comprendió la fuerza del argumento.

—Bien, señor, daos prisa.

Los felices amantes se despidieron con afecto, y Anita condujo fuera á Eduardo, quedando Amelia á sus solas soñando amores; pues aun vibraba en su oído el adios postrero de su amado y sentía latente la dulce impresion de los primeros efluvios de su pasión.

Eduardo acababa de pasar por una escena verdaderamente feliz, halagadora y de excitaciones; en la cual, sin traspasar los límites de la prudencia, del respeto y de las consideraciones que se deben á una dama, había gozado momentos deliciosos que jamás se borrarían, de sus recuerdos.

Cuando aquel amante salió del cuarto conducido por Anita, no pudo prescindir de significar á esta su gratitud por los servicios que con tan buena voluntad le prestaba, y para contentarla mejor, le acordó,

como otras veces, sus zalameras caricias, dejando bien satisfecha á la mediadora, pues esta siempre recogía sus gages particulares en estas escaramusas amorosas, viniendo ella á ser la que sacaba mayores ventajas, merced á las prodigalidades del goloso zagal.

*
* *

Eduardo no pudo partir el dia fijado, en razon de que su padre no había podido terminar aun su correspondencia, y por consiguiente no podría hacerlo sino al día siguiente ; así es que por conducto de su paño de lágrimas, es decir, de su solícita confidente Anita, escribió á Amelia la carta siguiente—

Amelia mía :

Mi viaje se ha postergado hasta mañana temprano, pues mi padre aun no me ha despachado, y me apresuro á dirigiros esta carta para avisaros que estaré en palacio y cerca de vos hasta el dia de mañana.

Ayer estaba resignado á hacer este viaje, aun cuando él me imponía el duro sacrificio de alejarme de vos ; pero hoy, Amelia mía, pesa sobre mi corazon esta separacion de una manera cruel.

Despues de los momentos dichosos que probé á vuestro lado, os aseguro, Amelia, que me hallo sin fuerzas para alejarme de vos aunque temporalmente.

—¡ Oh Amelia! luz de mi vida, esperanza halagüeña de mi alma, creed que cuando mis ojos se cierran al reposo, es vuestra grata imagen la que veo en mis fantásticos sueños y siento embriagado mi espíritu con la dulzura de vuestra amorosa y tierna mirada: me despierto y al ponerme en contacto con la vida, es siempre vuestro nombre la primer palabra que pronuncian mis labios; y por fin, en medio de la noche solitaria y quieta, dirijo mis miradas á los inconmensurables cielos y en el fulgor de los numerosos astros que pueblan y recorren la azulada bóveda, me estasio taciturno y pretendo encontrar en ellos la brillantez de vuestro mirar.

Hoy, muy temprano, abandoné mi cuarto y bajé lentamente al parque, me dirigí á la fuente de los Cisnes, para mí de tan gratos recuerdos, con el fin de gozar del perfume de las flores que vos aspirais tambien y refrescar un tanto mi acalorada mente: sentéme en aquel banco que vos ocupasteis á mi lado cuando yo estaba convalesciente, y empecé á meditar gozoso sobre nuestro amor, y en tanto que mi espíritu vagaba por los espacios infinitos, veía emocionado á las tiernas avecillas que retozaban caprichosamente, trepando á este árbol, descendiendo á aquella planta, y esquivando siempre ágiles y coquetonas la solícita ternura de sus infatigables amadores ¡ oh! si, Amelia, allí reinaba el amor, ese

amor puro, inocente, sin engaños ni reatos, y en todo esto os veía á vos, y enternecido, exclamé : dichas avecillas que podeis en presencia de esta magestuosa naturaleza y del mismo Dios, ostentar vuestro afecto, amaros sin trabas, y saborear tranquilas vuestros amores ; en tanto que yo, ser más fuerte, libre, inteligente, perfecto y poderoso, hecho á imágen y semejanza de Dios, no puedo consagrar mi ser al objeto caro de mi amor, y debo vivir reprimiendo los impulsos y latidos de mi corazon— ¡ cruel destino ! !—

Os declaro, Amelia, que había ambicionado veros atra vez esta noche y pasar feliz algunos instantes á vuestro lado, pero Anita me participa que estais algo indispuesta y que vuestra madre la señora condesa no se aparta un momento de vuestro lado ; así es, que debo forzosamente resignarme á emprender este viaje, conformándome con los gratos recuerdos del pasado.

Os dejo en esta carta un adios del alma, del corazon y os pido penseis en mí como piensa en vos—

Eduardo.

Escrita la anterior carta, trató de ver á su confidente á solas, para encargarle su direccion, así es que en el acto que pudo la hizo entrar á su cuarto, como otras veces, para hablarla, y le dijo :

—Mi buena Anita, es preciso que trateis de entregar esta carta á la señorita.

Anita la tomó en sus manos con un gesto de displicencia, la miró y remiró dándola vueltas de uno á otro lado.

Eduardo comprendió lo que pasaba en el corazón de la pobre muchacha, y vió claramente que una nubecilla de celos mezclada con un sufrimiento natural había invadido aquella alma juvenil, pero que no se animaba á raclar cosa alguna por no creerse con buenos y legítimos derechos para ello; así es que Eduardo, sagaz y astuto, se hizo el que nada comprendía y esperó la contestacion.

Al fin Anita, dijo :

—¿ Cuándo debo de entregarla ?

—¿ Cuándo ?

—Sí, pues.

—Ahora mismo, si es posible.

—¿ Es tan urgente, señor amante ?

—¡Ya lo creo! repuso Eduardo, desentendiéndose de la ultima frase de—Señor amante.

—Haré lo que pueda, dijo Anita, sufriendo las palpitaciones de su celoso corazón.

—¿Cómo eso, de haré lo que pueda? ¿me retirais por ventura vuestra proteccion y amistad mi buena Anita?

—Nada de eso señor de Ferri—¡qué esperanzas!

ya sabeis que yo me pertenezco toda entera, es decir, en cuerpo y alma á mi señorita, y que por ella soy capaz de aceptar mi condenacion.

—¿Y entonces repuso Eduardo ¿qué dificultad teneis?

—Es que ya os he dicho que como la señorita ha estado indispuesta, la señora condesa está á toda hora á su lado y no se si tendré oportunidad para entregársela.

—Bien mi querida Anita, le dijo Eduardo, tomándole una mano entre las suyas y restregándosela suave y dulcemente; pero segregando en seguida su derecha le tomó la cara por la barba, lo cual hizo poner colorada como una grana á la pobre muchacha, al sentir sobre su rostro el contacto de aquella mano para ella tan conocida—yo espero de vuestra buena voluntad que hareis lo posible para entregársela y recojer la contestacion.

—¡Oh! ¿la contestacion tambien? repuso Anita que recién volvía de su emocion epicurea y se tranquilizaban un poco sus nervios ajitados por los tocamientos de aquel truhan.

—Por cierto que si, y os esperaré hasta que me deis esa contestacion y siguió acariciando á la chica para dejarla satisfecha y contenta.

Anita salió despues de un rato de coloquios del cuarto de Eduardo y luego que se alejó volvió á mirar la carta de uno y otro lado y se dijo:

Qué feliz es la señorita Amelia que posee el amor y el corazón de Eduardo, y sin querer brotó de su pecho un profundo suspiro, y continuó caminando y haciendo estas reflexiones.

Y yo mísera de mí ¿qué tengo de Eduardo? No más que lo que él quiere darme que no es poco por cierto, pero no tengo su corazón; en fin, es preciso conformarse cada cual con lo que tiene, pero es un infame ó por lo menos un ingrato conmigo; y si no rebosara en mi alma la bondad yo debiera interceptar esta carta, denunciar todo á la señora condesa y vengarme así de él, pues es cruel é infame que los hombres así no más nos hagan conocer las delicias de sus amores, apoderándose de nuestro corazón y de cuanto ellos quieren poseer á título de que somos unas pobres muchachas de humilde condición, para gozar y dispensarse sus placeres, teniendo la audacia de hacerme su confidente.

Anita sacó su pañuelo del bolsillo y enjugó unas lágrimas ardientes que saltaron de sus bellos ojos y se quedó pensativa con la carta en la mano izquierda, el pañuelo en los ojos y el veneno en el corazón. Después de un rato de perplejidad guardó su pañuelo y se dijo para sí: Yo amo á Eduardo y no puedo hacerle una felonía y sobre todo á la inocente Amelia á quien no solo idolatro sino que le soy deudora de cuanto valgo, y á más me ha colmado de sus favores.

¡Oh! no, yo no haré tal cosa, al contrario, me impongo este sacrificio en espiacion de mis faltas y voy á llevar esta carta aunque tenga que sufrir todas las torturas del mundo, y esto me servirá de leccion en lo futuro.

En las primeras horas del día no pudo Anita entregar la carta, pues la condesa no se separó del lado de su hija; asi es que la embajadora tuvo que poner en juego su astucia, y colocándose á espaldas ó sea á retaguardia de la condesa sacó de su bolsillo la carta de Eduardo y se la mostró furtivamente á Amelia, quien al instante comprendió que era de su amante y que debía buscar los medios de recibirla y leerla.

Amelia manifestó á su mamá que se iba á levantar pero esta le observó que era temprano y que sería mejor esperar á más tarde para hacerlo, pues su salud estaba delicada; pero deseando Amelia satisfacer su curiosidad y leer la carta cuanto antes insistió en dejar la cama alegando que estaba bien y no sentía novedad alguna.

En efecto, con las precauciones del caso se levantó, pero su mamá permanecía siempre á su lado y no podía conseguir su objeto, asi es que tuvo que echar mano de un ardid.

—¿Sabes mamá que tengo deseos de dibujar un poco y adelantar mi cuadro de la vista del Pincio en Roma?

—Déjate de dibujos Amelia, no ocupes tu cabeza porque no te hará bien.

—Al contrario mamá, eso me distraerá.

—Haz como quieras niña.

Amelia dirigiéndose á su camarera le dijo;

—Anita vé y prepara mi cuarto de dibujo.

—Si señorita, en el acto, y salió.

Un momento despues Amelia recibía y leía la carta de Eduardo con emocion creciente, y despues de repasarla por tres veces se puso á escribir la contestacion; pero la verdad es que su cabeza y su razon estaban en completa agitacion y bajo impresiones estravagantes, asi es que empezó una carta llena de fuego y de amor, pero luego le pareció poco decoroso para una señorita como ella aquel lenguaje apasionado y volcánico y la rompió.

Empezó otra con mayor calma y meditacion, pero en seguida la clasificó de indiferente y fría, terminando por despedazarla hasta con rabia.

Despues de un momento de reflexion, y como rompiendo los lazos del deber mugeril, Amelia dió paso á su genio habitual, á ese espíritu de hacer siempre, á despecho de todo respeto y de todo deber social, su capricho, su antojo y por fin su soberana voluntad, y sedijo con arrogancia:

—¿Porqué andar con tantos miramientos? ¿no sabe Eduardo que lo amo, que soy suya, que él es mi vi-

da y que sólo pienso en él? pues ¿á qué ocultar este amor que hace mi dicha?

Y como quien adopta una resolucion enérgica y definitiva tomó la pluma y empezó la carta siguiente:

«Eduardo:

«En vano pretendo con mi débil razon apagar el incendio voraz en que arde el pecho mío, en vano ansío tranquilizar mis ideas para darles direccion, quietud y paz, pues nada, absolutamente nada puedo conseguir, porque el influjo de vuestro cariño exita mi sér, anarquiza mis ideas y me siento vencida en la lucha.

«Yo ignoraba Eduardo las dulces felicidades de una pasion naciente y poderosa, felicidades que no me eran conocidas, pero que vos me las revelasteis y yo las amé.

«El destino os puso delante de mi senda y la razon invocada debilmente por mí fué impotente para resistir á la dulce facinacion de vuestros atractivos y asi indolente y debil dejé me envolvierais en las floridas redes y encantos de vuestra amistad y cariño.

»Si, este amor enjendro de ese y este corazon, lo siento ajitarse en cada uno de mis sentidos y asi quiero como precioso talisman guardarle en lo más recóndito y abrigado de mi alma, para que en ella se anide, vi-

va, florezca, mande é impere—¡pero qué digo Dios mio! ¡dónde me conduce el sentimiento del amor, el fuego de esta pasion en que sin querer me ajito!

«¡Oh! madre mia, si tú supieras la anarquia en que arde el mísero corazon de tu hija, vendrías á salvarme del naufragio y me hablarías con el lenguaje amoroso y dulce de tu cariño; tú me arrancarías de la funesta hoguera en que ardo, tú cicatrizarías mi cruel herida con el bálsamo precioso de tu amor y tú por fin me libertarías de mí misma; mas ¿puedo por ventura confiar á mi madre cuánto por mi pasa? no, no es posible.

«Sólo vos Eduardo imperais sobre mi albedrío, mi destino y mi vida, puesto que vos espusisteis vuestra existencia por mí.

«Ignoro amigo mio como se desatará esta ardua y complicada situacion, y aun cuando debiera estar asustada de mi destino, no obstante á vos me confio, porque es de vos de quien espero la dicha ó el martirio.

«Escribidme Eduardo pronto á Milan, dirigiendo vuestras cartas en la forma que os indicará Anita y bajo el nombre supuesto de Delia Piamonttini, para evitar dificultades que pudieran surjir al respecto.

Siempre vuestra.

Amelia.

Esa misma noche entregó Anita á Eduardo la carta y al siguiente dia que fué despachado por su padre partió aquel para Turin, quedando al fin más tranquilo D. Luis y en mayor ansiedad la pobre Amelia.

CAPITULO XIII

—

El regreso y los bandidos

—

Llegó por fin el momento de regresar á la ciudad la familia de Floriani y se hicieron los preparativos necesarios, tomando las precauciones convenientes, pues es sabido que á fines del siglo XVIII aun no habían los adelantos y progresos que hoy ostenta ufano el mundo civilizado; por consiguiente, Milan no tenia ferro-carriles, tramways, ni una gendarmeria de ciudad y campaña adecuada á sus necesidades, antes por el contrario era deficiente y mala para poder garantizar la seguridad pública.

Sus incorrectos caminos se encontraban casi siempre solitarios y despoblados, teniendo con frecuencia que dar largos rodeos para viajar de un punto á otro y proveerse de armas, gente y otros elementos para evitar una de esas frecuentes sorpresas; no obstante que las autoridades con sus escasos elementos perseguian incansablemente á los bandoleros; pero sin poder evitar que de tiempo en

tiempo tuvieran lugar salteamientos, robos y asesinatos.

Después de todo, en aquellas épocas la campaña estaba poco poblada y así sólo se veían las pequeñas cabañas rústicas á mucha distancia unas de otras y sus habitantes siempre aterrorizados de los bandidos que talaban los campos; pues es bien conocida la historia de los brigantes de la Calabria en la Lucania que asolaban Nápoles y toda la Italia.

No se podrá negar á pesar de todo que Nápoles es un país delicioso, con el cielo más hermoso que hemos visto, y cuyos reflejos dan á su amplia mar ese azul precioso de que tanto han hablado los poetas; su atmósfera está saturada de gratos perfumes que exhalan sus numerosos naranjales, sus jazmineiros y las abundantes y variadas flores que la naturaleza le acordó con profusa mano.

El viajero jamás olvidará la gran Bahía de Napoles ni á Posilippo, Sorrento, lago Fusaro, Castellamare, Vesubio, Herculano, Pompeya y tantas otras maravillas como encierra.

Los que hemos visitado esa populosa ciudad, tenemos que reconocer también, que se encuentran cosas repugnantes é insoportables, tales son, la falta de higiene pública, y particularmente la privada de ciertas clases, la estremada suciedad de sus arrabales y de algunos barrios centrales; siendo lo más repe-

lente la mendicidad que circula por las calles, plazas, templos y por todas partes donde transita gente.

El bandolerismo, que fué tolerado y hasta acatado por los Borbones que gobernaron por tanto tiempo aquella tierra, llegó á tomar tal incremento que alarmó á las autoridades, puesto que formaron cuadrillas organizadas con gefes, armas, caballos y otros elementos, con los cuales consiguieron imponer hasta á las mismas autoridades, y cuando no se les daban las contribuciones que imponían ó lo que bajo cualquier forma pedían, robaban, saqueaban, incendiaban, violaban y mataban.

De este modo se fueron formando los tales brigantes ó bandoleros de la Lucania y en particular de la Calabria, que no sólo asolaban el Reyno de Nápoles sino á casi todos los pueblos de Italia, donde campeaban por sus respetos ora el tremendo Miguel Pezza, alias Fra Diavolo, que tuvo una vocacion decidida para el robo, pues es fuera de duda que entre los varios instintos y vocaciones congénitas que suele traer el hombre á la vida, se vé y puede asegurarse, que se nace poeta como se nace ladron, lo que ha sido corroborado por el estudio de la frenología, considerando las protuberancias del cráneo, de las cuales se ha llegado á deducir y determinar las inclinaciones y disposiciones de cada sér. segun el célebre Gall, que ha elevado su estudio á

un verdadero sistema; le seguía el afamado Cayetano Mammone que se complacía en beber caliente la sangre de sus víctimas; luego venía el Cristallaro, Tronfaro, Caracciolo y otros tantos que infundían el terror en las poblaciones; llegando hasta imponer á los mismos gendarmes y tropas de línea con quienes se batían, y muchas veces con ventaja, debido á la superioridad de sus caballos y excelencia de sus armas.

Por todas estas razones es que, cuando se trataba de hacer un viaje, por corto que fuera, se munían de elementos de defensa, y hasta se daba parte á la Policía de campaña, para que custodiara ó vigilara á los viajeros, prestándoles todo género de auxilios, pues aquellos bandidos estaban al corriente de todos los movimientos de las gentes que iban de un punto á otro, y tenían guaridas ignoradas de todos para ocultarse.

El alegre verano había terminado y la naturaleza empezaba á envolverse en su antipático ropage de nublados, lluvias y tristezas.

Toda la familia y la servidumbre del castillo estaba lista para el viaje; con escepcion de Alberto que se había ido anticipadamente á fin de dar las oportunas órdenes y arreglar el palacio de la ciudad para recibir á sus padres.

Amaneció el dia señalado, tres de Diciembre, real-

mente triste, frío y sobre todo con una densa niebla, así es que Doña Blanca hizo presente á su esposo que el día era malísimo, que podía llover y que como no había una necesidad premiosa para hacer el viaje ese mismo día, podían diferirlo para el siguiente ó para la próxima semana; pero el general era hombre que cuando daba orden de marcha no retrocedía, pues creía que era como emprender una retirada, y tenía horror á estas, así es que contestó á su esposa:

—Querida Blanca, aun cuando reconozco que el día está un poco fresco y nublado, no es causa bastante para suspender la marcha despues de anunciada, convenida y preparada.

—Pero, dime, Luis ¿no sería lo mismo esperar á que se componga el tiempo y evitar así que vaya á resfriarse Amelia que está tan delicada de salud?

— Parece que os encontrais bien en el Castillo del Diablo, mi bella esposa, ó al menos ya no le teneis horror; si os place, continuó el general, con cierta malicia, satisfaremos los deseos de Amelita y nos quedaremos por este año. Esto lo dijo el Conde por ver el efecto que hacía en su esposa la idea de quedarse.

La generala se espantó al oír aquello, y procurando disimular su temor, hizo un esfuerzo para recuperar su serenidad, y le contestó:

--No, general, ya sabeis que me es indiferente quedarme ó irme y que siempre acepto vuestras resoluciones, limitándome tan sólo á emitir mis opiniones.

—Toma! dijo el Conde para si, ya cambió de flanco á los primeros disparos de mi guerrilla, y bien; ¿qué resolveis? interrogó el Conde.

—Que se haga lo que ha ordenado mi general.

—Bien, Blanca, eres la mujer más razonable, y si permitis, la más hermosa posible.

—Gracias, señor Conde, veo que á pesar de estar el dia nublado, vuestro espíritu está sereno, despejado y galante.

—Entonces, no hay más que hablar, sable en mano y á la carga, exclamó el general como si estuviera al frente de un regimiento, y luego impartió sus últimas órdenes.

Amelia estaba en un extremo de la habitacion pretendiendo arreglar una cinta á su gorra, pero no decía ni palabra, puesto que no había podido conseguir de su padre el que se quedase en el castillo, y la única cosa que podía atenuar su desesperacion, era la promesa de Eduardo, de que iría á establecerse en Milan á fin de poderse ver con frecuencia y deliberar de su suerte futura.

El general, su esposa é hija se despidieron afectuosamente del Conserge D. Luis, de todos los em-

pleados y personas que quedaban en el castillo. Estos se manifestaban desolados y llorosos por la ausencia de sus señores, pues la verdad es, que el general y su familia eran amados de todos.

El buen Conserge avanzó unos pasos al verlos entrar en su carruaje, y la condesa le estendió su mano, que aquel con las lágrimas en los ojos besó respetuosamente.

—Adios D. Luis, es clamó Da. Blanca, dareis mis recuerdos á vuestro hijo para quien sabeis tengo una inmensa deuda de gratitud, puesto que á él debo, en gran parte, la vida de mis hijos.

—¡ Señora condesa! balbuceó el conserge, haciendo una profunda reverencia, me honrais con vuestras bondades.

Amelia se sonrojó ligeramente al oir los sentimientos de gratitud que su mamá tributaba á Eduardo, y aun cuando hubiera deseado agregar por su parte otras palabras de recuerdo y de cariño hacia aquel, su conciencia la detuvo y guardó un profundo silencio; pero tuvo que sacar su pañuelo y llevarlo á la nariz para evitar que su mamá, que era estremadamente perspicaz fuera á notar su emocion y la interrogara al respecto.

El astuto Genovés, que conocía perfectamente los amores de Amelia con su hijo Eduardo, le dirigió en seguida la palabra diciéndole :

—Señorita, se aleja el ruiseñor de estos amenos prados en busca de lares más gratos, se vá la alegría del palacio y nos deja (usando maliciosamente del plural) en la tristeza; pero cada día y en cada momento que pase por la fuente de los Cisnes os recordaré, señorita, é imaginaré que os veo cruzar bella y contenta por esos sitios que eran de vuestra predileccion y por donde haciais vuestros cuotidianos paseos.

Amelia se puso roja y despues pálida, al oír esas palabras de doble sentido que acababa de pronunciar el padre de Eduardo, pues en efecto, ese era el sitio de sus frecuentes paseos y donde se veía con Eduardo y así se interrogó:

¿Sabrá D. Luis nuestro recíproco amor? ¿sus palabras tendrán por objeto significarme algo para que yo entienda y no mamá? Pero no, no es posible eso, no obstante saldré al encuentro de la malicia por si acaso, y serenada un tanto de su emocion le contestó:

—Gracias, D. Luis, por vuestras atenciosas palabras, cuidad que la fuente de los Cisnes esté siempre bella y hermosa como ha estado este año, y que prosperen los jazmines, las vigonias y demás flores que adornan ese punto.

—Así lo haré, señorita.

Todo estaba ya listo para la partida.

El general se había vestido con un traje especial de viage, es decir, llevaba un largo sobretodo de paño azul de militar con abotonadura amarilla. bota granadera y una gorra con los distintivos de su alta graduacion, todo lo cual le daba un aspecto interesante y lo hacía más buen mozo. Dió las últimas órdenes, pues ya habían perdido una buena parte de la mañana en idas y venidas y muy luego se emprendió la marcha, yendo en primer término el carruage que conducía al general, á su esposa é hija, formando á vanguardia cuatro hombres tambien armados y comandados por su antiguo y fiel ordenanza que lo había acompañado en sus campañas y el cual iba vestido con su antiguo uniforme, en cuya casaca ostentaba dos honrosas medallas : más á retaguardia seguía otro carruage conduciendo á las damas y camareras de la condesa, escoltadas por otros hombres armados.

Al salir el convoy, estaba formado en dos alas el personal del castillo, que con sus gorras en la mano saludaba á sus señores.

* * *

El viage siguió feliz, apesar del mal tiempo, sin incidente alguno digno de notarse, y sólo tenian los viajeros que admirar de trecho en trecho la hermosura de aquellos sitios, cruzados por frecuentes



arroyuelos, formados por las vertientes y cascadas que brotan de las montañas vecinas que se ven á corta distancia: aquí se ofrecía á su vista un campo con sembradíos: allí otro cubierto de tupidos y antiguos montes de castaños, olivos y manzanos: más adelante se destacan las rústicas cabañas más ó menos distantes unas de otras por cuyos campos cruzaban sus tranquilos rebaños.

—¡ Oh! aquel bello panorama de la naturaleza era realmente digno de observarse y de llamar la atención, pues es donde mejor puede admirarse la grandeza y magnificencia del Creador.

Habían corrido las primeras horas del día y el sol marchaba magestuoso y triste entre un cortejo de parduscas nubes que cambiaban de forma caprichosamente.

Llegaron á un parage solitario, agreste y desheredado de vegetacion, circundado por la parte del Norte de breñas y escarpadas rocas, lleno de montes y profundos socabones, á donde parecía que la planta humana jamás se hubiese posado, y por donde los carruages y caballerías marchaban con dificultad.

Reinaba un silencio imponente en medio de aquellas soledades, y sólo se oía á lo lejos el monótono y acompasado ruido de una cascada que al descender sus aguas al fondo de los precipicios, se dividen en ramales, formando hilos de correntosas aguas.

El día continuaba destemplado y húmedo, como cuando va á sobrevenir la lluvia ó la tempestad. Da. Blanca estaba arrellenada en el fondo de su carruage, sobresaltada, sin saber por qué, y de rato en rato decía á su cochero :

—Michelino acelera los caballos para llegar á buena hora.

—Señora condesa, el terreno es malo y por ello conviene marchar con la debida precaucion, ademas señora, este mal camino solo durará unos tres cuartos de hora y no más.

—¿Qué hora teneis, general ? dijo Da. Blanca, dirigiéndose á su esposo.

—Son las tres y media recien, le contestó el conde ; pero tenemos tiempo sobrado para entrar á buena hora á la ciudad. ¿ Teneis miedo Blanca ?

—No lo sé á punto fijo, querido amigo.

—Vamos no pareceis esposa de un militar, aprended de Amelia que de nada se preocupa.

—Estais equivocado, papá, pues estos lugares son imponentes, y no porque maneje con habilidad el florete y la pistola, creais que soy valiente como un guerrero de vuestra talla, antes al contrario, sin saber por qué vengo triste y sobresaltada.

—¿ Ahora salimos con esas, mi querida Amelia ? Ya veo que madre é hija se dan la mano en cuanto á valor y serenidad.

Iban en esta conversacion, cuando de repente el general oyó varios silbidos que partían de distintos lados y en seguida la detonacion de una arma de fuego, cuyo proyectil cruzó por entre la comitiva, y en seguida se oyó otro y otros.

El general, como hombre experto, comprendió que se trataba de un lance peligroso, pero sin decírselo á su esposa é hija para que no se asustaran, sacó el cuerpo por la portezuela del carruaje y gritó, con voz firme :

—Antonio ; qué ocurre ?

- Somos asaltados, señor general, por los calabreses, respondió su asistente, que, como hemos dicho, formaba á vanguardia de la comitiva, y el cual era hombre sereno y de valor, pues se había encontrado en numerosos combates al lado de su general.

El conde abrió la portezuela y bajó precipitadamente del carruaje, pudiendo ver entonces que salían como abortados por el infierno una cuadrilla de salteadores que formaban círculo y lo venían estrechando; todo lo comprendió el general con esa rápida mirada que tenía en los momentos supremos de pelea, en seguida se aproximó al carruaje donde estaban su esposa é hija aterrorizadas y les dijo:

—Blanca, Amelia, conservad vuestra serenidad, no os asustéis, esto no será cosa, y sobretodo nosotros estamos bien armados.

Luego volvió á ponerse al frente de los suyos.

Los bandidos hicieron varios disparos y cargaron á la comitiva, pero esta respondió al ataque con tal energía y precision que varios brigantes quedaron fuera de combate.

La lucha se trabó entonces encarnizada y el general con una calma y serenidad admirables tomó de uno de los de su comitiva una carabina con sus municiones y empezó á batirse.

Cada tiro que hacía era seguramente un enemigo menos al frente; por lo demás toda la comitiva del conde peleaba con bravura aun cuando tambien de ellos caian heridos ó muertos.

El general muy luego descubrió al que parecía mandar los bandidos, y comprendió cuanto importaba para su triunfo el suprimir esa individualidad, asi es que tomó su arma, apuntó, la bala partió y aquel miserable cayó desplomado del caballo revolcándose por el suelo.

La voz del general se hacía oír con vigor militar, para infundir aliento á su gente y dirigirlos convenientemente; gritaba á los unos, mandaba á los otros, corría aquí, hacía fuego allí y estaba puede decirse en todas partes; pero en aquel momento y cuando la victoria iba á coronar sus esfuerzos puesto que ya no tenían jefe que los dirigiera segun creía el general, una bala de los enemigos bien dirigida por cierto

por el ojo certero del verdadero comandante de los bandidos atravesó el pecho generoso del bravo general que cayó exánime en medio del dolor y la desesperacion de los suyos.

Aquel hombre que había sido respetado en los más rudos combates, aquel héroe que en medio de las batallas y á pesar de sus gloriosas heridas había salvado su vida, caia ahora derribado por el plomo de un miserable bandido.

La condesa que en medio de su terror observaba todo desde su carruage, vé que su esposo acaba de caer herido y sin cuidarse del peligro que iba á correr su vida, se lanza precipitadamente del carruage y corre á socorrer á su desventurado consorte.

Llega, levanta su pesado y moribundo cuerpo que apoya sobre su pierna izquierda, diciéndole:

—Luis, querido amigo, ¿dónde estais herido? ¿qué os ha sucedido? ¡oh! por piedad contestadme, Luis, Luis, y lo estrechaba contra su corazon, besando aquella frente, sobre la cual empezaba á correr un sudor frio y mortal.

Señores, gritaba la condesa en medio de su desesperacion, id á la poblacion más cercana y buscad un médico—¿que no me ois? ¿que no me obedecis? pero todos estaban sin poder separarse de los atrinchamientos que por órden del general habían hecho con los cajones y bultos que llevaban, merced á lo cual podían defenderse con ventaja.

Todo fué inútil, el general, ese hombre digno y valiente sólo pudo balbucear estas palabras:

Blanca mia hice mal en no seguir tus consejos y opiniones: maldito Castillo del Diablo: Dile á mi *Alberto y Amel*. . . . su eco se apagó, llevó la mano derecha á su herida, estrechó con la izquierda la de su esposa, levantó los ojos al cielo y luego clavándolos en Da. Blanca, brotó una lágrima cristalina que rodó y fué á caer sobre la mano de la condesa, que la sintió caliente como una gota de plomo ardiente; el alma del general voló á la eternidad y Blanca Teresa Bosconiche quedó viuda Floriani en medio de aquel campo de destruccion y esterminio.

Mientras pasaban rápidamente estas escenas algunos de los bandoleros, aprovechándose de la confusion que reinaba en torno, se habían apoderado del carruage del general que quedó abandonado á alguna distancia, saqueándolo por completo, en tanto que uno de ellos con el rostro cubierto que recién llegaba y tomaba parte en el lance ó ataque se apoderó de Amelia que yacía desmayada; la toma en sus brazos, la saca fuera y se la hace alcanzar á su caballo con uno de sus compañeros, y seguido de dos de estos se puso á escape, cual otro Malek-Adel llevando atravesada en su caballo á la hermosa Matilde.

Así huyó aquel miserable con la mejor y más pre-

ciosa presa de aquel valioso botin; pues habia sido acordado entre los bandidos que en caso de ser atacados se dispersarían, yendo á reunirse por los campos más escusados y escabrosos posibles al Piamonte, cruzando de Milan en direccion á Cresmola y despues hasta llegar á cierto y determinado paraje inmediato á Módena; de modo que allí debía ser su punto de reunion.

En momentos que sucedían los hechos que hemos narrado, empezó á cambiar de aspecto la escena; pues las repetidas detonaciones de las armas de fuego habían atraído al lugar del combate no solo gentes de los parajes más ó menos cercanos sino tambien una partida de soldados de los destacamentos que hacían la policia de campaña.

Estos cargaron á los bandidos poniéndolos en precipitada fuga y de ellos algunos quedaron muertos ó gravemente heridos en el campo, pues los iban fusilando por la espalda.

Los que habían venido en su auxilio acudieron á prestar socorros al general y á toda la comitiva, yendo unos por un lado y otros por otro; pero todos estaban consternados de ver á Da. Blanca que besaba y estrechaba contra su seno á su muerto esposo derramando un torrente de lágrimas. Aquella mujer estaba hermosa en su dolor como una vision fanástica; su cabello se había desprendido y flotaba

en desórden á impulso de las ráfagas de viento, su tapado se habia caído y su cuerpo quedó luciendo la esbeltez de sus preciosas formas; todos la miraban con respeto y hasta con admiracion.

La condesa exclamó:

—Corred señores, auxiliad á mi hija que ha quedado desmayada en el carruaje, y vos Antonio, Bautista y todos vosotros atended á mi Amelia.

Los que fueron á socorrer á la señorita, quedaron estupefactos al ver el carruaje completamente vacío, teniendo que volver adonde estaba la condesa para amargar aun más su dolor y acabar de despedazar su mísero corazon.

—Señora condesa en el carruaje no hemos encontrado persona alguna, está perfectamente vacío y á pesar de haber recorrido todos los sitios contiguos con el mayor cuidado no hemos encontrado á vuestra hija.

—¿Qué decís señores? exclamó la condesa palideciendo aun más.

—Decimos que esa es la verdad.

—¡Oh que horror! me la han robado, Dios mio, qué es lo que me sucede! robada, robada! y parecía que su razon se había estraviado.

—Aquella pobre madre corre desatinadamente de un lado á otro agarrándose ya la cabeza, ya el corazon, se acerca al cuerpo de su marido y le dice como si estuviera vivo y pudiera oirle:

—Conde os han robado vuestra hija! general, corred á salvarla! ¡Luis me han arrancado á mi pobre hija y se la llevan los bandidos.

—Dios mio nadie viene en mi auxilio ¿que es esto ¡oh castillo del Diablo!!—Castillo del Diablo!!

Da. Blanca ofrece enormes sumas á los soldados para que vayan en persecuimiento de los bandidos sin trégua ni descanso y rescaten á su hija poniendo á su disposicion su colosal fortuna.

—Si, corred, volad, repetía Da. Blanca, yo os aseguro que sereis ricos y felices, tendreis oro y riquezas corred, no os demoreis ni un instante y vosotros Bautista, Antonio y Cárlos acompañad á los bravos soldados.

En el acto se organizaron tres partidas que salieron por distintos rumbos con ánimo de darles alcance y quitarles la valiosa presa que llevaban, pues comprendieron que si restituian la hija sana y salva á la condesa serian regia y grandemente recompensados.

El médico que vino del pueblo más cercano reconoció al jeneral de la manera más prolija y con el mayor interés, pero declaró que el Sr. Conde había dejado de existir, pues desgraciadamente el homicidial proyectil había penetrado precisamente en el corazon, y no había absolutamente cosa alguna que hacer.

El resto de la comitiva, los vecinos y demás soldados quedaron allí para disponer lo conveniente á fin de trasladar el cuerpo del general y los demás muertos y heridos al lugar más cercano ó á la capital.

La expedicion que fué en persecuimiento de los raptores, no fué feliz, pues sólo los que tomaron por la derecha dieron alcance á los que habían salido últimamente del lugar del combate, y estos, á pesar del rigor usado con ellos para que confesasen donde estaba Amelia y de haber hecho hasta el simulacro de ir á fusilarlos si no confesaban, no pudieron obtener cosa alguna.

Sin duda el raptor de Amelia se había anticipado mucho para poner en salvo su codiciada presa; y como los soldados no podían pasar de su jurisdiccion para introducirse en otra, tuvieron que regresar para dar á la condesa tan triste nueva.

Da. Blanca quedó en la mayor desesperacion, pues perdía en un mismo momento esposo é hija. Dios de misericordia exclamaba, no me priveis de mi razon, permitidme señor que conserve mi espíritu para llorar este cruel infortunio, y corrían sus lágrimas, y hacía exclamaciones dolorosas; en fin, aquella infeliz parecía presa del delirio, y arrancaba lágrimas á los que la escuchaban.

Los gendarmes ayudados por los vecinos de las

inmediaciones trasladaron los cuerpos de los muertos y los heridos al pueblo más cercano para enterrar á unos y atender á los otros.

La Comitiva del Conde habilitó el carruaje de este para colocar en él el cuerpo del ilustre muerto, del mejor modo posible, y así continuó aquel desgraciado viaje, llevando además una escolta de seis soldados hasta llegar á las cercanías de la ciudad de Milan, donde despidieron á los jendarmes, dirijiéndose á su palacio que estaba situado á las afueras de la dicha ciudad y era una de las posesiones más hermosas de aquella época y desde cuyo mirador ó torre principal se divisaba un bello panorama donde se perdía extasiada la vista sobre los fértiles y pintorescos valles que se dibujaban á orillas del Pó, del Apenino Ligure y de esa soberbia é imponente cadena de los Alpes.

*
* *

Así llegó la infortunada Da. Blanca á su palacio de ciudad donde era esperada con ánsia por su hijo Alberto, y calcúlese el dolor y desesperacion de aquel jóven, al ver llegar á su desolada madre con el cadáver de su padre, sin su hermana Amelia, y ella poco ménos que loca.

Aquel terrible suceso consternó profundamente á la sociedad Milanesa que poco ántes había visto ale-

gre y feliz á la noble familia de Floriani en su regia mansion cerca de Arona, y hoy ya no existía el valiente general, no se sabía cosa alguna de la bella Amelia y por fin la pobre Da. Blanca se encontraba en un estado realmente lamentable y digno de compasion, ¡cuánta mudanza en un solo dia ó en tan breves horas! ¡que cambio tan rápido operado sobre aquella familia donde el placer, la satisfaccion, el contento, la alegría, la dicha, el honor, la opulencia, y la más completa felicidad reinaba á su alrededor! y en un solo instante esa espléndida posicion, ese cuadro halagador y feliz se cambió en lágrimas, infortunio, desesperacion, dolor, martirio y muerte.

Incomprensibles misterios de nuestra fujitiva existencia! huracanes tremendos del destino que trocais las dichas en penas, la felicidad en amargura, y el dulce consorcio en solitaria tumba!

Los bandidos que capturaron fueron inmediatamente reducidos á prision, procediéndose en seguida á instruir la sumaria indagatoria con toda actividad, habilitando términos y fiestas, pues toda la sociedad estaba interesada en que se hiciese pronta justicia y se aplicase un saludable y ejemplar castigo.

En todos los periódicos se pusieron avisos ofreciendo fuertes sumas de dinero por el rescate de Amelia, ó al que diera noticia de su existencia y paradero.

El cuerpo del general fué colocado en un regio ataúd, depositándosele con solemne y magestuosa pompa en el panteon de aquella ilustre familia. Todo Milan acompañó el féretro y cortejo fúnebre, y cuando decimos que todo Milan asistió al acto, es por que las autoridades superiores, magistrados, los principales jefes y oficiales del ejército, los hombres más distinguidos del foro, prelados, comunidades, y por fin lo principal de aquella ciudad se unió al acto fúnebre, demostrando así el respeto y aprecio que tributaban á la memoria del Conde de Floriani.

Los honores militares correspondientes á su alta graduacion, le fueron tributados en la Plaza del Duono, con música fúnebre, descargas y demás que prescribe el ceremonial del caso.

El general Floriani fué un espíritu militar que se manifestó desde sus primeros años y abrazó la carrera de las armas siendo aún muy jóven; pero no se encontró bien en el arma de infantería en que inició su carrera, pues las palpitations ajitadas y nerviosas de su alma, reclamaban más ámplios horizontes para ejercitar su accion impetuosa; abandonó la infantería y empuñó el corvo sable sobre su brioso caballo, pues esta arma se ligaba mejor con su ardoroso é inquieto espíritu.

El Conde de Floriani fué siempre pundonoroso, honrado y afable, buscado por la juventud, querido por sus gefes y amado por sus soldados.

En el ejército figuraba en primera línea cuando se hablaba de un militar honrado, abnegado y valiente hasta el sacrificio, pues siempre se le vió soportar el hambre, la carpa y las fatigas á la par de sus subalternos. Sus glorias, honores y grados los conquistó con su espada y su caballo, recorriendo un sendero sin tachas ni sombras que nublaran la brillantez de su preclaro nombre;—pues bien, aquel noble corazón había sido atravesado por la bala de un salteador de caminos, después de haber sido respetado en los campos de batalla en cien combates tan apurados como gloriosos.

La muerte del general Floriani no sólo venía á enlutar á su desolada familia, sinó al ejército y al pueblo entero que se asociaba al duelo general.

Notables discursos se pronunciaron al depositar aquellas reliquias del que fué conde y general Floriani, y casi todos los periódicos de la capital tuvieron sus columnas enlutadas, y registraron en ellas preciosas necrolojías, recordando la vida militar y hechos gloriosos del muerto.

El ejército perdió un soldado valiente, la nobleza un caballero distinguido y la Nación un hijo preclaro.

La salud de la ilustre dama estuvo en peligro por mucho tiempo y siempre bajo la influencia del delirio y del extravío de la razón; no obstante opina-

ron los médicos que con el tratamiento que iban á poner en práctica, esperaban que volveria á recuperar la normalidad de su estado y la lucidez de sus facultades intelectuales no obstante que resistia tomar alimentos y no podia conciliar el sueño, que era lo que más inquietaba á los facultativos.

Alberto no se separaba de la cabecera de la cama, y los médicos se turnaban sin abandonarla un momento—Aquella casa era un jubileo, á todas horas del dia y de la noche, no sólo de los miembros de la familia que rodeaban á la enferma, sino de los numerosos amigos que no abandonaban á Alberto y que á cada momento entraban y salian—Fué preciso encargar cada dia á una parienta que entrara, puede decirse de guardia, para recibir las visitas, los mensajes y las targetas que llevaban.

La salud de la condesa se agravó de tal modo que creyeron se moría irremisiblemente—En medio de su exitacion fébril daba gritos, pedía socorro, nombraba el castillo del Diablo, llamaba á su esposo y á su hija; despues se calmaba un tanto, quedando con la vista clavada en un punto sin pestañear, el cabello erizado sin derramar una lágrima y el seño fiero—Un rato despues decia con cierto abandono: Pobre mi Luis y mi Amelia! qué será de ellos! cuando me los traerán! y levantando poco á poco la voz, decia con eco enfurecido: Desgraciado del que me

los toque, ay del que se aproxime á ellos, pues despedazaría al miserable que lo intentara, y al mismo tiempo estrujaba con movimientos convulsivos sus manos, como si estuviera despedazando algun objeto.

El doctor Bartolini fué el que opinó en la última junta por un baño casi caliente y con ciertos medicamentos, que dió buen resultado, pues segun el sentir de todos fué lo que decidió de la vida de la condesa, puesto que se operó un cambio muy favorable en la enferma y se consiguió que empezara á conciliar el sueño y durmiera largo rato con alguna tranquilidad—Lentamente comenzó á venir la sensibilidad y las lágrimas, que fué un signo de mejoría, y los médicos declararon que pasaba ó desaparecia el peligro.

La curacion empezó á operarse con ventaja, apesar de la suma debilidad y postracion en que se hallaba, pues estaba bajo una anemia general á consecuencia de las sangrías repetidas y baños calientes que se le habian aplicado—Poco á poco se fué dominando el mal y desaparecieron casi por completo la fiebre, la excitacion nerviosa y las perturbaciones cerebrales, entrando en una buena y provechosa convalescencia.

Cuando Alberto vió que ya su madre estaba capaz de ocuparse de los asuntos que habian enlutado su

familia, y con el acuerdo del médico, tuvo una larga conferencia con ella para comunicarle sus proyectos, y le ofreció consagrar sus esfuerzos y su vida en buscar á su pobre hermana y gastar cuanto fuere necesario para conseguir su objeto.

Asi pues, con el consentimiento de la condesa, tomó los más fieles y leales servidores de la familia para que lo acompañaran en esta árdua y peligrosa empresa; pero al efecto buscó y obtuvo la más eficaz ayuda y cooperacion de parte de la Policía, y en connivencia con ella entró Alberto en campaña con simulado nombre y bajo diverso traje para evitar sospechas; pues se proponía recorrer todo el país y sí preciso era, se asociaría á los mismos bandidos, y bajaría aunque fuere al fondo de las cavernas y del infierno para lograr su objeto.

Alberto partió con su plan combinado, sus hombres y sus elementos, después de soportar una tierna y dolorosa despedida con su afligida madre.

Doña Blanca se encontró por decirlo así, sola en el mundo, sin su esposo, sin su hija y temporalmente sin su Alberto—Dió órdenes terminantes para que nadie la viese, pues no quería recibir visitas ni de parientes ni de amigas, para no distraer ni minorar su acerbo dolor y así pasaba sus dias en la soledad y especialmente en la capilla de palacio donde derramaba abundantes lágrimas á la memoria de su esposo y por la suerte de su hija.

Un día se fijó con alguna detención en un espejo, y quedó sorprendida al ver el cambio operado en su fisonomía y cuanto había envejecido, pero lo que más llamó su atención fué el ver sus cabellos blancos como la nieve.

En efecto aquella hermosa muger había encanecido de una manera sorprendente, pues el dolor aniquila, envejece y mata; sus facciones estaban demacradas, sus bellos ojos habían perdido su brillo y por fin el hechizo general de su rostro estaba cancelado, quedando tan sólo las huellas visibles de sus penas.

Doña Blanca siempre fué víctima de cierto fanatismo ó superstición, no obstante su brillante educación y cultivado ingenio, al extremo que jamás en su mesa consintió trece personas, porque en el acto hacía levantar á uno de sus hijos, no entró en un palco si este tenía el número trece, ni aceptaba cosa alguna que se relacionase con ese guarismo, y por este estilo tenía una porción de preocupaciones que obraban poderosamente en su ánimo.

—¡Oh Castillo del Diablo! exclamaba en su desesperación, he ahí cumplidos mis pronósticos y temores, he ahí los terribles resultados de haber ido con mi familia á esa funesta mansión.

—¡Todo está perdido para mí! repeta.
Sin esposo!

Sin hija acaso!

¡Oh! Amelia de mi alma, niña infeliz ¿qué será de tí?, ¿en qué manos habrás caído?, ¿cuál será tu suerte?, ¿á qué sufrimientos, dolores, penas, vejámenes y martirios te sugetará tu cruel destino?, ¡Dios mio! ¿quién te protegerá y te salvará del deshonor y la vergüenza? tú, ángel candoroso, inocente y puro, entregada en brazos de despiadados y bárbaros bandidos, que codiciarán tu belleza y te humillarán sin piedad, oh Dios de las misericordias, piedad, piedad para ella.

Todas estas consideraciones despedazaban su maternal corazón y trastornaban su cerebro; buscaba en las ideas religiosas un lenitivo á su dolor, pero muy luego le asaltaba la idea de que habrían abusado violentamente del pudor é inocencia de su hija; otras, temia los malos tratamientos á que los bárbaros podrían someterla para vencer su resistencia natural, y volvía á exclamar—Oh! lo que á mi me sucede es horrible y es cruel, no es posible que se acumulen sobre una muger, mayor suma de sufrimientos é infortunios!

La salud de la condesa se debilitaba cada dia más y declinaba sensiblemente, no obstante los cuidados que contra su voluntad se le prodigaban; pues la verdad era, que á pesar de sus órdenes el palacio estaba á toda hora lleno de personas de la familia y

de amigos á quienes la condesa se obstinaba en no ver, y solo Anita la buena camarera de Amelia era la que tenía constantemente á su lado en razon de que esta le recordaba á su hija—Con ella lloraba y á su lado podia con libertad entregarse en brazos de su dolor.

Por las noches sufría aun pesadillas y sueños horribles, se levantaba de su lecho aterrorizada, y concluía por tener que reposar vestida en un sillón, y así pasaba la mayor parte de las noches, resistiéndose á tomar remedios y aun á aceptar los necesarios alimentos; pues sólo la pobre Anita era la que conseguía, con harto trabajo, que tomara algunos, y eso invocando el nombre querido de su señorita.

Doña Blanca mandó erigir un hermoso mausoleo á la memoria de su esposo, para trasladar en él sus restos mortales, dándole á ese monumento la capacidad necesaria, pues ella preveía que su fin se acercaba, porque no era posible soportar aquella vida angustiosa y de dolor.

Lo único que hubiera podido proporcionarle algun consuelo en tan amargas circunstancias, sería la presencia de su hija, cuyas caricias y amor amenguarían la intensidad de sus sufrimientos.

Sólo salía á la capilla de palacio donde pasaba largas horas, consagrada á sus oraciones y volvía por escusados corredores á sus habitaciones.

Una tarde fué á la capilla por una puerta secreta, pues en aquel hermoso palacio habian muchas comunicaciones conocidas sólo de determinadas personas; se acercó al altar mayor y tomó su reclinatorio, apoyó sus codos sobre la parte alta del respaldo, posando su fatigada cabeza sobre ambas manos y así pasó un buen rato: después agarró su devocionario y empezó á leer sus favoritas oraciones; pero encontrándose un tanto cansada de aquella actitud, se levantó y se sentó en una poltrona que había á su espalda, donde permaneció largo rato, quedándose profundamente dormida, pues siempre carecía de sueño, en razon de que, como lo hemos dicho, no podía conciliarlo de noche.

Bajo la accion del sopor, empezó á soñar de la manera más tranquila, y en sus fantasías creyó ver que un gallardo jóven llevaba á Amelia desmayada sobre su poderoso caballo á todo escape; que aquel jóven la amaba y era por ella correspondido—Vió que el amante y raptor la llevaba á un país ignorado y árido, descendiendo á una recóndita caverna donde nadie podía penetrar, y por fin le pareció que oía los gritos penetrantes de su hija que decía—«*Madre mía favorecedme, venid en mi auxilio, no abandonéis á vuestra desventurada hija*»—Aquellos gritos descompasados que creyó oír claramente, la hicieron despertar átonita y desfavorida; pero como

ya había entrado la noche, la capilla había quedado á oscuras, pues solo ardía tenuemente una pequeña lámpara cerca del altar del centro, la que daba á aquel recinto un aspecto más bien pavoroso é imponente.

Ofuscada por aquel terrible sueño y como en actitud de ir á socorrer á su hija, se lanza precipitadamente y corre por la Capilla, llevándose por delante su propio reclinatorio y una silla que encontró en su camino, puesto que no veía claramente los objetos, y fué á caer sobre las gradas del altar, pegando la cabeza en un escalon, cuyo golpe la privó del sentido y quedó desmayada.

Allí hubiera permanecido ¡sabe Dios por cuánto tiempo! si la fiel y vigilante Anita, sobresaltada por la inusitada demora de su señora y temerosa de que le hubiese sobrevenido algun accidente, dado el estado delicado de su salud, no hubiese ido á la Capilla por la puerta lateral que era la única que ella conocía despues de la principal.

Al entrar en aquel recinto, le causó pavor el silencio sepulcral que allí reinaba, y sobre todo, la actitud imponente de los Santos que estaban en sus nichos, aun cuándo apenas los discernía por la escasez de la luz, todo lo que era capaz de imponer á un guerrero valiente, cuanto más á una jóven como aquella.

La primera impresion de la oscuridad ó por lo menos escasez de luz que hirieron sus pupilas, fué disminuyendo gradualmente, como sucede con frecuencia, que despues de un rato que uno está en la oscuridad empieza la vista á congeniar con la falta de luz y á distinguir mejor los objetos; lo cual le sucedió á Anita, pues en seguida empezó á reconocer cuanto se hallaba á su alrededor. Pronuncia el nombre de la condesa y nadie responde, entonces busca por una y otra parte de la nave de la Iglesia y muy luego vió á su señora que se hallaba tendida á lo largo sobre las gradas del altar, y olvidando por completo su miedo corrió á socorrerla, pues le asaltó la idea de que pudiera haber muerto.

En efecto, se precipita sobre su inanimado cuerpo, trata de levantarla, pero sus esfuerzos fueron impotentes, tal era su pesantez, luego la llama, la mueve, la estrecha entre sus brazos, pero la condesa estaba inanimada y poco menos que nadando en sangre.

Anita sale despavorida de la regia capilla, llama, toca las campanillas, pide socorro y en el acto acuden con luces los moradores de palacio y se llena la iglesia de gente, creyendo que la condesa hubiese muerto en medio de sus padecimientos é infortunios.

La levantaron y colocaron en un gran sillón, y así la condujeron á pulso á sus habitaciones, donde

fué inmediatamente atendida por el Dr. Pozatelli médico de palacio, quien despues del exámen del caso y de hacerle la primera curacion, declaró que no había razon para alarmarse, pues sólo se trataba de un accidente ocasionado por sus vigiliass y por un acceso nervioso, que además la señora condesa había sufrido un fuerte golpe en el cráneo al caer, pues se conocía que había dado la cabeza contra un escalon del altar, y que si hubiese sido una pulgade más abajo, es decir, en las sieness, podía muy bien haberle ocasionado una muerte instantánea; que además, la gran cantidad de sangre que había perdido de la herida le hacía mucho bien y la salvaba de un ataque peligroso.

Ordenó el Doctor un profundo silencio, quietud completa y que nadie entrara á hablar con ella. Prescribió se le empezara á alimentar haciéndole beber pocillos de caldo con vino generoso, pues la debilidad en que se encontraba era suma.

Ofreció el Doctor que volvería dentro de dos horas, pero que si sobrevenia algun accidente se le avisara en el acto.

Dejemos á la ilustre enferma bajo la impresion de su dolor y pasaremos á informar al lector de otros asuntos.

Fin del tomo primero

INDICE DEL TOMO PRIMERO

<u>Capítulos</u>	<u>Páginas</u>
Ecos del autor.....	5
I. Un secreto al oído.....	7
II. Los esposos... ..	26
III. El nido de pájaros.....	32
IV. Una mirada retrospectiva al Castillo del Diablo....	49
V. El gerente y la enterrada en vida.....	104
VI. El Tesoro escondido.....	156
VII. La inauguracion y la fiesta.....	169
VIII. La estocada á fondo.....	213
IX. Amelia y su carácter	245
X. El hijo del Conserge y el empleado de Policía....	258
XI. Eduardo en el Castillo.....	272
XII. Despedida de los amantes.....	390
XIII. El regreso y los bandidos.....	406

ERRATAS NOTABLES

<u>Página</u>	<u>línea</u>	<u>dice</u>	<u>debe decir</u>
44	2	ayer	antes de ayer
111	17	gusto	gustar
119	4	sobresueldos	sobre sueldos
120	10	lo haré	lo veré
140	2	era	esa
148	17	capilla	Sacristia
152	18	datos	rasgos
191	1	manger	á manger
206	23	Confalononieri	Confallonieri
276	20	de	del
335	13	alza	alzó
347	1	segunda	siguiente
